COLECCIÓN NARRADORES ARGENTINOS

GERMÁN LEOPOLDO GARCÍA

NANINA

EDITORIAL JORGE ALVAREZ S. A.

8 6 8

1ª edición: Agosto de 1968
2ª edición: Agosto de 1968
3ª edición: Setiembre de 1968

Tapa: RODOLFO BINAGHI

© 1968. EDITORIAL JORGE ALVAREZ S. A.
Talcahuano 485 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

grad.
41238035
Span
6-13-02

A Nélida Mirta

Lo otro

Cuando descubras todo tu amor y no sientas vergüenza alguna por la miseria sino el odio preciso que ella requiere, volverás sobre tu infancia y nada podrá detener entonces el pronto enriquecimiento, la amistad sin condiciones, el descubrimiento de los otros.

GREGORIO KOHON

La costumbre nos teje, diariamente, una telaraña en las pupilas. Poco a poco nos aprisiona la sintaxis, el diccionario.

OLIVERIO GIRONDO

Nanina era el angelito ilusorio de los niños que nosotros fuimos. Ilusorio porque nuestra amistad con el Diablo era cosa probada por nuestros padres y aprobada por nosotros. Ella y el abuelo tenían la misma manera de escurrir el tiempo, de ocupar un espacio compacto y silencioso. Y el abuelo murió y Nanina no. El abuelo estaba frío en su cajón, Nanina estaba tibia bajo el sol: sus ojos cruzaban la noche. Era el camino perpetuamente ampliado ante sí: perderse tras ella en el monte que estaba frente a casa era reencontrar, después del miedo, la certeza de que perder un camino es descubrir otro, instantánea, explosivamente, más allá del terror. El presente se abría frente a ella en el cielo de verano como los ojos inviolables de un gigante: ella fue nuestro presente. Y fue también el mundo blanco y esponjoso de su pelo en ese éxtasis de los arcoiris cada vez más raros porque las lluvias se hacían adultas y uno no levantaba ya los ojos al cielo. Tu agonía debajo de las palmeras marcó todos nuestros posibles horizontes: de Nanina a la muerte hay una red de inabarcables imágenes y la siesta del sol da en nuestra piel, la arde, sin rescatarla nunca.

Nanina, sol y siesta son nuestra sagrada trinidad y aquí empezamos un baldío donde la pelota corrió kilómetros incontrolables entre nuestras piernas: zigzagueaba seguida de nuestras miradas y caía picando cuando todos nos lanzábamos, uno trabando al otro, impulsados por la ansiedad de todo aquel verano: La figura de la pelota en el aire fue parte de nuestro lenguaje de signos invisibles a los mayores.

Antonio, mi padre, cruzó por allí hacia el trabajo. Con las palabras de un amigo: *Cruzó orgulloso de su traje de mecánico.* Las acacias resecas y los tréboles y la gramilla vencida y amarilla, todo como paisaje: su cabeza tejía pedazos de una vida flotante, interminable, y siempre pasada. Cruzaba dentro de su traje de mecánico empujado por la brisa que hacía zigzaguear a la pelota en el vacío.

Tus pasos no marcaban el tiempo hacia la vida, y recorrías un mundo que no dejaba huellas detrás tuyo y era sólo un borrón hacia adelante: habías crecido antes de nacer y no podías.

El tiempo te absorbía fugaz y anónimo dejándote las arrugas por tu cuenta, los horarios de esclavos por tu cuenta, las

botellas vacías por tu cuenta: fuiste demasiado grande para recorrer los caminos de Nanina. Si vos te hubieras incorporado verticalmente, como un chico verdadero, antes de estar curvado con los brazos caídos como mono y la cabeza baja y los nudillos apretados inútilmente, habrías descubierto en un acto, como los locos, los suicidas, vencido y perdido, tu propio y único camino; pero ya el camino de la botella te tenía amarrado por su pico.

Dentro de la botella no está el sabor que se adueña de los vencidos y hace estallar el mundo de la imagen, dentro de ella el único camino del vómito en la noche, del sueño perpetuo.

Ni vos ni Nanina sabían (como nosotros intuíamos) que la infancia no ofrece alternativas y que ella es crecer o morir, morir creciendo: ustedes no sabían que la infancia es un rostro transitorio, un borrón en el cielo.

Aquí comienza la danza de nuestros movimientos diarios: Blanca, mi madre, bañó en un fuentón a Naty, después a Peti, después a Toti y después a mí. Aún su mano hace correr el agua por el cuerpo; aún el olor fuerte de aquel galpón-batea en cuyos tirantes las ratas tenían su circo.

Papá vivía matando a sus enemigos invisibles, aunque siempre evitaba sus caminos. Eran de Nanina los caminos del agua cuando la lluvia trazaba sus canales sobre el patio. Aún está allí la ventana con nuestras cuatro narices aplastadas contra el vidrio; aún está allí la noche, un muro frenando nuestra huida hacia la calle.

Orino contra la pared. Las manchas de humedad se animan, se espesan en los contornos de las noches de miedo. Nanina se acomoda a mi lado y duerme con su pelo cálido, palpitante y eterno. Aún estoy despierto cuando la luz del amanecer hace surgir la porosidad de las paredes y los mapas rojizos donde el revoque se ha caído.

Mamá por milagro económico hace la comida y todos reunidos miramos las manos de papá, agrietadas de trabajo y grasa. Mi hermana soñó que se moría y está triste. La escuela llama desde una esquina cercana y Nanina se lame las patas delanteras sin mirar a nadie. Ella queda en manos del tiempo hasta que regresamos corriendo, arrojando los útiles en cualquier parte. La escuela está elegida antes que nosotros y cierra los caminos

sin que nos demos cuenta. Comprendemos que las leyes de gravedad de este planeta nos caen muy mal: para soportar la escuela hubiera sido necesario un planeta más chico, un planeta donde nuestros cuerpos fuesen tan livianos como el de los pájaros. El ejército de maestras, blanco y férreo, sabe desviar las cosas más ocultas, taponar los vacíos de más aire y reducir a nada los caminos más libres de Nanina.

Cuanto menos quiero la escuela, más Nanina es la libertad: por ella descubrimos que los gatos no lloran, sino que gritan de placer, de ser felices como nosotros cuando reíamos. Ella fue siempre lo contrario a la paliza: papá era paliza y por eso nunca estuvo en la siesta con nosotros. Él era él: era los pastos de su camino hasta que se muera justamente allí donde había regresado a sentarse en un árbol, a contemplar su vejez en la del árbol, en sus cortezas gruesas y quebradas por los años: antes había estado orgulloso de ser quien era, después el orgullo se perdió y papá se estrechó hasta que fue más amplio, por estrecho, que todas las amplitudes de la noche.

Lo cierto es que Nanina y él fueron extraños siempre. Sus únicos roces eran las patadas de papá a ella, que nosotros temíamos y despreciábamos como una de las formas de la paliza.

Ahora papá estaba seguro de que vivía en un mundo: un mundo absolutamente duro y despiadado y pútrido: se aterraba de esa extrañeza que se operaba en él y que los compañeros de trabajo se empeñaban en asociar a la muerte, la locura y el vino. Ya loco, mejor dicho, ya superado su temor a estar perdido y comprendiendo que se trataba de su camino lejos de los otros, se sintió solo.

Desde las cumbres de los tallos rugosos hasta la última gota de sus ojos veía con dolor y ternura y odio la vida de otros hombres: él fue otro hombre, se perdió sin resistencia junto y lejos de nosotros. Y no sólo papá. Nanina estaba mal: sus ojos enrojecidos, su lengua puntiaguda, sus dientes blancos y al parecer blandos; era ella mirando hacia la muerte, despidiendo su corazón como un trapo baba blanca y gestos extraños, erizamiento del lomo y crispación de su cuerpo: los ojos de Nanina se cierran frente a los nuestros.

Naty, mi hermana, dijo que el mendocino don Pedro, con

olor a cebolla en el aliento y cara colorada, eso dijo Naty: él, su quinta, él, que tenía el cajón para su muerte y el de su señora doña Rosa sobre el ropero, él, dijo Naty, él la envenenó. Justamente él: cajón de muerte envuelto en tela negra; él, olor a cebolla; él, sus gestos, su maldita casa gris junto al baldío. Sus eructos sobre nosotros cuando nos regalaba duraznos eran los eructos de la muerte. Sus duraznos son ya la verdadera muerte total que nos acechaba en la escuela, en los insuficientes, en las peleas, en los guardapolvos, rotos y mugrientos; doña Rosa y don Pedro son la muerte eructante de casa gris y aliento de cebolla.

La agonía de Nanina es como pasar de chico a loco y juntamos con frenesí la leña para la hoguera de San Juan: mamá con su pollera floreada y su blusa descolorida cuelga ropa en el patio, tostándose los brazos.

Papá flotó entre él y su identidad como un extraño: quiso recordar y lloró y vomitó sobre la pollera floreada de mamá. Sus ojos, como los de Nanina: papá tenía la muerte de don Pedro en la mirada. Esa noche rompimos con la furia de nuestros pies la quinta de don Pedro, sus hermosos tomates, sus ajíes queridos, su mundo de la muerte. Él era muerte y queríamos matarlo:

—¡Hay que matarlo, viejo puto! —dijo Toti, mi hermano, olvidando lo malo de las malas palabras.

Papá lloró toda la noche en nuestra pieza única y abarrotada; se llevó el cuchillo a la garganta y no se mató. Papá temía a la muerte y nos lo dijo una noche:

—Tengo miedo mucho miedo —y en sus palabras yo estuve desamparado como nunca—. No nos queda nada —dijo también.

—¿Y la escopeta? ¡Nos queda la escopeta!

No, papá había cambiado la escopeta por un traje gris a un hombre del trabajo: no nos quedaba nada.

Pisoteamos las plantas, blasfemamos contra el mundo de la quinta de don Pedro. Contra su roja cara-cementerio, contra su verde quinta-cementerio.

—No quiero otra cosa que no sea vino —dijo papá.

—No, viejo, ¡por favor! —dijo mamá.

Nanina vomitó, como mi padre, durante toda la noche.

Nanina no se acurrucó en la cama, como mi padre; vomitó bajo la palmera con su cuerpo erizado, con sus uñas clavadas en la tierra.

Papá quería un camino donde la memoria no se anule para olvidar las cosas vergonzantes, un camino que no tuviera vergüenza ni martirio: sólo infancias de hombres. En ese camino imaginado y deseado buscó un rincón de luz, fervientemente luz; sus ojos y la luz; su boca y sus recuerdos y la luz. Estabas condenado a no encontrar nada de luz porque nunca habías abandonado tus recuerdos inútiles. Papá agradeció creyendo que moría las veces que otros hombres volcaron su ternura sobre él. Lloró por su madre que, antes de ser la *muerta*, era vencida; ella había tenido la cara de sí misma, los gestos de sus gestos y él no tenía a nadie.

Éste tu corazón que no es el tuyo no sirve para la ciudad, es un corazón de no-ciudad. Es un corazón para los fideos del domingo, para la vida y el llanto; no para el mundo, no para la ciudad, no para la vida.

La cabeza de papá se empapó de nubes oscuras, llameantes como nosotros contra don Pedro: el delirio creció en su cabeza con un ritmo de loco y mil demonios. Todos sus pedazos arrojados afuera y para nada.

—Es el delirio del alcohol —decía el médico.

No es eso, aunque lo sea: es la muerte-don-Pedro con olor a cebolla. Es la muerte-tela-negra sobre el ropero de don Pedro y es el camino que se perdió sin que otro lo suplantase; es la muerte única e irrepetible de Nanina, la machorra que apareció esta mañana debajo de la palmera, muerta, estéril, sin cría y sin pena, con la boca estirada como una cámara de bicicleta. La noche de Nanina fue la de papá, aunque siempre por caminos contrarios. A papá lo llevaron envuelto en un chaleco de lona dentro de la Asistencia Blanca y Nanina está aún debajo de la palmera enterrada en el patio de la casa. El aire, el tiempo en su memoria contiene todo: el algodón de Nanina, el camino desdibujado para siempre de papá, la risa y los llantos de mamá, la muerte ya prevista de don Pedro: muchas otras muertes en este aire viciado desde siempre.

Son mis dedos los que se resquebrajan contra los hierros;

soy yo el que va hacia el taller por el invierno, en una mañana que se confunde con el fin de la noche. Son mis ojos los que tratan de borrar las paredes para dejar de ver el brillo de la piedra de esmeril. En perspectiva, visto desde nada, mi cuerpo se curva en el patio y las manos se pegan a un hierro entre las gramillas duras por la helada. Entre varios, cada mañana, arrastramos las barras cilíndricas de quince metros de largo. Vamos del patio al galpón y las dejamos junto a la fila de tornos en marcha. Alguien está en la otra punta y grita:

—Uno, dos, tres, ¡dale!

Le doy, y caigo hacia adelante.

—Es muy pibe, pongan a otro.

—No, no —dicen—, ¡es pajero!

—Igual, ¡pongan a otro!

Nunca pude saber cómo se dilata el tiempo en la memoria. Una goma deformada, extendida por la fuerza del pasado. En el taller lavaba mis manos con kerosene y ahora saco un libro de la estantería y leo: *Miramos al belga, lo miramos, los tres, porque estaba vivo. Tenía gestos de ser viviente, podía pensar en mañana.* Mañana ya nada vuelve a ser para mí, hoy, aquí; o quizás mañana yo tenga más gana que hoy de no trabajar, de no ir por esta calle hasta la esquina, de no seguir. Mañana, un solo acto heroico que me haga sentir menos feo que ahora, un acto que me dé ese color especial que tienen las caras de los héroes.

Llego al bar de la calle Uruguay obsesionado por la idea de escapar sin movimiento, digamos, escapar de fronteras, estarse loco un tiempo en otro lado.

El llamado Pájaro estaba en el centro del bar exhibiendo una mujer que lo acompañaba.

—Besá a papá —decía Pájaro —y la mujer lo besaba; los demás reían. Todo el bar era, prácticamente, de la misma barra.

—Besá a tu papaíto querido, mi negra. —La mujer se agachaba hasta la cara de Pájaro apoyándole las tetas sobre el hombro. Los vagos reían como si el silencio fuera ese ruido que los cubría a todos. Uno se acercó a Pájaro y le pidió un beso de su compañera. Pájaro dijo:

—¡Cómo no; besalo, nena! —La mujer lo besó y éste, son-

riendo, trató de chuparla en el cuello. La mujer saltó hacia atrás. Pájaro dijo:

—¡No te pasés! . . . —y le tiró un golpe. El otro lo esquivó y con pasos lentos y taimados se fue hacia la mesa, mirando a todos como diciendo: "¿Y qué?".

—Yo —dijo Pájaro— soy todo para los amigos, pero no creo que los viviyos sean amigos míos.

Ridículo con un desafío que le iba grande, recostado contra la columna del centro del bar. Un mozo junto a él simulaba querer calmarlo y por arriba de su hombro le cerraba un ojo al agresor. Otros se agrupaban alrededor de su figura agrandada y empequeñecida por la parada. Pájaro decía a todos que sí, que un amigo para ser amigo debe ser amigo. Estaban de acuerdo. Mientras rodeaban a Pájaro para calmarlo, el que le había querido chupar la mujer, la tomaba de un brazo y después de breve resistencia la sacaba hacia la semiluz de la vereda, caminaban, hasta que se volvían los dos oscuridad.

Miraba desde un rincón como si fotografiara. Pájaro notó la falta de la mujer y empezó a gritar:

—¡Marta, Marta! ¿Dónde estás, Martita?

Los demás se volvían sonriendo a sus mesas, y Pájaro, después de mirar hacia todos, salió a la semiluz, confundido, hasta hacerse también oscuridad. Distraído, pensaba en los 365 días de un año y multiplicaba por 60: "21.900 días a mi favor, si no pasaba un accidente". De esos tenía vividos 19 años. Estaba sacando la cuenta exacta, cuando llegó el colombiano. Lo saludé con movimientos de mano en alto para que me viera. Sonrió desde la entrada y levantó la mano en saludo diciendo a su vez:

—¡Hola, amigo!

—¡Hola! —dije, aunque sabía que el otro no me escuchaba.

—Mi compatriota me habló de ti —dijo—, y si tú eres amigo de él eres amigo mío.

Ya no pensaba en escapar por estallido: pensaba escapar en un avión. Escapar por avión era no estar más en Buenos Aires, ni volver jamás a Junín. Hoy necesito un tiempo de gente extraña en sus signos. Poder ver sin ser visto, moverme sin compás, sin tensión, sin domicilio ni recuerdo. Necesito dejarme llevar por caminos de pueblos nuevos, por caminos de ciudades

grandes: caminos sin caminos y ciudades sin ciudades. Signos que no me signifiquen nada. Hoy.

—Si tú quieres —dice— puedes ganar mucho con estos libros-que-se-venden-solos. Nos miramos cara joven y cara vieja, ojos de órbitas marcadas, dos cuerpos separados por la mesa. Nos miramos cabeza melenuda y joven, cabeza canosa de pelo ralo y viejo. Yo dije que vendí libros-que-se-venden-solos y que no gané mucho.

¡Ah! de breve estupor, y aseguró que yo no encaré entonces el asunto como era necesario. No le dije que le tenía miedo a la venta. ¿Vender qué? ¿Vender a quién y para qué? El negocio de los libros era demasiado literario para ser trágico. Yo quería tragedia con lenguaje, no tragedia muda y con saco.

—¡Quiero tragedia con lenguaje, no muda!

Él dijo:

—Tú estás loco.

No hablamos por un tiempo en que Pájaro volvió, embalado y ridículo, jurando matar al que le había robado a Marta. Hablamos de Junín.

—¡Gran pueblo! —dijo él.

Yo dije:

—Pueblo chato, pueblo-pueblo.

Él no contestó y pidió otro vinito, por favor, mientras yo aprovechaba el viaje del mozo y pedía otro cafecito, sin favor.

Yo tramaba un cuento (yo escribía), yo tramaba un cuento. Un cuento, otro; un libro, otro; ¿más?: llegaría a ser apalabrado por mis propias palabras. El personaje de mi cuento era el colombiano. Lo dejaba escapar de la policía. ¿Cómo invento el delito? Me arrepentía y lo hacía correr por la calle Corrientes, mientras la metralla policial lo dejaba tendido sobre un asfalto demasiado machacado de pasos para recordarlo justamente a él. Por último, pensé que ésta era la Edad de la Opereta y no la de la Tragedia. Entonces lo mandaba a Colombia en un avión que se caía al mar y le hacía gritar: "¡Viva mi patria aunque *no* perezca". Recordé que una frase parecida era de un patriota, y cambié el grito por: "¡Ya hemos vencido al enemigo!".

—Estos libros se venden como agua, se-venden-solos —vol-

vía a decir él en un rapto de brutal manera comercial de relacionarse conmigo. Olvidado de los libros yo quería dormir en esas camas de hoteles baratos con olor a lavandina en las sábanas y un blanco duro de planchada rápida.

—Junín debe ser un pueblo maravilloso —me decía, sentado frente a mí.

Yo recité, y sé que siempre tendré esta memoria; entonces recité:

—Junín, Junín, un himno de victoria y creció la ciudad en el desierto . . .

Como todos miraban hacia nuestra mesa, el colombiano me gritó:

—Bueno, ¡basta ya, ya basta! —y yo volví a sentarme sin apuro.

—Otro vinito —dijo él y yo pedía otro cafecito. Ahora le hablaba de un San Martín con un dedo apuntando a la Intendencia, y el colombiano se maravillaba comercialmente de este San Martín que hay en mi pueblo. Y seguía con las chicas impecables que dan vueltas con sus novios por las calles céntricas y los tipos que yiran en coche por las seis cuadras de prestigio y después le decía de la babosa que moría arrastrándose en un mosaico de 20 cms. y le decía:

—Hombre de otro país —le decía—, hombre de otro país, yo no quiero morir como esa babosa que da vueltas.

Me decía que —él también decía, decía, decía— no tenía que ser tan miedoso y que ya vería cómo íbamos a ganar mucha plata, más de lo que yo pensaba. Gracias (yo). No hay de qué (él). Otro vinito. Otro cafecito. Pájaro volviendo, la risa de los otros. Pájaro escapando.

—En Junín viven Antonio y Blanca, mis padres —le digo. Se manda el vino para preguntarme, limpiándose la boca, si yo los quiero. Le digo que no sé si los quiero, pero que lo mejor es no querer a nadie. No comprende. Se rasca la cabeza. Nos miramos ahora donde los ojos son firmes y pienso que tres años atrás me hubiera asustado pensando en la locura. Pero aun tres años atrás en esta situación hubiese hecho lo mismo. A las seis horas de charla me dormía, y un tango sonaba en una radio, y el colombiano cruzaba épicamente las fronteras y ubicado en

Cartagena discutía con un hermano cura y vomitaba, según decía, contra el fuerte de San Felipe. La herencia se le iba de las manos por una tramoya familiar y él, joven y bárbaro, se prendía a las polleras de la hija de un general, jugándose la vida en un acto de bravura erótica, enfrentando a toda la sociedad de Colombia, que se confabulaba para separarlos. Ahora cruzaba las sabanas colombianas, que no son las mariconadas de la novela de Rivera, sino una vorágine de sangre, sed y fuego como él la vivió y Rivera no, según dice. Él luchaba en los llanos colombianos con los machos, que eran machos porque habían nacido machos y seguirían siendo machos de puros machos, gritaba golpeando la mesa y los chisss-chisss de los mozos no hacían más que servir de música de fondo a lo que se desarrollaba en su cabeza. Embalado por los chisss-chisss de los mozos y los vinitos multiplicados, junto a mis cafecitos, me mostraba una rasgadura de cuchillo que le cruzaba el brazo y me miraba en desafío.

—Mirá —le decía—, mejor nos vamos a dormir y mañana nos llenamos de plata con esos libros-que-se-venden-solos.

Él no cedía en su matanza, y yo me asustaba por lo que tendría que escribir si no paraba: ya era necesario una novela con epílogo, prólogo, capítulos al medio, crecendo y descenso sin fatiga: maneras de ser leída, creadas con pleno conocimiento de las conciencias lectoras. Él se me escapaba de todos los cuentos tramados. La Gran Novela se dibujaba en mi cabeza, pero no se escribía. Cuando más se dibujaba, más me sentía tentado a escribirla y me poseía la tristeza de un trabajo para el cual era necesario tiempo, plata, casa, comida, máquina de escribir, distracción, amor y otras cosas que los novelistas declaran tener. Cómo podía, por dios, escribir esa novela, como *El Quijote,* y de menos páginas, en un siglo de mucha competencia, donde ya estaban los grandes que habían escrito lo único que a mí me parecía justo.

Otro vinito y otro cafecito: ahora José el Guapo, que era guapo, entraba en escena corriendo caballos de carrera, y como padrillo personal de mujeres de raza, de tan grande raza como la de los caballos que eran de lo mejor. Hermano —dijo terminante— hermano, serás cura, pero yo soy macho. Y José el Guapo, que era guapo, le contestaba las cartas a todas las hem-

bras de las cuales yo estaba podrido. Y si me recordaré de los 30.000 que ganamos con un caballo que valía lo que vale un pedo. Le dije, no lo corras José, y él dijo lo corro porque soy guapo. Le dije, y nos dijimos, y él corrió igual y salimos ganando por tres cuerpos, con este José cojudo que era guapo. El cuento sin cuento era una novela de unos 34 capítulos. Esto sería falso: sería una novecha-chicle que hace toda extensión una experiencia corta. José el Guapo era guapo. Bien: ¿pero qué quiere decir éste con eso?

Me llegó un día un viejo a mi escritorio Luis XV y se paró mirando fiero y de costado.

—¿Quién sos viejo?, —le dije.

Me siguió mirando el guarango con una mirada de mierda que daba asco. Yo era un señor y lo miré más fiero con la cabeza inclinada como miran los señores, yo era un señor. Yo pensé que todo era así: por ejemplo el escritorio no era Luis XV porque este XV de Luis las paga por todos los Luises más complicados. El quince romano es fácil: ¿quién no se tentaría a tener un mate, una bombilla, un calzón o un facón Luis XV? Además yo tenía amigos entendidos que sabían demasiado bien que nadie escribe una novela, cuando como yo, no conoce el verdadero significado de las frases, el peso de las palabras, el sentido del verbo verbar. Un día pasé vergüenza al no saber contestar qué era semántica, frente a una mirada severa que parecía conocer todas las semánticas del mundo. Pero era un viejo encorvado y flaco el que llegó ese día a mi escritorio Luis XV:

—Siéntese viejo —le dije.

—No —dijo el viejo y tiró un fajo de billetes sobre mi escritorio hermoso y Luis XV.

—¿Qué es eso viejo?

—Es la deuda de mi abuelo con su abuelo, adiós.

Así nomás te cuento.

—No sea prepotente —le dije— y vi 70.000 colombianos sobre mi escritorio Luis XV. Tómese un whisky conmigo y yo sí sabía de dónde era la maldita deuda; pero los viejos del llano no toman whisky y el viejo me miró fiero, ya me estaba haciendo enojar. Viejo que se caía de flaco, más flaco que los gorriones, el viejo flaco de mierda y claro que la deuda venía de antes porque

mi padre y mi abuelo eran machos y hacía su propia Reforma Agraria y hasta le regalaban cafetales a la gente desgraciada de la zona esa donde ellos tenían sus riquezas.

Otro vinito, ¿tú qué tomas?

—Otro cafecito —dije y ya tenía el hilo del asunto; no era un hilo muy claro pero se entendía: yo caminaba por la calle y encontraba un hombre: Vos —le dije una vez—, vos querés que yo tenga miedo, qué me venís a contar todos los días historias de balazos.

Yo caminaba y un hombre se detenía cerca mío: era un hombre canoso. Yaco, un amigo, sonreía y pedía un whisky; entonces sabía que no estábamos en la calle, sino en un bar. Sabía que Yaco tomaba whisky porque era colombiano.

—El doctor es mi amigo —dijo el canoso mirando a Yaco.

Recordaba a Mirta o a mi amigo Juan Mazzadi, de Junín. Ahí había como un suspenso: alguien giraba la cabeza, alguien caía de espaldas sobre el piso y se desarrollaba un acontecer de rayos fulminantes y yo estaba en un inevitable cine de mi adolescencia con Flash Gordon en el cosmos y los ojos hundidos en la pantalla.

—Mi hermano el obispo —dijo.

Estábamos allí, la noche y toda la niebla de un verano húmedo, vaporoso. Las hojas de algunas plantas exhalarían algo que yo no vería desde la mesa del bar. Entonces sé, que se puede, que es verdad, que la idea de la alfombra es exacta, que se puede desarrollar una alfombra delante de uno, que se puede decir: pasé por el barro, pasé por el fuego, pasé por lo peor de lo peor; pero sin embargo nuestros pies se acurrucan dentro de zapatos exactos, nuestro cuerpo en su ropa: la alfombra está en nosotros. La alfombra pasa por donde no pasamos.

Mi hermano el obispo: vos insistías porque la amistad entre varones permite la insistencia; porque la soledad entre varones permite la insistencia; porque vos no sabías que delante tuyo había algo, estabas hablándote como quien se pajea: en verdad, aunque pasamos varios días juntos, nunca nos vimos la cara.

Mi hermano el obispo y las verijudas de mis primas, hembras reprimidas y trotadoras aunque se hacían las mosquitas

muertas; todos ellos se ensañaron para que yo perdiera a mi hembra. Mis primas son malaentrañas como mi hermano el obispo y yo te digo a ti que no hay peor enfermedad para nadie que el no cojer suficiente, cuando las verijudas de mis primas no eran cojidas anduvieron contra mío porque yo no me metí en las verijas de ellas como un macho; por celo de hembras se me tiraron en contra, yo que no sabía estar más caliente con la hija de ese general, ella era mujer vana y bonita que se quería figurar. Yo me quería pasar el día cojiéndola y ella que se quería pasar el día mostrándose a los amigos; y así me fui a pelear al llano, ya podrido de esa vida vana; y también me fui al llano porque soy macho.

La noche sobre esos edificios que alcanzo a ver en parte desde esta mesa de café. Los ojos no tienen casas pero sí las calles asfaltadas: casas viejas, casas nuevas, toda suerte de casas; todo un gran caserío. Las esquinas declinan hacia el río; pero aún no hay peligro. Escribir un cuento que empiece nombrando cualquier cosa y termine de manera que yo sienta que está todo nombrado, que otro esfuerzo carece de sentido: un final como una plena justificación. La calle está como decir; mirar desde un submarino las calles sucias del Brasil.

Sé que tengo que eliminar esta idea de hacer literatura. Muchas veces (el colombiano mira a los mozos y trata de encontrar, eso creo, la forma de pelearse con uno de ellos) me criticaron esta idea: la intensidad de la vida misma, la dureza aceral de la realidad, lo cotidiano; pero yo sigo tan aburrido y tenso como hace tres años.

Allí está ahora —me es fácil imaginarla—, la forma de todas las aristas en una sola forma, está allí la forma de la arista mayor como quién dice el palo mayor de un barco. Esta noche que pienso en barcos, y ya con esta tres veces que digo barcos y sin embargo jamás estuve dos horas arriba de un barco. Desde chico pensaba que uno tenía que hacer un poco de todo.

1) Viajar en avión.
2) Viajar en barco.
3) Largarse en paracaídas.

4) Subir a una montaña.
5) Hacer cosas prohibidas en general y particular.

Hacer lo que más repugna a los viejos y a toda la gente que le repugna a uno. Pero nunca me puse a enumerar de manera sistemática mis deseos. A lo mejor escribir, justo ahora se me ocurre, es una forma de enumerar. Una forma infantil.

El colombiano quiere otro vinito y me convida con otro cafecito. Espero que se canse; esta noche sé que dormiré donde él me lleve.

Desde el vamos dijo:

—Si no tienes donde dormir duerme en mi hotel, yo te llevo.

Entonces empiezo a recordar y negar a los charlatanes de la radio: los del asombro grabado. Ahora sé por una radio-portátil que están asombrados de la calidad de no sé qué media de mujer, asombrados de la experiencia del tango. Un escritor argentino discute algo previsto de antemano con respuestas y todo. Giro la cabeza, la radio la tiene un colombiano culto (a todos los de ese bar los creo colombianos) que está escuchando una audición cultural. Miro al colombiano que ahora no quiere salir de los llanos y se tirotea con una banda de cajetillas, según dice.

Yo podría imaginarlo sobre un caballo elástico y elegante como una mujer de playa, persiguiendo con su olfato viril a muchachas aceitadas y resbalosas como esquimales. Luego él en una posesión mítica sobre una alfombra roja, donde se representa la caza del landoba y las flores cubriendo los cuerpos al caer empujados por la brisa desde las rejas oxidadas que marcan los límites exactos de la familia, o la tribu.

Sirvientas jóvenes y mudas le alcanzaban preservativos en bandejas de plata y se llevaban los fetos abortados en otras bandejas parecidas a las primeras. Un sol rojizo cayendo desde lo alto del fuerte de San Felipe, o la fortaleza de San Felipe suspendida del sol como una aparición. Y un oscuro de noche (pura tarjeta postal) creando el clima exacto de misterio, capaz de enloquecer o hacer gastar a un turista americano, con su esposa clara y fresca.

Mundo éste maravilloso —decía el colombiano, que estaba queriendo pelear con alguien, arrojándose sobre los fantasmas de su cabeza y retrocediendo con alaridos de furia y guerra contenida. Los vasos balanceándose sobre la mesa del bar de la calle Uruguay, aquí en Buenos Aires y el futuro borrado.

—Mozo, otro vinito, ¿y tú qué quieres?

—Otro cafecito.

—¿Por qué no nos vamos a dormir?

Un momento —dijo golpeando la mesa, mirando fijo a nada y escapando en la memoria—, un momento, que mi hermano el cura, podría mandarme plata si quisiera, pero él es puro de Dios y Cristo y los curas y no me ve como hermano; pero yo estaba cansado de esa mujer pura y bonita que se quería figurar sin respetar mi voluntad de macho: yo me fui a los llanos. Colombia me llamó (sublime de sublimidad colegial en día de fiesta patria) y yo, no le respondí...

El colombiano había empezado a hacer arcadas y a tumbarse hacia adelante, agarrándose el estómago, mientras yo semidormido recordaba un poema de Quasimodo, leído por Santana, y lo paseaba en la memoria: aquel muchacho que huyó de noche con un abrigo corto y muchos versos en el bolsillo, pobre de corazón, lo matarán un día.

—Aquí me pongo a cantar al compás —empezó a aullar el colombiano, abriendo un Martín Fierro de lujo que pertenecía a la serie de los libros que-se-venden-solos...

—...de una vigüela, que al hombre que lo desvela una pena extraor-dinaria como el a-ve soli-taria con el can-tar se con.

De ahí saltó a otra página, comentando entre dientes, —macho lindo carajo y flor de macho.

—Un padre que da consejos —siguió—, más que un padre es un amigo y ansí como tal les digo que vi-van con precau-ción, naide sabe en qué rincón se esconde el que es enemigo, enemigo —repitió—. Tú podías ser enemigo de Colombia —y empezó a mirarme con cara de granuja—. Pero si tú eres enemigo de Colombia, yo te mato como a un perro, pendejo, te mato.

Tranquilo, yo estaba tranquilo mirando por entre los ojos mojados y vidriosos, esperando un golpe para saltar y escapar, sin pieza, pero tranquilo.

—Pero tú eres el amigo de mi amigo y eres mi amigo porque eres el amigo de mi amigo, pero si no te mato, mato.

Todos comenzaron a girar sus cogotes colocando los ojos hacia nuestra mesa. Mato, la palabra mato, los hizo volver como resortes.

La idea que alguien podía rodar ensangrentado, desparramado, aullante, por el piso dormido del café, los puso tensos. La esperanza de salir del tedio, murió en una sonrisa del colombiano y su grito otro vinito, ¿tú qué tomas? —otro cafecito. Desengañados de nosotros volvieron sus cabezas a su aburrimiento anterior. No, no había muerto y el colombiano que instantes antes golpeara las tapas del libro al cerrarlo, volvió a abrirlo buscando allí algo significativo que le pudiera servir de puente a la memoria.

—¿Por qué no nos vamos a dormir? No, un vinito, ¿tú qué tomas? ¿Nada-nada?

—Sí, no tomo nada.

La falta del pocillo creó un vacío en mis manos y sobre la mesa. El colombiano no podía empinar su vaso cuando yo no hacía lo mismo con mi pocillo y espiado, así, como se sentía, terminó por levantarse. Pagó sin protestar. El mozo suspiró, hizo ademán de dar el vuelto, que de antemano sabía que quedaría en su bolsillo mugriento en los bordes, contra el blanco del resto, por las monedas que caían allí durante el día.

Y salimos, pero no fue salir de un bar. Una salida distinta sin analogía poética ni patética, una salida, que era el acto de salir, como salir de nada hacia nada, y para nada. Salimos de una manera que sólo puedo verla ahora, y sólo puedo decir que nos miraban, que miradas de complicidad y sonrisas de perdón pasaron por las caras de todos.

Yo llevaba una maleta-portafolio con folletos de libros, el colombiano agarrándose de las paredes y la noche en la ciudad, herida en los focos de las esquinas. Un silencio de ruidos en la calle, una forma de movimientos en los coches y las piernas de la gente, y sobre todo la idea de estar flotando en el mundo.

—No me apuren, ¡carajo! —gritaba el colombiano sosteniéndose en la pared y tratando de caminar.

Yo me veía estar en la calle y tenía la tranquilidad de un maniático tan loco como para no dudar ni verse con la mirada de

los otros. Todos éstos eran tan variados y plásticos, que uno no se cansaba nunca de hurguetear en su carne, andar entre ellos y hablar, decir disparates, conseguir monedas y vagar, mirar, tocar y seguir de largo, reventar, en fin, sin fundamentos, sin obligaciones.

No tenía detrás mío una familia, un horario, ni siquiera una llave de pieza, cara al cielo. Entonces me veía con el colombiano y me gustaba porque este vivía en su memoria, como quien dice, en su salsa. No tenía nada que olvidar ni nada que recordar: estaba en la memoria como en un colectivo y se bajaba de ella para trabajar y ganar plata para el vino, la comida y la pieza. Después, montaba la memoria y era por muchas horas un mago que dominaba un mundo de límites fugaces y de espesor fascinante.

Vamos para el hotel —decía sin mirarme y conteniendo el vómito en la garganta, yo podía sentir la oleada cuando la frenaba con un crac, y un movimiento rápido de cabeza, hacia atrás. Después, apoyado en la pared, daba otro paso y repetía —vamos para el hotel, ¡carajo!

Me preguntaba qué pensarían de nosotros esos que se daban vueltas para mirar, esos que seguían murmurando palabras en las orejas de sus mujeres. Me acordé de Antonio, mi padre, y aún hoy no sé que historia estaba reviviendo junto al colombiano borracho. Qué historia, cuando lo tiraba del saco, cuando lo sostenía, cuando lo miraba como si el chico fuera él y no yo.

Llegamos al lugar. Él señaló levantando la mano.

—Llegamos pendejo, y me parece que estoy medio en curda.

Lo quise agarrar del brazo.

—No soy un guanaco para que me lleven del brazo, yo sé como tengo que hacer las cosas.

¿Si? Yo no sé.

Vivía todo como una repetición. Ese momento, los momentos que vendrían en una pieza previsible, los de la mañana siguiente, todo lo que ocurriese ya estaba en mí. Era vivir plagiando un instante único que siempre se retira, un instante que entreveo y que se esfuma. La luz a la entrada del hotel, las cortinas sucias de las ventanas, el olor del lugar: todo se hundió en ese instante siempre presente y nunca revivido.

Al llegar a las puertas desfachatadas sentí un agolparse de puertas de hoteles sobre mí. Piezas hediondas por mi memoria y también

tenía, ahora, sobre mí, cantidades de horas muertas, sin por-venir ni por-hacer. Estaba sentado debajo de una lámpara y leía un libro de historia. Entonces yo tendría el secundario hecho y podría decir que no en vano abandoné Junín y que no en vano desde chico era pelado y me decían el Loco. Todo lo que hacía de mí un bicho negativo, lo usaría para hacerme positivo, a través de la magia trastocadora de mi título de bachiller. No quiero reirme de mí ni de los otros. Es simplemente el recuerdo de un sabor: yo, hombre distinto que podía terminar hasta en la cárcel; hacía de esa diferencia el trampolín exacto de mi triunfo. Todo lo que fui tendría otro sentido cuando el bachiller fuera universitario; el universitario profesor; el profesor becado; y el becado un orgullo para la Argentina. Premio Nobel de algo. Por ejemplo de Arqueología, justo de Arqueología; a mí, que tanto me gustaban las cosas enterradas desde chico. Pero lo negativo no fue positivo y la alquimia necesaria se quebró en primer año. Y subía las escaleras con el colombiano tambaleante y el cuerpo adolescente. Se agarraba con fuerza a las tablas sucias de las escaleras, en cuatro patas, sin permitir mi ayuda, sin mirarme, gesticulando, mi hermano, el obispo, se moriría de vergüenza de verme así. José el guapo se reiría, un macho así, por cuatro copas, un hombre. Se enderezaba hasta el pasamanos, ya derecho sonreía sin mirar, los ojos dirigidos hacia el foco rojizo, balanceado al final de la escalera.

El hotel era un amontonamiento de escalones, muebles sucios, penumbra y ladrillos viejos con revoques carcomidos: PAGUE PUNTUALMENTE LLEGUE A HORARIO EVITE LOS RUIDOS MOLESTOS, y una calcomanía sobre un azulejo, col gando con esta inscripción:

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición
Pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

Arriba un loro con una guitarra, y flores verde-amarillas, percudidas de polvo. Llegamos al final de la escalera y nos detuvimos

(yo detrás del colombiano) frente a un mostrador donde un viejo leía un diario y una luz más sucia y rojiza iluminaba las llaves colgadas bajo los números de los cuartos. Caminamos, siguiendo al viejo, por un pasillo opaco, luego por una escalera de lata y otro pasillo hasta una pieza única sobre lo que me pareció una azotea. El viejo abrió, sonrió y saludó.

En la nueva luz amarillenta de la pieza vi a un hombre roncando en una cama, los pantalones colgando del espaldar, también los zapatos atados por los cordones.

Al ver los zapatos protectoramente atados y la ropa al alcance del dormido, el colombiano se enardeció:

—Somos honrados y no porquerías —gritó—, y yo pensé que dormiríamos en la calle, si el hombre se despertaba y hacía escándalo.

—Se las aguantarán si desconfían de uno —gritó más fuerte.

El dormido parecía muerto. El colombiano dejaba caer la ropa por la pieza. Ya sentado en la cama, gritaba:

—Se las aguantarán, se las aguantarán —hasta que se zambulló y se revolvió sobre sí repitiendo: se las aguantarán. Cuando se durmió, permanecí con la luz apagada, las manos en la nuca, mirando la oscuridad, mejor dicho, mirándome en la oscuridad. Me veía vacío y solo entre ronquidos trataba de recordar, de recordar cualquier cosa por el recuerdo mismo, para no saber que estaba allí, despierto.

Después dormí; o ya estaba en el sueño: caminaba por una calle de hambrientos, con los ojos oprimidos por gases, y apretaba sobre el lado izquierdo de mis labios un sorete duro y filoso. Era una calle donde caía la gente; sin ser vista por los otros que ya estaban cayendo. Se abalanzaban sobre mí, para quitarme aquello duro que cortaba la carne, y yo sabía que ellos querían alimentarse, vivir de él, pero se los negaba en una dolorosa actitud. Trataba de sacarme la dureza que me lastimaba el labio, pero no quería que me la arrabataran; era un situación que se confundía, como si corriésemos de prisa hacia la muerte.

Los hambrientos se colgaban de mi hombro, manoteaban cerca de mis labios y caían gimiendo llevándose entre sus uñas parte de mis pelos, sangre y carne desgarrada.

Cuando desperté tenía el labio dormido, como si efectivamente

algo duro hubiese estado apoyado allí, respiraba bastante agitado y me senté para poder, a través del movimiento voluntario del cuerpo, dominar mejor mi situación. Los ronquidos y la oscuridad. Sentía un tufo de pieza que en ese momento me repugnaba. Yo había dormido en piezas compartidas, pero se trataba ahora de otro tipo de asco relacionado con el sueño anterior. Seguramente tenía el brazo apoyado en los labios, pensé.

El sueño lo recordaba nítido, como una película, ya sentado veía sobre la oscuridad, borrosamente, algunos de aquellos tipos alucinados. Despierto, descalzo y silencioso fui hasta la puerta y la abrí, con la intención de mirar la escalera de lata por la cual había subido la noche anterior. Nada especial, simples escaleras carcomidas; la pieza, comprobé, estaba apoyada en una azotea.

El colombiano dormía y el durmiente de la noche, ya se había hecho humo. Un montón de chicos jugaban abajo, en un patio circular. Unas gotas de agua caían y salpicaban al piso nublado, llovía.

Abajo, en un cuarto, un hombre trataba de hacer entrar a una mujer que tenía un balde en la mano. El hombre asomaba medio cuerpo cubierto de una camiseta-malla, la mujer estaba afuera, resistiéndose.

El hombre tiraba del brazo libre de la mujer, los chicos hacían una ronda. Todo se inmovilizó como si alguien me avisara que estaba ya al final en la puerta de la pieza como si ya se supiera que todo o cualquier cosa era absolutamente inútil.

Los tirones del hombre hacían caer el agua del balde sobre la ropa de la mujer, los pelos de ella se soltaban, caían y se movían en silencio. Yo los miraba con la estupidez con que se mira un espectáculo, una mentira organizada por cuenta del hotelero para ser vista por mí. No sentía nada porque me sentía centro-fuera, centro independiente hacia lo cual todo estada dirigido, pero nada podía tocar. Descubrirme espectador me molestó. Era mirar a destiempo un mundo encerrado dentro del límite estrecho de una pecera. Nunca me sentí tan separado, nunca fue tan extraña la se-pa-ra-ción. Y era sencillo. La mujer terminó por dejar el balde en la puerta de otra pieza y entró, pasiva. El hombre le dio una palmada en la nalga y cerró su puerta, lejana, en mi nariz: en mis ojos que se sorprendieron porque antes habían anulado la distancia.

Ya cerrada la puerta de la otra pieza, yo trataba de oler las medias y calcular el crecimiento del olor, después de caminar unas cuantas horas bajo el sol. Las medias parecían bastante limpias, ¿nublado?, no tenía otras y me las puse.

El colombiano se movió:

—Ya estás levantado tú —y saltó de la cama hecho un hombre nuevo.

Tomamos café con leche en un bar. Yo lo miraba sin creer que él fuese el de la noche anterior. Serio, afeitado, limpio y sereno me explicaba los precios. Lo hacía con atención y ritmo, parecía, increíblemente, un hombre como todos.

Buscaba señales vanamente, me sentía engañado. El colombiano novelable había sido una estafa y se me fueron las ganas de vender libros.

Del bar salimos cada cual por su lado. Yo, con un portafolio oscuro, repleto de folletos y unas cuantas monedas que él me había dado para el viaje. Estaba vendiendo. Tenía que decir: se ve que usted es un hombre (o mujer) culto (o culta) y que le gustaba la buena lectura, eterna, la que fue buena hoy y lo será, buena hoy, mañana y después. No me diga, señor, que lo molesto. No soy yo quien lo interpreta sino la cultura, sí, no sonría, la cultura. Aprovechaba la sonrisa (según el colombiano cuando uno decía eso de la cultura todo el mundo sonreía invariablemente) y le encajaba el folleto más colorido en la jeta. Ya está. Pero la mujer (u hombre) se resiste, no importa: hay otros argumentos o no los hay, se inventan a la marcha. Crear una necesidad es cuestión de tacto.

Reboté, esa tarde, en varias oficinas y terminé vendiéndole un libro a un conocido cobrándole $ 300 de seña. Mi ganancia.

Aquella noche recorría la calle Corrientes. Yo no pasé esa noche, es imposible pasarla.

Recorro la calle Corrientes, llena de mugre, baldosas saltadas y chicos. Mujeres con revistas y bolsos, muchachos que gritan sexta, asesinato, sin decir dónde, voceando la renuncia de un ministro sin país. Camino, lento, pegajoso contra las vidrieras iluminadas (5790 saco sport todas las medidas) y siento los años, unos pocos, vaciados contra la forma aguda de los otros. Y de pronto dudo, tengo miedo de estar vivo, de ocupar este cuerpo y no tener defen-

sas. Yo no tendría que haber escapado tan pronto de mi casa. Hubiera sido necesario crecer, hacerse fuerte, aprender a trampear, ser ágil y listo.

En estas circunstancias escapo hacia el chico: Oíd mortales el grito sagrado; y me asustaba de las palabras. ¿Sagrado, sagrado? me preguntaba sin poder recuperarme de la extrañeza. La palabra mortales me asustaba más aún. Yo me imaginaba *mortales* colgando de una soga con la lengua afuera, como aquel petiso que era albañil y apareció una mañana colgando de un árbol frente a casa. A *sagrado* lo imaginaba (por la palabra grito, gritó sagrado) gritando desesperado de soledad entre cráteres de almanaques como los que había en la cocina. Gritando el pobre y solitario *sagrado,* en un lugar desierto y lleno de fuego como el infierno de las catequistas. Además en la casa de mi abuela, las catequistas hablaban de *sagrado* y con mucho respeto. Por eso pensaba que había muerto en el fuego terrible. En la calle Corrientes recuperaba esa infancia. Me asaltaban aquellas ideas nítidas envueltas en un tiempo sólido, que se abría al contacto con el exterior, brillando, para cerrarse luego. Me deslizaba de un ángulo a otro, de un espacio a otro en la memoria, sin levantar todo desde adentro, para aparecer tal cual era. No dejaba que el sol me acorralara, persistía en mi sombra, mentía y disimulaba lo que no tenía por qué ser disimulado, negaba y afirmaba allí donde hubiese tenido que dejarme caer y relajarme. Hubiese querido reabsorberme en las baldosas, disolverme, hacerme humo. Pero eran estas veces donde mi cuerpo se me insinuaba entero, entonces caminaba y recordaba, no tenía salida.

Oíd el ruido de rotas cadenas: esta parte del himno la cantaba con fuerzas porque creía que se refería a mi padre que trabajaba en un taller donde había máquinas, fierros y cadenas.

La casa, las palmeras, las noches de dolor y tiempo, los ojos de los sapos y su misterio, los amaneceres después de la lluvia, las veces que quisimos ser grandes y estar solos: todo volvía allí.

Estaba cansado de andar y no podía estar quieto en algún lado: hecho de residuos de escuela, de películas, de fantasías de amor. Cortado en tantos pedazos como era posible cortar a alguien sin que se rompa. Encerrado en mi piel no veía ni podía ser visto. El dinero, los libros, las esperanzas, los sueños, los deseos, quebra-

dos en sus crestas, las sonrisas borradas, todo estaba suelto en mí, todo en el mundo. Sin embargo, esto era lo peor, las calles seguían iguales.

Una vez le comenté a mi padre que yo lo veía a él, firme y serio, cortando una cadena cuando cantaba el himno.

—¿Qué decís? —preguntó mi padre.

—Digo que te veo a vos cortando una cadena en la parte en que gritamos: Oíd el ruido de rotas cadenas —grité cerca de él.

Mi padre se molestó, dijo que no, que él era oficial ajustador, que solamente hacía trabajos de precisión con máquinas, que eso de cortar cadenas era asunto de peones y que además ahora había máquinas especiales, eléctricas, que cortaban las cadenas, los fierros, lo que fuese.

Después me dijo:

—Si seguís pensando disparates te vas a volver de la cabeza: —hizo tornillo con el dedo, cerca de su oreja y me empujó.

No dije ni ay, y me fui a cazar pájaros. No cacé nada.

Mi tío cantaba: he tenido muchas, muchas minas, pero nunca una mujer.

Yo le pregunté a mi abuela: ¿qué son las minas? Y mi abuela me pegó como aquella vez en que estábamos en la casa de mi padrino y yo le dije —abuela, tenés bigotes como el abuelo. No sentí que me pegase más de lo que sentí que no me contestara. Cuando iba a buscar kerosén pasaba por un pieza abandonada, con ladrillos puntiagudos y lavados por la lluvia. Allí vivía un hombre flaco que me gustaba porque con sombrero negro parecía Colt Miller. En la pared había rejas, de esas que se usaban en las ventanas antiguas. Algunas de las veces en que yo pasaba, el hombre estaba con el torso desnudo y sus músculos eran fuertes como los de Misterix.

Siempre estaba solo tomando mate en la puerta de la pieza o bien montado en un caballo flaco, recorriendo el pedazo de campo que estaba dividido del resto por alambre de púas. Un día me quedé parado, serio desde el lado exterior del alambre mirando al hombre solo, sin mujer, tomando mate cerca de las rejas. Corrí alegre hasta la casa de mi abuela. Aquella noche me

acosté seguro de haber descubierto solo lo que eran las minas. El hombre vivía solo y tenía todas esas minas oxidadas contra la pared. Lo único que me extrañaba era que en la casa de mi abuela no se encontraran por ningún lado las minas de mi tío. Mucho tiempo después lo supe, sorpresivamente, y sentí vergüenza y alivio, porque ahora (entonces) lo sabía de una vez para siempre, y de la misma boca de un mayor. Pero tampoco le creía mucho a estos mayores, desde que mi papá *se hacía* a mi mamá, según me dijeron en la escuela. Esto pasó pronto, pero no me gustó, porque no me gustó: y la noche que lo descubrí, entre los ronquidos de mis hermanos, nuevamente, no pude dormir.

Entré en el bar y desde la puerta saludé al colombiano. Antes de llegar hasta la mesa, él ya me gritaba:

—¿Cuánto vendiste tú?

No me había engañado. Estaba tan borracho como la noche anterior.

—Vendí un libro y gané 300, pero gasté 55 —informé—. Vos, ¿cuánto vendiste? —pregunté a mi vez, sentándome.

—Pero, cómo quieres que venda si la única carpeta te la di a ti.

—Mañana salís vos, entonces. ¿Me tenés desconfianza?

—No, en absoluto.

Pero yo estaba distinto. Ya no me interesaba, quería escapar. No quería estar ahí, ni escuchar historias de Colombia, ni historias de nada: estaba harto de historias. Mientras lo miraba y hacía como que escuchaba, pensaba en la manera de irme lo más cómodamente posible.

El bar estaba lleno del mismo tipo de vagos que la noche anterior. Los mozos leían el diario y todos en general hablaban de fútbol, de carreras y quiniela. Un jugador de fútbol bastante conocido posaba delante de un espejo y todos le dirigían preguntas, le decían Gardel de la pelota, cuántas minas te levantás, cómo sos, que los whiskies, los cabarets, los taxis, la plata, los dólares, los viajes. Él explicaba sin darle importancia a sus palabras, de tal manera que el asombro crecía.

—Y después —le decían— te va a comprar Italia, vos tenés porvenir, seguro que llegás arriba.

El otro seguía diciendo:

—Más o menos, muchachos, y más vale menos que más.
—Por favor —exclamaban todos.

Mientras escuchaba anécdotas del colombiano me molestaba la manera que tenían de entender e interesarse por las contingencias e intimidades del famoso. Como también me hinchaba la forma en que se contaban historias con mujeres-siempre-a-favor-de-ellos: y me quedaba perplejo cuando veía la capacidad que tenían para enamorarse de la figurita de una yegua de carrera, cada vez que una de éstas aparecía en los diarios. Hasta el espejo que servía de fondo a las botellas, el espejo donde se quebraban las caras, estaba lleno de figuritas de yeguas de carrera.

Me disculpé del colombiano, lancé un pretexto inentendible y escapé a la calle, entre la gente, contra las vidrieras, mirando como un bobo las mesas de los libros de saldos. Tenía ganas de verme de otro lado y hacerme muecas.

Dentro de mis zapatos había un charco donde se me resbalaban los pies: recordé que ella estaba en Junín. Pensé, tengo que escribirle, tendría que viajar. No pensé hasta la esquina siguiente en que volví a pensar, una y otra vez pensé en pensar. Tenía ganas de que estuviera cerca, ganas de vivir con ella. Verla al acostarme, andar juntos por los subterráneos, por las calles. Compartiríamos los cigarrillos, nos reiríamos de la gente.

En la punta de los zapatos había durezas que me hacían doler los dedos. Pensaba dar una vuelta, husmear por los cafés hasta encontrar un conocido para charlar un rato y luego volver por el colombiano para subir, más tarde, la escalera de lata hacia la pieza donde estaría durmiendo el desconfiado con los zapatos atados al caño del espaldar. Toda esa noche pensando, sin saber qué pensaba, mirando unas ofertas de Modart, sorprendiendo en mí las ganas de vestir con pinta.

La noche previsible, en la pieza, pasó. No recuerdo los sueños que tuve, los movimientos que hice antes de dormirme. Al levantarme para ir a trabajar tenía ganas de no moverme de la pieza. Caminé por los corredores del hotel, arrastrando una mano por la pared, y entré en el baño. Estuve fijado en el espejo mirando las arrugas y los pliegues de la cara. Si forzaba los ojos, la cara se borraba. Era necesario no pestañear y todo se borraba.

Después había colores breves, un parpadeo y de nuevo el rostro somnoliento.

Ya en la calle me empecinaba en no ver a los otros. Los ruidos y los coches y la gente. Los diarios en las esquinas, las revistas, algunos gritos, gente que se conocía. Me parecía imposible que alguien se conociese en Buenos Aires, pero había los que saludaban a un hombre, desde el colectivo, y el hombre les contestaba contemplando el semáforo de reojo. Trataba de no ver nada, de sentirme liviano, alegre, saltaba los cordones de la vereda, silbaba, sonreía hacia arriba, hacia la punta de los edificios. Seguía igual. A las pocas cuadras estaba cansado y hundido. Al entrar a una oficina apretaba el portafolio y sonreía, casi siempre era una mujer la que se levantaba, se movía, daba unos pasos y preguntaba:

—Joven, ¿qué desea?

Yo: Vengo por libros —ya tenía el portafolios sobre la mesa.

Ella: Yo no, no sé si mis compañeras.

Otra: No, libros no, por favor.

Y hasta un señor que después de mirarme fijo y ver que yo no entendía su fijeza, dijo:

—*Aquí está prohibido eso de vender libros en los momentos de trabajo.*

Quería preguntarle quién prohibía. No dije nada y pensé: es un castrado. Al bajar las escaleras lo pensé cornudo, y para pasar de lo particular a lo general: esunhijodeputa. Un boludo, un payaso a sueldo, un tarado, uno de esos que mueren acomodándose el pelo, estirándose el pijama por si el jefe los va a ver.

Seguía y el trabajo se iba convirtiendo en un girar inútil. Entraba en una oficina y me rechazaban. Estaba mal, me rechazaban, entonces estaba peor y me rechazaban más. Era la presencia de los márgenes. Empezar de cero. Era necesario un lugar desde el cual medir la situación y largarse. Pero este juego de pileta era anterior a todo, me sentía como si viniese nadando desde un tiempo en el cual no sabía caminar. Nacido en la pileta. Una familia donde la menstruación sea la bomba atómica de la nena. Una familia que se tomara de mundo, centro y todo. Aquí afuera los contextos se mueven, colean, arrastran y se pierden, todo juega sobre todo.

Trato de explicarme algo. Explicarme me alegra. Estoy parado en una esquina con el portafolios, el sol, las monedas. Parado como si me llamaran. Nadie me llamó. Siento que, sin embargo, ellos (no sé quiénes) saben que estoy aquí. Anoto en un papel eso de que las chicas de familias nos arrojan los hímenes a la cara como si fuesen chicles. Los hímenes intactos. Quiero cojer. Festejo con un café. No sé por qué anoté lo anterior. Después del café, de nuevo en la calle, sentí ganas de tener plata y no salir a visitar gente ridícula que siempre está ocupada.

Nada ya que fue, podía ser de otra manera. Es mejor encontrar al colombiano e irse a dormir como un buen hombre. ¿Cómo soportar la pieza del hotel, pregunto? No por eso me voy a ir. No, estoy y estaré aquí hasta que reviente. Cuando por la noche me encontré con él no pude dejar de plantearle la posibilidad de ir a vender libros a Junín. Allí estaba la familia y ella que era la superación de esa familia por la familia posible encarnada en nosotros. Entonces juego terminado: la víbora mordiéndose la cola. Allá se podía descansar, ir caminando hasta el parque, hasta el canal. Andar en bicicleta, correr de nuevo por las calles de arena, saltando las veredas con la rueda delantera en el aire y pedalear, pedalear durante horas. Pensé en los lugares discontinuos por donde me había movido los días anteriores. De una esquina a otra, de una cara a otra, dentro de casas y cosas imposibles.

¿Cómo se podía pasar por tanta gente sin quedarse con alguien? No me haré las otras preguntas, las que me interesan. De pronto estábamos rescatando una cadena en un banco de empeño; viajando a Palomar a ver un compositor que le pondría música a una canción de la mujer del colombiano. No, una canción de una amiga de ella. Su mujer era concertista y vivía en Córdoba o Santa Fe o Rosario: él me había mostrado los recortes de diarios distintos donde se hablaba de sus conciertos. Gran concertista, decía, y yo la quiero. Aquí entraba en la afectividad. Ésta era la cara donde él tenía mujer, amaba y recordaba de la misma manera que yo recordaba a Mirta. En el tren a Palomar me resistí, le dije varias veces que tratáramos en lo posible de no ir a Junín. Caminando por el costado de la estación Palomar seguía

hablando de lo mismo y repetía: trataremos de no ir. Nos perdimos y le preguntamos a unas chicas.

—Niñas —dijo él—, ¿podrían informarnos sobre un compositor?

Una de las chicas era la misma, bañada y olorosa hija del compositor. Encontrada en esa calle, nos acompañó con sus compañías. Caminamos entre cuatro sexitos bañados hasta la casa. Un chalet limpio como los que ciertos militares tienen en Junín. Rejas de madera pintadas de rojo, techo a dos aguas y ventanas iluminadas con las cortinas recogidas.

—Un primor de casita —dijo el colombiano galante a la sexito que contestó sí, con un mohín más o menos de ahora.

Dijo sí. Yo sentí su olor y recordé que hacía dos meses que estaba mano a mano. La miré como si la empapara. Ella sonrió hacia las otras pibas.

—Gracias, niña —dijo el colombiano cuando sexito le señaló la puerta.

—No hay de qué señor —contestó, y me miró de reojo fulminante, como en el cine.

Pero ya el colombiano se había pegado al timbre y buenasnoches buenasnoches, buenasnoches. Explicamos y nos hicieron pasar. Nos recibió un viejo parecido a Cristo. Un viejo flaco y débil, profundo, que terminó siendo (ya era) un tímido y simple jubilado bancario. Nos preguntó de qué parte de la extensa Argentina veníamos. Dijo así, extensa Argentina.

—Junín —dije yo, siempre dispuesto a nombrar lo que menos me gustaba.

—De más lejos —dijo el colombiano con soltura de viajero acostumbrado.

Por una puerta interior apareció otra hija del compositor sonriendo, como si saludara desde el escenario de un teatro.

—La nena —dijo el viejo.

—Encantado —repetimos a coro el colombiano y yo.

Rápida, la nena fue hasta un armario despatarrado de madera y sacó de él copas y una botella de ginebra medio llena, medio vacía. Otra puerta interior se entreabrió y se asomaron sucesivas y veloces una vieja y una mujer joven de cara redonda y colorada. La nena miró hacia la puerta y luego hacia nosotros y

sonrió embarazada-y-virgen, como disculpándose de las asomadas de las otras mujeres de la casa.

—Nosotros, gracias a Dios, cobramos puntualmente —abrió la payada el viejo, al aire y sin mirar a nadie, pensando en otra cosa.

—Yo no me jubilé, gracias a Dios y mi poca edad —contesté agresivo.

—Jaja, yo tampoco —me siguió el colombiano, mandándose la ginebra y volviendo a llenar la copa con el impulso del mismo movimiento.

—Dentro de unos minutos —dijo la nena, también pensando en otra cosa— los atenderá mi padre.

—Trabaja mucho —dijo el viejo—, y en lo que dice el joven (¿yo qué dije?) siempre hay un futuro jubilado en cada hombre.

—Abuelo, no seas malo —dijo la nena.

—No, hija, fue un chiste. Mi hijo trabaja mucho.

—Eso es cierto, pobre papá —dijo la nena, parada contra el armario y sonriendo con inentendibles movimientos de cabeza.

—Qué se le va a hacer —apoyó el colombiano.

—Así es la vida —agregué con énfasis afirmativo.

—Hay que trabajar, no más —afirmó el viejo, contento de no estar solo, aunque aburrido de la compañía.

—Si no se trabaja la cosa anda mal —expliqué compungido.

—Así es, joven / así es, señor / así es, nena / no hay duda / el hombre honrado / eso sí.

—Gran verdad, joven.

—Así es, compañero —dijo el colombiano y alargó la mano hacia la botella—. Es verdad. No cabe duda. La vida. Las cosas de la vida. Eso sí. Más vale tarde que nunca. Quien mal anda mal acaba. Y al mejor cazador se le vuelan las perdices. El perro es el mejor amigo del hombre. Dime con quién andas y te diré. Más vale pájaro en mano.

—Ya lo creo, joven —exclamó el viejo.

La sabiduría de los ancianos, la última batalla, noches de amor y de alegría, hecho a mano, el poder y la gloria, la bastarda, retrato de un desconocido, los caminos de la libertad, el casamiento, otras inquisiciones: títulos de libros con los cuales pensaba hacer un texto. Un relato hecho de títulos de libros y

estereotipos: las armas secretas traen el poder y la gloria, no son necesarias otras inquisiciones y es necesario vivir muchas noches de amor y de alegría antes del casamiento. La impura es bastarda, pero no todas las bastardas pasan por el mismo túnel. La vida en serio, el ocio creador es lo necesario para perder el miedo a la libertad. No se va al muere por un kilo de oro, no se vive sobre una alfombra roja y si se hace no se debe confundir eso con una temporada en el infierno. Al vencedor se le caen las medias si descubre que el eros y la civilización se excluyen y que la condición humana, la esperanza, el parto sin dolor, el sí de las niñas, son tierra de nadie, intereses creados. Y porque todos nos vamos a morir la semántica no puede con el final del juego y sobre los héroes y las tumbas una meada del mundo, amén.

—Ustedes que vienen de afuera deben tener mucha hambre —dijo el viejo, y miró a la nietanena que se venía con un montón de salamín y queso en un plato.

—El aire sustancial de las provincias —expliqué yo.

—Es claro, claro —dijo el viejo.

—Allá tiempo y hace lejos yo comía mucho más —dije.

Nadie se rió. El viejo dijo que también él en su juventud era de mucho comer, que después los años, el trabajo, los problemas, la vida, lo hicieron de poco comer, pero que él no se quejaba porque Dios gracias a Dios le había dado mucha salud.

—Se ve que es hombre sano —dijo el colombiano mirándome.

Estaba por decir que cualquiera podía darse cuenta de que el viejo no menstruaba, que era fácil imaginarse que nunca había tenido hijos en su panza, esas cosas. No lo dije.

—No hay como una buena comida —dijo el viejo.

Es verdad, eso sí. Copitas, cigarrillos, queso y salamín, sonrisas, la puerta que se abre de sorpresa. Sucesivos buenasnoches, algo como un remolino, un movimiento veloz, todos de pie. El compositor hizo su entrada y rápidamente ocupó su lugar en la mesa, pidiendo al azar un cigarrillo. Vi nubes de humedad sobre el techo, un mundo de signos para mí. Volví a los años de la cama y el palpitar de la noche, a la oscuridad y locura del mundo adulto visto desde aquel instante que había sido mi infancia. Soy ya adulto hasta la última forma de mis ojos y mi cara. Un adultón joven, juvenil, con todo un por-venir, toda una tragedia sin

mañana. La tragedia —pensé— es una pavada. Lo único trágico es creer en la posibilidad de la tragedia. No hay tragedia, no hay nada.

No hay nada, me repetía, no hay nada, cada cual hace lo que quiere. Yo y vos hacemos lo que se nos antoje. Verdad y mentira: yo no podía en ese momento escapar de la mirada adulta de los que me rodeaban. Estaba inmóvil como en las tardes en que no podía escapar de mi casa en la siesta. No eran necesarias las puertas cerradas, bastaba con la mirada de Antonio. Basta ahora con la mirada de éstos para que no me mueva. Quiero pararme, escupir al viejo, empujar al compositor, decirle al colombiano Vos no hablés y empezar por besar a la nena, recostarla sobre la mesa o el piso. Pararme —repito—, frenarlos a todos y cojer con la nena sobre el piso hasta no dar más. No hice nada. Una frase: esos son problemas que no se solucionan.

—Mire, señor —dijo el colombiano—, yo puedo pagar lo que sea.

El compositor echó el humo hacia arriba dibujando mapas en la luz del foco. Extendió las manos hacia el humo y todo fue los segundos que anteceden a las primeras palabras (casi siempre modestas y simpáticas) de una conferencia. Lo miré: tenía un pantalón gastado, camiseta y un sobretodo de mangas flequeadas por el uso.

—Estaba durmiendo, mucho trabajo, el cansancio —explicó, permitiéndose bajar los brazos, que apoyó con suavidad sobre la mesa.

—Disculpe usted, vine de muy lejos para verlo —dijo el colombiano, calculando sus palabras y el efecto.

—No tiene importancia —dijo el compositor—, no tiene importancia, por favor, hombre; ¿en qué puedo servirlo?

—Servirme, en nada.

—Bueno, bueno; digo, pregunto, ¿a qué se debe su visita?

—Es que yo —empezó el colombiano— dejé en sus manos, cuando usted trabajaba en la casa de música de la Avenida de Mayo, unas canciones de mi esposa. Tampoco eran de mi esposa, al volver fui a la casa de música y me dijeron que usted no trabajaba más, pues yo me pregunto qué son de esas canciones a las cuales había que ponerle música. Se lo pregunto a usted por-

que allí me dijeron que es a usted a quien tengo que preguntarle si fue a usted a quien le di esas canciones. Y yo quiero que me diga qué pasa.

El final fue terminante, de bajada de martillo de remate. El compositor lo midió entre el asombro y el bostezo.

—Así es, así es, lo que usted dice es exacto, más exacto imposible, casi diría certero, perfecto, lúcido, en una palabra: usted está bien informado, pero le falta lo principal. Trabajar yo allí, ja, jo, ¿yo?, ja, ju, ¿yo? (el colombiano empezó a embalarse y se le notaba en las manos que iba cerrando y apretando cada vez más fuerte), ¿yo?, ya no, ¿trabajar allí? —seguía el compositor—, seguir allí, pobres de ellos, explotadores, hijos de sus buenas madres (hijos de putas en todo caso, corregí mentalmente), atorrantes, piojosos. Perdone (se echó hacia adelante buscando la posición del que explica), lo que ocurre es que el talento sin guita no es valorado. No, qué digo, se cagan de risa de uno. ¿A quién le interesa el arte en realidad?, a nadie, señor mío, a nadie. Sencillo, a nadie. —Se embalaba y golpeaba la mesa con los dedos. Un ritmo que se apresuraba y se contraía.

La nena lo escuchaba como si hubiera ido por equivocación a una clase repetida. El colombiano me miraba buscando una clave en un gesto que yo no hacía porque escuchaba y esperaba como si no tuviera otro interés que escuchar todo lo que se le ocurriese al compositor, que seguía con su ritmo de dedos y decía:

—Paso a explicarme, querido amigo. ¿Cómo no?, ahora mismo le explico. Es sencillo, clarísimo, a nadie le interesa el arte. El arte es ahora una cosa municipal, por decir así, una cortesía para con los idiotas. Es la cloaca cada vez más apestosa de las partes superiores. Hoy por hoy, la ciencia. Ésa es la verdadera sala de recepción. Allí se festejan entre ellos los nacimientos y las muertes. El arte es WC, mi amigo, a nadie que yo sepa le interesa otra cosa que sus poses infantiles, sus trencitos hechos poemas, música, sus batallas ganadas hechas novelas. Ay, ay, amigo mío. —La parte de los trencitos me gustó. El viejo se llenaba de un orgullo escéptico y paternal—. Sí, sí —prosiguió—, dejé el trabajo y hasta cometí la burrada de escribir un libro para los neófitos, neófitos de mierda, la mitad de los ejemplares se pudren dentro de ese armario. (Señaló a la nena, fue casualidad,

ella estaba apoyada en el armario.) Ahora trabajo en piano (estaba más tranquilo), entre amigos nomás, en un buen lugar muy fino, y ayudé a muchos amigos anónimos como su esposa. ¿Qué le vamos a hacer?

Al colombiano no le gustó eso de anónimo en relación a su esposa y empezó a buscar en el portafolios la carpeta donde guardaba los recortes de revistas y diarios y en los que se hablaba de los conciertos de su mujer, a la vez que decía:

—Mi esposa no es anónima ni mucho menos, ya dio conciertos en Mar del Plata, Santa Fe, no es anónima ni mucho menos, lo que pasa...

—No, no —interrumpió el compositor—, yo lo entiendo, míreme a mí, yo le compuse a Leo, a Falú, a muchos otros, pero las monedas, la guita, la plata, el mango, el hacerse infeliz y desdichado, la desgracia general de todos los artistas... —reflexionando—: Véngase mañana, yo le buscaré las canciones de su esposa, amigo, créame.

—Mire —protestó el colombiano—, esto queda lejos, ¿por el centro, dónde lo puedo ver?

—Componer canciones —hablaba sin escuchar—, guardarlas, tirarlas, casarse, tener hijos, enterrar la generación anterior y ser enterrado por la que viene, sufrir y luchar y seguir sufriendo, si lo sabré yo. No se preocupe, soy responsable. Ando en la mala, uno se amarga, siempre lo mismo, pero, por favor, no me confunda con esos compositores de café que se lo pasan en un bar haciendo grandes obras.

—Está bien, muy bien —cortó el colombiano en busca de la síntesis—, pero, ¿dónde puedo encontrarlo?

—Bueno —dijo el otro—, llámeme a este número. —Le alcanzó una tarjeta—. Es el bar donde paro, allí estoy casi todo el día, si no estoy, dígale a los muchachos, ellos me avisan, me conocen bien y saben que soy un...

—Muy bien —dijo el colombiano—, está muy bien.

Nos despedimos. Cuando estábamos extendiendo la mano a diestra y siniestra, salieron las mujeres de la puerta entreabierta y extendieron sus manos, haciendo presentación y despedida a la vez. La vieja mujer del viejo. La joven mujer del compositor. Todo en orden. La nena sonrió con su mejor sonrisa, y el com-

positor también. Caímos en el vaho a flores del pasillo que cortaba el jardín y daba a la vereda. Así, cara a una noche fresca y llena de olores, me sentía muy bien. El colombiano, enfurecido con el compositor, le arrojaba muertes violentas y maldiciones.

—Charlatán, qué va a escribir libros ese guanaco. Pero yo llamo a un abogado amigo y lo refundo, y le hago hacer un buraco en el culo, un gran buraco en el culo si no me devuelve las canciones.

Yo, por estar en contra, dije:

—Un abogado, amigo o no amigo, no ayuda a nadie.

—¿Por qué dices eso? —gritó—; ¿tú crees que los únicos son los artistas?; mirá a este guanaco, mirá, éste es de los tuyos, y mirá qué cosita de guanaco que es.

—Ése no es de los míos, yo soy de la generación al revés, éste todavía está al derecho —seguí con una seguridad cómica, contento de la noche, contento de caminar por esa calle terrosa y vacía—; estos tipos son viejos, están del otro lado, se los puede catalogar, etiquetar, rematar, los de mi edad no tenemos forma todavía, somos imprevisibles.

—No entiendo como tú hablas, pero nos vamos a vender libros a Junín y esto lo arreglo yo cuando vuelva, pero nos vamos, porque si no nos van a comer las pulgas en ese hotel sarnoso.

Junín, Junín: había caído en mi propio lazo. Quería estar con él para que me atajara si por las dudas se me ocurría volver y ahora los dos iríamos a Junín. Todo quedó arreglado. Aquella noche viajé solo. El colombiano se uniría a mí después de tres días, porque esa misma noche festejaba una fecha de Colombia, en la embajada. Compré un cuaderno y en el viaje recordé infinidad de títulos para el relato de títulos de libros; y en cada parada, en el salón comedor, llené de barquinazos la idea de una novela donde yo era el personaje más interesante.

Subí en un tren que iba hacia el pasado, un tren que hundía sus raíces en el centro mismo de ese instante, la infancia. El olor de la tierra y esas extensiones húmedas de campo, las noches en que mirábamos la luna. Mi hermana decía: no la mirés fijo que te vas a volver loco. Era verdad. Blanca siempre contaba que Ventura estaba loco por mirar la luna. Quería operar a la madre

con una cuchilla que siempre tenía en la cintura, y juntaba prospectos y muestras gratis, de tan loco que estaba. Yo la miraba bien, en el centro, porque a esa edad no me interesaba, ni me asustaba, la locura. La cama y las veces en que orinaba apoyando la pijita en la pared para que mis padres no sintieran el chorro, que de esta manera bajaba silencioso y era absorbido por el piso de ladrillo. Cálculos hechos sobre la altura del tapial del colegio, sin encontrar nunca la manera de saltarlo. Andábamos entre los muros enfermos y cada recreo era un martirio de miradas hacia la altura del tapial. Escapar. Nos frenaban las posibles protestas que las maestras harían a nuestros padres y las palizas que luego caerían sobre nosotros. Quien se animara a escapar también de su casa no volvería jamás a la escuela. Nadie se animó. Los feriados, rojos en el almanaque y misteriosos en nuestras cabezas, interrumpían el ritmo de la escuela. Para San Juan y San Pedro prendíamos una fogata y bailábamos con un calor que traspasaba las zapatillas pampero y nos hacía mojar los pies. Los más audaces saltábamos y las llamas nos rodeaban en el medio del salto sin quemarnos. No era el respeto por los viejos parecidos a los muertos, sino un respeto total entre el mundo y nosotros. El gorrión en la planta, serio, a la espera de nuestras piedras. Las sandías con sus panzas verdes esperando el robo. La siesta de sol cómplice. Todo nos desafiaba y nos frenaba.

En este vagón sucio de la línea San Martín no sabía que poco después no volvería a ver más al colombiano. No sabía que nunca es temprano y, apoyado al borde del río, tiempo después pensé en la época del hotel, de la escalera de lata, en el colombiano. En este vagón sucio con esa señora que le habla a su marido, que la escucha con su cara de marido: entre los solteros que miran con sus caras de solteros a las solteras con sus caras de solteras, volví en un viaje que nunca imaginé.

El tren está lleno de puchos, de gestos, de pedazos de mortadela y pan. El palo enjabonado cerca de la carrera de bicicletas. Nuestras caras apuntando a un cielo lleno de salpicones de sol. Un sol que daba sobre todos sin centrarse en ninguno. Nuestras fachas de pantalones rotos en el culo, y el sol y los pastos verdes naciendo entre los que ya estaban secos en el campo pisoteado. Aún Nanina era una realidad y las historias de impotencia

nos eran desconocidas. Nuestros ojos sabían ver la contextura de un puñado de arena entre los dedos. La boca de Nanina no era una flecha apuntada hacia la muerte, sino el aliento que empañaba el vaso donde ella tomaba leche. Todo llega o vuelve por la memoria hacia el pasado. Un viaje de ida y vuelta hacia el presente, escabullido por mí en estos trenes, en estos proyectos alimenticios y estériles.

Nanina y el sol: amo el sol, su resplandor es único. El sol significa ese espacio abierto más allá de los techos cerrados de todas las ciudades. Un espacio donde la ciudad, vista desde un avión, se vuelve sobre sí en el abrazo de su historia. Sin el sol jamás hubiera entendido un solo poema, un dolor solo, un grito más allá de las monedas, el trabajo, los techos dados vuelta sobre sí. Y si Nanina tenía los caminos de la amplitud y el aire, era porque ella tenía los caminos del sol. Nos podían mentir la historia que ellos mismos inventaban. Podían inventar a Dios, a los héroes de la historia. Pero no podían inventar el sol, no podían engañarnos con él.

Olvidar, hundir el cuerpo en el ruido. El ruido de los trenes, de las ciudades, el ruido de esa carrera de bicicletas que está en la última vuelta. Esperábamos el final para empezar lo nuestro, la parte que nos correspondía, el palo enjabonado. El boliche de Mere era la central. La gente gritaba:

—¡Ganó Pescado, la tiene comida!

Y otros:

—¡Qué la va a ganar, la gana Cotini!

Para nosotros arriba, a un costado del cielo, estaba la salvación. El turco, con un balde echaba agua sucia sobre el jabón colocado en el palo.

El parlante es un cohete, un satélite o una película de guerra: gris, firme, fuerte, brillante bajo el sol sobre la pared vieja. El parlante intruso, tan distinto de la gente, atronando:

—¡Los que tengan arena en el bolsillo serán descalificados; atención, repito, descalificados serán los que tengan arena en el bolsillo!

Polo y Daro dejan caer un puñado de arena que tenían apretado en la mano hasta el último atención. El parlante nuevo, ajeno, de puro domingo bajo el sol. Si el calor seca el jabón lo

subo fácil. No voy a necesitar arena, con las manos y los pies basta. Tengo el número tres, después viene Polo y después Daro, que es como una luz. Me ajusto el pantalón y empujo a los grandes. Entre las piernas de todos, apretado, alcanzo a ver la parte de calle cercada especialmente para la carrera. La arena abierta en surcos por las ruedas que ya dieron 29 vueltas y están en la última. Los mayores se empujan para ver mejor. Cruzo la pista corriendo y escucho a los que me gritan:

—¡Cuidado, mocoso de mierda; saquen ese pibe que va a estropear todo!

Hasta el del parlante grita:

—¡Los padres del pibe, por favor, los padres del pibe, los campeones se acercan, cuidado con el pibe, no se ve al puntero, el final será de mucha emoción y, cuidado, por favor, con los pibes!

Cuando aparezco entre los que están apretados del otro lado varios quieren pegarme. Vuelvo a gatear entre piernas, tirando a todos de los pantalones. No sé dónde quiero ir. Quiero alejarme del palo hasta que sea el momento. Quiero escapar porque tengo miedo de perder.

Los de la carrera se acercan al final. Ahora se grita más. Una mujer, sobre los hombros de un hombre, se tira de los pelos y grita:

—¡Dale, Pescado querido!

Me paro al lado y grito:

—¡Cotini, Cotini, solo, dale Cotini!

A mí no me importa; grito para molestarla.

Hubo tres descalificados por cortar camino, uno herido y dos que abandonaron por desperfectos en la máquina. Pescado y el Ruso se disputan la punta. Pescado es un héroe que vive por la casa de mi abuela, tiene un cuerpo largo con dos piernas como troncos. Lo llaman Pescado porque tiene el pecho en punta, hacia adelante, como un pejerrey. El Ruso también tiene su fama.

Pescado tiene una bicicletería y la máquina más liviana que hay en Junín, y hasta corrió en las pistas de Buenos Aires. Pescado siempre tuvo más hinchas a su favor, más máquina, más fama. El Ruso tiene menos máquina, menos fama y menos hinchas, por eso se lo ve menos seguro.

Van parejos en la punta y cruzan por detrás de la cancha de Ríver, ya dan vuelta en la esquina del boliche de Basili y se asoman en la recta final, cerca del boliche La Loba, que es de mi padrino. Arriba del boliche, Rómulo y Remo, y la loba que les da de mamar con sus tetas de cemento, desde las cuales crecen plantas verdes por la humedad.

Rómulo y Pescado en la punta. Remo y el Ruso agitados, con la lengua afuera... La loba y el grito de la gente: ¡Pescado, Pescado... Ruso, dale y Ruso, dale! Todos se amontonan y parece que se está por armar una de piñas.

El turco hecha más agua sobre el palo porque ve al jabón demasiado reseco. Pescado saca una cabeza. El parlante extranjero, potente, gris, increíble, grita:

—¡Pescado en la punta por la recta final seguido del Ruso!... ¡El pelotón a muchos metros de ellos... los campeones llegan en un emocionante y reñido final!...

Pescado trastabilla en la arena demasiado peligrosa y no muy bien regada por el camión municipal. El Ruso lo pasa media rueda, Pescado da un empellón final y vuelve a tomar, con gran esfuerzo la punta, El Ruso, parado sobre los pedales, hecha el cuerpo adelante.

El palo enjabonado queda solo, todos le dan la espalda y miran el final jadeante de la carrera.

Pescado toma la punta a nueve metros de la llegada. El Ruso con los ojos cerrados y parado sobre los pedales lo sigue a tres metros en un final emocionante. Señores, como nunca, ganó ¡Pescado Gaveglio! seguido de la brillante actuación del Ruso Cotini, grita el parlante conciliador.

Todos se amontonan alrededor de la máquina del ganador. Yo estoy de pie mirando el palo enjabonado, cuya punta se pierde en la brillantez del cielo. Los que perdieron la carrera se quedan a un costado, no hay tercer premio y el pelotón se hunde anónimo entre los pocos conocidos de cada corredor. Algunos amigos les palmean los hombros y en seguida corren a vivar a Pescado que está frente al micrófono dedicando el triunfo a los familiares, amigos y a los organizadores. El Ruso vacila y después abraza a Pescado, dedicando él también su segundo puesto.

Ahora el palo enjabonado, señores —grita el parlante—. Los participantes en la cola exhibiendo sus respectivos números.

Y sube Gómez resbalando desde la mitad y Meana dejándose caer gordo y cansado en el primer esfuerzo. Me toca a mí, vacilo. Hecho una mirada que quiere ser segura sobre Darito que se ríe con suficiencia. Después miro a Chiquito que me hace ademán de burla agarrándose los huevos con las manos, sacudiéndoselos con movimientos exagerados. Doy la espalda a todos y miro el palo enjabonado, desde atrás me traspasan miradas afiladas. Me aferro con las manos lo más alto posible y doy el primer envión. Otro envión y cambio de técnica. Me sostengo con las rodillas y trato de atrapar el palo con las manos para el impulso siguiente. Por momentos sólo me sostienen las rodillas, suelto las manos y me esfuerzo por agarrar al palo, un centímetro, tres, diez centímetros, más arriba. Voy hacia el sol, hacia los caramelos.

Desde abajo algunos se ríen, otros me gritan:

—Dale gallego, dale.

Y algunos deformando la voz:

—Boludo, gran boludo.

Cierro los ojos y las orejas, me cierro todo para sentir que estoy solo, yo, el palo y la punta y que nadie está mirándome y esperando por lo que haga. No suelto las manos y doy el envión con las rodillas —dale que ya está gallego— grita alguien, y yo, sin abrir los ojos extiendo las manos que giran en el vacío sin encontrar nada. Lo hice porque oí una voz que me gritaba ya está, pero la punta se pierde lejos y las manos se encuentran nuevamente con un pedazo del palo interminable.

Las piernas ceden, todo cede. Es un esfuerzo que me deja sin aliento, me mareo, los pies con el estómago, con cada parte mía, con todas las partes que tengo, con todo siento que me precipito en un zumbido y calor entre las piernas. Las risas, los gritos y la fricción que parece me quema por dentro y el vértigo y los talones que golpean la tierra entre las burlas. Sin darme vuelta corro hacia mi casa para que no vean que estoy llorando. Los gritos y las caras de Darito y Chiquito me siguen hasta debajo de la cama, donde estoy metido para terminar de llorar.

Camino por mi casa, cargado de una atmósfera extraña. Al día siguiente la atmósfera estalla en gritos. Bambi se llama nues-

tro perro y Antonio, mi padre. Por las noches Bambi espera en el pasillo largo y oscuro de la casa a otro perro más viejo que él. Bambi es un perro de origen entremezclado y el otro es de policía, achacoso, que avanza por la calle de tierra (los vecinos nunca pudieron hacer asfaltar a pesar de las muchas veces que levantaron tantas firmas) y entra con facilidad, todas las noches, porque en la casa no se cierra ninguna de las puertas. Mi casa se asemeja a un hospital, un pasillo largo con puertas a ambos lados.

Los curioso de la calle en que vivimos es que de noche, las casas parecen de cartón. Dan esa apariencia la construcción baja sobre veredas altas, iluminadas por los focos débiles que cuelgan en las esquinas.

Esa mañana Antonio se levantó enojado y arrollando el cinto en la mano derecha empezó a pegarle al Bambi, que se acurrucaba sin escapar. Los ojos de mi padre estaban grises y como diluidos dentro de un hueco de cenizas. Mira sin ver y mientras pega, recuerdo fugazmente a otro perro que mi padre mató de una puñalada.

Era una noche parecida a la de navidad, después de festejar un cumpleaños había quedado mareado y rodeado de botellas de vino. Pensaba y se le crispaban los puños. Decía palabras sueltas:

—No me engañan, tengo muchos años —y seguía mirando las botellas.

Mis hermanas habían salido y no regresaban. Mi padre, lo supimos, maquinaba muertes para ellas. El perro entró en la casa, cruzó el pasillo frente a las puertas alineadas y se metió en la cocina. Bajó las patas de atrás y se quedó mirando a mi padre. Se miraron, el perro no pestañeaba, mi padre tampoco. Enojado porque no bajaba la vista le preguntó:

—¿Querés algo conmigo? —y siguió—, soy un hombre, vos sos un perro de porquería, pulguiento, ¿qué me venís a mirar así?

El perro seguía mirándolo.

—¿Qué te crees, contestá, o me estás dejando hablar como si fuese un loco?

El perro siguió mirándolo con esa cara de buey que tenía y mi padre se abalanzó con el cuchillo. Antes de que el perro pudiese saltar se lo hundió en el pecho hasta el mango. De un tirón lo sacó, y tiró otra puñalada que pasó de largo, detrás del cuchillo

se fue de cabeza hasta el rincón con gran ruido. El perro salió tambaleándose a los gritos, cruzó el pasillo de cuartos alineados y llegó hasta la puerta de calle, donde cayó muerto. Nosotros lo arrastramos hasta el baldío y todo terminó. Ese era un perro ajeno, ahora se trataba del Bambi que era nuestro desde que nació. Cuando más le pegaba, el perro se acurrucaba más. Mi madre empezó a gritar y mi padre se encaró con ella. Al sentir los gritos nos lanzamos todos de la cama, gritando.

Antonio estaba en el centro del patio y nosotros lo rodeábamos a tres metros de distancia uno de otros y a cuatro o cinco metros de donde estaba él. Cada grito lo hacía correr hacia el otro. Cuando se aproximaba a mí, gritaba mi hermana, se volvía hacia ella y gritaba otro, así, hasta que se calmó.

Y se calmó porque temía que lo llevaran de nuevo a la clínica de enfermos mentales en Buenos Aires. Todas las tardes le cuenta al vecino que la clínica es para enfermos nerviosos, pero el otro sabe que no.

Ya tranquilo, mandó a mi madre a que hablase por teléfono al taller:

—Estoy enfermo, deciles.

Al mediodía agarró la radio y la tiró contra el suelo. Mi hermana se agachó y la frenó un: Quedate ahí. Después la levantó él, y la sarandeó cerca de la oreja. Producía un tintineo que escuchaba como si fuese un juguete. Terminó el litro de vino y empezó a gritar porque tenía la ropa manchada. *Nadie* veía *nada*. Fue hasta el ropero y tiró todo lo que había al patio:

—Todo esto está sucio, andá a lavarlo —gritaba—. Aunque nada estaba sucio, mi madre, de miedo, metió la ropa en la batea y se puso a fregar, llorando.

Me voy a trabajar, voy a matar a tres por lo menos, hijos de puta que me espían. Antonio se ponía la gorra para irse y mi madre se la sacaba para que se quedase.

—Soy conservador, prepotente y altanero —lloraba.

Mi madre decía:

—Quedate viejo, andá a dormir.

Salió para el trabajo cantando, por el medio de la calle larga, plana, caliente, de tierra. Había un sol fuerte, su figura tambaleante se mezcló con la de los chicos que jugaban a la pelota.

Una hora después llegó un hombre flaco, golpeando fuerte la puerta preguntó:

—¿Antonio García, vive aquí?

—Sí —contestamos—. Está tirado en la plaza, debajo de una planta.

—¿Cuánto hace? —dijo mi madre para ver si podía hablar.

—Una hora más o menos, está mareado el hombre y dice bolazos.

Yo no quise ir, me quedé esperando en la puerta y vi a mi madre avanzar por la calle, junto a ella Antonio y del otro lado el placero. Venía colgando entre los dos y las piernas le flotaban sin dar un paso.

En la cama, apenas lo acostamos, empezó con visiones en las paredes. Blanca llamó al trabajo y los patrones aceptaron pagar una ambulancia y la plata de una internación en la clínica.

Blanca se sentó en la cama y acariciando la cabeza de Antonio comenzó a llorar.

—Son de alambre —gritó sorpresivamente—, son de alambre y los voy a doblar.

—¿Ustedes me quieren?, mucho, poquito, nada —y se reía con la camisa de grafa y los brazos flacos caídos al costado. Son hombres de vidrio, a mí no me van a matar... ¡cuidado vieja! cuidado con el éter, ¿quién lo trajo? ¿para qué trajeron el éter, Dios mío?, me voy a volver loco —trataba de incorporarse—, me estoy enloqueciendo, tengo toda la cabeza colorada por dentro, mirame vieja... ¿usted quién es? ¿Usted quién es? —y nos miraba a nosotros que no sabíamos quiénes éramos.

—Somos nosotros —decía Blanca—, estate tranquilo, viejo, somos nosotros.

—Vieja querida, se están rajando las paredes, no ven ustedes, son ciegos... no dejés entrar a esos negros, vieja, me quieren matar, yo, soy un mecánico verdadero, no de esos... tengo un oficio, vieja... siempre... ¿Me quieren mucho, poquito, nada...? Digan, vamos... son de vidrio, vieja, me la ganan por el éter, si no... qué quieren conmigo, tengo toda la cabeza colorada por dentro... Miren —trataba de incorporarse.

Momentos después llegó la ambulancia y se lo llevaron dentro

de un chaleco blanco con mangas largas que se anudaban atrás, dejándolo inmóvil.

—¿Dónde vamos? —decía Antonio y lloraba—. ¿Dónde vamos? y trataba de moverse.

Nos miraba como si nos reconociera. Me clavó la vista a mí y después de un instante dijo:

—¿Vos sabés dónde me llevan?

Y como si estuviese volviendo de algún lado agregó:

—Yo no estoy loco, por qué me hacen / me da risa la cara de pava que tiene esa mujer /. La ambulancia partió rápidamente levantando arena.

Me fui caminando hasta la plaza. El hombre flaco que me había visto, me preguntó:

—Che pibe, ¿el loco es tu papá?

Yo le digo que sí, pero que no es loco.

El hombre me contesta que conoce un curandero que cura a los locos por el vino —yo me voy—. Me grita que si queremos él puede llevar a mi padre a un curandero. Me doy vuelta. El hombre está lejos y le grito:

—¡Más loco será usted! —y hecho a correr hasta mi casa.

Cerca mío hay un hombre que habla de máquinas de coser. Otro lo escucha y ríe.

—Y ¿cuánto gana? —pregunta el hombre que ríe.

—Por máquina tres mil pesos y en el campo me vendo seis o siete en cada viaje.

—Usted es de Buenos Aires.

—Sí, vivo en Caballito, un barrio bárbaro.

—Yo soy de Chacabuco, trabajo en la Ford.

—Y claro —dice el vendedor de máquinas— la mecánica es lucrativa.

—Sí, yo dentro de poco me instalo por mi cuenta.

Estamos en un pasaje oscuro cerca de una estación. Mucha gente agarra bolsos y camina mirando el reloj.

—Estamos atrasados.

—Ya lo creo —digo yo indiferente.

El que habla me sonríe.

A muchos metros se ve una luz roja y después un andén y el

tren aminora la marcha. Aprovecho la poca velocidad para mirar hacia ese lugar donde Antonio era alegre y tenía ganas de poner un taller con Traverso y trabajar por su cuenta. Traverso lo visitaba y lo embalaba.

—¿Sabés tú —decía el gallego— lo que va a ganar Antonio?

—Sí, me imagino, pero aquí es seguro.

—A seguro lo metieron preso, decídete hombre.

Fue inútil. Lo esperábamos al mediodía y lo veíamos bajar de la bicicleta cansado. Sucio como estaba se sentaba a la mesa y empezaba a tirar golpes para todos lados. Después se bajaba la botella de vino y se echaba en la cama. Nosotros aprovechábamos la siesta y nos íbamos a correr por ahí.

Tres horas después aparecía Traverso en la moto Puma y se quejaba por la irresponsabilidad de Antonio. Mi madre lo calmaba.

Era verdad que no teníamos un peso, pero por la noche se levantaba y estaba alegre. Se bañaba y después hacía algún chiste, leía el diario, se reía y bajaba una botella de vino. Al terminar el vino era inaguantable, pero los momentos de alegría ya estaban vividos. Si por el contrario iba a trabajar borracho, volvía peor que al mediodía y nadie lo soportaba.

Recordaba los ahogos de las fiestas de navidad sin arbolitos, que terminaban a los panazos por la cabeza. Pensar que toda esta vida puede estallar como en las imágenes que vi una vez. Pueden saltar de un lado a otro, bailotear en la cabeza, despedazarse contra este campo. Cualquier cosa, pero debajo están los rieles que van hacia un fin prefijado, inglesamente hechos. Los rieles firmes, brillantes en la noche, y los hombres que llevan la máquina a tanto vapor, a todo vapor, a menos vapor.

Tengo un tío maquinista que maneja locomotoras para donde quiere y es serio porque dice que él es responsable de muchas vidas. Por eso duerme cuando no trabaja, para estar despejado. Y siempre está despejado, pero nunca está.

La vida está dando vueltas en mi cabeza y yo podría tomar los picos de la historia, de mi historia y hacer descarrilar estos caminos. Mi tío dice que siempre hay accidentes. Por más que se cuide, siempre hay rieles flojos, trabajos mal hechos, fallas. En una palabra: fallas.

Marzo de 1944.

Antonio secó las manos con la estopa y vio una especie de cáscara blanca y quebradiza entre los dedos. El reloj daba las diez de la noche de este día cualquiera de marzo y se sentía el eco producido por el martillo en el taller vacío. Estaba solo con la lámpara portátil iluminando un cigüeñal quebrado. El viento entraba por la persiana. Dio tres martillazos más (el martillo con el cabo envuelto en un trapo para evitar la percusión) antes de dejar todas las herramientas en la caja de chapa. Se miró las manos con la portátil enfocada entre los dedos y salió sin mirar la calle como olfateando el camino de regreso a su casa.

Caminaba pensando en una rectificación de bielas que le dejaría muchos pesos de comisión. "Metalizarlas, rectificarlas, ajuste, etc., y llegaba al chalecito que había conseguido en la calle Pedro Aparicio, pagando 15 pesos mensuales, sin anticipo.

Blanca calentaba la comida que había sobrado del mediodía, mientras pisaba papas hervidas para el puré de las nenas. La de dos años gateando por el piso de mosaicos rojos y la otra de un año y meses, en el andador. Antonio tomó medio litro de vino y pensó mucho tiempo en silencio, sin quitarse la ropa sucia.

Esa noche el amor. Ella se quedó quieta en la cama con los ojos cerrados y las piernas abiertas, esperando.

Al día siguiente Antonio se encontró con la noticia que Rinaldo, el dueño del taller, se había sacado la grande por tercera vez en diez años. Antonio pensó todo el día, mientras seguía con el maldito cigüeñal, en Rinaldo y en números que podrían salir al año siguiente. Tenía que seguir trabajando. Siempre había escapado al trabajo y siempre había vuelto a trabajar por un destino inevitable, incomprensible, que lo arrojaba sobre la máquina y los fierros como la única salida. En vano había pasado noches enteras imaginando negocios fabulosos. Nunca había creído en la lotería, la quiniela, en todo eso. Con el trabajo, los días se consumían uno a uno.

Noche tras noche pensó en salir y cuando pudo, es decir, cuando Rinaldi le vendió el taller a los empleados, él no se animó a participar y quedó afuera del negocio, trabajando como mecánico. Era oficial ajustador, es decir, treinta pesos al mes. Pero

había que seguir adentro del taller, todos los días, y pensar por las noches salidas imaginarias.

1940. Antonio corría por los campos seguido de la policía por violación de una mujer en los ranchos que rodeaban el boliche dei turco Jorge. Junto con él, estaba su compadre Juan. Una noche de lluvia llamaron a una casa perdida en el campo, donde se veía una luz rodeada e invadida por un olor a torta frita que hacía temblar al cuerpo en su contraste con el frío. Un viejo los hizo pasar. Estuvieron sin saber qué decir, en una cocina de barro cocido, con un montón de mujeres y dos hombres. La dueña de casa dijo que era una Indart y directa descendiente de Pancho Sierra. Antonio y Juan se quedaron en silencio devorando prolijamente tortas y cazando todos los mates que pasaban junto a ellos en el revuelo y el frío. Antonio habló de su brillante, mentido trabajo en la cervecería Guerriero y la vieja lo miraba en conexión con sus hijas, y volvía a mirar a la vez que daba consejos y máximas sacadas de los evangelios y de las juntas de maíz. Antonio se quedó pegado a la casa y regresó a la noche siguiente. Blanca tenía 17 años, era delgada y morocha, tímida, con esa mezcla de hambre y humildad, que le hizo pensar en la mujer perfecta y fiel para un hogar. Un día Antonio la tuvo algo de prepo debajo de las acacias de la puerta, cuando ya había oscurecido. La madre de Blanca lo supo, la golpeó y luego lo encaró con una sola pregunta y una mirada desafiante:

—¿Qué piensa hacer con la muchacha?

—¿Cómo qué pienso hacer?

—La chica está de compra, ¡no se haga el tonto, gaita!

—¡Ahhh! fenómeno, yo me caso si quiere.

Antonio habló con la hermana. Las cosas con la policía quedaron arregladas. Se compró una bicicleta usada, en cinco pesos. Consiguió el trabajo en lo de Rinaldi y se casó. Hubo una fiesta con los patrones invitados, que dejaron sus regalos y se fueron lo antes posible.

Juntaron dos colchones, el de Blanca y el de Antonio y alquilaron una pieza frente a la casa de la vieja. Allí estuvieron. Comían en la casa de la madre de Blanca, doña Ángela, hasta el día

en que Antonio dijo que se aprovechaban de él y se comían el azúcar a paladas. Ángela se enojó y lo amenazó con pegarle en la cabeza con un hacha. Desde ese día comieron solos. Antonio se habituó a pegarle y Blanca fue aceptando todo como que venía de su marido, paliza tras paliza hasta doblarse sobre la pileta de la ropa y tener dos hijas. La primera nació a los seis meses de casados y se llamó Ángela Irene por la abuela y por la tía, hermana de Antonio. La segunda, Blanca Teresa, por la madre y por la abuela paterna, Teresa García.

A veces Antonio, le contaba a Blanca del segundo casamiento de su madre y de cómo a los catorce años le pegó al padrastro con una silla en la cabeza y se largó de la casa para no volver. De sus andanzas desde chico por el canal donde se instaló en una pieza solo, viviendo de la pesca. Conocía a Sacardi, dueño del boliche La loba, y juntos recorrían las orillas en busca de mujeres. Cuando tenía hambre compraba los recortes de fiambre enmohecidos de la fiambrería de Merlo y vivía todos los días sin otro fin que el de estar vivo. Su familia había quedado atrás, en una casa vieja del centro, con el prestigio de una casa de sombreros ya fundida y la vejez entrando y matando a uno y otro lado de los parientes que él nunca se dignó acompañar en los llorosos velorios. Así, le decía a Blanca, él creció. Un día Ángela, la hija mayor, se enfermó, Antonio salió entre una lluvia brava, en mangas de camisa, a buscar remedios hasta una farmacia que estaba a cincuenta cuadras de la casa. Volvió mojado y Blanca lloró de alegría y admiración por su marido, acostumbrándose a estar con él, con resignación, con pequeñas alegrías y en nombre de las hijas que crecían y jugaban. Se cambiaron al chalecito y Blanca sintió que tocaba una parte importante de su felicidad.

Antonio estuvo receloso y dudó mucho por no haber participado de la compra del taller en cuotas tan elementales. El taller lo compró Gerardo y Vantier. Antonio siguió trabajando allí y vino el invierno y Blanca estaba de cuatro meses. Desde ese día cualquiera de marzo hasta el 25 de diciembre de 1944, yo fui una experiencia en el vientre de Blanca. El 25 la placenta se rasgó y fui a dar al mundo entre los preparativos de la fiesta de navidad.

Cada vez que nacía un hijo, Antonio estaba nervioso y sin saber qué hacer. Retorcía la gorra sucia entre sus manos, se secaba

las lágrimas que se le colgaban de los ojos y trataba de sonreir a los que lo alentaban en la espera. En el nacimiento de una de mis hermanas se emborrachó y regresó a los gritos a la casa de mi abuela quien lo detuvo gritando a su vez. Él sacó un revólver de entre las ropas y gatilló al sol de noche que saltó hecho pedazos por el aire. Mi abuela se abalanzó y lo desarmó. Antonio pasó la noche gritando por su revólver, y mi abuela, desde la cama, lo amenazaba con pegarle un tiro.

Después de mi nacimiento el taller empezó a crecer. No por mi nacimiento, sino posiblemente por el cambio de política producido por el ascenso al poder de Perón. Antonio escapó a Rawson, quizás para no ver como crecía aquello que no había sabido enfrentar. Blanca lloró por dejar el chalecito y encontrarse de repente en una casa vieja y sucia de un pueblo lleno de brujerías y pelos negros que aparecían en los agujeros de la pared. Pero ya estaba decidido y Blanca, una vez más, se resignó.

A mí me llamaron Germán Leopoldo por mi abuelo Leopoldo Fernández y por mi otro abuelo Germán García. Yo, Germán Leopoldo García, viajé para Rawson, sin saberlo, entre pañales blancos que me habían regalado.

Antonio dijo que la casa era hermosa y eso era una hermosa mentira. Era fea y vieja, de ladrillos gruesos y sucios. Tenía una planta con higos secos que Antonio miraba por las tardes cuando estaba solo. Blanca dentro de la pieza luchaba por bañar los hijos. En el cuarto de adelante vivía Elvira. Una mujer gorda y colorada que había trabajado en un prostíbulo de Buenos Aires hasta los 37 años. Desde esa edad hasta esos días (tenía 50 años) estaba descansando los recuerdos en la casa vieja de ese pueblo.

Antonio caminaba por las tardes buscando amigos que había logrado en un boliche. Allí se reunía a tomar unas copas. Aunque no era hombre de pasarse las tardes enteras en él, de tanto ir se convirtió en un hombre de boliche que se negaba a serlo.

Antonio estaba arreglando un triciclo viejo y un perro pasó a su lado, se detuvo cerca de la bomba de agua y meó en una palangana con ropa en remojo. Antonio le pegó con el martillo en la cabeza, arrojándolo desde donde estaba sentado, el perro cayó girando como la rueda del triciclo que no giraba y quedó tendido arañando la tierra con las patas. Antonio se levantó puteando y

lo arrastró hasta el medio de la calle. Lo dejó tendido allí y siguió con el arreglo del triciclo.

Esa noche fue al boliche porque estaba cansado de estar encerrado (dijo) y salió con un cuchillo en la cintura (costumbre adquirida de tanto andar por las calles oscuras y escuchar relatos de misteriosas muertes ocurridas en el pueblo) golpeando las puertas porque estaba peleado con Blanca.

Allí lo esperaba Gorosito, borracho. Cuando Antonio tomó la segunda copa, Gorosito lo llamó afuera en signo de pelea y lo golpeó apenas habían pasado el umbral, sacó un cuchillo de entre las ropas y dijo:

—El perro era mío, la puta que te parió —cuando le tiraba la primera puñalada.

Antonio dio un paso atrás y cayó enredado en el alambre del palenque. Gorosito aprovechó para echársele encima con el cuchillo de punta. Lo detuvo una voz desde la puerta del boliche:

—Si lo clavás te mato.

Antonio conoció a Barbieri que era oficial de policía y se hicieron amigos. Tomaron una copa juntos y él lo llevó a casa. Los chicos dormíamos y Blanca estaba secando ropa con la plancha, en la cocina. El nuevo trabajo lo hacía en un taller de reparaciones que tenía 12 por 6 metros. Allí Antonio pasaba de diez a doce horas golpeando y rearmando motores de chacareros viejos, que le traían huevos y alguna vez un pollo en pago. Pero con huevos, pollo y todo las cosas no marchaban. Antonio tenía hambre y miedo al hambre. Gorosito le había jurado muerte segura, y Antonio se compró un revólver (para matarlo, si el otro lo mataba) que tenía un cabo de nácar y era niquelado, con manchas de óxido. Pasaron meses y la vez que lo probó, del revólver no salió un tiro. Tuvo miedo de la seguridad que había tenido cuando se cruzaba con Gorosito y apretaba el revólver debajo de la camisa.

Pasó un tiempo hasta que se atrevió a golpear la ventana de Elvira y ésta lo golpeó con un zapato por lo que Antonio golpeó a Blanca que lloró mucho, más por celos que por el dolor de los golpes.

Y todo se fue mezclando entre muchos días. Días en que nació mi hermano Toti. Toti era enfermizo, nos acompañó poco en los

días en que correteábamos por todos lados para robar lo que se encontrase.

Volvimos a Junín. Antonio derrotado y Blanca con la alegría oculta que le producía el estar cerca de la familia, en el lugar donde había nacido y donde conocía a algunas personas que la conocían a ella desde chica. Antonio alquiló una casa vieja en los bajos de Junín y volvió a trabajar en Gerardo y Vantier, que ya tenía más de 30 empleados.

Por eso tomó más vino. No, por eso no. En una de esas lo hacía porque le gustaba. ¿Pero antes le gustaba? Bueno, sí. Antes le había gustado. Antonio decía que desde los tres años le daban vino con huevo batido para alimentarlo, por eso tomaba. Aunque desde chico no lloraba y se reía de la manera que lo hacía ahora, cuando recordaba a la madre y se decía malo y despiadado. Desde chico no lloraba diciendo —vieja no te merezco— frente a Blanca que no entendía bien que era lo de merecer o no. Claro que desde chico no conocía a Blanca. Y ahora no la conocía, aunque todo era como si él la hubiese conocido y la hubiese elegido. ¿Y cuando se reía? Se reía de lo que ocurría porque tenía chispa. Blanca leía un libro de Freud que le había prestado Barcheta y tenía amor por el amor mismo hacia los libros. Eran más grandes que las revistas y los escribían gente más inteligente y de todo el mundo. No eran como las revistas. Pero las revistas que Blanca leía tenían novelas de amor, de misterio, de cosas excitantes, máscaras de barro y limonada para la cara. Las revistas traían sugerencias sobre la femineidad y Blanca quería ser femenina. No era coqueta, lo que se dice, pero siempre le gustaba arreglarse la ropa vieja y cosía en la Singer durante tardes. Antonio quería tener un coche: una chatita Ford, aunque sea vieja. Blanca quería tener una casa con jardín, como el chalecito que Antonio había perdido. Y entre esto, nosotros crecíamos y le traíamos la imagen efectiva de que afuera vivía un mundo de geografía, historia, matemáticas.

Había que decir que el taller de Gerardo se instaló en un nuevo edificio parecido a un banco. Hermoso, con piedritas en la parte de adelante y guinches que corrían por rieles, que eran como una telaraña tejida sobre la superficie de su techo.

La vida era más linda para algunos. Los tiempos habían mejorado mucho y los hijos de los pobres, pobres hijos de pobres,

bueno, los hijos de los pobres lo pasaban como siempre, pero todo estaba cambiado.

En los libros de las escuelas veíamos un mundo de carreteras maravillosas surcadas por camiones sin cansancio, con camioneros sonrientes, y los perfiles dorados de Evita y Perón. Todo era distinto a pesar de las goteras de la pieza. Todo distinto y el mundo creciendo hasta 1955. Antonio era conservador. Conservador de los de antes, decía. No le importaba el progreso porque siempre vivía igual. No le importaba nada que no fuera seguir tumbándose. Y le importaba todo porque lloraba, se reía, preguntaba, iba al trabajo, peleaba, lo suspendían, lo traían de vuelta, lo llevaban de nuevo y lo volvían a traer.

En el año 1955, Perón desapareció. Habló Lonardi y todos escucharon en la radio lo del nuevo gobierno. Mi padre escuchó también. Fue entonces Interventor General de la Unión Obrera Metalúrgica de Junín. Una noche apareció en casa con una ametralladora y un revólver de caño corto. Lo acompañaba un amigo que también estaba en la intervención. Le entregaron un coche con el cual nos dedicábamos a pasear. Como Antonio no conocía lo que pasaba iba todas las tardes a firmar los papeles necesarios y volvía a casa. Salíamos para Roca. Conocí lo hermoso de viajar en coche en una ruta, verano, con las ventanas abiertas y un cielo girando con rapidez en un mapa de nubes. Antonio tomaba vino modestamente y se divertía.

—Me lo tenía merecido, vieja, tantos años sin nada, ¿no te parece?

—Sí —decía mi madre—, pero tené cuidado viejo.

Vivíamos bien. Un largo tiempo bien. Comíamos y comprábamos muchas cosas a nombre del sindicato, en un almacén especial. Antonio regresaba por la tarde con el auto cargado de aceite, trapos de piso, escobas, azul, lavandina, vino, etc. Antonio estaba contento. No sabía qué hacía, para quién hacía, pero estaba contento pues sentía un ascenso total, como un sueño. Alguna vez quiso una chatita Ford y ahora tenía un auto nuevo. Un revólver bueno. Tenía, además, respeto de hombre que andaba con corbata. Al cabo de seis meses se había olvidado de cómo eran los mamelucos. Hacía líos con la omnipotencia de un chico. Gritaba a todo el mundo. Un día, en el consultorio dental había una mujer

esperando para sacarse una muela. Al llegar al sindicato, la encontró llorando de dolor. Pateó la puerta del consultorio e interrumpió al dentista en plena extracción, para colocar a la mujer:

—Es la mujer de un compañero —dijo y se fue.

Yo era demasiado chico para saber qué ocurría. Por boca de él nunca pude saber qué había sido de su intervención sindical. Posteriormente estaba lleno de fantasías. Cuando traté de saber me dijo cualquier cosa. Recuerdo una carrera con el auto por la calle de tierra larga que desemboca en casa, y una chica con los vidrios de una botella incrustados en la cara. El auto clavado contra una planta, la policía, y Antonio llorando sobre la mesa de casa por el accidente.

La maté —decía—. La piba era hija de un hombre del barrio, que por la noche anduvo de boliche en boliche anunciando la muerte de Antonio. El hombre no lo mató. Con el tiempo veíamos pasar a la piba con el rostro deformado, una larga cicatriz cruzando media mandíbula hacia el cuello, y nos mirábamos. Mi madre le hizo varios sacos y polleras para disculparse. Antonio dejó de ser interventor con una renuncia que le redactaron. Una renuncia que muestra en cada charla, en cada día, como si él mismo la hubiese hecho. Una intervención que no fue tal. Todo dando vueltas en su cabeza, tomando nuevas formas de acuerdo al estado de alegría, de tristeza, de vino, que llevara encima. Antonio volvió al taller hasta que lo echaron. Su rebelión fue un sueño que duró demasiado. Despertó a los cuarenta años y cayó en los sueños consecutivos de los delirios: Nunca estuvo despierto.

Volver por este tren hacia el pasado e inventar lo que no podría existir de otra manera. Nadie escapa del mundo ni pensando en otra edad de él en ese mundo. Miro gente que sabe que yo viajo en un tren junto a ellos: gente de otra Nanina y otros hechos. Y cada vez que prendo un cigarrillo vuelve a mí la fogata, la noche, el gusto y el olfato de Junín. Voy como si me arrancaran. Voy como empujado, voy como recogiendo, como desplegando: y al inventar la historia planeo y siento el cuerpo, de pie, sobre la tierra.

Nanina, sol y siesta: a veces creo que bastaba mirar las arru-

gas de un tronco viejo, caído (o bien los pliegues en los ojos de mi abuelo, los ojos de los caballos y las lechuzas) para comprender que todo se remonta inmemorialmente al tiempo. Perderse en un remolino inexplicable, tercamente, sin aceptar al Dios. Sembrar como un loco tomates en cualquier parte y colocar un frasco con porotos para verlos nacer, desarrollar sus vidas como si fuesen críos.

Con solo contemplar la casa vieja, el mundo carece de explicación. Basta hundir los dedos en la arena caliente de una calle cualquiera mientras se mira un cielo gigantesco, para sentir de nuevo la desnudez de las cosas. Miro sin pestañear a las acacias.

Mis padres que no jugaban nunca, jamás se hubiesen imaginado lo fútil de sus patrañas novelizadas en forma de teatro radial de las 16 y 30.

Mi padre me dejó su afición por charlar y dejarse llevar sin fundamento, de él traigo también, este abandono oculto que escapa en los domingos, en los momentos libres, en un dejarse estar sin resistencia. Y sin embargo es todo simbólico, con el tiempo dejo de lado ese mundo, busco otro, llamo a alguien y sin decir palabra lo saco hacia estas calles.

Si alguna vez en el arroyo, mientras corría el agua, mi padre se hubiese detenido a decirme algo sobre eso que yo quería saber: ¿Qué quería saber? Estoy caminando y me detengo. Buenos Aires después de un tiempo de fuga se abre frente a mí haciendo muecas. Escapo, vivo escapando por los caminos ocultos que tienen en mi cuerpo estas calles. Me resisto contando las monedas; ¿qué monedas? Las monedas acaban de terminarse. Sin monedas, sin llaves de ninguna pieza, sólo queda frente a mí el grito loco de un mundo gigantesco y una calle ancha bombardeada de luces.

De mi madre llevo mi romanticismo estúpido y pueril de gruesas lágrimas y endurecida piel: su no sentir nada por querer sentir. Todos mis antepasados se ensañaron y cohabitaron conveniente, atroz, perfectamente, para largarme aquí, justo a dar en este mundo que nunca llegarán a conocer. Jamás —me digo— y tímidamente camino hasta mi madre que me espera. El vecino llora con la jeta hinchada y siento con fuerza, sobre mí, la locura

de los latigazos. Nunca me habías pegado así, mamá —grito y sin ofrecerme, tratando de ocultar mis partes débiles, con ganas de que no me peguen, me retuerzo de dolor como si cada golpe me arrancara la piel o como si fuese dado con un fierro al rojo. Después, mi madre llora porque me pegó, mientras yo lloro porque fui golpeado.

Soy tres o cuatro, desde un chico cabezón hasta mis veinte años. Pero aún puedo conservar cierta incoherente unidad. Mis partes están hechas de un tiempo que las une, solamente me falta unirme a ellas.

Pasé horas muy feas en la casa de mi abuela. ¿Tenía seis años? No, aún no me había asomado por la escuela. En la casa de mi abuela estaban las catequistas de las que huía.

Y si no creía en las catequistas, ¿para qué vivía? Camino, no me pregunten, curvas, camino hasta el lugar de los conejos, paso por los chanchos que se revuelcan y veo a mi abuelo enderezar su carro, en silencio. Haragán, viejo haragán, ¿no te da vergüenza? —decía mi abuela—. Vos te das cuenta, abuelo.

Mis tías hacendosas, como las máquinas Singer, trabajan durante el día y están enojadas durante la noche. Son buenas y hablan mal de los malos. Los buenos viven mal, dicen, y los malos viven bien. Esa frase es ya una oración que se grita mientras se hace una cosa u otra. ¿Cómo se entiende que los malos vivan bien? Por ejemplo, Yolanda, esa flaca pelirroja a la que le cantaba, por las tardes, cuando la veía pasar. Vestía bien, decían, porque era de vida oscura. Porque andaba de noche cuando las mujeres chupan el sudor de sus maridos dormidos, mientras mueven las cunas de sus pilas de hijos atadas a una soga. Pero Yolanda era pelirroja y usaba pollera estampada, blusa amarilla y zapatillas blancas. Cuando el sol nublaba el camino marcado entre los pastos, Yolanda cruzaba frente a la casa de mi abuela con la cabeza alta, los pasos ágiles y un movimiento de caderas que la hacía odiosa a todas las mujeres del barrio. A veces pasaba con un hombre alto y de bigotes. Iba acompañada y me callaba. Cuando pasaba sola le cantaba. Sabía repetir lo que escuchaba, por eso decía:

Yo soy la morocha
la más agraciada
la más renombrada

Ella me entendía y sonreía. Me saludaba levantando la mano y yo corría hacia adentro con alegría. Le cantaba, esperándola para cantarle, no porque fuese morocha, sino porque era la más agraciada, la más renombrada y la que saludaba levantando alta la mano como a mí me gustaba. Mi abuela se enojaba por esto y yo soñé una noche a Yolanda desnuda acercándose a mi cama, luminosa como ninguna mujer.

Mi abuelo seguía silencioso y yo descubría el canto de las ranas y los diferenciaba del canto de los sapos que era más espeso y feo. Descubría un hecho comprobado por mi abuela, un sapo panza arriba desvía los rayos y las tormentas, y una cruz de cenizas evita los refucilos contra los vidrios de las ventanas sin cortinas.

¡Qué de cosas sabía el mundo y más que nadie mi abuela!

Ella hablaba todo el día mientras se trenzaba sus trenzas de india distinguida. Hablaba sobre la vida, el hombre, Dios y la mora, mora, moral. Yo tardé mucho en aprender esta etiqueta, pero qué fácilmente me tragué su contenido. Qué estúpidamente nos caemos en el pozo. El del agua por ejemplo, con ese brocal de ladrillos flojos, hasta un perro se cayó un día. Pero yo, dispuesto a no caer, no me acercaba mucho allí.

Corría por los espacios planos. Solamente me dejaba sorprender por un pozo chico, oculto entre los pastos. Saltaba los ríos de las calles ensanchadas por la lluvia. Saltaba un alambrado bajo, con el primer alambre cortado, un poste con una casa de hornero en la punta, controlando su altura con la vista. Nunca saltaba el pozo de brocal flojo, donde se cayó el perro. Me alejaba cuando podía hacia el fondo de la casa donde estaba Piave esperándome con una caña india en cada mano. En la punta de la caña había una hoja de cuchillo atada con sogas o alambres de cobre, arrancados de pedazos de cable que encontrábamos. Con una lanza cada uno salíamos a recorrer los alrededores. Desde diez metros clavábamos la lanza en una planta y la veíamos cimbrear un rato antes de arrancarla. La arrojábamos a otro árbol y a otro y al de más allá y así nos íbamos alejando hasta lugares sin casas,

donde el sol picaba en la nuca y los pájaros saltaban de una rama a otra con las plumas brillantes, solos y tranquilos. Buscábamos las veredas altas de tanta chanflia y mirábamos desde allí las calles bajas, como conquistadores en la punta de la montaña. Abajo, el reino de la gente grande. Arriba, el reino de los pájaros. Entre los dos reinos, el reino de nuestra lanza y más arriba de todo, el sol reinante, calcinando la siesta.

Piave tenía brazos largos y cuerpo flaco, caminando de cierta manera, dejaba a su costado una sombra larga y fina.

Yo era bajo, tenía una cabeza grande y un pequeño pecho ancho en relación a las piernas flacas que parecían colgar del cuerpo, en vez de sostenerlo.

Llegábamos a un lugar entre las cañas indias y nos arrodillábamos a juntar hinojo. Cuando teníamos una pila grande nos sentábamos y bajándonos los pantalones nos quedábamos el uno frente al otro. Todo era ritual y prohibido por palizas de cintos en las piernas. Yo le colocaba hinojo entre los huevos a él y él a mí. Sentíamos el frescor de la planta y cuando se calentaba con nuestros cuerpos lo cambiábamos y cuando se volvía a marchitar lo cambiábamos por otro, así hasta el final de la siesta, escondidos entre las cañas indias del fondo de la casa.

La siesta terminaba con el ruido de los carros que iban al horno de ladrillos, y los perros que corrían perras por todo el campo abierto. Terminaban en los gritos de los chicos y de las mujeres que llamaban a los chicos. Terminaba en un empezar de los mandados. Terminaba en un bolso lleno de botellas vacías y una nota larga, detallada, enrollada en la mano junto a un bulto de plata con monedas.

La siesta terminaba, también, en los domingos que venían mis hermanos, con mi padre y mi madre, de visita.

Buscaba a Piave en las siestas no interrumpidas y robábamos duraznos o nos íbamos a un montecito de sauces con una nena nueva en el barrio, para jugar a la escondida y toquetearla. Tocábamos a la nena sin descubrir el secreto. Cada juego agregaba más misterio sin traer ninguna claridad. Había que experimentar desordenadamente toda cosa exterior que fuese mujer o algo parecido, toda hembra. Tocábamos entre nuestras piernas y entre las piernas de la nena y nada, tocábamos porque, ahora lo com-

prendo, la abuela le pegaba al que se tocase, delante de ella, entre las piernas. Entre las piernas estaba el secreto. Respondíamos con el hinojo a la pregunta y el secreto permanecía igual. Un día lo abandonamos. Yo le dije:

—No quiero jugar.

Al día siguiente dijo él:

—Yo no quiero jugar.

Un juego que se deja por dos días envejece: ése murió.

Pasé mucho tiempo en la casa de mi abuela. Tuve la pesadilla de las escaleras retorcidas, calentadas al rojo, dentro de un pozo por el cual caía durante horas hasta quedar ensartado en el fondo, sobre la escalera retorcida. Allí también soñé la sábana embudo y pegajosa que me tenía hundido en el medio. Yo era como una pulga y la sábana se levantaba a todos lados en un embudo gigantesco que llegaba hasta el cielo o más allá de él.

Era aquel un barrio de pocas casas bajas, con extensiones de tierra arada y montes de sauces y acacias. Por las tardes llegaba la catequista (Clarita, creo) flaca y nerviosa, charlaba con mi abuela sobre la maldad innata de los chicos, Dios y los casamientos (ella tenía 32 años y era solterona) mientras esperaban a los chicos de todo el barrio que llegaban uno a uno, mordiendo un pedazo de pan y saludando tímidamente. Me escapaba. Que rezara mi abuela, yo no. Me atraparon . . . creo en Dios padre todopoderoso . . . me atraparon de rodillas por las tardes . . creador del cielo y de la tierra . . . o bien me atraparon de noche, sentado en la cama . . . y en Jesucristo su único hijo . . . menos los viernes. Dormíamos todos en la pieza grande. En la pieza chica había un sofá por si algún día llegaban visitas. En la pieza grande dormíamos todos los ya conocidos de la familia. Como decía: los viernes no rezaba. Los viernes llegaba Antena o Para Ti, o llegaban las dos revistas juntas.

El abuelo roncaba y la abuela se enderezaba ayudada por las tías, mientras le colocaban una almohada doblada en la espalda. Allí estaba sentada. Nica (la tía más petisa) leía en voz alta y los demás escuchaban. Las palabras iban cobrando una unidad de murmullo que se perdían en un sonido largo, larguísimo, cortado por los suspiros.

A cierta cantidad de páginas, cuando la engañada declaraba públicamente su ilegítimo hijo y era apedreada; Nica largaba un llanto y mi abuela una lágrima. Mi abuelo despertaba diciendo algo y mi abuela le gritaba, al vuelo: vos callate, ¿querés?

Un mar de llantos desde la cama de Norma, de María. Un mar de llanto que se sumaba al rumor ininteligible que salía de la boca de Nica. La escupidera enlozada y blanca, debajo de la cama, era usada por Nica, que al llorar le venían ganas de mear y saltaba con la revista en una mano y con la otra recogiéndose la ropa (la enagua, ¿no?), a la vez que se bajaba la bombacha.

Antes de que ella se sentara a orinar mi abuela preguntaba:

—¿Dormís muchacho?

—No —contestaba amargado.

Bueno —decía la vieja— date vuelta que tu tía tiene necesidades. Por un rato se oía el chorro de la meada de la Nica; después el deslizarse de la escupidera sobre el piso de tierra y por último el llanto interrumpido, junto al murmullo aglutinado de su voz. La engañada seguía su dramática vida. El perverso la metía en un lío de drogas y ella era llevada a una cárcel de mujeres donde viejas borrachas le tiraban de los pelos. El niño quedaba en un portal y era recogido por un rico que se preocupó por su educación. Cuando ella salió de la cárcel, el niño ya era viejo y la mujer se enamoró de él, sin saber que era su niño. Esto colmaba la resistencia, había gritos histéricos, mi abuela decía: Pobre muchacha —y agregaba—: Eso, al final por ser putañera. Así se la pasaban hasta las cinco de la mañana. Entre sueños las pensaba locas o estúpidas, conectadas con un mundo ridículo, lacrimoso y sin importancia. En definitiva, no entendía nada, y si lo entendía no me explicaba lo que estaba ocurriendo a mi lado. Si hubiera esperado que ellos me dieran los datos que yo necesitaba, aún estaría en la pieza aguantando las novelas y las lágrimas, sin saber porqué.

Entonces había que esperar la llegada de Leopoldo. Él podía decir cosas reales de la vida, pasaba años recorriendo, buscando cosas útiles para saber como cantar, ganar dinero, conseguir otra mujer distinta a María. Era uno que nunca estaba del todo, es decir, que siempre estaba por dejar de andar y siempre andaba.

Recuerdo el día que fuimos a comprar botellas a la casa de

la señora de Alonso. Yo lo había llevado. Mi tío miró las botellas y luego se apoyó en toda su estatura, sobre el techito bajo de un galponcito. Ofertó y la señora se negó.

—Es poco —dijo.

—Como usted quiera, señora.

Yo estaba triste porque pensaba que mi dato había sido inútil. Pero Leopoldo silbaba y se reía, diciendo entre dientes: ¡Qué negocito, vamos, caballo! . . . qué negocito lindo.

—¿Qué negocito tío, si no compramos? —le pregunté.

—Mirá —me enseñó una bolsa que había sostenido durante todo el tiempo en la mano y que debía servir para llevar las botellas. Dentro había llaves y un martillo—: ésta inglesa —me dijo mostrándome una llave grande— vale como cincuenta mangos, ¿para qué más?; después éstas chicas, el martillo, el destornillador.

—¿Dónde estaban? —pregunté.

—Arriba del techito donde estaba apoyado, el hombre es el hombre y el achaco el achaco —y se reía con alegría, mientras hacíamos que la yegua corriese lo que no corría nunca.

Mi abuelo nos encargaba que no corriese, pero nosotros la hacíamos sudar y solamente aminorábamos la marcha tres o cuatro cuadras antes de llegar a la casa por si el abuelo estaba en la puerta.

Cuando Leopoldo estaba en Junín, muchos días me quedaba con él, durante la siesta.

—Andá, purrete, robale unas monedas a la vieja y compramos cigarrillos —decía.

Yo sentía que éramos cómplices, aunque no fumaba. Entraba en la pieza grande y me arrastraba hasta la cómoda, cerca de la cama de la abuela, donde estaba el monedero. Después salía más silencioso y si la vieja preguntaba, levantándose apenas (como era su costumbre), ¿quién anda ahí?, yo seguía sin inmutarme hasta la puerta, y una vez que había pasado la cortina, me paraba y de un envión me lanzaba a la carrera sin peligro, las zapatillas pampero me ayudaban con sus suelas de goma. En seguida estaba de nuevo al lado de mi tío que tomaba mate en el patio. Algunas veces sobraba una moneda, entonces comprábamos caramelos, otras veces faltaba, en ese caso volvía a la pieza y repetía la operación.

Con mi tío yo descubrí la magia del robo. Robar era tener

en mis manos algo ajeno. Robar era lo contrario de desear, porque uno tenía lo que deseaba. Estaba contento con saber eso de mí, con saber que yo podía robar. Pero muchas veces mi tío no estaba. La vida continuaba deteniéndose cada domingo. Desde chico tuve el sentimiento atroz de una mortal y cíclica repetición de los hechos. Por las noches ayudaba en las tareas de defensa, que consistían en encajar los bancos pesados de madera sobre las ventanas, que por otra parte eran enrejadas. —Vivimos mujeres solas —decía mi abuela para molestar a mi abuelo.

Vivimos mujeres solas... y pienso que mis tías temen. Temen de tal manera, que hay que darse vuelta cuando están por mear, morir mudo o irse a dar una vuelta cuando hablan del diablopaño.

—¿Qué pasa con tus paños, muchacha, que no los he visto en la batea?

—No me vino, todavía no es fecha mamá.

—Está la luna alta, me parece —decía mi abuela con tono amenazante.

—Sí, pero no me vino.

—No andarás por ahí levantando las polleras.

—¡Mamá!

—¡Qué mamá ni mamá!

Y así sorprendía vuelta a vuelta a mis rufianas tías con mi rufiana abuela. Eran las fiocas de sus entrepiernas. Con el diablopaño se apoderaban de toda la atención, dejaban de lado todo problema y seguían un curso oculto en las alturas de la luna.

Siempre quería saber qué eran los paños y eso de la altura de la luna, y qué relación tenían con el hecho de estar con las piernas abiertas en un baldío, como gritaba mi abuela. Los paños eran cosas de ellas que yo presentía, estaban relacionados con el lugar entre las piernas.

Le comenté a Piave el asunto. Me escuchó con sus orejas largas y su figura flaca, en tensión.

Estaba serio y las manos se le crispaban, los ojos preguntaban con impaciencia. Le dije sin titubear lo que pensaba.

—Paños-mujeres-entre-las-piernas-

—¿Sí?

—Te lo digo por mi abuela, no estoy del todo seguro, pero sí.

—¡Vení!

Me llevó hasta la puerta de la casa de la vecinita y la llamó: vení a jugar nena, y la vecinita salió corriendo detrás nuestro. Cuando llegamos al monte la amenazamos: mostrá lo que tenés entre las piernas.

—No tengo nada —dijo asustada.

—Mostrá o te pegamos —dijimos levantando la mano amenazantes.

Estábamos serios y temibles como dos exploradores. Estábamos explorando los paños y su relación con la nena.

—Mostrá los paños —le dije tirándole de los pelos.

—No tengo nada, ¿no ve? ¿no ve? —y se levantó la pollerita sucia.

Efectivamente, entre las piernas no había nada más que una bombachita. Cuando la estábamos por dejar ir, Piave le gritó: ¡Volvé!, y la vecinita volvió presurosa, nos respetaba.

—Abajo —gritó Piave—, abajo la bombacha; ahí lo tenés.

La nena se bajó la bombachita y vimos que era distinta de nosotros, tenía una rajadura corta y abultada.

—¿Cómo meás? —investigó Piave.

—Por aquí —dijo la nena, metiendo el dedito sucio y separando los labios.

Lo supimos por fin, las mujeres tenían dos bocas. Ella estaba de pie y nosotros arrodillados le mirábamos y teníamos la vista fija, aunque ya estaba todo visto. —Date vuelta —dije.

Le metimos el dedo atrás, y la nena empezó a llorar. La dejamos, atrás era como nosotros. Ahí no había misterio.

—Dejanos meter el dedo adelante —dijimos con una misma voz a la vez que nuestros dedos avanzaban estirados como bayonetas a escarbar el lugar.

Sería muy de miedo la cara que teníamos, porque la vecinita que nos respetaba corrió llorando hasta la casa, cayéndose enredada en sus bombachitas bajas.

Nos miramos perplejos. Todo seguía igual que antes. No habíamos descubierto nada y disueltos en algo insostenible, nos despedimos echando a correr hacia nuestras casas, lo más rápido posible, por esa noche que se nos venía encima.

Estoy parado en el rincón de la cocina de los Borgue (vecinos de mi abuela) y llueve. Cada vez que llueve la señora Borgue hace tortas fritas. Ahora las está sacando de una olla. Las veo doradas, amontonarse en una fuente. Le hago un mandado y regreso mojado y con las manos enrojecidas. Doña Borgue me premia con tres tortas. Corro debajo de la lluvia hasta la casa de mi abuela. Tres saltos debajo de los paraísos y ya está la puerta de entrada.

Mi abuela se enfurece y gruñe al verme comiendo tortas que no son de la casa. Me manda de vuelta y tengo que devolverle a la señora Borgue las tortas, una ya mordida. Ella me pregunta por qué y yo le digo:

La abuela no quiere.

—Si será vieja loca, comé una aquí.

—Bueno —me prendo de una torta y la devoro en segundos.

—¿Puedo comer otra?

La señora Borgue me la da y en pocos segundos desaparece, luego doy tres saltos debajo de los paraísos y estoy de vuelta en casa.

—¿Las devolviste?

—Sí —le digo sin mirarla para que no sepa que miento.

—¡Que no vuelva a ocurrir, muchacho de porra! —me tira un golpe.

Yo me esquivo y digo: No va a ocurrir más, abuela.

El abuelo mira sin comprender, moviendo la cabeza en señal de desaprobación. Mi abuelo tiene los dedos manchados de nicotina y mueve la cabeza con gestos de ironía, porque él, seguramente, se habría comido las tres tortas y hubiera pedido dos o tres más para el mate.

Mi abuelo siempre sin trabajar se ríe de mi abuela.

A veces la vieja lo manda a trabajar y él se excusa:

—¡La rueda del carro está rota, mujer!

—Andá a pescar.

—La red está prohibida.

—Podés buscar una changa.

—¿Dónde? Búscala tú, mujer.

—¡Sos un gallego haragán!

Mi abuelo arma un cigarrillo sin contestar. ¿Armaba? ¿arma?

¿armó un cigarrillo? . . . mi abuelo está muerto ya, con la nariz blanca y como de harina metida en un cajón. Todos lo rodean y lloran, yo me aburro, todos estamos aburridos. Siempre aburrieron los velorios, nadie lo dice, pero todos lo soportan. Por la noche, después de una hora, están podridos del café, del cognac y lo que había sido un motivo de reunión se convierte en aburrimiento. Cuando sacan al muerto, mi abuela se duerme. Está allí. ¿No sos vos abuelo? Endereza el carro y de a poco mete el caballo entre las varas.

La cocina de los Borgue tiene tirantes gruesos y es misteriosa como todas las casas de esa edad. Una vez estaban sacando las telarañas y desde el hueco de un tirante cayó un revólver. Don Borgue saltó para atrás. Todos formaron un círculo alrededor del revólver y nadie se atrevía a tocarlo. Por fin Borgue se acordó que era el hombre de la casa y se acercó con miles de precauciones, lo tomó con ambas manos, se incorporó con lentitud y lo mostró a uno por uno.

Hasta mi abuela, que según ella nunca se metía en casa ajena, fue esa tarde a ver el revólver. Don Borgue lo puso sobre la mesa de mármol que tenía en el patio. La mesa estaba limpia y el revólver resaltaba en su grosor terrible.

—¿Qué me dicen? —preguntó Borgue mirándose la panza y luego el revólver.

—Pa'mí que mataron a muchos y después lo escondieron ahí —dijo mi abuelo— quien sabe —agregó— si los pobres muertos en pena no andan buscando este revólver.

—¿Le parece?

—Estas cosas nunca se saben —contestó la abuela y se volvió a su casa.

—¡Veinte años aquí sin saber que había un revólver en los tirantes! —gritaba don Borgue con su panza de gordo que duerme la siesta.

El barrio entero y hasta Elvira, que decía no interesarse por nada, estaban sugestionados. Yo también lo vi, tenía el cabo negro con caño niquelado y saltaduras oscuras donde reinaba el óxido. Era corto y cariñoso, me moría por tenerlo en mis manos un solo segundo, pero nunca pude ni tocarlo, estaba rodeado siempre de mayores. Esa tarde don Borgue hizo algo muy raro, se fue lejos

de la casa y lo tiró. Regresó pesado y somnoliento como si se hubiera sacado un peso de encima de su panza, único lugar donde don Borgue podía llevar algún gran peso.

De haber sido más grande y no tan pibe, lo hubiera ido a buscar; de encontrarlo lo habría guardado en una lata y enterrado luego en el fondo de la casa para verlo y tenerlo en las manos cada vez que estuviera solo. Esa noche tuve la tentación de correr a buscar el revólver por los bordes del canal con la linterna de pesca de mi abuelo.

Te hubiera buscado para tenerte en mis manos y acariciarte. Me quedé triste mirando la lluvia sin decir nada. Miré varias veces por la ventana y tuve miedo de moverme de la pieza. Además no podía salir de allí, las rejas de la ventana y el olor a orín me hacían recordar que no estaba solo, los mayores me rodeaban en sus sueños, roncantes.

Al día siguiente, el sol secó los charcos. Mi abuela empezó por pelear con mi abuelo porque no había plata.

—Haragán —gritaba retorciendo un delantal que tenía atado a la cintura—. Bandido, desgraciado, asqueroso.

—Terminala, vieja loca —le había gritado mi abuelo desde la puerta de calle, antes de desaparecer rengueando.

Mi abuela lloró durante toda la mañana, como yo nunca la había visto.

Viene el día de reyes y soñamos con barbudos enormes y blancos. Me regalan un camión como si fuese de veras, un camión de los que cruzan la calle cargados de leña o sifones. Los reyes al final me lo trajeron, no era grande, pero era un camión. Me lo regalaron porque a mí me gusta la mecánica. Antonio es mecánico.

Seis días antes era fin de año y todo un mundo de gente con bigotitos y camisas de colorinche se amontonó en una mesa tendida en el patio. Después de mucho vino, risas y chistes verdes, Antonio le da una trompada a Blanca y se termina la fiesta. Hay parientes que le ponen perfume en la nariz. Ella está tendida en la cama grande de mi abuela. Los hombres parientes lo agarran a mi padre por los hombros y hablándoles en la oreja, palmeándolo, lo sacan a la calle para que tome aire.

La noche concluye en la cama, despierto, mirando el techo barroso y escuchando ladridos que traspasan las ventanas.

Al día siguiente Blanca corre al excusado con el veneno-de-las-hormigas en la mano y la boca abierta, con la cabeza echada hacia atrás.

—¡Se envenena! —gritan.

Todos se amontonan alrededor de ella y yo lloro tirándole la pollera. Una vez vi un palo conductor de electricidad que tenía dibujada una calavera con dos huesos cruzados. La palabra veneno me trajo ese recuerdo. Calavera-veneno-muerte. Mi abuela sabía de eso. Mi madre se quedó dormida después de gritar un rato largo, pero yo, no. Mi abuela dice que las calaveras quieren decir que uno tiene la muerte. Me explica que debajo de la piel todos tenemos una calavera y que ella es la muerte. Dice que si yo me porto mal se me cae la carne de la cara y ya soy muerto, calavera. Por eso —dice y se ríe— Dios nos metió la muerte para que después, en cualquier momento, la carne se cayera y quedase el pecador muerto para siempre. Vos mismo —dice— tenés una calavera-veneno-muerte y si no que me toque y voy a ver.

Me toco y poco a poco, con los ojos cerrados compruebo que efectivamente debajo de los cachetes hay una calavera que es como la muerte. Ahora sí (más por el veneno que da la muerte) cada vez que hablan de velorios y enfermedades me acerco y escucho con atención. Toco mi pulso y huyo del veneno y me cuido de no tener frío. El frío es parte del veneno, la calavera y la muerte.

Por las tardes, el sol fabuloso y enorme es un incendio sobre los sauces. La pava y el mate son entrados a la cocina-toldo y empiezan los preparativos para la cena.

Mi abuela riega por última vez su quinta y el abuelo, debajo de la parra como siempre, parece que pensara en otras cosas muy viejas. Tiene la mirada puesta en el sol rojizo entre las cañas indias y por momentos mueve la cabeza y abre un poco la boca. Veo las cejas gruesas y las arrugas de su cara marcada. El cuello largo y fino se parece a los troncos de las higueras. Un cascarón con venas y huesos que parece que se está por derrumbar.

Allá, al fondo, se movían las colas de las cañas, balanceaban sus plumones hermosos hasta perderse en la oscuridad.

Camino de un lado a otro, el baño está lejos de la casa y tengo miedo, no me decido a ir. El mundo es tan grande que me parece que ningún Dios (aunque lo diga la catequista) puede hacer todo,

las cañas indias, el abuelo, los palos de la luz, las calaveras con el veneno, la muerte, las noches. Estoy orinando y la puerta del excusado hace ruido que son quejidos y siento un frío por toda la espalda.

—¿Quién anda allí? —pregunto sin preguntar, pues la voz se me fue en el quién.

Nadie contesta y corro hasta la cocina.

—¿Qué te pasa, muchacho?

Invento algo, de otra manera la abuela me tira del pelo por hacer ruido sin motivo.

—Estaba meando —digo— y un hombre me agarró del cuello, se rió y después me soltó.

—¿Y para dónde fue? —pregunta la vieja, que siempre espera que alguien entre o salte o empuje alguna parte de su propiedad.

—Para las cañas indias —dije, porque me pareció el lugar más adecuado para un escondite.

—Acompañame muchacha —dijo mi abuela a mi tía Nica.

Tomando el sol de noche con la mano derecha y cargando la pala de punta sobre el hombro izquierdo, salieron una detrás de la otra.

—¿Quién está? —preguntaba mi abuela y seguía— quién está —y al llegar al borde de las cañas indias gritó—: ¡Yo les voy a dar hacerse los vivos!

De allí no salió nadie. La abuela regresó a la cocina y me miró con desconfianza.

—¿Estás seguro que viste?

—Ah no, ¿soy tonto yo?

—Contestá bien —gritó mientras me tiraba una cachetada que esquivé por milagro.

—¡Y a dormir!

Todo está distinto. Piave no sale más a recorrer los campos, está blanquito como una niña y estudia encerrado en su casa. Una vez lo vi por la ventana. Pasaba y me detuve. Su cuarto daba a la calle y allí lo vi sobre una mesa lustrada, entre paredes celestes, estudiando.

—Flaco —le grité.

Piave levantó la vista y me saludó sin mucha alegría, después hizo la señal de chau y volvió a inclinarse sobre los libros.

El mundo está muriendo en el invierno, en la lluvia con la puerta atrancada.

Estoy sentado frente a la cocina a leña que arde y da calor. Tiro marlos para entretenerme, uno tras otro se encuentran con las llamas y arden. Estoy solo, afuera se mueven los otros, algunos están en la pieza grande.

Tengo puestos los pantalones largos hechos por Blanca y siento el calor ascendiendo por las piernas. Me enrosco sobre mí como un gato que se retuerce por el calor, entre las plantas. Me enrosco sacándole el jugo a mi propio calor. El ardor por las piernas hasta la deliciosa alegría caliente que me hace mirar los tobillos donde veo fuego creciendo desde los bordes del pantalón. Salto y corro. Afuera sigo la carrera por la quinta y grito como un marrano.

La abuela, pesada y tambaleante, sale detrás mío y me alcanza envolviéndome con un delantal que llevaba arrollado en la cintura. Me pone aceite y yuyos hervidos sobre las quemaduras.

Viene la fiebre con un tropel de visiones y sensaciones espesas como si el cuerpo se revolviera dentro de un cartón de grasa y aceite. Náusea hacia la boca y el vómito de toda la comida digerida en el día. Días y días y más días, la tía Lolo, conmigo al hombro hasta la asistencia pública. Caminaba por un pasillo de huellas de bicicletas abierto sobre una vereda ancha y larga, cubierta de pastos verdes. Las mujeres se detenían a nuestro paso para vernos y la tía Lolo se apoyaba contra un árbol, respiraba hondo y seguía. Durante ese tiempo me llevaban a una casa que me daba miedo. Un mes sin caminar un paso. Las ollas y los tachos y el mismo ladrillo de la pieza grande, oscurecidos por las ventanas cerradas me inspiraban respeto. Un respeto ciego por el olor fétido de los mayores. Conocía a los mayores por el olor más que por la estatura. Sudaban y tenían mal aliento. En las piezas de los mayores había un olor asqueroso a orina rancia.

Todo eso era de ellos y yo también les pertenecía. Sané de una quemadura que llevo en la pierna izquierda, extensa, del tobillo hasta la rodilla, como un mapa.

Mis edades están firmes en los ojos. Las zonas cálidas ocultas y las montañas altas se empequeñecen en los trabajos serviles del cuerpo, sólo signos de alguna pasada libertad.

La familia baila en pleno la danza de la amistad. Todos esperamos la pelota de la Fundación Eva Perón a la orilla de la vía.

De pie en cada momento nos saludamos. Muchos murieron. Mi abuela murió, mi abuelo y mi padrino también. Murió Pipo viejo. Murió el cafishio que alimentaba todo el barrio porque tenía sesenta años, y de las mujeres le quedaba el recuerdo.

Tomo leche en un bar de Corrientes y Suipacha. Ando con mi camioncito por los árboles del monte de sauces. Mi abuela se inclina a regar la quinta y mi abuelo fuma. Pago la leche y salgo. Siempre es necesario irse para no caer en pozos tontos: yo nunca quise caerme en el pozo, vos lo sabés, abuela, lo sabés: ese maldito, sucio, atractivo pozo de tu casa, que siempre está llamando a uno o a otro con sus aguas tranquilas, allá, en el fondo.

La tía Peti trajo de la casa donde trabaja, un sillón descolorido que es cama si se abre y sillón si está cerrado. Además, la señora que es buena, le regaló cubiertos de plata, retorcidos, y platos de porcelana saltados en los bordes. La casa parece un anticuario. Las paredes de barro y las porcelanas, los cubiertos de plata y las pavas de lata.

Renovación, revoque, limpieza, blanqueo de las paredes y sobre una heladera vieja (regalo de la señora) una virgen regalada por la catequista (ahora lo recuerdo: se llamaba Luisita y no Clarita).

El zafarrancho y la mescolanza encontraban el orden en la virgen. Para completar la modernización mi abuela quiso cambiar el pozo por una bomba sapo.

—Una vez colocada la bomba —decía la abuela— tapamos el pozo y ya no hay más peligro.

Una vez colocada la bomba nacieron conflictos mayores porque mi abuela no quería que la usasen.

—¡La van a romper! —gritaba todo el día.

Por las tardes la abuela se sienta en un sillón blanco, de hierro, que le regalaron, y mira el movimiento de los otros.

Cuando parecía que el mundo tenía ya sus límites, le juga-

mos una mala pasada y saltamos con el ropero y la cama matrimonial a otro lado. La casa vieja con palmeras y murciélagos en serio (y quien no lo crea puede preguntar en la quinta de los More, ellos los vieron mejor que yo).

Un patio de tierra amarillenta, una calle de polvo y el revólver calibre 44 que me regalaron. Me paraba delante del espejo y apuntando a mi figura ensayaba de malvado y cruel; pero los malditos, sucios colorinches de mi cara no me dejaban en paz.

Mi hermana Naty, para hacerme rabiar, me grita mujercita. Yo le quiero explicar que para mí, mujercita es mi hermano que, siendo grande, se duerme en las faldas de Blanca como un chico. Pero ella se esconde y me grita, después escapa a toda carrera; yo no la puedo alcanzar.

Aunque mi hermana me lo grite, no soy mujercita: juego a la lucha en el campito y una vez ayudé a mis hermanas a desmayar a varillazos al hijo tuerto de la viuda que andaba con Antonio. Allí quedó pagando con el otro ojo negro, mientras escapábamos con la bolsa de pan al hombro.

Canto La Podrida en el club Falucho, un club edificado con el esfuerzo de todos los borrachos del barrio (a excepción de Antonio, que no cree en los borrachos ni en los clubes). Y allí estoy frente a un micrófono olvidando las veces que tuve que echarme atrás:

A beneficio de un reo
que se hallaba engayolado
en Devoto y acusado
por asunto del chorreo.

Todavía no sabía qué era Devoto. ¿Devoto?, me preguntaba; pero ya había conseguido rostros para los personajes. Los saqué del Prado español; allí estaba esa pista de mosaicos tan inviolablemente mágica como las cocinas y las piezas con olor a orina de esa gente grande, que lo frecuentaban los domingos que no eran interrumpidos por problemas o mareos, como decía mi madre. Había sillas de hierro con nombres de cervecerías escritos con agujeritos en el asiento y en el respaldo, y hombres de

bigotitos y tacones altos. Hombres de sacos ajustados y largos llaveros dorados, que según decían las tías, trataban de tener relaciones amorosas con ellas. Mis tías tenían caras románticas esas noches. Nica, con su gordura apretada en la faja miraba como si flotase, y las otras dos se movían en las sillas como si no pudiesen flotar.

Mi abuela duda de toda esa liviandad; para ella, los hombres de bigotitos son unos vivos que se quieren pasar.

El barrio está semipoblado y las plantas de acacia frente a mi casa en un campo con selvas minúsculas, donde se ocultan lagartijas misteriosas y buscadas.

La orquesta inalcanzable se mueve entre sus instrumentos con trajes brillantes. Sobre el escenario Negreli hace de locutor y todos lo miran con admiración. A Negreli se lo conoce y parece mentira que esté tan cerca de la orquesta y bien vestido.

Alií estamos. Mis hermanas se duermen aburridas: son pibas y no bailan, ni esperan bailar, como mis tías.

Los de bigotitos pagan cerveza en cantidad a mis tías, que bajan de la flotada y se empinan los vasos con grotesca delicadeza.

Las botellas de cerveza son como las iglesias: intocables. Nos dan una gotita de miserable cerveza en el fondo de un vaso. Las botellas están a medio llenar (o a medio vaciar) reinantes entre las miradas llenas de significados que los de bigotitos le hacen a mis tías.

En el baile estaba Pedro, un hombre que andaba de novio con la ñata Borgue y me hacía cuchillos de madera, en otros tiempos.

Yo lo miraba con admiración porque con sus bigotes recortados se parecía al hombre que salía fotografiado en las hojas de Gillette Azul.

Él se sentaba en el fondo de la casa con la Ñata y yo me asomaba por el alambrado que separaba la casa de mi abuela de la de Borgue. Me quedaba mirando hasta que Pedro tomaba una madera y con el cortaplumas me hacía un cuchillo y me lo alcanzaba.

Un día no me hizo un cuchillo. Yo los miraba abrazarse y carraspeaba para que me vieran; pero él, nada. Me sentí triste y le grité:

—¡Pedro Labiota!

Me miró de mala gana; yo seguí:

—¡Agarrame las pelotas! —y salí corriendo a esconderme en las cañas indias.

Fue a quejarse y mi abuela me pegó. Yo no sabía muy bien qué eran las pelotas, pero mi abuela me pegó igual por las dudas, por si yo sabía.

En el baile está también un hombre que en otras épocas fue novio de mi madre. Mi padre, que lo conoce, lo llama a la mesa:

—Sentate, viejo —dice y se ríe.

Los tacos chillan y rasguñan la pista llena de polvo, y la orquesta lanza furiosamente cualquier ruido.

El ex novio se sienta, incómodo por la mirada de Antonio. Blanca también está incómoda y mira para cualquier lado.

—Y, ¿qué tal, Antonio? —dice el ex novio, para romper el silencio.

—Bien, muy bien . . . por qué me iba a ir mal, ¿no? —dice mirándolo alcohólicamente y por último se pasa la mano por la nariz, como hace cuando se siente molesto y está por decir algo, que según cree, es terminante.

Hablan largo tiempo entre las botellas vacías, que se cambian por otras llenas. Antonio dice:

—Vos fuiste el primer novio de ella, ¿no es así?

—Cosas viejas —contesta el otro, esquivando.

—Fenómeno, cosas viejas; pero, ¿fuiste o no?

—Sí, claro; pero eran cosas de pibe, ja, ja, ¿no, señora?

—Sí —dice Blanca, turbada.

—Fenómeno, cosas de pibes; pero, ¿fuiste?

—Y, sí . . . claro.

—Cuando una mujer tuvo el primer hombre, nunca lo olvida.

—¡Por favor! —dice el otro—. No es así; lo nuestro ni fue de novios, casi.

—El primer hombre, hermano —dice mi padre— es para una mujer todo; aunque las circunstancias de la vida los separen, los corazones quedan unidos, ¿no es así?

—No, por favor, ja, ja.

Hay un largo silencio y de pronto mi padre se pone de pie y se despide de todos:

—¡Adiós, y hasta siempre! —dice con largos lagrimones que deja correr a lo largo de la cara.

—¿Dónde vas? —pregunta mi madre, asustada.

—Donde sea —dice mi padre y, mirando al ex novio, le pone una mano sobre el hombro:

—Es tuya, hermano; yo la saqué de tus brazos, fui un infame, pero ahora llevátela; los pibes también son tuyos, porque son de ella...

—¡Por favor, Antonio!

—No la merezco; te traicioné a vos, pegáme —y le ponía la cara, una cara colorada e hipante que el otro miraba asustado.

—Antonio, no digas disparates; es tuya, yo me voy.

—Vos te quedás; es tuya.

Al final se van los dos hasta otro rincón. Los veo charlar cerca de una planta. Antonio hace grandes gestos y mueve los brazos. El otro le pone la mano sobre el hombro y luego abre los brazos con una sonrisa, corre una mano hasta la espalda de mi padre y lo palmea. Por un momento parece que se van a pelear y el otro se va a grandes trancos; mi padre regresa tambaleante a la mesa.

—¡Vamos! — dice sin sentarse y sale hacia la puerta. Mi madre despierta a mis hermanas y salimos detrás de él.

En casa, mi padre, muy lejos de acostarse, empieza a cantar:

¡Piedad, Delia, piedad!
Acuérdate de mí.

Y llora.

—¡Qué pobre infeliz soy! Ya no tengo nada que hacer en esta vida; los chicos están grandes y yo no doy más. Me mato y ¡chau! Vos cuidá los chicos, vieja; vos no sos mala y podés de nuevo. Yo, basta... soy un ruin bastardo... ¿Cuál es el ruin bastardo que se ensaña en manchar mi nombre con sus babas ponzoñosas? "Los parias, los ruines y los bastardos no tienen alma de caballero". ¡Ja, ja!, así dijo el conservador Peralta en la conferencia y todos chitos. Cuando el culo se arruga

no hay hombres... Nadie tiene la vida alambrada; nadie, yo tampoco —y hacía como que quería hundirse el cuchillo en el pecho. Nosotros mirábamos sin miedo porque ya había hecho esto muchas veces. El cuchillo estaba allí, en el pecho, pero nunca le imprimiría la presión necesaria para que se hundiera, lo sabíamos.

Mi madre trata de llevarlo a la cama, pero él tira golpes al aire y la amenaza con palizas, con muerte:

—¡Te mato, vieja, te mato!

Esto tampoco es cierto, lo sabemos. Podría golpearla, pero no matarla. Si la golpea, después va a llorar y a pedir perdón.

Si matara a mi madre los diarios dirían: *Asesino mata a su mujer,* y yo trataría de decirles: "Es un hombre chiquito que se niega a levantarse a las seis de la mañana para ir a trabajar, pero que cada día se levanta y va".

Al fin dormimos todos y en la noche sólo se escuchaba alguna palabra de Antonio dicha en sueños y con voz muy ronca.

El barrio nuevo se abre: es una flor que contiene la cabeza de los vascos bajo la planta de nogal. Don Pedro, eructando aceitunas que come de un frasco durante el día. Contiene a Cacho, a Polo, Daro, Chiquito, Bocha, Piojo, Ratón y cien más.

Frente a nosotros la casa sobria de Campo, su hija pura: ella es la esperanza de Campo, que es un señor que tiene biblioteca y no pasa bola a nadie, en ese barrio de ignorantes. Su mujer es negra y flaca, de poca clase. Los del barrio dicen que Campo tiene mucha plata, que tiene propiedades, hasta un castillo, en España. Que esa mujer era sirvienta justamente del castillo y que Campo se enamoró de ella y la trajo a la Argentina. Que a su vez Campo ya estaba casado con una mujer que era condesa o algo así, muy mala y egoísta.

Blanca decía: Pobre mujer, ¡qué vida! Pasaba Campo, canoso y limpio, en bicicleta. Ahí va él, no mira a nadie. O pasaba la hija, suave, rítmica, desolada, con pasos de algodón contra algodón. Ahí va ella, la hija, no mira a nadie. La tierra, la calle recta que llegaba al canal.

En una esquina alta la Escuela 29 y más allá la quinta de

los More. La quinta no era de ellos, sino de un enano que, según decían, tenía la pija más grande del pueblo. Los More vivían allí desde muchos años atrás y pagaban 30 pesos de alquiler. El enano nunca los pudo desalojar. El Castillo del Terror, la Morada del Maldito, todo el terror visto en el cine podía ser colocado sobre esa casa donde ellos vivían rodeados de palmeras y murciélagos. El olor sagrado del boliche de Payero, donde mataron y dejaron tendido a un hombre flaco. La escobería donde me hice grande. A veces, por las tardes, miro la pierna quemada, dibujo con el dedo la forma de la quemadura y pienso, no sé qué pienso. Corro maratón entre dos palos contra Triveli. Él es muy veloz, pero yo me dejo pasar y cuando está por sacarme una vuelta embalo y gano. El veloz no sabe contar. Otras tardes voy a jugar con Nacha. Jugamos al doctor y ella me aprieta, me hace cosquillas que me enloquecen. Noches en que correría hasta su casa para apretarla, morderla, chuparla, abrazarla y fundirme con ella para siempre. Enero y el calor sobre las cabezas. Después de la comida es la siesta y se derrumban en sus respectivas camas. Cuando en el barrio no queda un solo mayor en pie, nosotros los menores salimos silenciosos y nos encontramos en el hueco de la cina-cina.

Se juega al doctor, se hacen hornos para cocinar camotes, se hacen pajas para impresionar a las pibas. Jugamos al doctor y cada vez más la sensación de algo que se esfuma. Hasta quise meterle una varilla adelante a una piba, para ver cómo era. Siempre le preguntaba a las pibas si creían que era lindo eso que teníamos para mear y ellas decían que era tonto y como una arveja. Después no se habló más del tema. Alguna vez, de golpe, amanecimos crecidos y peligrosos. Ellos arrearon sus pibas, les pusieron vestidos largos, les rellenaron las tetas con trapos y las pararon en la puerta de la casa, todas las tardes, para que se hicieran de novios y siguieran en el camino de sus mamás. Nosotros crecimos solos y tuvimos que morder la cáscara de los árboles para no gemir en la oscuridad donde nos pajeábamos cada vez con más dolor. Crecimos sin ellas, ansiando, deseando, esperando que se volviera a dar ese instante en que pude preguntarle a Betty si lo mío era lindo y ella dijo:

—Es tonto y es como una arveja.

Y otra vez, mientras yo le chupaba una teta:

—Ahora lo tenés mejor; cuando seas grande vos no sabés lo lindo que va a ser tu arveja para las mujeres.

Estaba emocionado. Me miraba el pito con ternura. ¿Tan lindo llegaría ser? ¿Por qué no lo era ya? No era lindo para ellas, ¿o si? Los padres no se preguntaban esto.

Cuando una de ellas tenía la desgracia de ver crecer sus tetas en ese espacio antes descubierto, estaba perdida. Ahí empezaba la domada y en poco tiempo esa piba, nuestra amiga, se convertía en una vaca opaca y calculadora que movía el culo como las mujeres del cine. Otras fueron preñadas jóvenes y escaparon o quedaron con sus críos en el fondo de la casa, dentro de una pieza improvisada. Algunas preñadas bajo la ley se volvieron respetables y asquerosas.

Sabiendo que era inútil esperar empezamos a buscar por esos barrios. Dábamos vueltas en bicicleta y llegó la época de la compartida; este tipo de paja nos era desconocido. Sabíamos la paragüita, pero no ésta con una piba que se pone tensa, se aprieta y después escapa hacia la casa. La cina-cina terminó y hubo una tarde donde estrenamos sombreros y fuimos al canal.

Alguien dijo:

—¿Por qué no pescamos con los sombreros?

—Bueno, vamos.

Nos arrodillamos a pescar. Parecía fácil. Los sombreros de paja, al ser pasados por el agua, sumergidos hasta nuestras manos, tendrían que volver a la superficie llenos de pescados desprevenidos. Los sombreros se desfondaron uno a uno y en ellos no apareció un solo pescado. Ni un pez, ni un pescadito, ni pececito.

Tiramos los sombreros a una zanja. Yo recordé que eran nuevos y que nadie la pasaría sin paliza.

—¿Si nos vamos de casa? —dijo Naty.

—No, ¿dónde vamos a ir? —dije yo.

—Nos vamos a cualquier lado.

Estábamos seguros de que nos romperían la cabeza. Caminamos la tarde sin decidir volver. Yo recordaba las últimas palizas de Antonio. Ellos también las recordaban. Blanca no se metería a nuestro favor porque ella nos había comprado los

sombreros para que estuviéramos cubiertos durante todo el verano. Todo el verano, dijo ella.

El primer día nos quedamos sin ellos. Miramos un rato los pedazos de sombreros en la zanja. No se podían arreglar. Si los llevábamos escondidos y los guardábamos se darían cuenta de que no los usábamos por algo. Seríamos descubiertos. Propuse cazar ranas con un palo y nadie aceptó.

Seguimos metiendo varillazos a todas las vacas que estaban detrás del alambrado cerca del camino. Entramos por una parte del Parque Municipal y llegamos hasta el lugar de los ranchos. Allí estaba repleto de pibes que cazaban pájaros con gomeras llenas de flecos. Pasamos sin hacer ruido y llegamos hasta el lugar de las hamacas. Mis hermanas se fueron al subibaja y yo me quedé en la hamaca. Después el tobogán y también los saltos desde unas pilas de tierra. Nos olvidábamos de la derrota. No, en lo mejor de la hamacada me acordaba. Los sombreros, los sombreros y ya no tenía ganas de hamacarme. Le gritaba a mis hermanas y los sombreros y ellas paraban de golpe.

Volvimos por otro camino. No hablábamos. Encontramos a unos que nos gritaron cosas; después, tres que estaban debajo de una planta, me dijeron:

—¡Rompéles el culo, pibe!

—¡No! —les grité yo—. Son mis hermanas.

—¡Jodete, por boludo! —me gritaron.

—¡Váyanse a la mierda!... —grité yo.

—¡Callate, pibe!

Seguimos mirando hacia todos lados, pegando con las varillas contra los palos. Estábamos derrotados y lo olvidamos corriendo carreras desde un palo del alambrado paralelo a la calle hasta el otro palo. Volvíamos cuando anochecía y vimos a mi padre con el cinto envuelto en una mano, parado en la puerta de calle.

Nos escondimos en una casa en construcción. Estábamos llenos de barro hasta los ojos. Nuestra facha lo enfurecería y temblábamos pensando en que tendríamos que pasar toda la vida escondidos allí o ligar la paliza. Pasó varias veces cerca de nosotros sin vernos y sentimos la embriaguez de una verdadera y gran aventura. Por último, ligamos la paliza con el cable

de la plancha cuando estábamos en la cama. Gritamos, pero en verdad, las frazadas le quitaban todo el dolor a los golpes y no sentimos nada.

En Rawson había un pozo en el fondo de la casa, donde se caían las planchitas de juguete de mis hermanas. Ellas miraban con miedo y lloraban. Cada juguete caído allí era irrecuperable.

Yo tomo querosene y los médicos del pueblo no se dan cuenta y piensan que ya estoy prácticamente muerto. Antonio pide un coche y corre por la ruta paralela a la vía, le gana al tren y me salvo por medio de otros médicos de Junín que están mucho tiempo conmigo.

Allí pasa la vieja de los higuitos.

—Tienen que decirle abuela porque es viejita, pobre —dice mi madre.

Por eso le gritamos cuando pasa:

—¡Adiós, abuelita! Traiga higuitos.

Un día la vieja se detiene con una sonrisa de arrugas, nos acaricia y dice:

—Creen que soy su abuelita, pobrecitos.

Mi madre me había dicho y yo le dije:

—No la creemos abuela, pero mamá dice que a las viejitas pobrecitas se les dice abuelita.

Mi madre me miró y miró a la vieja. Hubo un silencio de miradas y un cortocircuito de sonrisas perdonavidas. La vieja se marchó de espalda, los primeros metros, haciendo grandes movimientos de cabeza; luego giró y caminó ligero. Desde ese día no volvió a detenerse, ni nos trajo más higos, ni nos sonrió desde la vereda contraria, al pasar.

En Rawson mi madre nos baña, nos cambia. Les pone carteritas colgadas a las chicas, medias limpias a los varones (mi hermano y yo) y nos cruza a lucirnos a la casa de algún vecino. El pueblo es chico y no hay dónde hacerse ver. Nos empieza a bañar muy temprano y termina a la tarde. En la casa de los vecinos nos embarramos y nos lastimamos en poco tiempo, pero igual mi madre está orgullosa de nosotros: somos su vida, asegura. Mi abuela dice: "Palizas hay que darles", pero mi madre

en esto no la escucha. El único que pega es Antonio y esto cuando puede, porque nos cuidamos mucho de él.

Viene la escuela, llega al tropel y nos toma a uno por vez; primero Peti, después Naty, al año siguiente yo, después mi hermano.

Las gomeras, colgadas para siempre. En vano intentaremos seguir las pititorras a ras del suelo, en las siestas. Y la escuela, para colmo, no es solamente la tortura de cuatro horas diarias, sino también, la idea de que se está creciendo.

Camino duro con las manos semicaídas y los brazos extendidos como alas para no tocar el guardapolvo almidonado. A mi lado, van mis hermanas y mi madre (la cabeza levantada y la mirada de madre en una estatua).

Entramos entre una barrera de chicos y chicas a un patio de ladrillos con plantas gruesas y verdes. Una franja de mosaicos techada que unía en forma de martillo a la dirección con el resto de la escuela. Del techo de ese pasillo de mosaicos colgaba una soga llena de nudos y atada a un caño de hierro que sostenía a un tirante que a su vez sostenía el techo. Las maestras con su autoridad blanca y fina me parecían las enviadas de un mundo inaccesible.

Mi madre también dijo algo con miedo y la maestra me pasó la mano con amor por la cabeza.

La maestra, sin conocerme, ya me quería. Querían a todos, con una facilidad asombrosa.

Detrás de la escuela había una quinta que hacían los de tercer grado para arriba. Entramos en un aula fea y marrón con manchones de humedad en las paredes. El aula estaba fresca e inspiraba respeto por su olor a tiza y a gomalaca.

Nos sentaron. Yo que era petiso ocupé el primer banco con Polo y miré fijo para no perder nada de la sabiduría que en seguida se empezaría a desbordar desde la boca de la maestra en forma líquida, empapándonos.

Pero nada; hicimos un cabildo y me clasificaron con diez, cosa que me tenía que poner orgulloso, pero no me puso. La maestra me dijo:

—Niño García, puedes estar orgulloso.

Y desde ese día yo estoy orgulloso. Por el orgullo fui a mi casa a mostrar el diez aprovechando el recreo y tuve mi primer

choque: *no se puede salir en los recreos.* Pasé una semana hasta el segundo choque. Polo se reía de mis dibujos, de mi cara y de mi cabeza. En un recreo nos quedamos terminando un busto de Sarmiento (la cabeza pelada de Sarmiento me daba risa) y lo agarré del cogote, pero no llegué a ahorcarlo porque la maestra me lo sacó de encima. Polo había quedado morado un largo rato, según decían, y sería cierto porque desde ese día no me molestó más.

Al final uno se cansaba de escribir mamá, papá y deletrear el abecedario. La escuela nos asqueaba; no había en nuestros días un espesor, una emoción que no fuera simulada. Las pocas emociones las logramos nosotros, a escondidas, en los recreos.

Todo en los recreos, pero también con el sello sucio de la escuela. La limpieza de los juegos sexuales, junto a los hornitos donde cocinábamos camotes, se convirtió en el miedo de ser descubiertos cuando jugábamos al sexo (con el que se dejaba) en los recreos, dentro del baño.

A dos hermanos los tomábamos por mujeres a cambio de figuritas, porque no había tiempo para convencerlos. Los recreos eran de cinco minutos, contra cuarenta de cada clase. Una vez me tendieron una celada: entré al baño y me agarraron entre varios de atrás; en menos que nada tenía los pantalones por las rodillas y me zafé por milagro, con los pantalones bajos, cuando ya algunos se contoneaban detrás mío y sentía el calor de dos o tres pijitas por distintas partes de las nalgas.

Terminamos por aceptar todo; ¿acaso podíamos algo con sus guardapolvos blancos?

El Mota me obligó a robarle a Blanca un peso para arreglarme el barrilete y después se rio de mí.

—Un peso —dijo.

—Es mucho, Mota; ¿de dónde lo saco? —le dije en forma lastimera para que aflojara.

—¡Un peso! —repitió duramente— o te lo llevás; ¿qué te creés, que soy gil?

Dijo esto enojado y me desconcertó. No quise discutir porque era capaz de golpearme o romperme el barrilete. Pero repetí con voz franca:

—Es mucho.

—Un peso —y me miró inflexible.

Al final lo dejé y me fui pensando en una salida. Mota sabía arreglar un barrilete, hacer una gomera, como nadie.

Mi barrilete era enorme. Me lo había hecho Freire, pero estaba empachado. Freire había robado autos y escapaba de la policía. Mi padre lo dejó dormir en mi casa porque lo conocía desde la infancia. Se fue un día por culpa mía, porque cuando el barrilete no remontaba yo le gritaba desde el medio de la calle:

—Freire, no remonta, ¡está empachado!...

Y él se fue de miedo a que algún vecino hubiese visto su nombre en los diarios y lo denunciase.

¿De dónde sacaría un peso? Regresé pensando y erizado: era un puercoespín. Daba vueltas y no quería jugar; buscaba.

En un momento que mi madre salió, la vi en la bomba del patio, levanté velozmente el jarrón y saqué un peso. Lo recuerdo aún: un papel amarillento y muy gastado que convertí en un bollo, lo metí en la media y durante toda la clase de ese día lo tuve allí quemándome la pierna.

A las cinco menos cuarto salí de la escuela y esperé quince minutos mirando el reloj del despertador.

Estoy grabado dentro mío como una fotografía: por la ventana enrejada se veía la planta de naranjas enanas que había en el patio (ya no teníamos palmeras).

La cama grande estaba sin arreglar y ésa era la única pieza de la casa. Una cama en cada rincón y la mesa del comedor, junto a la cama grande. Torlachi (el dueño de la casa) estaba por hacer un comedor para esa mesa. El ropero brillaba contra el sol de la ventana, y yo estaba sentado sobre el colchón descubierto de la cama de Blanca muy cerca del reloj, con la cartera de la escuela en la mano y la vista fija en las agujas negras.

Lancé las piernas a toda carrera: eran las cinco justas; crucé ligerísimo, apretando el peso, el campito que me separaba de la casa del Mota y llegué jadeando a buscar mi gran, primer gran barrilete.

Tuve que esperar en un tropel de carreras por el patio y una rayuela infernal, interminable, que jugué con el hermano

del Mota para no esperar mirando cómo trabajaba mi barrilete en el galpón.

Por fin terminó, pagué y corrí hasta el campito a remontarlo. ¡No, no quería creer! Yo le había entregado el peso y eso no me podía hacer con el barrilete. Él era grande y yo no le podía pegar y lo veía reirse desde la alambrada de la cancha de River gritando:

—¡Está empachado! Te cagué, gran boludo, ¡está empachado!

Estuve llorando, y terminé por guardar el barrilete en el galpón, no sé para qué; pensaba que todas las mañanas lo podía mirar y alguna vez de mucho viento sacarlo al campito para ver si remontaba igual.

Por la noche Antonio y Blanca estaban enojados entre ellos y con nosotros, por el peso. Se averiguó paso a paso el gasto de la semana y el peso no aparecía. Mi madre juraba: No lo gasté, ¡te lo juro!, y Antonio la miraba con desconfianza. De nosotros no sospechaban. Un peso no era cosa que nosotros pudiéramos robar con facilidad. Veinte centavos, diez, treinta, es cosa; pero, ¡un peso! Ésa fue una de las primeras cosas intrincadas. Yo había robado por el barrilete y Mota me había engañado. ¿Qué era yo sin peso, sin barrilete, ladrón de nada, en definitiva?

Fue entonces cuando Torlachi había dejado casi terminado el comedor para la mesa que teníamos en la pieza. La tarea consistía en levantar una pared, es decir, cerrar el alero hasta el techo y colocar una puerta contra la cocina que hacía martillo con la pieza. Al levantar esa pared quedaría hecho un comedor.

La pared ya tenía nuestra altura. Digo que estaba casi terminada, porque para Torlachi lo peor eran los cimientos y el primer metro y eso era lo que ya estaba hecho. Dejó de venir a casa durante días, por la lluvia. Un ladrillo se cayó y la pared quedó despareja. Yo la convencí a Blanca y saqué toda la fila de ladrillos para que de esa manera la pared quedase nuevamente pareja. Se trata de mantener la estética durante la construcción. Los días de lluvia podían durar y la pared era muy fea y más fea si se la dejaba con la última fila despareja.

Blanca aceptó y yo saqué toda la fila de ladrillos. Pero Toti, mi hermano, hizo saltar un ladrillo de la fila siguiente y así, así, llegamos a la noche y delante nuestro sólo quedaban los cimientos de una pared que ya no era nada. Los ladrillos estaban desparramados en el patio de tierra (que era barro) y ligamos una paliza, aunque no mucho porque Blanca había participado de alguna manera en la destrucción. Antonio se emborrachó y hubo pelea. Contra la luna entre los cercos de alambre de púas de la casa debajo de las plantas de siempreverde corre mi madre, con mi padre detrás, a los tumbos, con un ladrillo en la mano.

Cuando Torlachi regresó (debajo de un sol sin lluvia) a terminar el trabajo, vio la destrucción y se enfureció. Amenazó con abandonar todo, pero lo convencimos inventando un temporal brutal que había destruido la pared, que se había llevado las sábanas tendidas y hasta había torcido, dijimos, un caño de la bomba.

Un día la pared quedó terminada y Blanca tuvo un comedor con un juego de sillas tapizadas compradas a plazo en lo de Beslan (un hombre al cual Antonio le dio una trompada para que no fuera a cobrar más y no fue más). La mesa lustrada, un aparador y una araña barata de tres focos, comprados también en el negocio del agredido Beslan, que nunca cobró.

Esos eran grandes tiempos, hasta en la escuela. Segundo, tercero. En el año en que cursaba primero superior entró mi hermano y repitió el año.

Paso a dar una lección de geografía y digo Güenos Aires por Buenos Aires. Catorin se ríe con su cara de gringo lampiño y chupamedias; desde el frente le arrojo una lapicera que se clava en el espaldar del banco, cerca de él. Se arma el revuelo y voy a parar a la dirección. Catorin me manda decir que en el recreo me va a romper la jeta, pero yo hago intervenir a Panero, que es más fuerte. Si Catorin es dueño de campos, Panero trabaja en ellos y por eso su fuerza es muy superior.

Grandes tiempos en que conozco al gordo Meana, absurdo, fláccido como un panqueque y con ganas de ser vivo.

Tiempos tristes en que a los Alonso se les muere el padre,

luego la madre y se quedan solos con una tía vieja; venden escobas los dos.

Como siempre, Toti estaba extraño: ahora te veo metido dentro de un calabozo y pienso qué sería de mí, si durante tantos años hubiese permanecido en tu piel, viviendo tu vida que era más oscura, frágil y sin sentido que la de cualquiera de nosotros.

Tu cuerpo cerca de Nanina y tus carnes blancas, tu pelo rubio y los ojos semicerrados por el reflejo del sol que te hacía mal. Asma, decía mamá, y vos estabas durante días y meses pegado a sus polleras como una figurita estampada en la tela floreada.

Cuando te arrancamos de esas polleras y te sacamos el pullover verde que usabas durante el verano, te acurrucaste como si te hubiéramos desnudado en el cine. Después diste el pecho al sol, aspiraste hondo, caminaste delante de todos hacia el canal. Quizás enterraste los gatos para borrar tu pasado de nene prendido a las polleras de la mamá.

Y fuimos con Toti por muchos lugares que mirabas con ojos asombrados, mientras nosotros buscábamos pititorras entre las plantas bajas. O bajábamos a piedrazos las vainas de las plantas de algarrobo que encontrábamos en el camino. Toti no sabía mascar buscando con los dientes la pulpa y se comía la parte reseca agrietándose los labios. Peti y Naty eran duchas en comer vainas de algarrobo, en saltar o cruzar por abajo los alambrados, en meterse al agua recogiéndose las polleras que jamás estuvieron limpias. Si llegando al canal encontrábamos una barra de vagos, escapábamos a la carrera, con ellos detrás amenazando con rompernos el culo a los cuatro, por ser nosotros dos mariquitas que andaban con las hermanas:

—¡A las hermanas y a ustedes, por mariquitas! —nos gritaban.

Corremos con mis hermanas por una calle arenosa porque se nos hace tarde para ir a la escuela; el pito del taller nos zumba en las orejas.

Veníamos de una panadería que estaba lejos y a la cual íbamos a las nueve de la mañana y regresábamos corriendo con el pito del taller, que nos golpeaba las orejas como un látigo

invisible. De aquí y allí había látigos invisibles por entonces, y siempre sentíamos un apretón, un chasquido mudo y agudo en las orejas, cuando desobedecíamos alguna orden o nos encontrábamos a un paso de violar un horario o algo de los mayores. En verdad, la panadería no estaba lejos: un mundo extraño contenido en las diez cuadras que nos separaban de ella. Por allí había casas deshabitadas y campos con leña y hasta una zanja llena de petróleo por donde mirando largo rato se veían saltar ranas. Un día vimos una víbora, una larga víbora de muchos colores y atrayente como un juguete ajeno o un durazno detrás de un alambre de púas, a la hora de la siesta. Ese día tuvimos que traerle pan a la señora de Titi.

El perro de policía en su casilla y todo en su lugar. La señora de Titi flaca como una laucha en el fondo de la casa inclinada sobre un almácigo de perejil y yo corriendo y revoleando la bolsa de pan.

El perro dio un salto, mis hermanas gritaron; ya era tarde: vi un remolino y una fuerza potente arrastrándome por la tierra de una pierna y la señora de Titi con una escoba, y mis hermanas con ramas inútiles golpeadas contra el lomo duro del perro enfurecido.

Golpes, tarascones y gritos de vecinas que se sumaban al asunto y más golpes y más tierra y mareo y dolor. Veía el cielo que se tambaleaba estúpido e impotente para convertirse en un giro, en la pared y volver a ser nuevamente cielo.

El cielo era, en otro giro, el polvo que mordía con los labios llenos de sangre y volvía a ser el cielo.

Estar atrapado en aquellas garras, de una manera imprevista, era ver lo maligno y ahogarse en gritos que por los ruidos no llegaban a nadie.

Ni un grito se escuchó y yo me sentí fuerte ese día. Blanca llegó asustada y escuchaba hablar a los que decían algo formando un remolino cerca mío.

Un hombre me tenía levantado y mi pierna colgaba como una tripa deformada, descompuesta, golpeada.

—No es nada —le dije a mi madre y un sabor amargo, como el fin de la boca, me corrió por dentro hasta que ya no podía hablar como si tuviese la lengua paralítica.

No es nada; aún tengo la marca profunda acollarando el pie y parte de la pierna, rodeando el tobillo izquierdo debajo de esa quemadura que se parece a un mapa.

Tres meses dando vueltas en los brazos de las personas desocupadas del barrio que tenían tiempo de levantarme y trasladarme de un lugar a otro. Pasé un tiempo en la casa de mi padrino (padre del dueño del perro) sentado en un sillón viejo y podrido, mirando la carrera de los gansos. Los veía con sus cogotes estirados y ese ruido pico-de-gas que hacen cuando están enojados. De tanto verlos les perdí el miedo y después por más ruido a pico-de-gas que hiciesen yo me reía de ellos en la cara, en la trompa, en el pico, en donde diablos sea.

Los vagos del barrio trataban de verme y me decían palabras de consuelo como si yo fuese un futuro muerto, un muerto en cuotas. La abuela misma me miraba con ternura.

Pasé de grado después de faltar tres meses; por eso, creo, mi capacidad está asegurada. La directora me tiene simpatía, pero yo a ella no. La directora es una mujer negra con labios gruesos que cuando decía "Oídddddmmmmmortaleeeeeesssss" nadie entendía, porque levantaba su trompa gruesa y decía esto como si fuese una sola palabra que sólo ella podía descifrar.

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! Y nadie se mueva de la fila porque queda en penitencia durante cuatro recreos, ¿entendido?

—¡Entendido, señora directora! —gritábamos todos—. ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Mi abuela estaba molesta por mi capacidad de pasar el año faltando tres meses seguidos y por eso inventó lo del espíritu maligno que me cohabitaba en forma permanente, volviéndome un verdadero maldito. Menos mal que la veíamos poco.

A mi abuelo lo queríamos todos por callado, tranquilo y haragán, pero a mi abuela le escapábamos y la veíamos cada vez menos. Yo no la quería ni ver; sabía que metía la púa a toda la familia con el cuento de que yo era un espíritu viejo que había nacido de nuevo para muerte y ruina de mi familia.

—Va a traer desgracia —decía.

Yo empecé a tenerme miedo y no sabía si en verdad dentro había o no un espíritu malo. Para mí el espíritu malo era como

un sapo y muchas veces cuando ponía la mano en el pecho y sentía el corazón, me preguntaba si ese ruido no sería los ronquidos del espíritu malo, es decir, del sapo que estaba dentro mío y que era viejo. Durante la curación de la mordedura del perro todo cambió para mí.

Ya no vendería escobas y tampoco lloraría más por nada, lo juré. Una tarde Blanca, que trataba de evitar las arrugas, se llenó la cara de barro como lo indicaba una revista ilustrada. Regresé corriendo a escuchar a Tarzán y la encontré tirada en la cama, corrí hasta ella llorando porque en la oscuridad de la pieza me imaginé que estaba atacada por la peste o alguno de esos males. Ella no pudo soportar la risa y la máscara se destruyó. Se fue quebrando sobre la cara hasta caer en pedazos desiguales.

No perdonó que yo destruyera su máscara. Yo quería a mi madre y cuando nos enojábamos, antes de irme al cine, me decía que ella se iba a ir de casa por mi culpa. No podía estar tranquilo durante la película y sentía remordimientos. Buscaba y no encontraba nada demasiado malo dentro mío, pero sería malo si ella iba a abandonar mi casa por lo que yo hacía.

Al regresar del cine no la encontraba. Mis hermanas con seriedad simulada y enojo simulado decían: Mamá se fue por tu culpa. Temblaba buscándola por la casa: ¡mamá, mamá, mamá! y cuando salía corriendo hacia la calle para encontrarla, ella emergía desde los muebles y entre risas me consolaba con un beso.

El día en que mataron al perro vagabundo que seguía a mi padre hasta el trabajo y también cuando regresaba de él, estuve toda la mañana recorriendo las tres cuadras que me separaban de su cuerpo, un cuerpo de perro que se iba llenando de moscas con los dientes brillosos y el hocico separado y tirante. No quería creer y recorría una y otra vez aquel tramo calcinado por el sol, esperando que en uno de mis viajes el perro se levantase entre sus patas, moviendo la cola y riéndose de mi ingenuidad.

Eso me hizo pensar que los perros morían y que también la gente, como decía la abuela, tenía una muerte abajo de los cachetes y se moría. Pensé en la plata que Antonio traía para

la comida de todos y en lo que sería de nosotros si un día él aparecía muerto como el perro en una calle o en su propia cama o en el patio.

Desde que murió el perro no miré más hacia el lado recto por donde mi padre aparecía al mediodía. Me dediqué a leer Colt Miller y a escuchar a Héctor Bates. Por Héctor Bates, en mi infancia, creía que los gauchos se las daban de machitos, pero en el fondo èran estúpidos y llorones. Mi padre también era machito-llorón y con la carabina mataba los gatos que se acercaban a Nanina.

Con mi padre nos íbamos hasta una laguna llamada El Carpincho y cazábamos patos. Éramos compañeros y él me trataba a mí como a un hombre chiquito, pero que era de su raza de hombrecitos. No sé en que tiempo fue esto. Alguna vez en casa hubo una catástrofe, un giro brusco, que desbarrancó muchas cosas, pero no sé cuándo fue ni porqué.

Me parece soñar cuando veo a mi padre metido dentro de ese mameluco sucio que le cuelga del cuerpo como una bolsa de grasa. A veces el abuelo nos venía a buscar con el carro viejo para llevarnos a pasar un día a la casa de la abuela.

Sentíamos la alegría de descubrir el traqueteo rítmico en el deslizarse acompasado del carro, desde el cual saltábamos a correr los gansos. El vuelco, la caída en la tierra, era para nosotros (mis hermanos y yo) como rodar desde una montaña de película hasta el abismo más profundo e inofensivo. Los yuyos eran selvas intrincadas y nos desbarrancábamos sintiendo el castigo en las piernas, que no era castigo sino la sensación de estar en otro mundo con peligros reales.

En los días de la mordedura del perro, no. No había alegría ni sensación distinta, sino un lento andar de horas donde yo cambiaba sin dar un paso. Estaba crecido, por decir así y entré por primera vez a un cine. Me temblaban las piernas de emoción y aprendí con los bandidos y muchachitos la frontera que separa al Mal del Bien.

En el campito nos peleábamos como hombres. Sabíamos por las películas que con los hombres no se juega. Esto lo puede decir Juancito al que desmayé de un golpe con la culata del revólver 44 verdadero que tenía.

Nuestras madres discutieron y Antonio me habló con cierto orgullo como corresponde, serio, pero se le notaba que le agradaba la idea de saber o creer que yo no era un flojo como a él le parecía hasta el día anterior a esa pelea.

Pero durante la mordedura, insisto, no. Quedé separado del mundo anterior. Caminé las mismas cuadras con distintos pasos y entré a la escuela de otra manera. Me gustaba ahora, charlar mucho. Este accidente me sirvió para entrar en contacto con los More. Al decir More, digo gran mundo con la yegua Bonita y con la Pinta.

Y digo también iniciación en la vida de los mayores, vida de verdaderas transgresiones irreparables, y digo peleas y muchas cosas juntas que no puedo explicar.

Hablo de la vieja que le bajó el talón a la hija con una pala de punta porque la creía putona.

Estábamos debajo de una palmera ahorcando perros. En la quinta de los More abundan los perros que se multiplican como por magia. La madre dice: Luisito, los perros arruinan todo, y Luisito toma la yegua Pinta, monta de un salto y desde arriba enlaza un perro. Después clava una estaca cerca de la planta de naranja. Con la soga arrastra el perro por el cogote y luego pasa la otra punta por una horqueta, tira y el mismo extremo de la soga lo ata, bajándose de la yegua, en la estaca.

De un tirón el perro queda suspendido en el aire. La soga fuertemente atada. Nos vamos a tomar mate hasta que el perro deje de patalear. Si el perro cuelga inmóvil es señal de muerte.

Tomamos mate en una cocina sucia, el agua está en una jarra de aluminio que no sé por qué siempre está llena de soretitos de oveja redondos como bolitas negras. Pasado un rato, descolgamos el perro y lo arrastramos hasta el canal. Allí quedan los perros muertos. Primero se hinchan, luego el pelo se va y queda debajo del sol un esqueleto con un cuero grasiento y tenso, luego el cuero se deshace y desde adentro emerge un mundo de gusanos. Pasan varios días y allí están los esqueletos lavados y blancos como si nunca hubiese pasado la podredumbre por ellos. Solamente pelos y una mancha grasienta alrededor demuestra que eso fue otra cosa alguna vez. Me gustaba la muerte de los perros, uno de ellos me había desarmado una

pierna. Después de mucho tiempo el médico dijo: injerto y mi familia dijo que eso era un dolor inútil. Decía que me iban a sacar pancitos cuadrados de carne de las nalgas para ponerlas abajo. Decían que el dolor de abajo más el dolor de las nalgas era mucho dolor y yo también prefería que no.

Nueve perros ahorcados en una tarde. Y fue esa tarde misma después de esa tarea cansadora, extraña, llena de significados, cuando escuchamos una discusión entre la madre de Luisito y la hija mayor. Yo conocía los secretos de la menstruación totalmente: un poco por mi abuela, otro poco por Betty y no sé dónde lo completé: posiblemente en la imaginación.

La vieja la había corrido por el campo con una pala de punta en alto y gritando puteadas.

Con Luisito mirábamos riendo, cuando de pronto vimos la pala lanzada en el aire como una lanza caer sobre el talón de la hija (hermana de Luisito) que dio un grito y cayó revolcándose en la tierra. La vieja llegó hasta ella y se quedó perpleja. No sabía si eso era una simulación o si en verdad la pala había producido algún daño.

Llegamos hasta el lugar y vimos un talón moreteado, incrustado en la propia tierra. Luisito lo pateó y el pedazo de carne rodó como un bocado escupido de una boca.

Cuando la curamos, los tendones blancos parecían raíces de árboles, desnudas por una fuerte lluvia. Nadie estaba arrepentido ni molesto y la misma herida miraba sin pestañar aquella parte. Yo no entendía ese coraje, me guiaba por una necesidad de ser valiente, que aceptaba todo con tal de figurar en la fila de los corajudos.

Otras tardes no había dramas y corríamos carreras con las yeguas. Por la quinta el espacio se abría hacia el cielo como si en verdad no estuviese alambrado en ninguna parte. Aquello era chico y los límites eran conocidos pero eran también estos límites los que olvidábamos con facilidad.

Por allí pasaba una zanja hecha por un intendente conservador que quería desviar el cauce del río. Los caballos corrían desesperados y enloquecidos.

El intendente conservador quería desviar el curso del canal para algún fin político. Cientos de hombres, dicen que eran pre-

sos, trabajaron durante días allí, de la mañana a la noche, hasta que la zanja quedó interrumpida. Todo ese trabajo se derrumbó en la nada y solamente, ahora, nosotros le dábamos un sentido.

La zanja tenía 20 metros de ancho por cinco de hondo. Su extensión era de varias cuadras. Al llegar allí, al borde de la zanja, yo me tomaba fuerte de Luisito. Detrás nuestro venía el otro More montado en la otra yegua. En un momento Luisito daba un grito como el de Tarzán a la seis, la yegua saltaba y rodaba a los tumbos por la pendiente, mientras nosotros, que habíamos sido despedidos envueltos en un mar giratorio de pastos verdes que cubría el fondo de la zanja, caíamos lejos de la yegua que comenzaba a levantarse con sus patas delanteras firmes y los ojos llenos de desconcierto.

Muchas veces las épocas se llenaban de empachados, enfermos de mal-de-ojo, gente engualichada, entonces la casa se volvía misteriosa y lejana como un sueño, como dios-mismo.

La señora María metía su brazo gordo sobre mi panza. Yo tenía una corbata contra el ombligo. Ella medía tres brazos y cuando volvía a medir la mano que había partido del ombligo iba a dar sobre mi garganta.

Estaba empachado. Las mujeres generalmente tenían mal-de-ojo y esto se curaba metiendo una gota de aceite dentro de una palangana con agua: si el aceite se desparramaba no había mal de ojo, si el aceite permanecía puro en una gota, redondo como una bolita, la mujer estaba enferma.

Si la enfermedad era un orzuelo había que pasar una mosca cazada viva, con movimientos en forma de cruz, sobre la parte afectada, la mosca al dejarla libre echaba a volar llevándose el mal.

Para las verrugas que me llenaban las manos mi abuela encontró un remedio. Tenía que poner un grano de maíz en cada verruga y después salir de casa y dejarlos caer detrás mío sin mirar el lugar. Cada pájaro o gallina o bicho que comiese ese maíz se afectaría de una verruga que desaparecería de mi mano.

Pero en verdad las verrugas no se iban nunca. Mi abuela decía que eso era porque yo no creía. Y siempre me las cortaba

con una yilé y sangraban. Una vez se fueron todas después de una cura de palabras y la magia volvió a estar emparentada conmigo.

Para mí, la madre de los More, era la perfecta Curandera. Usaba ropa negra y pañuelo negro en la cabeza. Era delgada como un fideo para la sopa y caminaba con movimientos elásticos y desarticulados No tenía nada de parecido con las mujeres gordas del barrio: toda magia provenía de lo distinto. Aunque María me curase el empacho yo creía que el poder venía de la madre de Luisito, porque ella era lo más distinto que había en el barrio.

Cuando ella se iba con toda su figura negra nosotros nos metíamos en la pieza a inspeccionar otro misterio, compacto como una tumba. El misterio era aquel baúl que guardaba todas las armas de la guerra bravía. Luisito me mostraba bayonetas, escopetas de caños recortados, una pistola pequeña y pesada como un juguete extranjero (un camioncito de plomo, por ejemplo). Había allí una escopeta larga, dos puñales-bayonetas, un Winchester que me emocionaba, un revólver grande y cuchillos brillosos de distintas medidas. Un uniforme hediondo y una gorra destrozada con un escudo en la parte de adelante. Todas esas cosas eran del padre de los More y estaban ocultas allí como recuerdo. El viejo había muerto.

Yo mismo vi como se llevaron al viejo More por el camino largo de tierra que da a una calle de polvo. La vieja siempre usó luto y de noche los murciélagos recorrían las chapas de los techos de las casas, surcaban el aire fétido por el corral de las vacas, que estaba detrás de la cocina, y desaparecían.

Frente a la quinta de los More estaba la cancha de River. Desde un altillo veíamos el partido, que a mí nunca me interesó. Yo no sabía jugar a la pelota y no quería mirar. Quizás si hubiese podido jugar yo, las cosas hubiesen sido distintas.

Pero a los More les interesaba y yo quería estar con ellos. Nunca quise estar demasiado en mi casa. Además con ellos me libraba de mis hermanos y de Antonio, que, siempre de mal humor, andaba ofertando golpes con el cable de la plancha.

Cuando una tarde los More me quisieron usar de señora en el altillo, me escapé y no volví más porque tenía miedo. En el campito nosotros usábamos de señoras a otros, y sabía des-

pués las cargadas que se les hacía, por eso jamás yo hubiese sido señora de nadie.

Pero no me quedé en mi casa. Empecé a frecuentar la casa de los Saccar (el boliche de La Loba) y la escobería de Caricati. Empecé a cargar tres escobas sobre el hombro y salía por las calles gritando: Hay escoba y el escobero, como me habían enseñado. Ganaba un peso por tarde, uno cincuenta a veces y escuchaba a Tarzán y leía el Rayo Rojo y sobre todo a Colt Miller, el justiciero. Me dolía no poder ir más a lo de More. Un día lloré por eso. Lloré mucho y pensé que yo no era hijo de Dios, sino caído del planeta Marte, Dios hijo tuyo no, desgraciado. Dónde está la felicidad, ¡infeliz! Así, enojado. Y al campito para qué ir. Se pajeaban para ver quién llegaba más lejos y yo no quería porque tenía 9 años y no llegaba a ningún lado.

Yo era un fenómeno de cabeza grande y me decían:

—¡Che, gallego, enseñale que tenés pelitos!

Y yo les enseñaba. Era verdad, para todos era raro, pero yo a los nueve años tenía pelitos en el sexo, quizá por eso mi abuela decía: "Éste es un espíritu viejo, va a dañar a todos".

Nunca me excitaba en el campito para jugar a la paja. Algunas veces usé *del señora,* que por diez figuritas se dejaba un largo rato, pero no me interesaba. Eso solo tenía el significado de estar prohibido y yo encontraba a Betty, más, mucho más calientemente prohibida que todo eso. Por ese entonces estaban las peleas mientras se tomaba mate, la abuela que venía a reprender, la vida y los muchachos que se escapaban con las chicas más grandes. Nuevos juegos al doctor en la cina-cina y el hacha que le robé a doña Rosa, diciéndole a mi mamá que se la había robado a Berella cuando pasaba con el sulky. Después me daba lástima. Mi mamá cada vez que pasaba Berella me gritaba que escondiera el hacha y yo la escondía simulando un susto. Los vagos, crotos viejos, nos llevaban con antorchas a recorrer cuadras y cuadras por debajo de la alcantarilla, en los tubos de cemento oscuros.

Cuadras en el pecho, en la sangre, cuadras en el sexo. Un recorrer de vida lento y agitado entre nubes cuajadas que caían

en lluvias, y después a buscar monedas por las canaletas de la calle.

Betty, yo le partí la cabeza a tu hermano porque me gritó cabezón y me orinó el pantalón limpio, cuando estaba distraído. Pero fui yo quien recorrió las tuberías en tu nombre, para que vos me dejaras después, en las siestas, pasar la mano. Yo nunca dije nada, te lo juro por vos y por mí, fue mi madrina la que contó todo. Era mala.

Era mucho crecer, era entrar con los crotos viejos hasta que se apagaban las antorchas y ellos nos querían manosear y entonces el repiquetear de los pasos en las alcantarillas vacías con los pasos atrás, hasta la salida. Era desbarrancar el caballo en el zanjón. Todo era no saber por donde empezar a observar un mundo que era tan inmenso que nos daba susto.

Tu novio no te hacía la herejía entre las piernas, como decía mi abuela, y vos recalentada te acostabas conmigo en una cama estrecha que tenía pulgas. Entonces vos Betty, cándidamente, me tendiste en la cama. Ponías tu culo, que para mí era algo enorme delante de mi cara, y esperabas. Yo te pasaba las manos temblorosas y buscaba la piel suave preguntándote con una voz que me salía de la garganta como un chorro de agua: ¿estás desnuda por abajo?

—No, más arriba está el elástico, bajame la bombacha.

Yo te la bajaba y vos me tomabas por la muñeca y me hacías meter el dedo atrás y después adelante. Entonces descubrí que adelante eras distinta a la nena del barrio de la casa de mi abuela. Tenías mucho pelo y dentro tu boca (que en verdad, lo sabía por los More, no era una boca, sino la concha) era mojada y caliente, como la boca, pero era la concha, de eso no cabía duda. De no ser la concha, todos mis conocimientos se hubieran derrumbado y yo no hubiese sabido organizarme de nuevo. Vos me chupabas el pitito y lo hacías poner duro con cosquillas, un encanto que me llenaba de miedo de ser descubierto por alguien. Todo lo que me gustaba eran cosas que debían esconderse. Empecé a creer que sólo me gustaba el mal. Pero un día nos descubrieron. A vos te dieron tantos latigazos que quedaste echada en el suelo como una hora. A mí me pegaron uno solo que me marcó la espalda. Fue un

momento muy feo. Por primera vez, como me habías enseñado, yo estaba temeroso, friccionándote, y apareció Macho con el látigo y nos empezó a pegar. La oscuridad calma y misteriosa de la pieza se hizo claridad y todo se perdió entre los gritos tuyos, los míos y el avance de los que vivían en la casa. Con el solo latigazo ardiéndome vi, sin poder hacer nada, desde el frente de la casa, como te pegaban a vos. Lo cómico, mirá vos, era que después el Macho, tan enojado ese día, te quiso agarrar él para hacer lo que hacíamos: el bien era también malo. Me refugié más en la escobería de Caricati. Flotaba y me hundía entre los otros. Vendía escobas furiosamente, llegué a ganar nueve pesos en un día. Flotaba y me hundía entre los otros, como dije.

Éramos los náufragos seguros del crecimiento ansiado y la vejez que tendríamos que rechazar un día, como la rechazaban los viejos que habitaban el barrio. Antes de que todo terminara Lito fue señora mía, era cada vez más tramposo y sucio. Le di para convencerlo un gato que de tan acostumbrado apenas se lo llevó ya estaba de vuelta. Era el tiempo en que rezábamos para obtener permiso para salir a robar y clamábamos a Dios para que no nos agarrara el dueño de una quinta que era italiano y tenía una escopeta.

En mi niñez de malo robé duraznos, sandías, hachas, ciruelas, peines, camisetas, mandarinas, higos, revistas, sogas, loros, botellas, lapiceras, zapallos, gallinas, canarios con jaula amarilla, pedazos de plomo en casas en construcción, palos de escoba, vidrios y pedazos de hierro.

Pero fui bueno, hice sexto grado, trabajé con las escobas, lavé palos de escoba en una quinta, al sol, por cinco centavos cada uno. Aprendí a coser escobas, a fabricar cepillos, de los chicos y de los grandes, y a colocar palos a los secadores de las vecinas limpias.

Nuestro mundo fue siempre un campo de batalla contra los grandes, que se trincaban de los mejores manjares hasta las mejores mujeres, mientras nos ocultaban sus hijas que corrían detrás de nuestro misterio, esas mariposas.

Tenía que llover para que cantaran todos los bichos del mundo. Ruidos de bichos traspasando las orejas mientras los

pies descalzos, con los dedos arremangados como dedos de la mano, buscaban un lugar seguro dentro de los canales de agua que se hacían en la calle y donde buscábamos monedas, medallas o simples y raros trozos de cualquier cosa.

¡Llovía y queríamos la vida! Nos cuidábamos, algunos, sobre todo mi hermana Peti y yo, mucho de Dios y del Diablo que nuestros mayores tenían adentro y nos querían meter por medio de torturas y penitencias y mil formas más. Ellos, pobrecitos, tenían Dios-Diablo porque eran grandes y teniendo que trabajar no podían andar en lluvias frescas y limpias como las que teníamos nosotros.

Quizás porque tengo veinte años corro mucho. En vez de detenerme a comprar cigarrillos o caramelos, con tranquilidad me he puesto a gritar cosas inexactas, que después de gritar, las veo inexactas. Pero no quiero extraer la inexactitud de esas cosas. Dentro de mí no tengo un tiempo cronológico. Sin alguien que anotara mi nacimiento, aún estaría corriendo por detrás de las lagartijas como un loco.

Estamos en un bar de Paraná y Corrientes. Una lechería llamada La Giralda, creo. Nos aburrimos estúpidamente. Vamos a un bar de una cuadra más adelante llamado Gardelito. Nos aburrimos. Fernando acompaña a Alicia a tomar el colectivo. Nos aburrimos más y nos vamos a dar una vuelta. Entramos en una librería de gente conocida y vemos entrar a un hombre. Nos pregunta por un libro y se queda asombrado de que nos acordemos del nombre del autor y del libro. Entra una mujer con una revista ilustrada y detrás un hombre que la mira extasiado y tímido. La mujer es extraña. Bajita, chueca, con los ojos medios dados vuelta hacia cualquier lado. Mira todo y se ríe sola. Le ofrezco un libro y me contesta que quiere uno de amor. Tiene una voz rara y le pregunto de dónde es. Me dice medio inentendible que es de Brasil, no, norteamericana y que vivió mucho tiempo en Brasil.

El Griego y Roberto Quiroga hablan con el hombre asombrado que les está recitando un poema de él mismo dedicado a Horacio Quiroga y que está inspirado en la tapa del Regreso de Anaconda, editado por Eudeba. La mujer mira. El hombre la mira a ella. Hay un mar de miradas hacia todos lados. La

mujer mira un libro con un gorila y empieza a gritar: Gorila, hermano-mío gorila-vampiro. Y hace gestos levantándose hacia arriba como un gorila-vampiro. Al ver que me toca para explicarme, el hombre se siente molesto, la mira con ternura. Mis amigos están mirando y todos se ríen. Empezamos a combatir el aburrimiento. Buenos Aires despierta en la madrugada dormidamente. La mujer mira un cuadro de amor y grita: ¡Lucha lucha! a la vez que se cuelga de mi cuello, intentando lucharme.

—Es amor —le digo.

—No —grita—, amor, no, es lucha, yo policía femenina, es lucha.

El hombre la mira. Por fin nos desembarazamos de ella. El hombre se queda escondido detrás de una mesa de libros y apenas la mujer sale, corre detrás de ella. Más tarde nos encontramos con Fernando, lo esperamos en una puerta, sentados, mientras habla por teléfono. Nos encontramos con el Negro y Jerry, que vienen de tomar ginebra con un tipo que aprende periodismo y que nos invita a tomar mate en su casa. Es un poco lejos y emprendemos la marcha. Somos seis y molestamos a tres pibas. Las pibas se suben a un taxi. Las saludamos con pañuelos y se ríen. Seguimos. Nos detenemos en la plaza Congreso y subimos a la parte alta del monumento, y nos ponemos a cantar mirando la fatasmagórica Avenida de Mayo, puras luces y el agua de la fuente. Antes de seguir, mientras los otros cantan, me quedo pensando. Pienso en esto que estoy escribiendo, en mi vida y en una frase de alguien a propósito de Joyce: Una masturbación, una regia masturbación en doce idiomas, o algo así, y tengo miedo de estar vivo y miedo de escribir. No sé bien para dónde voy, aunque en alguna parte de mí estoy aplomado. Fernando me dice: Dale novelista, y me uno a sus cantos. Seguimos gesticulando y cantando desencajadamente. Llegamos a la casa del que estudia periodismo, no está. Tenemos tal facha de vagos que nos atiende un compañero de casa del tipo, y se disculpa sin animarse a abrir la puerta. Vacilamos en esperar o no. El Negro y Fernando discuten. Fernando no sé que dice. El Negro quiere romper quinientos pesos, el Griego interviene y se calman los ánimos. Vamos a jugar a los dados a un boliche, a las seis de la mañana nadie sabe qué hacer. Regre-

samos separándonos. El Griego se queda conmigo. Dice que no le gusta perder una noche así. Está amargado. Me subo a un colectivo y a dos cuadras me encuentro con los otros que van todos juntos. Los saludo. Yo también estoy medio amargado y me rajo. Huyo, huyo para adentro mío como un tonto. La calle y la incertidumbre de todo lo que hacemos me hace escapar.

Estoy con la bandera, sexto grado, dispuesto a salir para la inauguración de un monumento. Estoy almidonado y cansado con semejante bandera en la espalda. Un mástil enorme que tiene que ser un orgullo, el mejor alumno y la escuela termina para mí. La Directora habló con mis padres para que me hicieran estudiar. Nada. Voy a ir de cabeza al taller. Ya lo dijo mi padre. Se inaugura el monumento y volvemos cansados. ¡Basta de escuela! parece un sueño. Yo también quiero ir al taller, con tal de no ir más a la escuela. Pero a la vez no quiero ir al taller. Nadie me puede ayudar. Con tantos pelos entre las piernas ya soy un hombre.

Por las noches, discuto con ardor en la casa de Caricati sobre la vida. Él dice que si no existe Dios de dónde venimos. Yo le digo que venimos de otro planeta. Caricati, viejo y pelado, me pregunta con una sonrisa de triunfo de dónde salió ese planeta. Le digo que no sé de dónde salió. Recuerdo la escuela y quisiera volver. Salgo varias veces más a vender escobas y me despido de la gente. De la venta de escobas saco algunos amigos. La familia Parra, donde aún suelo ir cuando estoy en Junín. Desde chico cambié en parte mi casa por la de los Parra. Allí iba a hacer las cuentas después de la venta. Por último, Caricati me dice que si no creo en Dios me voy a ir al infierno. ¡No me importa un carajo! —le grito. Se enoja y me echa de la casa, guardando la Biblia que tenía en las manos y de la cual me había leído partes. Dado que yo había terminado la escuela, me podía leer partes tranquilamente. Me voy. Cruzo la cuadra hasta mi casa con miedo. Estoy tan convencido de que venimos de otro planeta que tengo miedo a que me roben los marcianos. Si ellos hicieron a Dios para engañarnos y yo me di cuenta, ellos poderosos me raptarán para que no descubra la verdad.

Recuerdo la escuela. Parte de la vida. Doce años es estar crecidito. Recuerdo con mis doce años el bautismo maldito con

el traje de marinero azul y la borrachera de mi padrino, mi padre, etc.

Mi padre pelea en el club Falucho, donde yo canto. Va y le quitan el cuchillo. Otro y otro. Hasta que siendo la medianoche ya le habían quitado todos los cuchillos. Entonces, trata de convencer a mi madre para que le dé plata.

—Vieja —dice—, compro una cuchilla grande, lo mato a ese hijo de puta y después vos tenés la cuchilla para cortar carne. ¿Qué te parece? —y agrega—: ¿Qué querés, vieja, con ese cuchillo de mesa, no podés pelear, pero uno grande ya me lo van a quitar si son brujos, lo mato.

Pero mi madre no le da la plata y por último mi padre se duerme sobre la mesa.

Aquél fue el tiempo de la pura pornografía; fue el tiempo del último año del primario. El sueño por la mañana de invierno. Los recreos en la letrina con aquel gordo que se colocaba como un cristo, de espalda, apoyado en la pared y se ofrecía a cambio de protección, porque era débil.

Nuestros esparcimientos sexuales eran frenéticamente limitados. En cinco minutos pasábamos por lo prohibido del gordo quince muchachones, porque a esa edad éramos muchachones y las maestras eran casi de nuestra altura y algunas de ellas muy jóvenes.

No confiábamos en ellas y ellas no confiaban en nosotros.

Los esparcimientos fueron por mucho tiempo los mismos, siempre el gordo contra la pared con los brazos extendidos como un cristo. Nuestros maestros se imaginaban esto pero no iban por las letrinas hediondas del colegio. Temían, seguramente, a las malas sorpresas que les traería su visita al fétido y libre lugar de las cosas ocultas. Nuestra letrina era un principio descarnado, la única libertad por entonces existente.

Allí decía: Concha, puto, cojer, viva la paja, la maestra está buena, a la casera le gusta la pistola. Cuando estábamos por terminar la escuela las pibas inventaron el juego de sonar los dedos. Ellas contaban la cantidad de letras de un apellido (el mío, por ejemplo: g.a.r.c.i.a.) y se contaban los dedos, tiraban del quinto, si sonaba (crac) aceptaban el noviazgo que les proponíamos. Si no hacía crac, no.

Una de las muchachas lo hizo sonar con mi apellido. Yo estaba enamorado de ella. Cuando fui a recibir los frutos del sonido, a la salida, me miró con una mirada que era toda una mirada y me dijo:

—¿Creés que me voy a arreglar con un estúpido como vos porque me suenen los dedos? —se alejó corriendo.

Al terminar la escuela, donde todo el mundo era una formación infinita de cuerpos claros, de contornos firmes, fui a parar al taller. Los cuerpos se volvieron oscuros, me lastimé las manos y me sentí profundamente inferior a mis amigos que ingresaban al secundario, vestían pantalones largos y acompañaban a las chicas.

Los sábados por la tarde iba a la parte alta del Cine. Las chicas dejaban libre una butaca por medio. Tomábamos asiento al azar. Entre los tiros y convoys, comenzábamos a bajar las manos hacia las rodillas. O hacia la parte sagrada donde las mujeres tienen las tetas, pero esas chicas no tenían tetas, tenían un abultamiento angustioso allí o nada. Ellas se resistían. En el intervalo, por fin, las veíamos. Mirábamos el rostro, el cuerpo, las piernas y preguntábamos el nombre.

Tenía, no sé, trece años, quizá.

Todos los sábados. En invierno todos los domingos. Estaba pelado, usaba camisa de grafa, contra la pelada. Fumaba en pipa y me decían El Loco. Escribía poemas:

En este siglo donde amor no existe
vivimos de lo falso y de lo triste

Aún no había hallado las lecturas de la biblioteca Echeverría, que ni siquiera conocía por ese entonces. Camino con unas tablas al hombro. En el patio de casa tengo dos ruedas grandes de carretilla y dos tirantes grandes, tornillos, fierros y arandelas. Dejo las tablas en el suelo y mi madre empieza a gritar como loca. Esas tablas, esa mugre, ese bochinche, ese asco... Estoy por asistir a la obra más grande de mi vida. Golpeo y sale la forma. Sencillo, con dos tirantes y dos más cortos formo la base del Gran Carro de Mano que después lleno de maderas. Abajo de esa base van dos fierros en forma de v, y por el ángulo debe pasar una arandela travesada por un caño de bomba de dos pulgadas, que

sostiene una rueda de cada lado, contra los fierros v, y apretados por una culpa. Golpeo, transpiro y me ahogo de entusiasmo... poco a poco va saliendo la forma que deseo sacar. Se levanta como una pirámide el carro gigantesco, grande, llega al cielo... y con las tablas hago las formas más o menos y lo pinto todo con pintura celeste. Grasa de carro verdadera le paso por los ejes caño de bomba y salgo a todo trote, como la yegua Bonita, a recorrer el barrio con el carro que tiene como noventa centímetros de alto. Quien tuvo hecho por sus manos un carro de ... ¡pssss!

Salgo a comprar botellas y plomo viejo por la calle. Hay días que lleno el carro y gano veinte pesos. Mi abuela está enternecida por mi espíritu empresario y dice que voy a llegar lejos. El carro es un capitalito, de a poco, a lo mejor, cuántos empezaron así y después, uno no puede saber.

Hasta escobas puedo llevar en mi carro y por eso soy como un mayorista. Por las noches lo dejo en el patio y lo miro. Las ruedas me costaron treinta pesos y se los debo a Caricati, como también le debo otros pesos de una mesita medio ovalada que le gustaba a Blanca. Lo veo por la ventana debajo de la luna salir de la oscuridad con su forma sólida. Pero me canso en seguida. La Negrita me hacía poner colorado cada vez que me miraba. Ella con su mística pollerita azul de hacer ejercicio en la Normal. A veces la visitaban otras chicas limpísimas así como ella; con los libros sabios debajo del brazo. Un día me ayudó a subir el carro en la cuesta, rozándome la mano y yo no pude dormir. Para mí la gente que estudiaba era superior. Y sentir que esas manos pertenecientes a esas piernas que eran más blancas pudieron rozarme en la tarea de subir el carro. Era extraño. Por un lado quería vender escobas, fabricar un carro, etc., para escaparme de mi familia, por otro lado sentía un poco de vergüenza por esas tareas. Me sentía inferior. Mi alegría comenzó a deformarse más. Yo no tenía lo que toda la gente. Nada había hecho. Una imagen. Vendo escobas. Con un carro por la calle. Parado mirando a la Negrita fina. Sentado en la cina-cina. Con la Nacha jugando al doctor. De nuevo el sexo, jugando peligrosamente con Betty. Estaba sentado una tarde, vacío como un tacho sin fondo, cuando un tobogán inexplicable me lanzó hacia otro mundo.

En un tiempo concreto que viví se podía abrir las manos, los ojos y quedarse quieto contemplando a lo lejos, bien lejos, a los esclavos con su gusto maligno por la esclavitud. El mar era una almohada y las montañas vivían pendientes de nuestra altura: las selvas hacían sus caminos pensando en nosotros y la tierra siempre indomable obedecía a nuestras señas. Un mundo loco giraba en nuestros trompos: los capitanes rubios con sus pelucas y sus cueros bronceados miraban el mar, olían la tierra y seguían mirando entre un planear de pájaros; signos graves cerrados a nosotros. Las mujeres acariciaban músculos de capitanes, cuerpos bronceados por el sol y la sal del mar. Los caramelos pegoteados en el bolsillo y en la oscuridad jadeos y gritos mezclados con la música eran la vida misma. Regresar de noche por las calles que hacían palpitar todas las cosas posibles: monstruos y guardianes, marcianos y verdugos, todos al acecho de uno sin defensa. La forma de las casas donde gente mayor hacía seriamente de lo suyo. Todo estaba cerrado a nosotros y, sin embargo, todo nos cubría. Sobre la tierra desierta de una siesta, en este tiempo, parado firme con el revólver en la mano, observaba a los indios ascender por las montañas imaginarias y me trababa en lucha con ellos, y era la lucha la nada donde yo buscaba los cuerpos enemigos y mis golpes, mis balas, rebotaban en el vacío. Metiéndome en la noche y saliendo a los alaridos en el primer sueño, subía los escalones del almanaque buscando mi adultez. En una bruma densa se movían los hombres de piernas lampiñas y a golpes y escondida se bañaban en los charcos. Eran golpeados, tristes, gritones y peleadores. Se paraban en la Montaña Roja, se colocaban un pañuelo en la cara y se lanzaban a una lucha sin salida cuyo final nos era conocido de antemano. Desde mi butaca hubiera querido gritar, salvarlos, decirles que no eran el Mal, que todo estaba previsto y que ellos morirían. Eran feos, no tenían mujeres, y vivían en ciudades del Oeste donde solamente podían pasar el día mirando el Correo. No eran malos, la única mujer amaba al Muchacho hermoso. Hubiera querido que nunca los mataran cuando se largaban de la montaña buscando oro. Que los dejaran vivir hasta el final de la película, que una sola vez uno solo de ellos, el más temible, el jefe de la banda, conociera los besos de la Bella, para morir en paz. La justicia no conocía razones y al final, en el

polvo más desolado, quedaban los cadáveres abandonados mientras Ella y Él, malditos gansos, se besaban contentos.

Las formas de caer y levantarse se inventaban y olvidaban cada día. Sin embargo, todo era continuo, hecho de una misma tela. Una infancia que crece hasta la muerte; pero ellos creían que uno era una carretera con puentes, un tiempo con estaciones y circuitos. Ellos cortaban los pedazos y nos remendaban a la medida de sus odios.

Hubo dos edades, dos edades fijas en el tiempo. La siesta y el atardecer. Íbamos a ver los gitanos, el lugar donde había estado el circo. Alucinaba la altura donde trabajaba el trapecista y aún lo veía flotar en el vacío del campo. Los gitanos dejaban círculos de pastos quemados donde hicieron el fuego espiado por nosotros. Los del circo hacían piruetas para ser distintos. Los gitanos eran distintos: usaban blusas negras y pantalones finos y rayados. Las mujeres llevaban monedas en el pelo y no saludaban a nadie. La gente se hacía adivinar la suerte y les daban monedas. Las viejas del barrio decían que las gitanas sólo servían para hacer abortos.

El atardecer no era la siesta, basta decir que nos metían los zapatos nuevos y la ropa más limpia. Las pibas corren con sus polleras almidonadas. Nosotros miramos para ver si revelan el secreto. Los mayores dicen: éste nunca le vio la cara a Dios. El cruce de las piernas, allá arriba, es la cara de Dios. Nosotros tratamos de entrar en las intimidades del Señor. Queremos entrar entre las piernas de las pibas, queremos la presentida, zanjeada y tibia cara del Señor. No. Ellos comprendieron que estábamos haciendo una experiencia peligrosa y nos hundieron en el tiempo continuo y sin regreso del trabajo adulto. Aprendimos los días en el almanaque, los años bisiestos, los feriados. En un tiempo que no existía ya estaba el día de San Martín, el día del Trabajo, el de la Madre. Escapábamos, nos detenían y con esa vida torpe del barrio parecíamos soldados de una batalla de goma: nuestros ataques y rebotes estaban dirigidos hacia esos círculos de pasto quemado donde ya no había nada.

El circo y los gitanos ya no estaban. Nosotros no le conocíamos la cara a Dios y sin tener la vida de los gitanos, ni la vida del circo, con la escuela encima, nos dimos por vencidos re-

matando ese tiempo. Ya el espejo sacaba la figura igual a uno. Uno en el espejo y otro delante del espejo: se podía mentir, guardarse adentro de uno y salirse a la cara con cualquier disfraz.

Mirábamos a los hombres grandes de grandes pantalones, y les aseguro que yo y todos los que habitamos ese mundo descripto queríamos ser grandes, grandes de grandes pantalones y trabajar con los galcotes de lomos azotados. Matar, morir peleando, eso sería lindo. Morir con la emoción, la sal, el mar, y hacer de la aventura un mundo nuevo.

Los grandes, infantil, ingenuamente, hablaban de la muerte en la cocina. La lluvia en la ventana y dentro de la cocina se escucha el agua y el ruido hirviente del sartén, donde se doran las tortas. Una tarde que es las botas embarradas de Antonio, y el terminar tumbándose de todos en las camas de la pieza única. Gotas rectas se disuelven contra los vidrios, otras caen con fuerza y hacen globos de agua, sobre el charco, en el patio. Sapos de gargantas que laten. Sapos gordos que miran con sus gargantas especiales y sus ojos fijos: sapos flacos y nerviosos que saltan la vereda de cemento que bordea la casa y se deshace cada día. Un mundo de sapos y gotas sobre el patio sin límites de alambres o tapial. Un patio que se diferencia de la calle, no por el color de la tierra, sino más bien por la altura, y la escoba de Blanca. La arena del patio es lisa y jabonosa como una cancha de bochas. Uno se tiraba allí como sobre un piso de mosaicos. Después tuvimos también mosaicos, pero eran demasiado fríos. Era hermoso para tirarse en la siesta, debajo de la mesa, a contar figuritas mientras pasaba el sol y había peligro de insolación.

Un tren va hacia la noche partiendo de ella, va hacia el pasado regresando de él.

Estoy de pie. Sentado o de pie. No lo sé. Soy medio resquebrajado y amarillento con un fondo de plomo o de tormenta. Tengo una cabeza enorme, cuello fino y hombros estrechos. Desde un pedazo de papel, desde el fondo de una caja, sale una parte mía resquebrajada como la anterior. Es lo que sigue de los hombros hasta los pies. Sí, estoy sentado y de cada lado mío sale una hermana de pie, ellas también con pantalones como los míos. Mi cabeza, me parece, es como ahora, pero más chica. Seguramente tenía cuatro años, mis ojos están mucho más descentrados

que en la actualidad. Y estoy también crecido y agrandado hasta los veinte años, entero, pero muy cerca del que me mira tan extrañamente y que evidentemente era yo. Puedo mirarlo a él-yo y decirle palmeándole el papel: ya pasó, fue un mal trago, pero en el trago se formó el misterio. La cabeza no se parte, no se mira por dentro, la cabeza que sabe, no se sabe. De pie, con la figura de mis hermanas de pie, estamos como en un tribunal. Y nuestros pantalones son extraños como viejas canillas desenterradas. Los pantaloncitos anchos y con bordes de otro color en los bolsillos.

Estiro los pies (la plaza San Martín, Retiro, es mi espectáculo) y frotándolos con rapidez hago rrrriiiii, una y otra vez, una música.

Hace frío y nazco en el frío para ver mejor a Retiro como un cabaret de gigantes locos donde las luces disuelven las figuras. Ómnibuscajasdefósforos rugiendo y asustando a los hijos de gigantes que viajan en su interior. Edificios pantalonesdegigantes, con ventanitas, y una gran baja bragueta por donde los hijos de gigantes entran a conocer su origen, su esencial y espermática situación en el mundo.

No tengo plata y guardo mi foto rota de chico cabezón: necesito una mujer. Busco en la noche. No, no busco. Me siento a esperar nada. Miro los que pasan. Fumo y camino.

Sólo tengo esta foto que está fría. Busco a quién querer. Querer como tomar una leche caliente. No hay plata para una leche caliente, querer provechosa, ricamente: piponearse queriendo. Nada más. O sí: volver y repetir.

Se dice amar como en sueño. La calle amanece y es gris en el asfalto, verde en la reja de los subtes, gris en la gente y roja en la propaganda.

Gris hombre de propaganda roja. Si poetizo muero: gris hombre de propaganda verde.

Propaganda de hombre verde. Hombre de propagar propaganda verde, gris y roja.

Un diario y me busco un trabajo. Viviría (viviriola) como todos los demás. Un diario, una dirección, una pieza, una cama, un pie para montar el obelisco. Una sola manito y viviría viviola viviriola.

La necesidad me hace mentir. Ojo con la necesidad, anoto

en los cuadernos que voy arrastrando, pisando, por esta noche y desde muchas noches anteriores.

Me canso y rajo como-si-me-partiera-en-dos.

Anoto: Vamos hacia el dinero que inventamos como si viniéramos de él. Sigo escapando, tropezando, volviéndome y entre la oscuridad y la humedad encuentro mi facha despavorida haciéndome señas de ahogo. Miro hacia donde imagino que estoy y veo los paredones de la estación Constitución, las de Retiro, el borde de la Costanera, el sonido de una sirena que puedo recordar.

Los libros que olvidé en una pensión. Puedo recordar el lomo de uno de ellos. Recordarlo con suspenso como si se moviera en mi pasado: gira el lomo que recupero con los bordes gastados. Un libro que compré en una librería de saldos. La primera página marcada por mí, la contratapa con números de teléfonos. Recuerdo la distribución de esas anotaciones, no lo que decían. Recuerdo —veo ya— la forma de esos números que anoté y no podría, sin embargo, descifrarlos.

En una hoja, la tres, la cuatro, yo puse una nota donde hablaba de la mujer que vi morir aplastada por un ómnibus en Belgrano y Entre Ríos. No recuerdo el libro: la mujer parecía una bolsa de pulpa cuando la levantaron. Sé que busqué los ojos, yo quería verle los ojos y con eso ella volvería a ser una mujer. No le vi, nunca fue otra cosa que esa mole llena de trapo que arrastraron. Me rajo, me parto en dos, parto.

Ahora que me he escapado estoy más contento: camino por un pasillo viejo en una casa de Junín con una toalla colgando desde el hombro izquierdo y los ojos aún cerrados por el sueño. Zumba el pito de las seis y está oscuro. Antonio me alcanza el último mate y subo en mi bicicleta para ir a trabajar.

Hay una bajada: me dejo deslizar sin pedalear hasta que la rueda se hunde en la calle y comienzo mi esfuerzo de doce cuadras rectas, inflexibles en su colchón de arena.

Desde la puerta del taller, mientras marcaba la tarjeta introduciéndola en la ranura del reloj viejo y alargado, veía la Berco enseñoreándose entre las otras máquinas (más hermosa que todas), con sus torres verdosas y brillantes, con sus lugares ocultos,

opacos y mojados, con sus puntas recortadas contra el techo trenzado en los infinitos laberintos de rieles por donde hacíamos correr los aparejos.

Los tornorevólveres, las fresadoras, todas las máquinas en general aparecían en su flaqueza de fierros oxidados, en su pobre vejez, sin competencia con la brillantez de mi Berco nueva y brutal y firme en su figura. ¿Por qué me eligieron a mí, siendo un aprendiz, para manejar la más hermosa de las máquinas?

Hay días en que el verano se arroja calcinado y afuera los gorriones cantan y saltan entre las plantas. Afuera hay sol y dentro del taller comienza el calor, mucho calor. En verano el asfalto del piso parecía derretirse de calor. Mis compañeros llegan a la siesta, somnolientos, con los ojos pegados. El taller comienza a arrastrarse con una pesadez de un animal prehistórico. Gori guarda en el interior de su banco-de-trabajo agua con limón y cada tanto se agacha a tomar. Oreja escapa hacia el baño, con una revista escondida, chupando con inocencia una naranja. El encargado mira y ve, pero a veces se calla. Morgi es el único inflexible detrás de su casilla de vidrio, controlando el trabajo ajeno. (Yo pensaba después con tristeza: de los ocho años a los doce, vendiendo escobas, de los doce a los dieciséis, trabajando allí: realmente ya trabajé ocho años de mi vida, ¿la mitad?)

El ruido del taller, los primeros días, me resulta atronador. Después me acostumbro. Me mandan con Bojick para que le pula los pernos mientras él rectifica los bujes de las bielas y de los pistones.

Bojick me cuenta de mujeres de polleras arremangadas en los zaguanes. Ya tengo trece años, lo escucho. Me dice de qué manera él les levantaba las polleras y les daba despacito en las puertas de las propias casas de esas mujeres. Cuando querían chillar ya la tenían adentro, aclara, sonriendo.

Me es muy fácil quedarme con Bojick porque en mi condición de aprendiz era una especie de gitano dentro del taller. Yo me acercaba a uno, le ayudaba, le lavaba las piezas, le buscaba las herramientas, etc., el encargado veía que tenía trabajo y me dejaba. Lo único que quería era no trabajar con Antonio, que estaba unos bancos-de-trabajo más allá. Lo había aguantado un año y ahora quería trabajar con otros, sobre todo con Bojick,

Cuando Bojick me hablaba, a mí me venían unas ganas de tener mujer. Estas ganas se me repiten cada vez que estoy solo. Un día me dice:

—Vos sos un pajero.

Le grito que no, me defiendo. Es inútil, él se ríe, las pajas que me hago me salen hasta por la nariz (eso creo); se notan en toda mi persona, no las puedo evitar.

Ahora (quiero decir, entonces), cuando la Berco ronronea movida por mis manos, ya no puedo ocultar nada.

Me quedo trabajando un tiempo con Bojick porque él me prometió sacarme adelante. Oreja aparece un día con la idea de que él quiere medírsela con otro porque la tiene más grande que cualquiera.

Da vueltas durante dos o tres días alrededor de lo mismo hasta que de pronto me veo enfrentado al Ratón, que me desafía en la medida. Le digo que yo no me mido.

—Manicero, sos manicero —me grita el Ratón.

Al final acepto y vamos al baño a medirnos con un calibre. Oreja le mide al Ratón y mientras hace esto se la acaricia. Ratón se excita y cierra los ojos a la vez que se apoya en la pared y hace resbalar las manos apretadas contra los azulejos. Oreja es un ladino, la mano que le pasa a Ratón está llena de Azul-de-Prusia, yo me doy cuenta y escapo. Ratón se tuvo que lavar con nafta y la nafta lo paspó. Durante tres días caminaba con las piernas abiertas. Ratón lo corrió esa tarde con un palo. Oreja tiene veinte años y se ríe, y le cuenta a Bojick, que también se ríe, y dice con su gordura, mientras prepara la máquina:

—¡Son todos pajeros!

Bojick no tiene esos problemas porque está casado, de él no se puede dudar y él nos acusa de aquello que uno no puede acusarlo.

Oreja le dice que dejó el trabajo de camionero porque tenía miedo a dejar la mujer sola en los viajes largos. Bojick no se enoja.

—Ja, si lo sabré yo —exclama y se ríe, metiendo otra biela en la máquina y empujando el botón rojo que hace un ruido hidráulico.

—Y a vos, pibe, yo te voy a sacar adelante, quedate tranquilo.

Soy el elegido, él me va a sacar adelante a mí, no a otro.

Estoy contento y veo el trabajo desplegado en todo el taller: ya desapareció la somnolencia de la entrada y ahora todo es zumbido y movimiento. Cada vez que todo se ponía en marcha y cada cual iba sobre lo suyo yo me sentía como abandonado en una ciudad indiferente. Bojick era el único con el que charlaba. Su máquina era semiautomática y le daba tiempo para hablar. Por la otra punta es imposible. Las rectificadoras de cigüeñales, con sus enormes piedras, están de frente al taller, con sus operarios mirando la pared, de espaldas contra la máquina. Allí está el delegado, que no habla, y el otro delegado, que tampoco habla. ¿Será que por ser delegados tienen máquinas tan imponentes? Las piedras gigantescas de las rectificadoras de cigüeñales saltan vuelta a vuelta. El delegado se agacha cada vez que la pone en marcha, cuando la piedra salta sus fragmentos rozan de muerte a éste o aquél, menos al delegado, que ya la conoce, y como dije, se agacha al prenderla.

Pulo pernos y le digo:

—Bueno, gordo —cada vez que me repite que me va a sacar adelante.

Corro de regreso en mi bicicleta y me caigo cerca de casa. Mis hermanas están en la puerta y se ríen. Siempre me caigo allí sin bajarme nunca de la bicicleta ni tomar precauciones. Siempre pienso que al día siguiente no me voy a caer, pero me caigo. Hay una zanja profunda cerca de las acacias, corro, la rueda entra hasta la mitad de la zanja y la bicicleta se da vuelta y allá voy con las manos preparadas hacia adelante.

Esa noche no pude dormir, pienso y deseo mucho realmente. La pieza está llena de respiración y aliento, de tufo-de-pieza, me siento sofocado: pero todo está como para seguir una noche más. Al día siguiente, apenas marco la tarjeta, Bojick me llama y arrastrándome a un rincón me da un libro para empezar el aprendizaje: son poses.

Voy al baño a mirarlas. Hay ayuntamientos comunes, la mujer abajo y arriba el hombre. Hay una mujer desnuda y con las piernas abiertas. Miro bien la posición de la cosa porque quiero saber con certeza hacia dónde apunta su cavidad.

—No la vas a poder embocar si no sabés —me dice a veces el gordo Bojick.

Yo desde chico la embocaba a Betty, pero era distinto, ella era mayor que yo y se ponía arriba. Si yo conseguía una mujer ahora sería en calidad de hombre y tendría que ser yo quien la emboque a ella.

Me detengo en una página. Una pija está dentro de unos labios carnosos. Los labios tienen un rostro de ojos cerrados y cabellos revueltos. La mano de la mujer agarra la pija por el tronco y una mano del hombre está sobre la nuca de la mujer sumergida en sus cabellos. De la pija del hombre sale una ingle velluda que se pierde en el marco de la foto. Me detengo en ésta, excitado, absorto. Me fijo la imagen y cerrando los ojos me pajeo. Por momentos aquello es como inventar otra persona, la paja va cobrando otra dimensión y superando la baldeada soledad, siento, no mi mano, sino los mismos labios de la mujer de cabellos revueltos. Trato de acariciar su nuca y me encuentro con la puerta fría.

—¡García chico!

Abro los ojos con sorpresa y miedo. El encargado grita nuevamente y no respondo. Grita y la mujer no está cuando abro los ojos. Veo papeles sucios, el fondo acuoso del WC y la puerta gris donde escrito con mierda dice: ¡Viva la concha! Me siento burlado. No sé si volver al taller o saltar por la tapia de atrás y regresar corriendo hasta casa. Vuelvo por fin y digo que me duele la cabeza, hago trámites ante el encargado y salgo.

Estoy acostumbrado a mentir. Mi papá se enoja porque me voy del trabajo y la descompostura y el dolor llegan a mi cara. Mi papá se convence malamente y yo cruzo por el camino de cemento entre las máquinas montado en mi bicicleta, con ojos de degollado y una profunda y bien simulada enfermedad. Me es fácil enfermarme. Muchas mañanas despierto y siento el frío, mientras veo como alucinado un techo de pieza que me parece terroso y desconocido como un paisaje lunar. Me hago el enfermo y hago de esto un oficio.

Siento, con proponérmelo, dolores y fiebre y viene un médico del trabajo: comprueba que estoy realmente enfermo y me da tres días de cama. No sólo que no trabajo si estoy enfermo, sino

que también me atienden especialmente. Mi madre compra dulce de leche para mí. Odio al taller.

Peti, mi hermana mayor, entra a trabajar en una fábrica de paletas. Desde mi enfermedad simulada, real, la veo regresar por la tarde con el pelo lleno de aserrín y una expresión de odio, como la mía, hacia todo lo que la rodea. A veces llora cuando vuelve, y después aprende a fumar y fuma toda la tarde, al regresar, hasta que se acuesta.

Mamá da vueltas y limpia y protesta y lee y escucha radionovelas y lava y toma mate, después de limpiar los platos. Por la mañana todo va hacia la comida del mediodía. Los mandados (que nadie ya manda), las papas, esto, lo otro. Después de la comida vienen los platos, la ropa para lavar, y por fin, todo se encarrila hacia la cena, después de la cena, para ella, todo va hacia la cama. Entonces se acuesta y lee Vosotras a la luz de una vela porque a mi papá le molesta la luz eléctrica que está desnuda e hirviente en el medio de la pieza única.

Toti anda por ahí. La meningitis lo puso a un lado de las obligaciones que se nos imponen a los demás. Naty está en la casa de una tía, hermana de mi papá, que la cuida, le da mejores ropas, y la hace frecuentar no sé qué tipo de chicas. Lo que sé, es que mi hermana, con una infantil y abyecta forma de ser dañina, nos pregunta un día (en que visitó a mi madre):

—¿Cómo era que podíamos vivir así?

—¿Así cómo? —dijo mamá.

—Así, así —dijo, con sus hermosos vestiditos y ese aire que nos parecía fino y que había adquirido en su medio distinto.

A Toti, si bien la meningitis lo salvó por un lado, lo condenó por otro: era el centro, después, de la histeria de mis hermanas, y ellas, cuando podían, pegaban sobre él.

Desde la cama puedo más o menos ver la forma en que se mueven en mi casa. Llega el día del trabajo y salto de la cama para no desearla y quedarme un día más. Mi enfermedad termina y el trabajo sigue. No se puede estar siempre enfermo. Me pasaría el día durmiendo. No quiero estar en el mundo, pero tampoco quiero matarme. Solamente deseo dormir, esperar durmiendo que las cosas no sean como son. Bojick me explica por

qué me trajo ese nuevo libro que ahora tengo en mis manos y el sentido del primero.

—El primero es para que sepas cuántas posiciones puede haber y aprendas dónde y cómo se mete, si no sos capaz que la metés en el ombligo. Y esto —sigue—, esto es para que veas cómo le gusta a las mujeres, aunque se hagan las locas cuando se la querés enchufar. —Me alcanza el segundo libro de la enseñanza interminable. Pero, ¿dónde están las mujeres?

Con intranquilidad voy al baño y comienzo a leer *Memorias de una princesa rusa.* Vuelvo a pajearme de una manera más angustiosa. Sentía tantas sensaciones raras que me esforzaba por conseguir una mujer. Después de pajearme quedaba sonámbulo. No tenía ganas de hablar, me replegaba, y sentía melancolía.

Temía también a la locura. Había robado un libro de la mesa de luz sobre el alcoholismo, que mi mamá tenía escondido. Lo leí. Mi padre era borracho y allí decía que la herencia y que los hijos de borrachos podían tener taras congénitas (así decía) y yo comprendí que por ese lado podía ser loco. También la paja. Temía a la paja como fuente de futuras locuras, lo que agregado a la congénita, me llevaría a ser un loco rematado.

Quería conseguir una mujer lo antes posible, acostarme con ella, después con otra, hasta que siendo hombre me liberase de la paja y de la congénita de mi padre.

La congénita me seguía como un sueño y a veces, mirando una biela, pensaba que la congénita debía ser como ella era: delgada, de acero, y con fuertes tornillos. Si uno tenía la congénita en los huevos era difícil sacársela de allí, y además, debería ser muy doloroso. Di un golpe a mi vida, y dejando de lado a un amorcito de esquina, diciendo chau, con una mirada de hombre que se hunde, me lancé tras una vieja fea que, según decían, se dedicaba a los chicos. Era sábado a la tarde y pretextando ir al cine salí de casa y pasé por donde vivía la vieja, preguntando por un nombre cualquiera que inventé: hablé. A los quince minutos la vieja me estaba diciendo que le gustaba con los chicos, que los chicos, que ella era madre y los entendía, que la vida del sexo, los pelitos, sangrecitas, miraditas y chupaditas, que todo era hermoso. Yo estallaba aterrado de excitación miedosa. Ella estaba sentada en el tronco saliente de un árbol, en la puerta de su casa.

Yo de pie, excitado, de miedo me la tenía por el bolsillo para que no se notara. Me la apretaba con mi mano transpirada y mi pija estaba dura y dolorosa como jamás la había sentido. Quería y tampoco quería. Trataba de fijarme las imágenes del libro de poses para parecer más ducho, pero ella se daba cuenta de que era la primera vez y explotaba eso riéndose y mostrándome una pierna blancuzca, fláccida y con várices que me inspiraba deseo y asco. La pierna estaba allí, arremangada y cayendo dentro de la piel, con una venosidad que la hacían semejante al árbol. Ella sonreía más y seguía con su enumeración pacífica y frenética a la vez, de los infinitos placeres del amor. ¿Y por atrás? Que yo no sabía lo lindo que era. Sí, cómo no. Sí, muchas veces. ¡Cientos de veces! Y de costado, y con el jugo de la boca cubriendo todo como un manto de nylon. Que si sabía de lo bueno del 69 y el excelente efecto del dedo sobre el clítoris. Me asustaba tener miedo: ¡mi primera experiencia a lo hombre!

Concretamos una cita para la noche porque los chicos, sus hijos, estaban jugando dentro de la casa y a ella no había cosa que le gustase más que en la propia casa, cuando su marido no estaba ni tenía posibilidades de volver.

—¿Ahora no se puede? —pregunté, para pasar la experiencia de un trago como una sal inglesa.

—Los chicos están aquí, te dije, no seas cargoso, no te cobro, jamás cobré a nadie, todos pudieron cuando quisieron, en eso soy buena, ¡pero no quiero caprichos! —chilló molesta. Dicho esto, se levantó con su paso zanguango, patizambo y viejo y se introdujo en la casa.

Estuve un rato de pie mirando la puerta por donde ella había desaparecido, con los ojos fijos como tratando de presentir algo más que la puerta encerraba, algo más que la vieja que ya había visto. Camino por el sol, envuelto en sol, y Flash Gordon llega a Marte en una nave que se mueve, gris, en la pantalla como si fuese de cartón. Una nave puntiaguda y frágil como los cabildos que hacemos con cartulina en el colegio. Hombres extraños, mezcla de humanos, pescado y sapos, se arrojan sobre él con una escopeta que lanza cortocircuitos y rayos, y Gordon le responde con los mismos cortocircuitos que matan la vida. Yo no veía bien, estaba aún pensando en las piernas de la vieja, en el

misterio de la concha femenina. Yo mezclaba la nave de cartulina con las piernas de la vieja junto al árbol de la puerta, con sus várices.

Después del cine fui derecho allí con el saco de franela gris que a mi primo le había quedado chico y la corbata a rombos rojos y verdes que mi madre me había comprado en una liquidación de Basani. Recuerdo que con mi saco de franela gris me sentía el Hombre del Traje de Franela Gris: caminaba contra la pared y miraba las parejas de costado. También me gustaba, con el saco de franela gris, pasar a uno y después detenerme en la esquina y mirarlo cruzar, fijamente, para después pasarlo nuevamente y mirarlo cruzar en la esquina siguiente. Si se enojaban yo no lo hacía más. Una sola vez pude realmente asustar a uno que era algo más grande que yo. Caminé y esperé. La puerta se abrió y la figura de la vieja apareció recortada contra la luz interior de la habitación intacta. La vieja intacta y oscura como la sombra de la mujer que ella era. Estaba allí, ya no podía retroceder, y con un gesto, sin palabras, caminamos juntos por la calle oscura. Nos detuvimos, yo la seguía como Flash Gordon automatizado seguía a los hombres de planetas extraños en sus momentos de máximo peligro. Ella era de un planeta conchudo y misterioso: ella era parte del planeta que regía los destinos de los hombres y en relación al cual se juzgaban las entradas al cielo y las echadas de cabeza al infierno. Ella buscaba un lugar apropiado, silenciosa y lejana, como si estuviese sola.

Eligió una casa en construcción, pero se veía desde la calle, entonces siguió caminando y dentro de un maizal muy bajo se tendió con las piernas abiertas y encojidas hacia arriba en forma de horqueta. Dejó los feos anteojos a un costado y con movimientos de la mano me invitó a meterme en medio de ella. Arrodillado y con la pija en la mano seguía los movimientos de su mano, esperando que desde sus arrugas saliese una señal, una llamada, un puente para poder tenderme. Se oía el crac, crac, de un caballo masticando gramilla, yo conocía ese ruido porque en la quinta de los More, los caballos masticaban gramilla delante mío. Era como si tratase de viajar por el sonido del crac, crac, hacia otro lado. Pero el cuerpo jadeante de la vieja estaba allí, reclamaba algo con el movimiento de su mano izquierda y ya no podía

retroceder. Las piernas fláccidas estaban descubiertas, descubiertas en luz y oscuridad por la luna brillante. Eran dos piernas encogidas y yo traté, recuerdo, de mirar la concha, pero la vieja me levantó y empujándome por la pera me dijo:

—Entrá de una vez.

Estaba la tierra húmeda y la tela del pantalón, también de franela, cedió a la sensación fresca de la humedad penetrando en las rodillas. Me tendí sobre ella y no podía. Ella me levantó un poco y con su mano agarró hasta introducirla, apretarme en seguida, y empezar a jadear como si estuviese enloquecida. Todo fue un solo movimiento sin tiempo. Ya estaba empezando todo y yo no atinaba más que a percibir la humedad del lugar en el cual estaba introducido. La fama sagrada de la concha estuvo por derrumbarse y se sostuvo en la sensación que aquel jadeo discontinuo y brutal producía en mi azoramiento. Una luna brillante le daba como un golpe en la cara y ella, con la boca abierta, me pareció un bicho horrible al que tenía que matar. Empecé a moverme furiosamente, empujaba y transpiraba y el sudor me iba envolviendo como una tela que naciendo tibia se enfriaba para seguir brotando. Y después, ya recostado, el sudor era más bien una piel. Era una batalla en la que sin darme cuenta tenía los ojos cerrados y las manos crispadas ceñidas a la cintura de la vieja. Sentía el tronco de la pija golpearle contra la misma carne de las ingles y me apretaba más. Tales eran mis golpes que la vieja se corría, apoyándose brevemente sobre sus talones, y al deslizarse tumbaba las plantitas tiernas y verdes de maíz que estaban atrás de ella. Esto me hacía golpear más fuerte. La participación de las plantas de maíz me hacían enfurecer en la lucha que de esta manera envolvía en su dimensión hasta la vida de las plantas y su muerte por aplastamiento. En uno de esos golpes quedé fulminado, pansexuado e inmóvil, y a pesar de la repugnancia de ese pecho jadeante, me dejé estar sobre él, localizando sus latidos, estuve un tiempo escuchándolos bajar, bajar, hasta casi no oírse, como si la vieja se hubiese muerto lentamente, hasta el silencio.

Estaba cómodo y cálido allí. La vieja se reía y me preguntaba si me gustaba.

—Sí, me gusta mucho —contesté sin titubear, y ella fue quien dijo también que me levantara porque teníamos que regresar.

Me la secó con la enagua y le dio un beso, y en un momento, sin que me diera cuenta cómo ni por qué, ella estaba arrodillada, mamándome, y yo de pie, tirándole los pelos, con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, creo que bendiciendo su ocurrencia, que me volvía doblemente hombre. Ya había pasado y caminamos dos cuadras hasta la esquina de la casa de ella. Nos detuvimos, yo miraba a la vieja, a la luna y con alegría pateaba los cascotes que hallaba cerca, y también quebraba las ramas de un árbol que estaba sobre nosotros y junto a nosotros. Nos despedimos; ella me prometió muchos goces futuros. Corrí hasta mi casa por las calles arenosas, en el silencio de un atardecer más silencioso porque yo mataba en mi entusiasmo todos los ruidos, todos los rostros, todas las luces. Porque yo corría solo y colmado por un mundo vacío de otra cosa que no fuese ese pasado inmediato donde me había hecho hombre por mi propio coraje y voluntad. Corría por las calles, saltaba por las calles de tierra, cruzaba las plazas por arriba de la gramilla y cuando veía un cartel prohibitivo lo escupía y pateaba y respiraba hondo, con todas mis fuerzas, respiraba un aire nuevo, un aire definitivo que iba sin trabas hasta la muerte.

Ya en mi casa me planté firme frente al espejo. Ponía la cara tensa para que no fuera igual y era la misma: comprobé aterrado que nada había cambiado, si bien todo era distinto. El rostro, lo peor, la cara que se veía, que estaba allí, adelante de todo, seguía igual. Tenía los colores de manzana que me asqueaban y la cara de chico que le daba risa a mis hermanas. Sobre todo los colores cuando yo identificaba la madurez, la madurez sexual, con la anemia de un rostro gastado por el derroche y el estrago de la experiencia intensa. Mi salud era parte de mi experiencia. Odiaba esa salud colorada, tipo pavo de chacra, como se dice, que me volvía la persona más inexperta y despreciable del planeta frente a mí mismo. Cualquiera tenía en su cara más estragos serios que los míos: mi virginidad era crónica.

Como no cambié nada, las cargadas siguen cayendo sobre mí. Nunca sería un infeliz, un trágico verdadero, un hombre marcado, un experto mortal, sino que mi cara me condenaba a ser un bufón somnoliento por donde la experiencia resbalaba como el agua sobre el mármol. Me sentía de la raza de los bufones, de

los payasos, de los semichicos, semimuchachos. Cuando leí el Hombre de la Cara que Ríe, lloré durante cuatro días mi trágico (cómico para los demás) destino y escribí mi primer poema contra el mundo, la vida y sobre todo contra la despreciable gente de este planeta maldito y torturante. La verdadera tragedia no era para mí el sufrimiento, yo había sufrido y, sin embargo, eso no era trágico, porque me había vuelto grande y valiente frente a los otros. Para mí, trágico era ser cómico para los demás. Trágico es tener un dolor que nadie respeta. Ay, Dios mío, hubiese dado mi vida por tener una gran tragedia que me hiciera respetable, porque se quemara mi casa con todos dentro, por ejemplo, por ser raptado por marcianos, por pelear contra un león o un gigante, por salvar a una mujer de las garras de un asesino y perder los dos ojos y hasta un huevo. Pero no, mi tragedia era mi comicidad. Mi querer sentir dolor y ser respetado por aquello que todos vivían en un semiocultamiento admitido y ya enrolado en la edad de la adolescencia. Yo no era trágico porque vivía la edad del pavo, pero mi venganza era considerar ridículo a un vecino mío que había perdido una mano y andaba con su brazo al aire como un palo de escoba mocho. Él tampoco era trágico porque hacía el ridículo cuando su mujer le cortaba la carne frente a los invitados, cuando andaba en bicicleta con una sola mano en el manubrio, me parecía un mono ridículo en equilibrio. Estábamos a mano porque él, que no estaba en la edad del pavo, era para mí tan cómico como yo lo era para los grandes por pertenecer a esa edad. Pero todos se ríen de mí. Cuando le cuento mi experiencia, Bojick no me cree y Oreja tampoco, me cargan por pajero y mentiroso y siento un sabor agrio, un raro malestar, en todo eso. Quiero irme más lejos aún que los domingos de sueño, donde no estoy porque duermo. Quiero morirme con urgencia y por primera vez miro largamente una cuerda y la planta de mi casa: pensé en Portigara ahorcado. Pero esto es por las películas, no voy a matarme, ni siquiera a intentarlo.

Vuelvo a la vieja, amargamente y cumpliendo con algo que se impone desde la necesidad de la experiencia más que desde el placer mismo que encuentro en estar con ella. Una vez lo hacemos en el excusado de su propia casa, de pie, con esfuerzo me tiene y la tengo entre un olor fuerte de mierda y orín.

Una mañana me descubro enfermo, quiero orinar y me arde mucho. Voy al taller y le muestro a Oreja y a Bojick en el baño. Me felicitan y me dicen que pida permiso para ir al médico porque tengo purgación. Así lo hago. Le digo al encargado:

—Tengo purgación —y él se siente ofendido como si le hubiese puteado la madre.

—¿Qué decís?

—Digo que tengo purgación y quiero permiso para ir al médico.

Me pide que le muestre para ver si es verdad y vamos a un cuarto gris, donde ellos, los encargados, se cambian de ropa al entrar y al salir. Viendo que es cierto me reprende paternalmente y me dice que pida las llaves del escritorio y vaya nomás a cambiarme.

—Andá en seguida —me dice—. Eso te puede dañar para toda la vida. —Voy al vestuario y varios, conducidos por Oreja, vienen a verme.

—Mostrales que no creen —dice Oreja, y yo muestro orgulloso. Llevo mi purgación como una medalla, como una cédula segura hacia el mundo de los hombres. Entiendo que esta purgación era el cambio real que yo esperaba. Estoy alegre. Si es para toda la vida, como dice el encargado, mejor: toda la vida sabrán que yo soy un hombre.

En tres días con inyecciones desaparece la purgación. No vuelvo a la vieja. Estoy bien ducho (tengo empuje y empeño, como dice Bojick) y ensayo con artimañas entre las piernas de Cristina. Acabo entre sus piernas.

—Eso es lo importante —dice Bojick—. Eso, acabar, después, con el tiempo, se la podés meter.

Oreja, que tiene veinte años, ya no tiene reparos en hablar de mujeres conmigo y esto lo hacemos cada vez que tenemos un minuto libre. Y con todo había días en que no quería llegar nunca a la máquina. Sobre todo en los días duros y fríos de invierno, en que las manos parecían quemarse contra los fierros congelados.

Después soñaba con las cosas más distintas y sentía que era necesario no hacer nada. La necesidad era dejar pasar el tiempo como dejamos, desde pibes, pasar el agua por el canal angosto.

Las piedras de los caminos, los árboles, las noches en que esperábamos la luna y la dejábamos allí, en su cielo, como si se deslizara entre las nubes. Entonces Antonio, mi padre, estaba sentado en el patio que terminaba en calle, Blanca estaba cerca de él, los bichitos luminosos recorrían la noche y la marcaban aquí y allí, y nosotros, mis hermanos y yo, latíamos en un lugar de la noche, sentados, perplejos de la oscuridad, de todas las casas donde ocurrían cosas distintas que en nuestra casa. Era no estar del todo crecido, no poder crecer: no sé bien. Pero los bichitos luminosos y las noches latientes marcaron algo aquello ya memoria.

Recordé junto al río aquella noche-muchas noches-hecha una noche en la memoria-de bichitos de luz, casas palpitantes, solos en la oscuridad. Fue una forma minuciosa, enfermante de recordar. Mi padre y mi madre, mis hermanos y yo. Una luzventana cerca y un resplandor agazapado de lucesventanas sobre la bóveda general de la noche. La luna como moviéndose entre las nubes: una luna mal recortada de papel satinado pegada en un cuaderno, una luna borrosa, cargada de locura, llena de luz y creadora de ansias inalcanzables. Una luna, como decir, una luna muerta, como decir estaba allí y nos hacía percibir las distancias del mundo con el mundo y del mundo con nosotros. También papá y mamá sobre el patio que termina en calle, sin alambre, sin tapial, sin postes, un patio de total desamparo. Pero la arena de la calle protegía de la noche. Uno la sentía en los pies, era la misma, caliente aún, arena de la siesta. Y la siesta era no seguir un ritmo sino matar un mundo. Aflojar los brazos y las piernas sobre la noche envolvente y siempre flotante con los padres en el patio mirando los límites precisos de la precaria aventura que, sin embargo, en la oscuridad, siempre desbordaba sus márgenes. Mejor dicho, los márgenes que mis padres le imponían. Éramos, en esas noches, una familia como todas. Teníamos la infantil normalidad expuesta en los domingos con las mejores ropas. Pero estar sobre la tierra, flojos los brazos y las piernas, era una experiencia que violaba los límites del mundo, los límites del día y de los años. Estar así era una experiencia de amor en tal forma que nadie sabía por qué quería estar así, sobre la tierra. Aflojar las piernas y los brazos, a la vez que todos buscábamos esa experiencia. Había palpitación y culpa de amor.

En los días que no quería llegar a la Berco, trastocaba mis márgenes de trabajo y andaba metiendo los dedos en todos los rincones del taller, corría hasta la herrería y metía las manos cerca de la fragua (las metía en el interior del hueco rojizo, vacío y caliente que arroja la fragua), mientras miraba la puerta de reojo por temor a que apareciera el encargado. Eran muchas las veces en que me lanzaba hacia la Berco, con alegría, y hacía girar la manija del micrómetro, oprimía el botón del automático que ponía en marcha la piedra, luego destrababa la bancada y escuchaba el sonido cimbreante de toda aquella mole (que con un solo movimiento en la palanca del lubricante se convertía en un mundo flotante y neblinoso, con varios puntos rojos, como una ciudad vista de noche) avanzando de una punta a la otra y retrocediendo en las márgenes anteriormente calculadas de acuerdo al largo de los block o las tapas de cilindro que rectificaba.

Y todo eso era mi danza particular en la cual yo aprendía a querer a la Berco en cada parte, a mimarla, durante ocho horas y tres cuartos por día, conociéndola en sus ruidos, en sus desplazamientos, en cualquier alteración de su funcionamiento.

—El número 6.876 es un Ford V-8, apúrese que lo esperan para el ajuste —me decía el encargado, porque siendo encargado estaba obligado (y le gustaba) a decir cosas por el estilo (órdenes) apenas tocaba el timbre de entrada y todos nos acercábamos a las máquinas para empezar lo que nunca habíamos terminado. Siempre seguíamos algo del día anterior. Todas las horas del taller eran la continuación de un perpetuo día anterior. Muchos soñaban con estos días anteriores cargados de cansancio. Los más viejos me decían de qué manera, el día menos pensado (sobre todo el menos pensado), se ponían un tallercito por su cuenta como Carpentieri, como los hermanos Ragussi, como Peralta, etc. Pero los días menos pensados no podían aparecer mientras existieran los días anteriores. Las aspiraciones se superponían, se anulaban, se clasificaban, se juntaban, y entraban a formar parte del conocido delirio de cada cual. Éste tenía tal delirio, el otro otro, y yo otro. Yo tenía el delirio de escribir poemas contra el costado de la máquina, de improvisar rimas en caso de una pelea o de un partido de fútbol importante, y sobre todo, el delirio de reír-

me de esa manga de malditos enamorados de las motos. Yo también amaba la moto, pero de tan lejos por su precio, me daba el gusto de reírme de ella. Y allí aprendí, viajé, anulé, reventé, desbordé, empujé: en una palabra, siempre incómodo y cansado.

Muchas veces soñaba (como todos sueñan y me contaron que sueñan) cuerpos en gasas de colores, mujeres flotantes de labios húmedos, palabras y fuegos violentos por donde mi cuerpo caía hacia un pozo interminable. Una especie de fragua sin fondo donde yo y el fierro, ambos liquidados, totalmente líquidos, éramos fulminados en borbotones hirvientes. Entonces tenía fiebre y gripe, o simplemente fiebre y un dolor de muelas: esas mañanas hacía el trabajo sin dormir después de pasarme la noche mirando la muela en un espejo, metiéndole genioles adentro, tomando otros genioles, dejando caer alcohol en la carie con la punta de un escarbadientes (mondientes decía mi madre). Viendo que la cara y los ojos se me borraban en una sucesión de círculos que se expandían hasta cubrir y borrar todo, dejando la carie sola, a la intemperie de una cara borrada, con su dolor punzante. Después, la cama donde gemía para olvidarme de que me dolía y pegaba la cara a la almohada para que se calentara de ese lado: no sé por qué me parecía que calentándose la cara el dolor era menos. Pero a esa hora flotaba ya la cabeza, los ojos se abrían como si estuviesen empujados por resortes, las partes de la cara cobraban independencia y se descolocaban como si cada parte protestase por ser su parte a la carie, como si cada parte tuviese su propio insomnio. Después al trabajo, con el gusto horrible de la creosota (creo que se llamaba creosota y ampollaba la lengua cuando uno se tocaba con ella) y la carne de la boca como abofeteada por el insomnio y los genioles y los palitos con alcohol, etc. Todo esto algunas veces, porque últimamente yo sabía soñar con fierros y pistones y aros y árboles de levas y prensas que me apretaban los dedos y también hermosos cortafierros afilados, precisos, y templados por mí, puestos sobre una imaginada tarima de madera brillosa, contra la pared junto a la cama. Y también mujeres que acariciaba en los muslos, besaba entre las piernas, en el cuello, y cuando estiraba la mano hacia el eje vaginal del sueño acababa mojándome en una sola y angustiante paz.

Y tampoco siempre: porque otras veces yo era muy feliz con mi bicicleta, pero entonces no dormía ni trabajaba y no estaba en la cama, sino que corría por las calles, en el atardecer, frenando en las esquinas.

La bicicleta coleaba y chirriaba balanceándose mientras los viejos movían la cabeza y se paraban sorprendidos y débilmente enojados por mi pericia y el gasto incontrolado que yo hacía a mis cubiertas con semejantes frenadas.

Toda la ciudad era mi paisaje recorrible, mi aventura limitada, sobre esas dos ruedas brillantes de mi bicicleta nueva. Conozco la forma fugaz en que las cubiertas se adhieren al asfalto mojado, la consistencia de la arena cortada por una cubierta de mediacarrera, el espesor de una tarde de verano, el efecto del polvillo metido en el piñón recién aceitado, la bella forma de doblar y la triste forma de caer de una bicicleta. La emoción de correr con todo y largar los manubrios, por primera vez, frente a un grupo de chicas recién bañadas que palpitan en los atardeceres, sin poder abandonar la esquina de la casa. Conozco las caídas de las veredas altas de tierra a las calles arenosas, los pozos tomados a toda carrera en la oscuridad, el silencio, producto de un ruido sostenido en las calles desiertas, por las afueras de la ciudad. Y también el cansancio de la bicicleta después de tres años sobre una estructura que se descascara y se gasta para hacerse una pila lastimosa de fierros insostenibles y pesados.

Hay cosas que no pueden quererse sin una bicicleta: y todo queda abandonado en un sueño torturante o bien en la máquina, que de pronto era todo mi paisaje. Y mucho me gustaba, algunas veces, que así fuera, pero en invierno no.

—Usted, ¿qué edad tiene? —me preguntaron la primera vez.

—Trece años —contesté avergonzado de mi poca edad.

—Entonces no puede entrar —dijo el hombre de anteojos.

Intervino un canoso paternal:

—Es el hijo de Antonio —dijo.

—El asunto de la tutela está arreglado —agregó volviendo a sus papeles, en otro escritorio.

El que atendía (lo supe después, era empleado de éste, don Gerardo dueño) se quedó petrificado y de perfecto acuerdo, por eso estoy ahora junto a la Berco. El petrificado ese día era hom-

bre de la administración y no hablaba jamás con nosotros, hombres de taller, a no ser las veces en que nos entregaban los sobres con la plata. Esto era, según parece, porque trabajando en la administración tienen categoría distinta, administrativa. Lo bueno era mostrarles la inexperiencia cuando, por ejemplo, necesitaban agujerear un fierrito cualquiera del archivo. Ellos limpios y azorados y nosotros con maestría haciendo el trabajo y mostrando las infinitas cualidades que nos daba la grasa y el sostener el ruido y los motores durante los días que se continuaban.

Y después esa sensación de manos sin dueño arrojadas ciegamente sobre los cuellos de los cigüeñales, sobre los fierros y los blocks, sobre los árboles de leva, puliendo y perfeccionando los pistones. Un montón de manos como moscas adheridas aquí y allá a algo oculto, partido, desgajado minuciosamente. También eso de saber que la variada tarea de las manos sueltas terminaba en un motor armado.

Los tornos saltando entre poleas de una velocidad a otra y después a otra y a una tercera velocidad, con sus herramientas afiladas y sus manos encallecidas, y sus cuerpos de mamelucos azules. Y no podía ver y mirar negando porque mi Berco automática me dejaba tiempo para ver el paisaje de manos, de piernas, de mamelucos movibles, de tornos saltarines, de guinches ruidosos doblando las curvas de rieles tendidos sobre el techo. Los aparejos que ascienden firmemente hacia la altura exacta de levantar las cosas pesadas sobre maderas duras y después los ganchos de aparejos, abiertos y sueltos, bocas colgando de las cadenas gruesas.

Vista desde unos metros mi máquina es un pedazo de ciudad extraña bajo la niebla: desde el laberinto de bancadas gigantes, de manijas y micrómetros circulares, desde las reglas y las medidas y las lucesitas rojas brota un resplandor difuso que se desvanece a la vez que permanece sobre y entre la niebla, como si no quisiese, alguien algo, que la máquina se ahogase totalmente en la niebla.

Entonces puedo mirar sobre el techo, los ventanales de vidrio no transparentes hacia arriba, aunque dejan pasar la luz hacia el interior del taller. Y veo, por infinita vez, la irreconstruible maraña de varillas soldadas una a una, o cruzadas con gruesos

tornillos de acero y soldaduras eléctricas o autógenas (según el material) y de la inverosímil maraña, penden rutas de una ciudad sostenida del techo, de una ciudad flotante e invisible, los rieles que transportan los guinches de un lado a otro, con sus infinitas curvas y combinaciones que sólo conocemos los que nos hemos solidarizado con las cosas y los fierros. Y podría describir una y otra vez, como un obseso, esta ruta enmarañada de fierros y tornillos que se fueron cargando de signos a través de cuatro años.

Y el verano empapa los ojos de carbón de piedra y hay que usar las antiparras de vidrio de botella para que una chispa de la piedra de esmeril no nos carcoma un ojo o los dos. Sobre todo, cuando miro el techo, el reloj, los mamelucos, los tornos, me interesa la maquinita de rectificar válvulas con la cual torciendo un poco el caño lubricador se puede mojar a uno desprevenido que pase, sin que sepa de dónde sale el chorro de aceite lúbrico que es lo que esta máquina usa para lubricar las válvulas mientras las rectifica.

Veo, desde mi puesto, al Flaco cuidándose las manos. Los pocos pelos engominados, las herramientas envueltas en un trapo, el mameluco impecable y todo su lugar de trabajo que más que una máquina de rectificar bujes, por la limpieza, parece una peluquería para damas. Y ya no me gusta más la máquina, tampoco me gusta la cara del único técnico encargado, un hombre con una rara especie de delirio por los compases y las medidas, muy odiado por los demás que aguantamos los fierros, pero no nos inspiramos ni emborrachamos con ellos.

Y cada día niego sistemáticamente todo lo que de la misma manera había afirmado en los primeros dos años y veo los mamelucos, ya sin cara, ya con caras que no me gustan, apretados contra los tornos, los guinches, las piedras de esmeril, las rectificadoras y tengo ganas de escapar. También escapar a la maraña de rieles, varillas y soldaduras del techo y también del cartel PROHIBIDO EL PASO A LOS HOMBRES AJENOS A LA FIRMA y también quiero escapar de ese alambre que hace de cada sección una jaula, y de un guinche que veo tomar curvas cerradas sin que se descarrille y de Antonio, mi padre, que ahora tiene el maldito hábito de pegarme, vuelta a vuelta, mientras los otros se ríen.

Antonio, mi padre, deja el taller para ponerse de socio con otro, a los tres meses vuelve medio avergonzado y le dan de nuevo el puesto que tenía. Se enoja y putea bastante más que antes. Conmigo se mete menos porque los tres meses que trabajé allí sin que estuviera él, me dan cierta independencia. Pelea con uno y lo suspenden. Cuando regreso al mediodía (los tres días de la suspensión) pido mi comida, exijo algo, y él me mira avergonzado: exactamente lo contrario a cierto tiempo atrás. Soy yo el que vuelve engrasado del trabajo y es él quien tiene que esperar mi regreso para que se tienda la mesa.

A mí me duelen las piernas debajo de las rodillas y un poco en los muslos, arriba. También, últimamente, me duelen los ojos por el aceite lúbrico y la cabeza por respirar la neblina de la máquina. Pido un extractor. Le digo al delegado que la máquina necesita un extractor. El delegado le dice al técnico, éste toma medidas y hasta siempre. Lo único que colocan es un casquete de chapa en una punta para que el aceite lúbrico no moleste a los de la piedra de esmeril del costado. Pero este casquete embolsa la neblina, que de esta manera vuelve más sobre mí. Le digo de nuevo al delegado, viene de nuevo el técnico y toma las medidas, pero la cosa sigue igual.

Muchas veces toso y cuando quiero respirar hondo siento el aceite lúbrico que entra por la nariz hacia adentro. Siento como si respirase un aire húmedo y esponjoso. Con el pañuelo me he sacado de la nariz una grasitud negra y húmeda como si limpiase con él un tacho de grasa.

Por contraste, pienso, me gusta mucho la nafta: ese olor limpio y seco de la nafta, no hay como ella para sentir que uno está vivo. También es lindo el querosene, pero no tanto como la nafta. Siempre esto o aquéllo, seco y limpio, es lindo entre la resbalosa grasitud de todas las cosas del taller. El momento de lavarse es el mejor de todos los momentos del trabajo. Usar para lavarse nafta o querosene transparente y después el aceite lúbrico mezclado con aserrín: esto último es el jabón más efectivo contra las rasgaduras que produce la nafta al resecar las manos.

Cuando meto los motores en la pileta enorme del lavadero sé que la nafta es lo mejor que hay: la nafta no tiene ese olor a amoníaco que tiene el agua hirviente del lavadero, es un olor

fuerte y limpio, como ya dije. Yo, Tete, como me decían desde chico, empujo los motores: Tete tiene poca fuerza para este tipo de trabajo, pero después la va adquiriendo con la experiencia y es capaz de levantar un motor, un block pelado de Chevrolet que pesa más de cincuenta kilos. Tete crece y su nombre se convierte en Germán Leopoldo, aunque él se cambia el segundo por Luis (aprovechando la ele) porque parece más moderno para decírselo a una piba del club Junín. Pero después, Tete Germán Leopoldo Luis, comprende leyendo un libro la cursilería de Luis y adopta Leopoldo, enredado en la canallesca y rastrera condición de la pobreza, la vergüenza y el desaliento de una impotencia creciente. Pero como la historia no se hace con algodones, todo esto queda atrás: adelante queda la idea de escapar que tenía desde que supe que no podría soportar a mi padre y al taller, juntos, por mucho tiempo. De derrota en derrota, Leopoldo empezó a tramar su huida, violenta, impactante, brutal y trágica, como en las películas. Pero por más que pensase en huir la idea de la soledad, el desamparo, me frenaban y reducían a delirio mis maquinaciones de largas noches de insomnio donde trataba de dibujarme el mundo. Pero siempre confundía, como es natural, el mapa del mundo con el mundo mismo y cuando salía a la calle y veía el largo de Junín (Junín apenas ciudad) me seguía quedando donde estaba. Si admiraba a los escritores, si los quería, se debía a que este miedoso adolescente sabía que muchos de ellos vivían del otro lado del mar, en otras tierras. Y aunque quizás habían nacido donde vivían para mí era como si hubiesen cruzado sobre los lomos flotantes de sus obras. Por eso, creo, me dediqué a escribir poemas contra el costado de la máquina, mientras ésta se contoneaba y movía sola, regida por sus mecanismos automáticos.

Y como no se puede estar ocho horas parado Germán Leopoldo (ya no Tete, no ya falsamente Luis) trataba de pensar la forma de no ir más a trabajar. Pero como es sabido por todos los adultos, trágicos de derrota y cómicos de simulación, es de los adolescentes soñar lo que no hacen para hacer siempre lo que jamás sueñan a no ser en forma de pesadilla. Y allí, envuelto entre las luces rojas, entre la niebla compacta de mi Berco yo quise más de una vez ser un muerto, morir de golpe, con una

sonrisa: no, mejor con una mueca que torturase hasta el final de sus días a mis verdugos. Sé como los otros compañeros de trabajo, que el día menos pensado no trabajaré más, pero sé que ese día no estaré vivo, como que estoy seguro que sin trabajar no se puede vivir. Hermosas noches de fiesta que jamás vivimos. Leopoldo se deshacía como una muchacha de barrio por vivir aquellas cosas que decían la radio, las revistas, los hombres que habían cruzado carreteras. Leopoldo estaba mal, más que mal, peor. Yo soñando ser uno de esos que nombran las revistas: corredor de autos, campeón de boxeo, hombre de fama, inventor de un carburador especial, de la misma manera que ya en Buenos Aires, caminando solo, soñaba, fantaseaba, me torturaba, con la idea de llegar a ser un escritor. En aquella época, de ser mujer, hubiese sido sin quererlo la costurerita de Carriego y daría mis malos pasos con loca alegría y siempre buscando fugazmente (se notaría en mis fotos de revistas) la muerte, la vuelta última a la unidad, la puesta en marcha de la rueda: el regreso a la noche total.

Eso no hubiese sido suficientemente trágico, más vale ser el pistolero Caprioli que según Antonio murió en una quinta de Junín enfrentando a los policías envuelto en un colchón. Yo envuelto en el colchón como en una placenta funcional enfrentando la pibada justiciera y uniformada de unos cuantos policías a sueldo.

Luego en la boca de todo el pueblo, en el recuerdo de las muchachas pobres, en la imaginación de los hombres del ranchería, ebrios de coraje imaginario, de libertad frustrada, de valentía ilimitada y muerta en los simples empleos de albañiles. Muerto yo y resucitado en la memoria de los pobres buenos y de los pobres malos: los ricos recordarán mi historia torciendo la boca con la satisfacción de que sus causalidades se cumplen con la matemática.

Pobre malo, pobre muerto; pobre bueno, pobre muerto igual pero con un lugar floreado en el cementerio. Pobre desgraciado, pobre perdido en el vino. Pobre infeliz, pobre cornudo. Rico bueno, rico que construye escuela. Rico malo, rico de una política anterior. Pero de esta forma mi historia tampoco rompería el curso de la historia.

También, a veces me gusta la piedra de esmeril que da brillo a los fierros oxidados: como la lima que moldea los fierros de acuerdo a quien la maneja y en la medida que su habilidad se lo permita: yo ya fabriqué tres cuchillos con cabos de plomo moldeados por mí a través de la maestría de la lima. Yo moldeo las hojas con la piedra de esmeril y después se la llevo a Rodríguez en la fundidora: él rellena la forma, el cabo y después yo lo moldeo con la lima. En el cofre de la ropa tengo una hoja de sierra alemana con la cual pienso hacer una cuchilla para cortar carne, bien filosa. No hay, según decimos sin saber, como las hojas de sierras alemanas. Siempre el intento de la cuchilla queda anulado por las obligaciones impuestas por el encargado. En casa tengo tres pistones de Ford V-8 que uso como cenicero: estos pistones son chiquitos, livianos, bien pulidos y fríos. La máquina Berco, para Leopoldo, es Londres, dura, llena de luces rojas y neblinas, pero él tiene miedo a que el aceite lúbrico mezclado con la congénita de Antonio le haga algún daño irreparable.

Ayer escribí a'go en una tabla y después lo tiré. Era algo escrito en la forma de un Manual de Versos Españoles que yo tengo, todas las palabras terminaban en do, pero no sabía bien qué quería decir todo esto. Eso sí, todas las palabras terminaban, lo juro, en do.

El gran alivio, la verdadera gratificación de mi trabajo como mecánico es la bicicleta: tiene guardabarros de aluminio, manubrio cromado, gomas de semicarrera, cuadro liviano color naranja, mariposas cromadas en la rueda de atrás, asiento de semicarrera y es hermosa.

Primeramente no me gustaba ese tipo de bicicleta. Yo quería una de reparto, sin canasto, porque esas de reparto tienen las gomas gruesas, que me hacen recordar a las motos, que son hermosas. Pero si una de reparto se parece a una moto, su diferencia fundamental es que no tiene motor y tuve que estar de acuerdo con Antonio, mi padre, que es mucho más pesada que la bicicleta de semicarrera que al final me compré.

Antonio está enojado y Blanca no me habla desde hace tres días: al salir del trabajo, para evitar choques familiares, me voy a dar vueltas en bicicleta. El otro día, dando vueltas por

ahí, me encontré un caño de bomba y lo paré en el fondo de mi casa, clavado en la tierra con un sombrero en la punta. Cuando lo miro desde la ventana de la cocina, iluminado por la luz, entre el resto de oscuridad parece un hombre flaco y enano. Yo me acuerdo del petiso soldador, flaco y con la máscara de soldar y el delantal de plomo para protegerse de los rayos de la soldadura. Como hace trabajo insalubre tiene que trabajar seis horas, pero él trabaja ocho y más, cobrando horas extras. Pero si fuera de fierro, no sé por qué lo pienso, como este caño no necesitaría delantal de plomo para protegerse, ni comida, ni se cansaría, y trabajando veinticuatro horas por día quién sabe cuánto cobraría de horas extras. Y este Germán se queda en la cocina, mirando el caño por la ventana hasta que todos se van a dormir y lee, y porque lee se cansa. Si en vez de leer pavadas y novelas y poemas se dedicara a ir a un colegio nocturno hasta recibirse de técnico como el técnico del taller, su historia sería un ejemplo para la juventud. Pero de esta manera, como bien dice su abuela, quién sabe dónde va a ir a parar, con tantos y tantos disparates que se mete por día en la cabeza.

Entonces este Germán la conoce a Mirta que va a un colegio y vuelve a la hora que él sale del trabajo. Se cruzan en la plaza y él se calienta la cara, pero más que por ella, es por vergüenza. Vergüenza que da trabajar en un taller y salir grasa-negra y encontrarse con una estudiante que justamente usa el color contrario: el blanco. El blanco asegura que uno no es mecánico. Claro que hay mecánicos que usan mamelucos blancos, pero totalmente manchados. Aunque a veces Mirta tiene el guardapolvo sucio, es una mugre especial, de colegio, con ese olor especial que tiene la mugre de la escuela. Es una mugre de tinta y tiza que hace pensar en un aula donde se habla de matemáticas, anatomía, álgebra, pero jamás de motores. Entonces este Germán se corre de costado, saluda agachando algo la cabeza. O para contrarrestar la apariencia toma una actitud petulante y queda más tonto todavía.

Pero yo trato de sobrellevar la cuestión hacia algún lado. Y Mirta al no permitirme ser mecánico por su guardapolvo blanco me obligaba a escapar. Yo quería ser más grande para no escapar tan chico y los días se repetían iguales. Nadie, que yo sepa, puede crecer mientras trabaja. No hay salida en el gran mar

flotante de la Berco y motores y gringos soldadores y petisos y gordos y muchachos y motos y encargados y tarjetas y pistones y bielas y cosas así. Y aunque quería ser más grande y escapar todas las tardes cruzaba la plaza 9 de Julio hacia el taller, entraba en bicicleta por la puerta de atrás (la puerta de atrás, para los obreros). Salíamos por la misma puerta que todos, pero entrábamos por la puerta de obreros, que era en verdad un portón que daba al patio por donde también, casualidad, se sacaba la basura.

Todos los días tenía ganas de no ir e iba. En invierno nos tirábamos pedazos de naranjas que enfriaban las orejas y en verano, esperando el timbre, le colgábamos a los demás carteles en la espalda, que al caminar, inocentes, los volvía ridículos a la mirada de los otros. Otros que muchas veces estaban riéndose mientras los demás se reían del cartel que el que reía tenía en la espalda. Y después de los pedazos de naranja o los carteles sonaba el timbre y yo metía el dedo sobre el automático de la Berco hasta que la danza de los motores absorbía mi atención y otras danzas paralelas se tragaban la atención de los demás. Allí estábamos, cansados por los fierros. Yo pensaba con miedo que si no me escapaba tendría que esperar hasta los cincuenta años para jubilarme. Tenía catorce y me faltaban 36 años. Y suponiendo que yo siguiera con Mirta ella tendría que esperar 36 años para poder estar conmigo, y yo, yo tendría que esperar 36 años para poder liberarme del despertador y la bicicleta. Porque ahora la bicicleta se había convertido en parte del trabajo y yo odiaba a ésta junto con aquél. Y los otros ya estaban, por demás, por la moto y tener bicicleta era casi ser un infeliz público, pedaleando contra el viento como un bobo mientras otros hacían rugir sus motos de escape libre y parecían, allí arriba, dioses envidiables, dominadores de viento, de la cosa pública, figuras especiales que podían contener con su rugir la mirada de todas las mujeres. Y las queridas mujeres marcaban, por descontado está, todos nuestros movimientos. Ellas eran el negativo de esa foto infinitamente retocada que era toda nuestra vida: Ellas tomaban la cosa de uno desde adentro, como una radiografía, y los más duchos engañadores se confesaban siempre engañados. Las amadas y odiadas pibas de mi adolescencia tenían un valor que ellas no entendían con todas sus trampitas chatas cuando en verdad cada uno de

nosotros era capaz de querer conseguirles a ellas un destino de diosas, con tal de que nos dejaran libres el infinito e insaciable secreto de sus entrepiernas.

Tal era así que estoy seguro que mis compañeros hubiesen abandonado el trabajo y los motores y las máquinas, en masa, si hubieran estado seguros de que las mujeres, por este acto, se hubiesen arrojado a sus brazos. Pero cualquiera podía saber que para tener seguro a una mujer (casarse con ella) era condición previa, trabajar. Demás está decir que yo también hubiese abandonado el trabajo si las mujeres por este acto, me hubiesen esperado con los brazos abiertos.

El taller no tiene treguas, es un momento total, continuo, inalcanzable y desde allí flotamos una realidad imposible de ser abarcada en su totalidad, imposible de ser vista desde afuera con la ilusión con que vemos la tierra en los mapamundis. Uno apenas, este Germán apenas, puede ver una parte de sí, ser cacheteado en sus pequeñas partes para que olvide que está todo sumergido. La ilusión de las partes las tiene desde que ve crecer los pelos entre sus piernas como si allí estuviese naciendo una parte que no era y que de golpe se incorpora a ser. Entonces sueña la inmovilidad en los momentos de peligro. El ahogo de no poder escapar, la imposibilidad de defenderse. Todo esto lo sueña en pesadillas interminables y sudorosas. Caminaba pensando en los enemigos invisibles que jamás, según él, podrían pagarle del todo el daño que segregaban entre él y los otros y se daba a soñar una justicia caníbal que se comía todo: en la tumba, sólo en ella, todos somos iguales, decía su abuela. Pero allí nadie era igualdad y un terror vacío y congelado sorprendía el insomnio o el momento inmediato que precede a una paja. La tumba evocada por su abuela cada vez que pasaba un auto largo no podía disminuir sino acrecentar la imposibilidad terrestre y general de la familia y de la gente del mismo barrio. Entonces nos mentimos con palabras que sacan lágrimas de los ojos más duros: ¡Mamá querida! —grita mi tía en la muerte de mi abuela, hinchada y putrefacta, porque trasladaron su cuerpo a lo largo de 260 km. en una tarde de verano—. El oficio de llorar me enloquece, la maña de la derrota, el deleite brutal de ser la víctima. Entonces me daba a gritar: ¡Quiero crecer!, o ¡quiero estar solo en una parte del

mundo donde no exista el trabajo ni la plata! —y regresaba con su bicicleta ya sin guardabarros, ya sin pintura, ya de gomas gastadas e imposibles—. La magnitud de la infancia, la fiesta de la derrota angelical de los niñitos que fuimos, la imposibilidad de no ser hombre, de no ser niño, de no ser nada, sino algo comprimido e indefinido: la muerte única e irrepetible de Nanina.

Ya no era cosa de no pensar sino de pensar mucho: crecidos y cerdos entre los cerdos viejos: sin valientes, sin revólveres, sin santos, sin hombres blancos-buenos, y la noche que empieza al atardecer para interrumpirse a la madrugada en el ruido de un despertador previamente fijado por mi padre, Antonio. Y aunque Antonio, mi padre, no fijara el despertador en Junín, entonces, tenemos los pitos del ferrocarril que invaden las camas anónimas de los que eligieron el oficio de morir sonriendo o estando serios de formas diversas y mecánicas.

Pero para este Germán, adolescente lleno de egoísmo, era mejor que le dijeran el puto y no el loco. Él conocía la desdicha de los locos, pero jamás había conocido a un puto. Los locos desesperados que cruzaban las calles con las ropas desgarradas. Aquí pienso en Montivero con sus pasos largos, su figura flaca y tostada. Los ojos fijos en lo que pasase y las manos en movimientos iguales. La ropa gastada, recorriendo la ciudad sin detenerse nunca. Allí, frente a la casa, mientras lo seguíamos con cascotazos que siempre erraban y que cuando daban en el blanco no producían ninguna reacción. Para mí Cristo fue como Montivero: un loco que recorría las calles con su ropa rota y sus pasos largos y al cual la gente seguía por el profundo aburrimiento que, imagino, había en aquella época. Y el único puto era rico y feliz y nadie era capaz de cascotearlo, nadie le diría en la cara, jamás: sos puto, mientras que cualquiera le gritaba a Montivero sos loco y cualquiera lo cascoteaba y hasta había aquellos que enfurecidos por su loca indiferencia le habían escupido en la cara sin lograr con esto que Montivero se detuviera o los mirara para nada.

Y lo de puto venía de que habían descubierto que yo escribía poemas, maricón que escribe poemas, andá a cojerte una mina, así le decían a este Germán que andaba buscando vaya a saber qué salida distinta, qué agujero, qué alas, qué cosa remontable o transportable para no regresar más al taller.

Montivero, decían, se había vuelto loco por estudiar mucho. Era admirado por esto, pero también era un motivo contra los estudiosos, que si bien sabían algo estaban cerca de una locura que en cualquier momento se podía apoderar de ellos. No saber da tristeza pero evita la locura. Este Germán veía que allí se estaba tejiendo una forma de no saber, que eximía de todo hacer que no fuera trabajar por la comida. Y el pobre loco Montivero era una pieza realmente significativa: ¡así vas a terminar! —me decía mi madre—. Si así seguís leyendo porquerías. Y yo dale con que viva la muerte, el crimen, las tormentas, las bombas, las guerras, cualquier cosa que les demostrase a ellos que de esa manera no se podía vivir. Una bomba me serviría para decirles: Vieron una bomba, y ahora, ¿qué me dicen? ¿Pero quién es este que quiere molestar a los demás con su molestia?

Blanca, además de molestarme a mí, lo molestaba a Antonio, porque estaba incómoda con su vida de pobre, aunque jamás hubiese movido un dedo para salir de ella. ¿Mover un dedo para dónde? —me preguntaba después de discutir con ella y decirle justamente eso—: mover un dedo. Con Antonio, mi padre, ella se encargaba siempre de hablar de los vecinos progresistas en presencia de éste que no era vecino, sino su marido, y que lejos de ser progresista estaba cada vez peor.

Y aunque decía mejor ser pobre y honrado que rico sin honra, su vida de pobre más mi padre pobre, la molestaba mucho. Y si mi padre iba mal mi madre estaba peor, porque Antonio al menos llevaba los pantalones y salía a traer plata y felicidad, y aunque no lo conseguía totalmente traía lo poco que se podía traer. Cuando mi madre chillaba, mi padre o la golpeaba o sin hacerle caso cantaba:

Piedad, Delia, piedad
acuérdate de mí,

mirando fijamente la ventana y tanteando la botella y el vaso que llenaba con mano temblorosa y un ausentismo que me asustaba por su parecido al de Montivero. Estaba como si no estuviera, y esto era lo que más me impresionaba de la mirada de Montivero, que dirigiéndose adelante parecía traspasar las cosas sin verlas.

Y si estaba más alegre y nostálgico Antonio, mi padre, cantaba:

Una calleja sombría
en un barrio suburbano
es tarde y a la lejanía
un organito de mano
canta su melancolía.

Ni mi madre, ni mis hermanos, ni yo lo entendíamos. Nos sentábamos alrededor de la mesa, esperando que tuviera sueño, esperando que desapareciera hacia la cama. Cuando esto ocurría mi madre tomaba mate y leía Vosotras, mientras yo me prendía de los libros que tenía a mano y mis hermanas leían otras Vosotras y tomábamos, todos, los mates de la noche.

Era imposible saber de mi padre de la misma manera que uno sabía lo que ocurría, por ejemplo, en las casas vecinas. Mi hermano que terminó el primario de quince años, lo miraba con expresión dormida y nosotros con el profundo aburrimiento que nos producía su desgracia, tan monotemática, tan muerta y circular en sus síntomas como en sus motivos. Germán, éste, miraba a su hermano Toti y pensaba en el porvenir de la familia.

Algunas veces mi padre le gritaba: ¡enano, haragán! y mi hermano lo miraba impasible como si dentro de él estuviese tramando una forma grande y efectiva de sacarse a mi padre de encima para siempre. Cuando lo veían así yo creía que estaba pensando en matarlo. Mi hermano era ancho y bajo y siempre andaba callado hasta que abría la boca y mentía. Y mentía cada vez más: como nadie le creía terminó por mentir todo de manera que vivía contando sucesos que sólo le ocurrían a él, que sólo él veía, y que eran la risa de todos los demás. ¡Toti, no mientas! —le gritaba mi mamá cada vez que algo de lo que Toti fantaseaba le interesaba. No mientas, quería decir, asegura que es cierto porque me interesa.

Y ya ni le creíamos aquello que de antemano sabíamos que era verdad: Tenía la cualidad de convertir en fantasía todas las cosas que contaba. Con él salíamos de noche a robar farolitos

de los coches estacionados. Así como también herramientas de las guanteras que abríamos con gran suspenso y emoción.

Al final la calle empezó a ganarme en todas las horas libres: Mi casa se reducía a la comida y la cama y sus otros significados se desvanecían en una sola y creciente aversión.

Yo era el pensionista de los míos y ellos ponían, como en cualquier pensión, horarios, consignas, ciertas convenciones generales.

Una tarde me hice amigo de una piba que no era de Junín. Una piba colorada y retacona de unos 16 años, con la cual quedamos rápidamente de acuerdo para vernos nuevamente. Despliego mi fantasía porque sé por Bojick y otros, que las mujeres prefieren hacer las cosas en los pueblos vecinos. Si ella está en Junín de paso, ella cojerá en Junín y cojerá con este Leopoldo que corre en bicicleta hasta su casa para cambiarse, peinarse convenientemente y prepararse como si ya estuviese con una mujer. Si las chicas de Junín, según se decía, hacían sus herejías en Buenos Aires o con hombres de otras lejanías para que su moral no fuese agrietada con indiscreciones perniciosas, es seguro —eso se me aseguraba— que esta piba hará de mí su lejanía y de la casa de su tío el tránsito fugaz hacia la herejía que realizaríamos juntos.

Nos encontramos al atardecer donde hasta las sombras parecían participar de mi proyecto. Fui derecho a su cuerpo y la abracé como si la conociera de siempre: la palpé con una soltura tal que no pudo reaccionar de otra manera que la mía, o sea, palpándome. Actuaba a dos niveles que se complementaban perfectamente: por una parte medía todos mis movimientos y calculaba sus resultados y por otra me dejaba ir en impulsos fácilmente transmisibles a ella, que reaccionaba con impulsos parecidos, que a mí me parecían que avasallaban todas sus ganas de oponer alguna resistencia. Y entre palparse sin resistencia y algunos pasos flexibles y ansiosos llegamos a un parque y nos sentamos sobre la superficie de cemento de una alcantarilla llena de yuyos. Con una habilidad que me pareció de película policial le quité las llaves de la casa del tío, que según me había dicho antes, estaba en el cine con su tía.

Ya con las llaves en el bolsillo me relajé para comenzar la

vuelta sobre ella utilizando todas mis charlas, mis deseos y experiencias que eran bastantes lamentables, pobres y temblorosas. De la superficie de cemento de la alcantarilla pasamos sin movimientos, planeando al pasto fresco del parque.

Y allí en el parque llamado San Martín, frente a un colegio de huérfanas hice mi amor mano a mano y con una mujer que correspondía a mi edad.

En verdad no hubo tanta igualdad porque ella no había hecho nunca y temblaba y gemía un poco por dolor (según decía), pero más que nada por miedo. El miedo de ella me volvió un experto inesperado: tenés que estar tranquila, decía yo, después de éste, enseguida te va a gustar. No, si lo que tenés es miedo, y reforzaba estas palabras, susurradas según se sabe que se hace, con caricias y besos en el cuello.

Y estaba allí, sobre ella, en la estrechez de una tibieza cargada de misterios y de angustias. Era virgen, virgen, toda virgen y yo me sentí automáticamente orgulloso como la vez en que me saqué un diez en el colegio. La fuerza y la tensión del obstáculo sagrado fueron tal que cuando sentí que entraba terminé y aun así seguí entrando en ella, moviéndome, tratando de sentir que ella me sentía, hasta que todo en mí se fue apagando.

Contra el orgullo originado en el diez y continuado en el himen, sentía tristeza y culpa y ganas de hacerme querer por ella que me miraba con reproche, o haciendo como que reprochaba, mientras se acomodaba la ropa con movimientos torpes y emocionados. Con vos no salgo más, sos una porquería —dijo y salió corriendo porque sus tías, había dicho, no tenían más que esas llaves que ella tenía y que yo le había secuestrado por más de dos horas—. Esperame, grité. Y desde lejos, corriendo despatarrada por una calle arenosa que le enredaba los pies, gritó antes de perderse para siempre: ¡Ahora me pegan por tu culpa!

No la vi más, no podía pasar por la casa de los tíos de ella. Temía que las cosas se hubiesen descubierto y como no estaba seguro ni mucho menos de que estuviera bien lo que había hecho, se me ocurrió que esa falta de seguridad traería aparejado los peores castigos para mí. Durante varios días la deseaba y sentía vergüenza por haberla abandonado a sus tíos sin saber más nada de ella. Luego me olvidé por mucho tiempo de esa calle, de esa

casa, de esa piba hecha mujer, según me parecía, en aquel atardecer del parque San Martín.

Y si la pude olvidar fue porque conocí a la Gorda, que hizo entrar la repulsión en el deseo dándole al sexo, para mí, un aspecto torturante y desconocido.

Entonces el taller sin más que sus propias paredes grasientas y terribles, sus bordes agudos, sus guinches, sus chistes repetidos, sus mamelucos, sus motores, tarjetas y encargados.

La mecánica me gustaba pero el taller no. Ya no era Bojick, ni Oreja, ni nada en particular, era el taller todo como atmósfera, como realidad extendida al infinito de sus días continuados en la certeza de tener que vivir todo el tiempo la vida así.

Salía del taller y me ponía el vaquero y la camisa de colores. Yo pelado, yo con los colorinches, yo sobre mi bicicleta: un Germán que escapaba de todos y de nada. Que trataba de encontrarse con los demás escapando de ellos, adoptando frente a ellos actitudes y cosas ridículas. Con la bicicleta hasta el Club Junín a mirar las piernas bronceadas de las chicas que reían a otros y si él iba al Club Junín, era porque siempre no tenía al hermano Toti a mano para salir a robar los focos y las guanteras y sacar al corazón su ritmo aburrido y monótono. Sin bajarme de la bicicleta miraba un largo tiempo hasta que enojado, mordido, embalaba la bicicleta a toda velocidad y corría por aquellas calles de arena ya regadas por el camión municipal en las cuales no se levantaba tierra. Corría para frenar bruscamente y vivir los coletazos sobre la arena húmeda y llegaba hasta la esquina en que me encontraba con la gorda Beba. Yo sabía de ella que había bailado desnuda en la mesa de un bar, que como trabajaba de sirvienta en una farmacia le gustaba regalar preservativos y que sobre todo no había cosa que la emocionara más que el chupar la cosa de un muchacho cuanto más joven o pibe era, mejor.

Tenía estos datos, las ganas, y una promesa de verme en esa esquina con ella. Estaba allí y la vi salir por la puerta del costado de la farmacia. Caminaba pesada y lentamente. Cuando estuvimos uno junto a otro yo sonreí y viéndola tan enorme, me intimidé y dije:

—¿Cómo te va querida?

Ella sonrió más, sonrió como si bufara y dijo:

—Vamos a cojer en seguida porque tengo que hacerle un mandado a la señora.

Allí todo giró y cambió de lugar. —Bueno —dije inseguro— ¿dónde vamos?

Ella me guió hacia un descampado estratégico que parecía conocer a la perfección. Se tiró en un lugar donde el pasto aplastado ofrecía cierta apariencia de cancha de bochas. Sin una caricia, sin una palabra, la bicicleta a un costado, los faros de los coches en la calle, los reflejos de luz en nuestras ropas, me atrajo hacia ella, tomó decididamente mi pija tímida entre sus manos, y apretándome contra ella se la metió, bufó más, se movió, terminó y me hizo terminar en dos o tres movimientos desconcertantes y para mí desconocidos. Luego sonrió, sacó una teta por el escote de su vestido y me dijo: chupala —yo chupé sin ganas y pregunté, aprovechando lo oral de la situación—: ¿Te gusta chupar? —Sí, dijo, y buscó en seguida, para chupar hasta dejarme extraviado.

Luego, mientras caminábamos me regaló 5 preservativos que llevaba en un bolsillo. Usalos con otra —dijo— yo no tengo celos. Volvió a reirse como un elefante y yo, arrastrando mi bicicleta a un costado, tuve ganas de escapar o bien de darle una trompada en la boca y borrarle la risa. Allí vino el asco, y el asco duró porque tuve que volver con ella varias veces. Una vez entre los siempreverdes del costado de la estación ferroviaria, otra vez en un zaguán, después de pie contra la pared del fondo del colegio industrial, luego en el campito y al final me propuse escaparle y le escapé hasta seis meses después aunque volví con la derrota de un deseo colmado durante ese tiempo con metódicas y controladas pajas.

He deseado tanto a las mujeres, que siempre me resistí a asumir argumentos contra ellas, o bien los esgrimía en un intento total de hacerlas desaparecer para aliviarme de desearlas sin alcanzarlas luego.

Logré hablar a una piba con la cual me veo varias veces sin lograr siquiera darle un beso. Una piba tierna de cabellos largos y boca húmeda con dos tetitas nacientes y agudas que eran toda una llamada.

No la veo más y voy durante varios días a correr con la

bicicleta a otros con bicicleta sobre una pista de mosaicos del ex parque español. Pisoteo con las ruedas de la bicicleta el lugar donde mis tías se excitaban bailando mientras mi abuela vencía el sueño en la insistencia de su control sobre los brazos, en esta pista que pisoteo con mis ruedas. Pero un día, en la parte alta del Cine, logro tocar la mano de una piba, después lentamente, la pierna y termino por saber cómo se llama y acompañándola hasta la casa.

Al domingo siguiente volvemos del cine con Norma y su hermanito. Pasamos dos horas largas toqueteándonos entre los furiosos balazos de la pantalla y ahora volvemos enredados el uno en el otro. Nos detenemos en un hueco oscuro, después de convencer al hermanito de que él debe sentarse en la plaza y esperarnos allí, quietito como un verdadero hombrecito. Empezamos a besarnos y a apretarnos y yo me siento en esos apretones como alguien con mucha ductilidad y experiencia. Casi me parece que la tengo en mis manos. Y no puedo hacer nada porque apenas veo que las polleras se levantan hacia la parte sagrada, termino en una tibia humedad que traspasa la tela del pantalón. El centro del mundo está en los bultitos apretados del centro de las mallitas del club Junín. Las pibas tomaban sol y esa inocencia de somnolencia le daba más realce al bultito apretado, bajo el sol, y abandonado en el abandono de las pibas en busca de su piel dorada.

Cuando tuve algunos amigos en el club recuerdo que adoptamos poses, hacíamos ruindades y chusmeríos horribles para acercarnos a las conchitas tan indefensas bajo la débil tela de la malla y sin embargo totalmente protegidas por la tela invisible y férrea que había en nuestras cabezas. Y si no se llevaba bien con los pibes del club Junín, era primeramente porque en las largas discusiones sexuales nadie le creía cuando él contaba sus experiencias, porque nadie (había alguno de 18 años) había tenido ese tipo de experiencia. Los que tenían novias decían un día que sí y otro que no, por lo cual todos nos dábamos cuenta que en verdad era no. Siempre a la larga era no. Por eso todos creían no, aunque él siempre contaba de la misma manera.

Norma no me quiere ver más porque yo me propasé y la noche termina en nada, mejor dicho en la cama, despierto, dando

vueltas de un lado a otro, del otro a éste y así, hasta la madrugada.

Voy y vengo. Todo está marcado por la huida, pero ésta se aleja de mí en tanto voy descubriendo los peligros que tienen todas las cosas.

Siempre se vuelve a la casa, según se dice. Eso es lo peor.

Estoy deambulando sin sentido por dentro de las cosas que descubro, sonriendo tristemente o bien pataleando y resistiéndome como ese chico que ya no soy.

Descubre este Germán, la biblioteca, mientras roba un foquito con su hermano. Mirá para todos lados —dice mi hermano—. Este Germán soy yo y ahora le digo a mi hermano: No te preocupés —con voz de pistolero decidido. Y de pronto, como una pantalla, bajo una luz leo: *Biblioteca Popular Esteban Echeverría.*

Hoy, aún, me pregunto por qué uno encontrará una biblioteca alguna vez. Porque uno se pega a una biblioteca sin darse cuenta que a ese estímulo, gris, húmedo, hay que contestarle con una sonrisa y seguir de largo, siempre sonriendo, pero sin dar vuelta la cabeza. Pero hay una edad en que uno quiere salir de allí. ¿Uno?, no, una edad en que yo quería salir de allí, de mis huesos, de mis pensamientos. Una edad en que me parecía que podía inflar mis pensamientos de otros pensamientos hasta que todo estallara. Entonces iba a flotar por los espacios libres, por los lugares sin huecos, sin muros, sin paredes. Por eso no se me dio. No, por favor, lo que se dio fue una confusión, un repeler y retomar sin límite. Un camino donde cada paso negaba al otro y era negado por el siguiente. Un temblor, un titubeo, un golpe de alegría contra una muralla de amargura. Un gesto contra un puño. Un puño contra una pared y una pared contra un ciclón y todo de nuevo a nada, sí sí, todo de nuevo al cepillo de dientes, a la cama de sábanas blancas y frazadas rancias, de nuevo todo al trabajo.

Primeramente fue entrar y mirar a las chicas y chicos saludables y tersos que se encontraban allí, cerca del mapamundi que daba la sensación de un Jefe Mudo de la Sabiduría Humana.

Estaba hundido en alguna parte de algún hueso secreto de mi cuerpo. Por una rendija destrozada a patadas miraba para afuera. Alrededor de mi cuerpo una campana donde cada golpe

volvía sobre mí para retumbar triplicado en mis oídos. Una campana que repetía sin cesar mi primera voz que nadie había escuchado. Cualquier persona era para mí más fina, tenía más clase, decía bien las cosas que yo decía mal, y así todo en contra, hasta que yo parecía el botón asfixiado de una camisa abandonada en una alcantarilla.

Me sentía unido en el fondo de alguna parte que seguramente tenía fondo, pero hacia afuera era un montón de fragmentos armados a martillazos, como los motores y como ellos, soldados con un fuego que derrite las cosas. A los muchachos me igualé a medida que los fui conociendo, pero con las mujeres, me parece, nunca estaré cerca de ellas, por más que las conozca. Una fricción de tiempo extraño invade lo que podría decir. Afuera ellas con sus libros y adentro yo.

Y ya estamos con el primer libro que cayó en mis manos: El derecho de matar; no lo pude terminar y entré por la poesía. Claudio de Alas y el poema negro. Ese me gustó por lo escabroso y sanguinario y loco y lo aprendí de memoria. Después Almafuerte y Espronceda: "quisiera ver la bomba caer mansa del cielo, inútil en el suelo sin mecha al parecer" y luego: "Yo quiero un cementerio de muertos bien rellenos". No entraba en mi dicha y en la sabiduría que era saber que los grandes tenían sus ansias criminales envueltas, escondidas detrás de ese cartel que dice: "Ésta es tu casa, entra". Nunca se puede entrar realmente en la casa de nadie. En la biblioteca cada cual se encaraba y resolvía frente a los libros como pudiese. La bibliotecaria era fea y tenía mal aliento. Yo le alcanzaba el carnet desde bastante lejos y siempre me resistía a las censuras que ella quisiese imponer sobre los libros.

Ella me decía: Usted es terrible, parece un hombre grande por las cosas que lee, pero tenga cuidado, ¡no son para su edad! Y yo fruncía mi hocico lleno de complacencia y de orgullo. Estaba en la parte negra de la vida, en los secretos sublimes de los grandes. Me parecía que podía hacer algo con mis días. Me inscribí en un curso de Dibujo Técnico. De esta manera, pensaba, yo sería un buen estudiante. Mis manos llenas de grasa se volverían blancas y suaves por la magia del estudio y sería otro de los blan-

cos, tersos niños que pueden convivir con el Mapamundi Sagrado y Jefe Mudo.

El dibujo técnico tampoco me solucionó el problema porque los estudiantes de colegios nocturnos eran mirados como bichos locos, aunque todos dijesen: Qué amor de muchacho noble, fíjese que trabaja y estudia. Trabaja y estudia: nos querían hacer sentir nobles y distintos para que nos pusiéramos en contra de todos los otros. Para que estuviésemos compitiendo, monitos de circo, entre nosotros.

En menos de un año abandoné el Nocturno. Las tardes en que mi madre me ponía un sobretodo que me llegaba hasta los pies (regalo de mi primo) y yo cargaba el tablero al hombro y avanzaba por el medio de una calle oscura que me daba miedo, enfundado, un ruso loco, hacia las estepas de mi cama. Esa cama desde la cual veía rostros dibujados en el techo. Un techo de barro y ladrillos que estaba poblado de habitantes que sólo quien mirase con mucha tristeza podía ver, allí, en esa comunidad cínica y acusadora del techo. Tenía que cumplir diariamente 4 horas de colegio y 8 y tres cuartos de taller, total: 12 hs. y tres cuartos.

En esa época apenas si tenía tiempo para dormir, y ni tampoco, porque siempre estaba medio dormido llevándome los motores por delante. Hasta me rebané un dedo con la piedra de esmeril, mientras afilaba una mecha, por estar medio dormido.

Empecé la escuela para no sentirme lejos de los chicos y las chicas de la biblioteca, paro resultaba que con la escuela, no podía, no podía de ninguna manera ir un solo minuto a la biblioteca.

La única salida era la parte alta del Cine donde siempre se podía encontrar una chica para besar, apenas empezaba la película. Todo estaba calculado. Las chicas iban en bandadas y se sentaban dejando un asiento por medio libre. Allí nos ubicábamos y empezábamos por apoyar el codo al lado del codo. La mano contra la mano. Nuestra mano sobre los hombros. Leve resistencia. Nuestra mano sobre el lugar donde se suponía que estaban las tetas. Nueva resistencia y recién entre una película y otra, cuando había luz, sabíamos quién era la chica y le convidábamos pastillas, le preguntábamos el nombre y en la segunda película ya los besos iban dirigidos a la boca (aunque a veces sólo

era un apoyo, porque no sabíamos besar, imitando la pantalla, donde el Muchachito besaba la boca de la Muchachita).

Tres horas de manoseo que terminaban en un dolor de huevos que sólo la paja podía aliviar. Esa paja cerraba el ciclo de un comienzo de desorden, que de esa manera y por esa técnica, terminaba en un orden verdadero que nunca se podía violar en su totalidad. Yo, como todos trataba de hacer las cosas sin pensarlas mucho. Pensar era irse de cabeza en nada. Por eso hacíamos y nos deshacían sin riesgo, al terminar esas horas de oscuridad en la parte alta del Cine. Eso era el domingo. El lunes el taller donde nadie quería estar y donde todos estaban de acuerdo cuando afirmaban: A vos te conviene, pibe, aquí vas a aprender un oficio. ¿Qué oficio? Ellos ya lo sabían y eran absolutamente infelices, pero se empecinaban con preguntas difíciles como ésta: ¿Si no tenés oficio, si no podés estudiar, qué vas a hacer cuando seas grande?... Y allí empezaba la vuelta de todo un día. Mejor dicho, el cilindro mental de todo un día, porque pensamientos uno tenía muchos, pero todos se volvían y se componían para hacerlo pensar a uno que lo mejor era quedarse allí, bien tranquilo.

¡Qué increíblemente bien me enseñaron a odiar! Casi diría que toda mi vida no será otra cosa que sacarme de adentro todo lo que absorbí cuando mi cabeza era una esponja abierta a todas las emanaciones de los grandes.

Las tardes se perpetuaban hasta la noche, se pasaba entre esas horas inanimadas después de las siete de la tarde, cuando todavía no nos habíamos terminado de sacar la grasa de encima.

Muchas veces me acostaba sucio, sudado, maloliendo un sabor agrio por dentro y por fuera.

El cansancio nos rendía a esa hora en que los que no estaban cansados, empezaban a vestirse para vivir lo que nosotros pensábamos en la cama, amontonados en la pieza, en esos pedazos de vida que teníamos para mantener. Y un día se contagiaba del anterior y preparaba el contagio de lo que seguía. Las vacaciones no alcanzaban ni para respirar un poco de aire verdadero. Apenas dejábamos el taller ya se empezaba a preparar la ropa y el ánimo para volver. Quince días apretados contra un año se perdían sin sabor, sin nada, entre empezar a saber cómo sería el

año siguiente. Además en casa nunca había plata como para vivir una vacación. Los solteros grandes del taller planeaban viajes a Mar del Plata y soñaban encamadas con inglesas millonarias y excéntricas, nosotros no. Mi padre pensaba en las cuentas y agregaba por descontado una buena parte de lo que yo ganaba. Y además yo por entonces ya estaba con Mirta y me preguntaba: ¿Qué haría ella sola en la casa durante los 34 años que faltaban para mi jubilación?

Y allí aparecía, mientras corría en bicicleta o miraba por la ventana el caño de bomba con sombrero encima, mi padre con los golpes en la mesa, la cara de mi madre, la Revista Dislocada entre las peleas de los domingos. Los llantos de mi madre, los comentarios sobre la vida de los vecinos y la muerte de Lonardi, que según se decía entonces no había sido natural.

Lo de Lonardi se decía en familia nomás, porque desde la caída de Perón a pesar de las películas sobre que Perón torturaba, etc., todos tenían desconfianza. Todas las películas sobre torturas (recuerdo vagamente a García Bhur gritando detrás de un escritorio) no podían mitigar la idea de que esa revolución no era a favor del barrio y del taller, sino en contra de todos.

Y con Mirta nos besábamos y nos excitábamos. Y un día, por la mañana de un domingo, fuimos hasta un parque municipal donde nos acostamos y acariciamos con ansiedad. Un hombre bajó de una bicicleta y me gritó: ¡Dale pibe!, después caminamos como dos distintos, riendo por el hambre y pensando en los abortos, las preñeces y tantas cosas que lo nublaban todo.

Y nos peleábamos, luego, cuando ella me dejaba en la puerta, clavado por un twist bochinchero que sonaba en la radio. Yo, hombre de biblioteca, de experiencia y de lectura chillaba como un marrano y ella que me había tomado el tiempo me lo hacía cada vez que tenía oportunidad. O nos pegábamos grandes palizas donde ella me tiraba de los pelos y yo le pegaba en la cabeza hasta que nos abrazábamos llorando y hablábamos de todas las cosas posibles. Arrastrábamos nuestra relación como una carreta donde nos castigábamos por lo que gozábamos y gozábamos para castigarnos.

Este Germán y esta Mirta que están aquí contando las monedas de un sueldo inaguantable vienen desde otro lado y traen de su memoria las formas de caminar y de mirar las cosas y recogen su tiempo desde el fondo como quien levantaba la red con cientos de peces mientras otra cantidad salta y se escapa para multiplicarse nuevamente.

Estos que miran el sol, que van al cine, que se ríen de algunas de las cosas para asustarse y escapar de otras, vienen desde redes y peces distintos, de distintos mares que se tocan y excluyen, y ella trae desde mucho tiempo un guante cruzando la reja de una ventana para asustarla: el guante áspero que el padre usaba en la herrería del ferrocarril de Junín. Y ella ve pasar por dentro de sí todo un cúmulo de ideas no elegidas, toda una forma de reaccionar o de querer o de enojarse no elegidas y cuando estos dos se miran, miran al mundo y al reventar reventarán un mundo paradójico que seguirá creciendo como siempre. Su historia está hecha de abuelos y de infancia o mejor de abuelos infantiles y padres que simulan madurez: su historia va de los viejos a la muerte y de la muerte a los chicos. Estos que piensan en el mar no han visto jamás otros países, no han llevado su carne hasta la gloria y vienen de sus redes respectivas como quien va de una celda a otra después de ver el sol en la brevedad del patio de una cárcel.

Estos dos que se van a morir el día no pensado después de nacer el día no elegido, están sujetos al mundo y a los otros como si hubiesen nacido el día ya elegido para morir jamás. Y estos dos que se quieren, según dicen, buscan por los libros, por las calles, no tienen otra historia y no han movido sobre el mundo cosa alguna distinta que sus manos, cosa alguna distinta que sus cuerpos.

Y descubro la vida de los otros allí en el lugar y momento en que mi vida parece querer abandonarme, o cuando estoy mirando en el sopor creado por la imposibilidad de movimientos. Descubro la vida de los otros allí donde la oscuridad no mostrándome nada, me muestra los terrores antiguos, arraigados y camino temblando para no encontrarme con lo que no sé qué es, y me aterra igual. Nos mudamos a una casa de la calle San Martín, luego calle Lebenshon, por aquel hombre que según el diario de

su viuda, había dicho: Hay que luchar, luchar, luchar, dijo Lebensohn. Y en esa calle señalada por la frase del diario Democracia vivimos calculando cuidadosamente la plata del alquiler hasta que todos nos relajamos definitivamente y el alquiler no se paga por varios meses y mi padre entra en su tercer o cuarto delirio que significa un gasto de 40.000 pesos para el taller. Y es como si hubiésemos querido tirarnos contra la frase de Lebenshon porque desde que nos cambiamos allí dejamos de luchar. Mis hermanas seguían trabajando en la fábrica de paletas. Clavaban cajones durante ocho horas diarias por un sueldo miserable. Soportaban, aserrín, retos, horas de trabajo y sudor y volvían cansadas, por la tarde, a tirarse a fumar sobre la cama despatarrada del cuartito de puertas rotas que estaba junto al baño. Toti fumaba como un murciélago e iba eliminando, uno a uno, los hábitos de la infancia y se convertía en un ser pequeño y ambiguo entre la convención de lo que sería un hombre y lo convencional de lo que había sido un chico.

Mi madre seguía con su resignación parlanchina de resignada a muerte, y mi padre se sumergía locamente en un mundo fantástico hecho de visiones y desesperados intentos de morir de una vez, sobre todo de una sola vez y para siempre. Varios intentos de suicidios, varios ahogos de llantos, varias fiebres que hacían cabecear a los médicos, pero para su desconsuelo siempre salía vivo de todo eso. Todo dolía y cansaba como una estúpida tragedia sin final encarnada en los hilos de nuestra propia historia. Sobre todo estábamos aterrados por la falta de final: sabíamos por las películas que siempre existe un drama para que después pueda existir un final que lo anule y haga del mal un bien omnipotente perpetuado en un beso que flota en la pantalla, en una pareja que se encuentra en un abrazo, en la vuelta al hogar del malparido que solamente había sido un mal informado, y regresa sabiendo lo que hace la felicidad y olvidado de todo por lo cual había sido malo. Pero lo atroz era lo monótono, la sensación machacante de que aquello no tenía final, no terminaba sino en la muerte, lo que es decir que no terminaba nunca. Y no se podía, yo no podía, mi padre no podía, mi hermana no podía, mi madre no podía, ni mi hermano, ni nadie. No, no se podía cambiar nada. Era ir cerrando los finos cordones de nuestras miradas sobre el

cuello del otro, era despertar en el otro la idea de ahogarnos con los cordones de sus ojos: una fábrica inútil de muerte pegajosa. En aquella infancia se iban tejiendo los pasos de nosotros y a veces mi padre, mientras miraba el humo del cigarrillo después de comer acodado en la mesa, parecía un chico al cual le habían quitado los juguetes. Tenía una mirada que no iba a nada, estaba gesticulando, carraspeaba, para llamar la atención de mi madre, y si ésta no se sentía atraída por la mirada, los gestos, los carraspeos, siempre encontraba la manera de entrar en contacto por medio de una pelea. Entonces peleaban. Creo que alguna vez pelear habrá cambiado todo, pero hacía ya mucho tiempo que se peleaban de la misma manera y esto hacía que las peleas se convirtiesen en aburridas y cansadoras.

Y sin ellas era peor, más monotonía, más miseria sin intriga, más lentitud y exactitud en los ritos: pero ellas también, o dios, eran un rito muerto y sin sentido. Juntados para desaparecer uno del otro, hacían esfuerzos peleadores por lograr este objetivo, que nosotros, los hijos niños podíamos jamás entender. Nosotros los chicos teníamos las noches distintas. Soñábamos con mundos torturantes y a veces, pocas veces, con mundos fabulosos. Recuerdo de qué manera las figuras del techo podían cambiar el significado de toda una tarde estéril por la lluvia que sonaba afuera y nos encerraba en la protección de la casa.

Y todo es mueca y contarlo es mueca y de mueca en mueca hasta morir, voy trazando la simetría, el largo, la figura de una monotonía donde nada cambiará.

En la vida de mis padres hubo una noche distinta. Me mandaron a buscar vino a lo de Payero y me quedé mirando un grupo de hombres que discutían. Uno le pegó al otro en la cara, con un ruido de película que daba miedo. El otro lo miró un rato y sonrió. Se separaron. El golpeado lo siguió mirando y juntos avanzaron hacia el boliche. Cuando iban llegando, el golpeado sacó un cuchillo y se lo clavó en la panza al otro, sin molestarse por sacarlo corrió rápido hacia la oscuridad mientras el otro con un quejido se caía y rodaba por el suelo como un gato apaleado en la cabeza. Conté en mi casa y no me creyeron. Pero luego, al día siguiente, al ver que eso cambiaba el mundo de ellos, me llamaron.

—Contá hijo cómo fue —decía mi padre mirando al vecino como acusándolo.

Yo contaba adornando el relato y agregaba sadismo a la muerte, hasta hacerla casi irreconocible para la muerte que realmente había visto, y que había sido tan sencilla como jugar a la tapada con las figuritas de chapa. Ese día hasta las maestras estaban en la puerta y los policías (yo no sé si eran locos) cuidaron la sangre como si se pudiese escapar y después se la llevaron presa en un tarrito. Cuando vi la muerte no fue nada, pero cuando vi que las maestras comentaban, estaba expectante, como si ellas pudiesen saber más sobre eso que yo. Porque yo había visto, pero no sabía, mientras ellas sabían sin ver. Y si no, había que ver como hablaban de África sin moverse de Junín. De la bondad cuando vivían tirando de las orejas y mandando a media clase a la dirección. Las maestras eran dos. La que parlaba y la que actuaba. Y estaba claro, no podían estudiar cinco años sin producirse algún fenómeno para aventajar al resto.

Las maestras y los doctores de los días de sarampión eran para nosotros más grandes que Dios. Juro que todos puteábamos y nos mofábamos de Dios si las cosas andaban mal en las andadas, pero de las maestras y de los doctores, nunca.

Las maestras abstraídas por una muerte vista por mí, entre las piernas de los hombres grandes, mientras ellas, estarían seguramente, almidonando sus guardapolvos blancos y siempre más limpios que el más limpio de todos los alumnos. Y las maestras que miraban y decían moviendo mucho los labios de segunda madre y después marcaban con su letra especial las calificaciones de nuestra vulgar, imitativa letra cuando las redacciones estaban terminadas. Ellas asomadas a la puerta del colegio, en amontonamiento vulgar y barrial, por ver un muerto sin importancia. Y ni siquiera un muerto, sino simplemente la sangre de un muerto y menos: el policía mirando un hueco de tierra donde no había nada porque ya se habían llevado la sangre. Entonces recién supe la importancia de lo que había visto: vi las calaveras-veneno-muerte de mi abuela y sonreí de pensar que las maestras tenían la muerte detrás de sus caras pálidas y sus labios flexibles al dictar. Ellas con la muerte y allí empezó este Germán a crecer, seguramente, y por eso se lo pasaba atropellándose. Entonces to-

maba los diarios nada más que para ver la pila de muertos de las noticias de guerra (siempre hay noticias de guerra o guerras aunque no haya noticias de ellas), en los recuadros negros grises de los diarios. Eso era bueno. Las maestritas mirando el círculo donde hubo sangre con la muerte detrás de sus caras pálidas, eso me dio risa.

Un día, envuelto en los recuadros grises y negros de los diarios, me escondí en el baño para matar a mi padre. Tenía el cuchillo firme en la mano derecha y con la izquierda en alto esperaba para empujarlo cuando cruzase hacia la canilla a lavarse la cara. Pero cuando sentí los pasos el brazo en alto bajó, y mi padre dijo: ¿qué carajo hacés detrás de la puerta? Yo dije: nada, estaba buscando la piedra de afilar, y traté de salir antes de que él viera la muerte-calavera a través de mis ojos.

Pero había que escapar de la casa, del taller y de Junín.

Había estado con mi tío Leopoldo en José Paz y él me llevó a un cabaret donde unas mujeres se desnudaban entre luces rojizas y un silencio de velorio con algunos ruidos sueltos de copas dejadas nerviosamente sobre las mesas de lata. En este lugar mi tío Leopoldo hacía de gaucho y recitaba. Está el folklore, los boludos quieren el folklore, a mí los gauchos me importan un carajo, mirá, mirá ¡qué negra linda! —decía mi tío—. Después yo me quedaba solo y él aparecía de gaucho y decía un poema donde un hijo sin saber, mataba al padre y después se acostaba con la hermana o con la abuela o poco menos. El poema terminaba con un viejo milenario y sabio que reprendía al hijo y después de clavarle el cuchillo en la panza le preguntaba: ¿Por qué lo hiciste m'hijo?, la buscaste y vino por mi brazo gaucho la justicia. La gente aplaudía rápido para que volvieran en seguida las negras que se desnudaban. Volvía una de ellas y desnudándose se doblaba estirando el culo hacia un lado y luego hacia otro. Mi tío me miraba riéndose porque me veía excitado. ¿Te gustan las negras? Sí —decía yo y tenía la voz ronca—. ¡Entonces hay que irse para siempre de Junín, provincia de Buenos Aires y la puta que lo parió!; pensaba yo regresando en un tren después de haber estado en la misma capital. ¡En la mismísima capital! De regreso todo me zumbaba en la cabeza, la visión en los altos edificios y di vuelta todo de manera que ese

viaje era mi vida y toda mi vida quedaba reducida a la dimensión de viaje. Todo allí sería hermoso para mí y desde entonces, para entonces, adiós a todos estos problemas porque ya sería un hombre.

El viaje fue posible porque conocí en Junín a un viajante que estando solo se hizo amigo mío. Era un hombre canoso y extraño que me intrigaba con su forma de actuar y al cual sólo había visto varias veces en un bar nuevo donde iba a tomar ginebra y mirar mujeres que bailando con otros hombres, bailaban sin embargo para los que estaban parados mirándolas.

Apenas me senté y escuché el golpe de la puerta cerrándose, tuve la certeza de que yo no conocía a ese tipo que sonreía desde el volante haciendo girar la llave en el tablero a la vez que ubicaba los pies convenientemente y miraba el camino hacia adelante, luego el cielo, después el reloj. Las casas viejas y chatas, otras casas menos viejas y menos chatas, así como muchas casas que eran chatas sin ser viejas. Esquinas misteriosas donde el empedrado brillaba torvamente. Plantas en las esquinas, cajones de basura tumbados durante el sueño aún estaban allí, porque aún era el sueño y el reloj de la madrugada decía que era exactamente la madrugada. Dejamos la ciudad atrás con la misma facilidad con que se deja una maqueta de ciudad cerrando la tapa del libro en que se encuentra. El silencio de esa ciudad permaneció, aún, un poco más. Un zumbido señaló que estábamos sobre una ruta y el coche levantó la trompa como si respirase, recién, totalmente. Ahora era necesario no sentir más que lo que pensaba sentir y resignarme como hacen los mayores a perder la mitad de mi vida, con la otra mitad andaré por los caminos, por la huella, por los tangos, por los paredones de los arrabales, por las iglesias, monjas dejarán su huella sobre mi pito dispuesto, siempre dispuesto como un soldado.

—En qué pensás pibe, sos mal acompañante.

—Los acompañantes —empezó como si diera una lección—. Los acompañantes hablan mucho, mucho, porque estar en el volante implica que uno tiene la posibilidad de dormirse y si uno se duerme el otro también revienta.

—¿Qué hora es?

—La madrugada.

—Gracias.

—¿Qué cuadro te gusta?

—Ninguno, todavía no.

Después, menos mal, no hablamos más. Yo veía que este hombre tenía los pelos blancos, y era como si fuese un indio distinguido, porque tenía cara de negro barato, pero era un hombre fino y de gestos y sonrisas raras. Yo estaba orgulloso de viajar con él, de ser su acompañante de viaje y de dirigirme adonde yo iba. Yo sé que es hermoso ir adonde voy y también sé que a mi edad pocos son los que pueden ir. Siento cosquillas debajo de los brazos. El calor sube desde este motor.

Tengo ganas de orinar. Pero también tengo miedo de que este hombre no me deje subir de nuevo si bajo, además ¿cómo se lo voy a decir? Puedo aguantar hasta Luján. En Junín siempre se dice que Luján no está lejos. Cuando pueda bajo y meo. Está fumando y piensa, qué sabe uno lo que piensa. Me dejo estar para pensar más tranquilo en las horas que pasaré con Leopoldo y después en el cabaret y en la casa de Leopoldo. Yo vi fotos increíbles y mujeres hermosas que se paseaban por cualquier parte, y Leopoldo sabe como traerlas para nosotros. Una rubia enorme, peleo con muchos en una esquina. Cientos de tipos y ella mira hasta ese lugar, me ve, teme, escapa. Volteo al último y la agarro por la cintura. Me tiene miedo, es tan grande que no sé qué hacer con ella, entonces la muerdo en las tetas y grita. La muerdo más fuerte. No puedo meterle esto que tengo, me agacho hasta sus piernas, con la lengua estirada trato de levantarle las polleras.

¡Qué vergüenza! Cuando me desperté estaba agarrado a la palanca de cambio, pasándole la lengua. Me preguntó que era lo que me pasaba y le dije que nada. Le dije además que eso le pasa a cualquiera, le dije que a cualquiera le pasa soñar que está en un desierto todo anaranjado y tiene sed, y le dije muy serio que eso era lo que yo soñaba. Se rió. Fumaba de una manera que yo no puedo decir. Estaba sentado junto a mí. Yo apretaba los dientes: ya no aguantaba más mis ganas y sentía esa tibieza y de tanto sentirla estaba erecto. Los riñones calientes, como se dice, me ponían erecto y por debajo de todo yo sentía el calor de la calefacción del coche. Un calor que ascendía desde

el motor y me invadía. Cuando llegase a Luján orinaría con gusto. Me iba a gustar después de aguantar tantas horas. Me puse a pensar en lo largo de los caminos. Me latía el corazón con fuerzas y veía los vidrios empañados y para decir algo, dije eso:

—Están los vidrios empañados, señor.

El hombre me miró, sacó la mano del volante y apretó un botón oscuro y chiquito, cerca de la radio. Los limpiaparabrisas empezaron a funcionar y yo vi que las estrellas estaban más nítidas, arriba, y que la bóveda del cielo, también arriba, no me dejaba respirar. Avanzábamos más veloz que antes. No tardaríamos seguramente en llegar a Luján y allí podría mear con esa sensación tan linda. El hombre sacó un frasco con pastillas de la guantera; lo vi bien porque antes había encendido la luz del interior del coche.

—Ésta es la droga —dijo—; yo tomo droga.

—Está bien —dije yo.

—¿Querés tomar vos también droga? Es lindo.

—No, gracias, no me gusta.

—¿Tomaste alguna vez?

—No.

—¿Y cómo sabés que no te gusta? Tenés miedo.

—No sé —se quedó mirándome como un infeliz. Yo no sabía qué hacer. Miraba el cielo por mirar algo y una estrella cayó trazando una huella luminosa. Esto me asustó. Una estrella se venía abajo. Ya no aguantaba más; aflojé un poco las piernas y una gota se disolvió en el calzoncillo: esa humedad me intranquilizó.

—Le tiene miedo a la droga —dijo el hombre y se puso a tamborilear los dedos al ritmo de la música. Una audición de camioneros, pensé, y no somos camioneros. Un camión estaba delante de nosotros, lo pasamos, después pasamos a otro. Ellos no pueden correr más de 60 km. por hora; nosotros vamos como a 100 km. por hora. Pasamos camiones. Le tiene miedo a la droga. Yo me orino aquí, pero si lo hago se va a enojar. Más camiones que pasamos. Ya conté como diez. Hay una estrella que no se mueve de su lugar. Veo una mujer en el cabaret. Leopoldo la conoce y me la presenta. Me mira y la miro. Una

negra baila mostrando un ombligo enorme y yo estoy fijado a ese ombligo. Deja caer la ropa mientras baila. Un baile que no termina nunca es este baile. La negra mueve la parte de la concha, la única parte que está cubierta. La mujer que me presentó Leopoldo mete la mano en mi bragueta. Yo la dejo. La negra muestra por fin la concha y todos gritan frenéticamente. Yo no grito. La mujer me aprieta. Tengo ganas de orinar y acabo. Abro los ojos y realmente acabé. Tengo mojado el calzoncillo, deslizo la mano por el bolsillo y me seco con el forro de éste. Afortunadamente, creo, la mancha no pasó al pantalón. Empiezo a relajarme y ahora tengo más ganas de mear.

—En media hora estamos en Luján —dice el hombre.

Media hora. Luján. Estamos. Eso dice el hombre mientras abre la ventanilla y asoma la cabeza mirando hacia atrás.

—Puede que llueva —dice el hombre—; puede que llueva en la media hora que falta hasta Luján.

Llegaremos y orinaré una hora antes de volver a subir al coche. Tomaré café caliente. Le pediré un cigarrillo al hombre y fumaré. No volveré a viajar. Sí. Ésta es la primera vez. Nunca como hoy me di cuenta de lo grande de la tierra. Siempre tuve el mapamundi dentro de Junín. Pero la tierra se alarga hasta el infinito. Podríamos dar la vuelta a la tierra y volver a Junín. O desviar, en la vuelta, el camino y aparecer por el lado de Chacabuco. Es necesario mantener la marcha recta. Dar la vuelta al mundo como almidonado y después estaremos en Junín; dentro de 24 o 25 o 26 o 27 minutos estaremos en Luján. Allí tomaré un colectivo hasta San Miguel, después otro y en 15 minutos estaré en José C. Paz. Allí estará Leopoldo. Dormiré debajo de la mesa con una frazada. ¡Qué me importa! Volveré a Junín en 5 días o en 10 días o nunca. El hombre seguirá por otro camino a Buenos Aires, a la capital misma de este país. Yo iré, si Leopoldo quiere, a Buenos Aires y allí miraré todo. Me sacaré una foto en la plaza. Si no llevo foto todos creerán que es mentira que estuve en la capital de este país, cero km. en el Congreso, eso lo sé. Mañana no estaré sobre el coche. En pocos minutos estaré en Luján. La Virgen. Tomaré café y después esperaré un colectivo. Le pediré un cigarrillo al hombre y fumaré.

—¿Así que le tenés miedo a la droga?

Ahora no sé qué decirle. Sin mirarlo sé que me mira. Este indio fino me mira y no sé qué tengo que decirle. Tiene costumbres extrañas: se tira un pedo con mucho olor, mete las manos entre las piernas y se huele los dedos.

—Yo estudié medicina —dice riéndose— y sé por el olor cómo ando del estómago.

—¿Y, cómo anda? —digo, por decir algo.

—Ando bien, un poco fuerte; tengo que tomar más jugo de pomelo.

—¿Jugo de pomelo?

Sí; en quince minutos estaremos en Luján.

Estaremos en Luján. Repito y no sé cómo hacer para abrir la puerta y aflojarme, mientras el orín, seguramente, vuela hacia atrás.

—Yo te voy a decir, allí, lo que tenés que tomar.

—¿Usted me va a decir?

—Sí.

Leopoldo me va a regalar una foto donde él está vestido de gaucho, vestido como cuando recita, y tiene a cada lado una mujer medio desnuda y grandota. Él (yo vi la foto una vez cuando Leopoldo estuvo en Junín y me la enseñó a escondidas debajo del saco) está con las mujeres y a una de ellas la tiene agarrada de la teta y a otra del culo, aunque esto no se ve pero se sabe, porque la mano está baja. Yo si puedo me voy a sacar una foto como ésa. Leopoldo sabe que yo sé poco; pero yo sé que él sabe mucho y me va a enseñar, para algo somos parientes, y también para algo él es mayor que yo. El hombre se ríe de mí. Él no sabe dónde yo voy. No se lo diré. Ahora giramos y por allí se ve la punta de una iglesia.

Estamos ya en Luján, estamos ya en Luján, estamos ya en Luján. Eso nos decimos un rato. Repetimos que sí, que ya estamos en Luján. El hombre se ríe de mí porque no sabe que es la primera vez que salgo de Junín. Ahora que ya estamos aquí no quisiera olvidarme del perfil del asfalto, del ruido de las gomas sobre el asfalto, del asfalto con su ruido sobre las gomas. No quiero olvidarme de la vez que pasamos uno y otro y otro camión con sus luces rojas atrás, donde decía en negro *Stop*.

Yo no quiero olvidarme de las ganas de mear. Tengo ya el pantalón seco. Mejor dicho, el calzoncillo, porque creo que el pantalón no se mojó. Ahora bajaré y tomaré café. El hombre se despereza y suelta el volante. El coche se va de costado y estoy por decirle esto cuando veo que vamos sobre un borracho que se balancea cegado por los faros en el medio de la ruta. El hombre se despereza y corriendo el volante con rapidez echa el auto hacia la otra orilla a la vez que grita:

—¡Borracho pelotudo!...

Lo demás va tranquilo. Ya vemos casas bajas, pedazos de casas altas. Una luz. Un hombre con diarios gritando. Al fondo, un cementerio de coches, muchos ómnibus detenidos y bufando entre la niebla que invade los faroles, en las esquinas. Entre todos los bufidos de esos ómnibus pasamos serpenteando. Nadie nos mira y no miramos a nadie.

Como un mazazo aparecen, una a una, pesadas, cuadradas y gruesas columnas amarillas. Una calle ancha y nos detenemos. Bajamos con cuidado. Al estirar las piernas y levantar los brazos siento el placer de estirarme como nunca jamás lo había sentido. Entramos en un bar.

—Voy al baño —digo bajo.

—Te venías meando —me dice el hombre.

—No, por favor —le digo y se ríe.

Él se sienta y yo busco el baño y entro. Siento el olor a jabón y a orina vieja. El mismo olor que hay en los baños del cine San Carlos, un olor espeso y agrio de jabón y orina estancada. Cierro los ojos y aprieto las manos contra la pared. No sé cómo decir que nunca estuve tan bien en el baño. Cuando regreso a la mesa el mozo va, también, hacia ella. Todo queda bien así. El gordo mozo se vuelve simpático porque a esa hora no hay nadie y hace falta propina; eso lo sé porque Oreja que siempre viaja me lo contó. El hombre que viaja conmigo se da cuenta de esto que digo y se ríe. Él sabe porque, según me dijo, es viajante, y eso quiere decir que su oficio es viajar. Viajar solo, por eso dijo que yo no era buen acompañante. Viajar solo.

Por andar por los caminos
me quedé solo otra vez.

Eso mismo. Quiere decir que no tiene un pariente ni un cabaret, ni mujeres enormes. Solo otra vez. El gordo suave se vuelve gordo brusco porque se da cuenta de que nosotros sabemos que él se hacía el gordito para ganar la propina. Hay tensión en el bar. Un borracho grita y putea. Me llama mucho la atención ese borracho porque es como los de Junín. Yo creía que todo sería allí distinto, las mujeres, los borrachos. Sabía que acercándome a Buenos Aires yo andaría de piola en piola. Pero el gordo ya fue captado, el borracho gritó como todos los borrachos. Yo no sé. Tomo el café y, como lo pensaba, el hombre me da un cigarrillo.

Faltaba un colectivo y en una hora o algo más estaría en José C. Paz; la noche se abovedaba en un cielo que parecía invitar a vagar por un planeta azul, liso y protector. Allí me despedí del hombre con alegría y esperé contra las columnas amarillas. Me parecía imposible, totalmente irreal: yo, por primera vez solo, en una ciudad extraña.

Aquel viaje concluyó como si nada porque no era el definitivo, el que yo tramaba para mí, de una vez para siempre. Todo fue menos que la fantasía y mi regreso fue un chirriar de rie'es, más que un vaho de recuerdos. Fueron los rieles del regreso la verdadera experiencia: el ruido sordo del tren sobre el espacio marcado y zarandeado por los fierros. El tren.

Buenos Aires

Pero se me dirá que hay sueños que cesan, que se tornan tan rebeldes que nunca los recobramos; hay los que se ocultan, las ocultaciones de los que quizá existan pero que no veremos ni reconoceremos más.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

Podemos deshacernos de una neurosis, pero no curarnos de nosotros mismos. Todos los rasgos del niño, desgastados, borrados, humillados, arrinconados, dejados en silencio han quedado (...).

La mayor parte del tiempo se aplanan en la sombra, acechan; en el primer instante de inatención levantan la cabeza y entran en la luz del día con cualquier disfraz.

JEAN PAUL SARTRE

Y ahora, como si hubiese girado estos tres años, voy de vuelta a Junín en un tren que tiene el mismo ruido que el anterior: de Nanina a este viaje sólo hay tres horas y media de recuerdo y 19 años de almanaques ahumados en la pared de la cocina, sobre el calentador a querosene.

Coches, ómnibus, baños de estaciones, baños de bares, trenes que surcan el espacio para mí, gente que me mira y me siente compañero de viaje, compañero de meada, compañero del café siempre a la misma hora, a eso de las siete de la tarde. Camino hacia el coche comedor y miro maíz, y luego cañas crecidas y salvajes junto a la vía. El reflejo de una laguna como la laguna de Gómez, de Junín. Apunto en un cuaderno frases, páginas enteras y desparejas. Siento mis pulmones justificados por el viento que entra por la ventanilla y mi cabeza plena de las notas que hago sobre el cuaderno. Cigarrillos que fumo y tiro a medio terminar. Piernas de mujeres que miré al pasar por los asientos donde ellas duermen o leen una revista. Pecho que descubro en mí, de tamaño natural, piernas que se mueven al final de mi cuerpo y brazos que toman las cosas firmemente, que levantan el café hasta la boca y bajan una hermosa 303 hasta las páginas blancas que voy llenando sobre la mesa zarandeada.

Ahora, después de un tiempo, vuelvo a Junín. A las calles cerradas del centro, a los bares donde me encontraré con la gente que no cree en mí, con la gente en la cual no creo. Es como si hubiera eliminado la parte-mundo que pertenece a ese pequeño amontonamiento que es Junín.

Estaré con Mirta, me reiré con Juan Mazzadi de algunas cosas de Buenos Aires, lo veré tomar ginebra y tocar el piano. Pensaré, nuevamente, que se parece a Apollinaire y echaré una mirada de reojo a las carpetas de sus manuscritos que están en un rincón de la biblioteca. Diré que miré con avidez su biblioteca hasta que me acostumbré a ella. Que conocí a Yaco antes de que volviera de Colombia, porque él volvió una vez a Colombia y el colombiano desapareció una vez. Y luego charlaré con Davidin y le diré que él tiene que vivir en Buenos Aires de la misma manera que vive Derli, de la misma manera que yo viviré dentro de poco tiempo con Mirta. Sentiré el cansan-

cio de la risa y volveré a bañarme a la medianoche, desnudo, en la laguna desierta.

Porque lo cierto es que yo he vuelto a Junín más de una vez y lo cierto es que he conocido a Gazzia, un médico cordobés muy fuerte que discute a los gritos y se apasiona. Viviré en el departamento de ellos y pasaremos con ella los días en la cama para salir de noche hasta el café, donde las miradas llenan de pegajosidad la ropa y las caras permanecen quietas como talladas en los bancos frente a una botella de coca-cola o un vaso de ginebra o whisky. También es verdad que con ella tratamos de casarnos por un juez, que ella escapó de la casa y tuvo que volver, que el padre me golpeó hasta el mareo, etcétera.

No dormiré en mi casa y trataré de crear un mundo paralelo para escapar de mis padres. Peti, ya crecida, estudiará; estudia enfermería, lee y va a un secundario nocturno. Discutiremos. Trataré de emborracharme. Mentiré. Iré con Gazzia zumbando en el auto por el centro, en la noche. Fumaremos y discutiremos. Llegaremos al balneario y seguiremos discutiendo por un camino de piedra. Gazzia gritará, se enojará y terminará por leer a Garaudy, a Fromm, para formarse esquemas certeros, justificaciones.

Recordaré a Nanina recordando la figura de Mirta cuando la conocí, recordando que ella me contaba historias familiares con los ojos asombrados. Pensando en su dejarse estar, en su pasividad, creyendo que hay que mirarla cuando está desprevenida para encontrar en ella a una piba crecida y dejada de lado por las leyes includibles del mismo crecimiento. Mirta leerá a Simone de Beauvoir hasta cansarse. Discutirá y cambiará mucho en poco tiempo. Tomaremos juntos la forma nefasta de intelectuales lectores: seremos aquello de lo cual escapábamos, o mejor, aquello hacia lo que escapábamos sin darnos cuenta. Explicaremos al padre, a la madre. Me contará, quizás excitada por mi inclinación al recuerdo de la infancia, cosas de su propia infancia: subía a los árboles con los chicos, era machona y callejera. Se peleó con una compañera de colegio hasta lastimarla, y se hacía respetar. Luego juntó figuritas de artistas en un álbum, coleccionó en su memoria los nombres y el ritmo de todas las canciones que a lo largo de su adolescencia estuvieron de

moda. Se imaginó la mujer de algún ídolo, quizás su amante, para embriagarse mientras respiraba el aire del atardecer en los veranos que no la conocí.

Escribió poemas de amor en un cuaderno y hasta se mandó una especie de largo soneto siglo XVIII sin decirme que era de ella. Luego escribió un poema sobre un viejo que paseaba con una bolsa por la puerta de su casa. Tenía novios con pinta de galanes, o que se parecían. Se pasó las noches enteras para memorizar las lecciones que la llevaron hasta cuarto año normal. Corrió conmigo por el parque, me besó, me abrazó y me acarició más de una vez; me pegó y lloró tirándome de los pelos. Sufrió y se rio conmigo. Me escuchó hasta el aburrimiento en mis peores verborragias. De a poco me discutió los gustos, los libros, las ideas: encontró sus gestos, sus libros, sus ideas. Me escribió cartas convencionales y cartas reales. Me amó contándome sus intimidades, sus deseos, sus goces, sus imposibilidades. Abortó en soledad mientras yo zumbaba con mi cabeza llena de delirios. Se asombró de su resistencia, se resintió conmigo y luego olvidó, en otros besos, otras caricias, otras tardes, juntos. Nadó hasta vencer su timidez; tomó sol sola durante un verano en que dejó de ser la adolescente que se avergonzaba por entrar a un bar. Una vez bajó de un tren en La Plata como quien baja a la felicidad y tuvo que volver a Junín. Vivió en la casa de su abuela, se entendió con ellos hasta entenderlos. Los valoró y perdió sus dependencias; despertó en mí deseos por los cuales voy hacia ella en este tren, con esta birome, con este papel y este cigarrillo. Llevo libros y papeles escritos que le leeré, para preguntarle si no me escucha: ¿No te interesa? Luego discutiremos y al final nos besaremos antes que ella entre en su casa y yo regrese a la mía cruzando la plaza Marcilla.

Y vuelvo porque alguna vez me fui y estuve fuera de Junín como alguien que flota en el espacio saliendo de su cúpula.

Y de nuevo alejándome hacia una noche extraña y sin sonidos donde esperaba armar todos mis años: estoy llorando por no poder correr hacia esa noche. Desde la ventana enrejada de nuestra casa veo esa noche que jamás llegaré a vencer con mis fuerzas.

En otras noches me acostumbré a dejar las noches para más

adelante. Desde esa ventana enrejada veía la luna y el zumbar de los murciélagos en las palmeras del patio; también oía la pelea de mi padre con mi madre, la risa de algún borracho y el palpitar del corazón. Cuando dejé de temerle a las noches era tarde porque yo trabajaba en el taller, ya era grande y la noche no era más que la forma escuálida, la respiración obligada del día de trabajo.

Alguien desde la oscuridad parecía dirigir nuestras vidas por canales precisos e ineludibles, como aquellos que atrapaban la lluvia en el borde de la calle. Alguien, mientras descansábamos del trabajo, nos había robado esa noche para siempre.

La huida estaba terminada en mi cabeza y quería ejecutarla lo antes posible. El robo de la noche no podía dejarme indiferente. No ya un viaje de ida y vuelta a la nada, sino un largo y articulado viaje sin regreso.

Mirta abrirá los ojos para decirme que su abuela abortó arrastrando una maleta llena de maíz con una soga cruzada sobre el vientre, después de tomar ciertos yuyos. Veo a la mujer, en el amanecer, tambaleante debajo del cielo, sobre la tierra, con los ojos cerrados y vuelta sobre la hemorragia que aparecería de un momento a otro.

Yo le contaré que mi abuela perdió los primeros cinco hijos por estar sola y desnutrida en el campo. Le diré que la particularidad, el destino de Toti, fue no tener jamás la cama propia y dormir hasta los 17 años a los pies de mi padre. Empezaremos a enumerar desgracias, maldiciones, brujerías, brutalidades amorosas.

Iremos creciendo en esas historias de mujeres que mataban a sus hijos, de hombres que mataban a sus mujeres, de padres que envenenaban a sus hermanos, tíos de sus hijos. Luego hablaremos de la ciudad, del por hacer general y particular, de las desgracias y martirios en los que se podía caer si no se andaba con pie de plomo: sobre todo, sobre todo la necesidad de tener pies de plomo. Y mientras el tren me sacude en una curva desconocida para mí, mientras los hombres que están cerca mío abren la boca y duermen con la cabeza colgando como muñecos de goma, mientras veo el devenir de árboles contra la oscuridad, el apagarse del campo en manchones oscuros, mientras creo sa-

ber hacia donde voy, recuerdo que ella estuvo una vez en Buenos Aires, que ella recorrió calles conmigo. Que entramos en un hotel muertos de sueño para salir sonámbulos. Un día solo y sin más, ella estaba sobre el tren. Ella regresaba acurrucada con su mirada sobre el vagón, desde ese asiento cómodo del tren clase única.

Si las cosas estuvieran ordenadas de la manera que lo quisimos más de una vez ella no subiría a los trenes (mi tren, éste en que viajo, ya no es clase única). Ambos recorreríamos la noche de Buenos Aires, los bares, los caminos sin luces y las plazas, aunque es mejor que tuvo que irse y ya no es necesario temer por las monedas, por el hambre, por la pieza.

Habíamos recorrido con olor a sandía las veredas de Retiro. Ella las miraba muy de cerca y las rodajas de sandía olían frescas entre el sudor aglomerado de la gente. Miraban y seguían, porque no, no se podía con las rodajas frescas de sandía cuando sólo teníamos unas cuantas monedas de más en los bolsillos. Allá, en Junín, podrás comer sandías, pensaba yo sin decirle. Ella hacía movimientos hacia otro lado como no queriendo ver, como resistiéndose con exageración a las sandías, y ambos nos reíamos de las rodajas, porque era mejor reírse de las lejanas sandías inalcanzables y no sufrir por ellas. Y si un trozo de sandía no hace la vida, ¿por qué deseábamos vivir sobre sandías, entre sandías, hasta que se apagara el sol?

Y si ella con un gesto ponía en marcha el tren, besándome en la cara, yo me quedaba triste, perplejo, ausente, sin decir palabras. Creo que dije me siento triste. Ella miró mis pelos, quizás mis ojos y cruzó las piernas para el viaje. Sobre los rieles seguiría una marcha y era necesario que ella no tratara de forzar al tren para evitar que, por su presión fuese al descarrilamiento y a la muerte.

Seguidas las rutas, ella, sentada, desparramaría la vista sobre casas de lata, luego sobre campos planos, sobre vacas junto a los alambrados. Y al comienzo mirará a los edificios gigantes que asedian a Buenos Aires como queriendo tragarla.

Iría parada un rato, pidiendo luego una revista a una vecina de asiento que, mirándola de costado, le cedería con sonrisa indiscreta. Y mientras tanto volvía sobre mí, por las calles

más anchas y empedradas, hacia la ciudad. Ahora (entonces) Mirta había realmente pasado por la ciudad y de sólo saber que los trenes no pueden detenerse, de que ella seguía los rieles indiferentes, la deseaba con los brazos tensos, con un silencio en la garganta, y las piernas elásticas y duras.

Y si ella, por ejemplo, fuera de padres comprensivos y se pudiera conseguir, por ejemplo, un empleo, Matrimonio Cama Adentro, y sobre la cama nosotros hasta no poder más y recién levantarnos a trabajar los restos, ropa sucia, etc., de la patrona, seguramente millonaria. Mi uniforme de mucamo con el símbolo del señor en los hombros y ella con su delantal almidonado y las rodillas relucientes de tanto roce con los pisos finos. Saldríamos los domingos y seríamos correctos. Iríamos a misa en lo posible a la hora de ser vistos y nuestra humildad nos cubriría como un baño de muerte, máscara ficticia de nuestro secreto amor.

Sería horrible y me enojo, que se limpien las cosas ellos, que se barran ellos, ellos que se... ¿qué ellos? Entonces fumo.

Comprar libros, trabajar, nacer en diciembre, ya nada tenía sentido y todo continuaba tan vivo que era para asombrarse. Y luego contaría las monedas en un bar, me reiría mucho de las ocurrencias del Griego y discutiría alguna cosa con Quiroga. Caminaba pensando en los colectivos, en el porqué de los trenes que se alejan despacio, rechiflando, parando, llevándose a la gente como si fuesen padres y no trenes: viejos padres de fierro, eso pensaba.

Y si ella está en Junín, yo voy allí desplegando los recuerdos como un diario, con toda la laxitud, con toda la mezcla de un verdadero diario de mañana armado en el bochinche silencioso de la noche. De aquella única noche que nos fue arrebatada por los que durmiendo mientras trabajábamos, despertaron a ella para apropiársela y para siempre.

Hubo una edad en que las estaciones fueron para mí como planetas. Llegar a la sordidez de una de esas maquetas inglesas, era como llegar a un planeta distinto, por igual. Cada planeta redondo en la geografía, era distinto. Cada estación, igual en realidad, tenía secretos que yo quería revelar. Nunca fui contemporáneo del viaje que realizaba, ni aun aquella vez en que

avanzando por una carretera hacia Córdoba logré ver montañas: esas montañas no pudieron coparme el presente y ahora, desde la memoria, las descubro, simples cerros estáticos y fríos; montañas absolutas que están para evitar que las soñemos, dije una vez, literariamente. No, ni siquiera eso.

Una a una las estaciones que llevan hacia Junín entre el traqueteo de un tren destartalado. Las luces de los andenes. Los viajes en colectivo, en trenes, en autos. La ciudad para siempre desaparecida con sólo cuatro horas de viajes. No ya el trabajo entre los plomeros sino Junín, la familia, Mirta, el tedio circular y las tardes de sol en el arroyo, las caminatas por el parque entre los árboles, buscando caminos de víboras, entre los pastos pisoteados por los jugadores improvisados todos los domingos. Cierta felicidad mientras llego hasta la puerta de mi casa después de cruzar la noche de la ciudad. Dejar los bolsos. Antes quedarse en el centro, entre la gente bostezante de los bares. Mirar hacia dentro del Rex, hacia dentro de Mon Café, y luego seguir hacia el San Martín, pasar por Crillon, encontrarse con un bostezante y bostezar juntos un ¡Buenas noches! como si yo jamás hubiera faltado. Varios en un coche corren y ríen y miran a quien los mira mientras corren y ríen. Se apaga la ciudad pequeña, el pobre Junín parece que va a morir en cada noche y sin embargo sigue. Mirta está ya junto a mí y nos miramos. Es la noche de Junín, mientras dice que sí, que no, que no se acuerda, que a lo mejor. Frases cortas y secas mientras yo deliro en voz alta en un monólogo monótono, ardiente e interminable.

—Está junto a mí como podría estar en cualquier lado —dice.

Es una compadrada. Yo miro, trato de creer en las palabras, también en ésa: entonces las connotaciones bruscas de sus frases se arrojan hacia el amor, hacia la historia, hacia la porquería de la pareja enferma, hacia la mentira, y el delirio continúa mientras ella, sin que yo pueda verla, se hunde más en su silencio adolescente. Se ramifica el mundo y los restos de la gente. Allá en Buenos Aires, las cosas. ¿Qué me importa Buenos Aires? Eso es todo. Pero lo curioso es que eso no es nada. Estamos de pie, la calle es tierra inmóvil en los reflejos caídos de los focos.

—Estamos desamparados —digo por decir algo y de pronto siento el desamparo allí, en la garganta y es algo que corre por mi cuerpo: todos los lazos están cortados y yo estoy solo con el sexo entre las piernas, en la boca, y los poemas de Quasimodo y Pavese y tantos en la cabeza. Todo sólo en mí. Nadie nos puede dar. El mundo nos cierra puertas tras puertas hasta hacernos estallar. Una especie extraña de sonido ascendente cruzando la garganta y mojándome los ojos.

Estaba llorando y agarrándome el estómago con las manos. Desde la puerta de la casa caminamos, corrimos casi, hasta ningún lado. Mirta también lloraba, quizá para acompañarme. Estaba bien llorar juntos confundiendo viejas que pasaban y almaceneros que no pasaban nunca. Un llanto como libertad y cada llanto ascendía y tronaba contra la risa que se nos dibujaba en el rostro; ¡qué manera de llorar y de reírnos de toda la ciudad y todo el mundo! Caminamos llorando, abrazados, coapretados debajo de las nubes. Eran nuestras lágrimas y nuestra sal: charlábamos en una plaza. Todo hoy se vino abajo y la libertad vacía es el aire de la noche y es el cuerpo de ambos tendido sobre el mundo en tiempo limitado y para siempre. Hablamos del servicio militar, de los meses que faltan para que me incorporen; ¡por qué no tendré un cáncer!

Corremos una carrera de la plaza a la casa, y allí nos vamos aplastando la calle, tropezando con tarros, latas viejas, doblando vertiginosamente las esquinas con las lágrimas secas, debajo de los focos, empapados de la noche, como si corriéramos por el fondo del mar.

Ya no hay nada que decir y nos acariciamos y besamos hasta que es necesario separarse.

¿Un hijo, eh? Un embarazo de tres meses no es un hijo.

Nos despedimos en la puerta de la casa de la tía, que es donde ella vive desde que se escapó de su casa y tuvo que volver.

Regreso hacia mi casa silbando con las manos en los bolsillos. Pienso que nunca pensé suficientemente en ella. Siempre en mí, en mis problemas, en mis molestias, en mis dolores. Nunca pensé en los dolores de ella. Es frágil y está quieta entre las cosas. ¿Qué piensa de esto y de lo otro? No sé. Es como si yo preparase una carnicería para ella. No, yo no soy, son los otros

también. Y yo, siempre yo. También ella. Está asustada y mira, pero no soy yo quien tendrá la solución.

Dos días después llegaré a la casa y ella estará reposando en la cama. Así me lo dirá la tía. Ya pasó todo. No fui yo quien hizo nada. Ella, la tía, se encargó y que por favor no la moleste que tiene que descansar. Vuelvo hacia mi casa. Todo ocurrió y yo me he quedado afuera. Dos días después le propongo que escapemos de una vez por todas. Preparo todo para que sea así y la voy a buscar después de almorzar para que tomemos juntos un colectivo de las 14,30. Cuando llamo se abre la puerta y me reciben con un golpe en la cara, retrocedo y resbalo en el mosaico, luego es otro golpe, patadas en las costillas; veo la figura del padre de ella que intenta arrastrarme hacia adentro de la casa. Me resisto y grito algo. Luego siento otros golpes en las costillas, en los brazos, uno fuerte en el estómago. El abuelo de ella interviene. Yo puedo levantarme y cuando camino hacia la calle el abuelo dice:

—¡Váyase de aquí, porquería! —y me da él, por su hijo, una última patada en el culo. El dolor y la humillación bajo el sol de una siesta juninense donde ya no hay Nanina, ni lagartijas, ni el calor de la siesta de la infancia. Comprendo que ya estoy crecido, comprendo que ya no se puede hacer nada impunemente y trato de llegar a la esquina para doblar y descansar sin que me vean. Me tiro contra la pared y llega nuevamente el padre. No viene a pegarme; viene a decirme que si lo denuncio a la policía me mata. Digo que no soy hombre de policía.

—¡Hombre de porquería sos —me dice—, pedazo de mierda! —y me amaga pero no me pega. Estoy dolorido de impotencia, más que por los golpes. Mi padre y mi hermana me ponen hielo en las costillas. Nos reímos de mi estupidez. Estoy bien. La paliza del padre purificó la culpa. Soy un hombre libre. Volveré a Buenos Aires, conseguiré trabajo, y luego ella viajará sola. Cuando tengamos más de 22 años nos casaremos si queremos, y si no, no nos casaremos nada. Ya está decidido. Ya no tengo nada que hacer allí. Deambulo por los bares, charlo con algunos amigos circunstanciales que después dejarán de serlo por cuestiones de dinero. Miro a las mujeres juninenses como alguna vez miré la iguana encerrada en un frasco de vidrio. Mi-

ro a los de corbata floja, simulando misterios, y la precariedad de todo aquello me da risa. Ya no me importa nada de Junín, ni de Buenos Aires, ni del mundo. He aquí mi cuerpo, he aquí el cuerpo de ella, he aquí el tiempo y ahora a arreglársela cada cual como pueda, me digo.

Duermo soñando que Buenos Aires se olvidará de mí, que todos mis conocidos me olvidarán, que llegaré y no tendré un lugar donde dejar el bolso con la ropa y salir a caminar. Luego me siento el esqueleto que tengo debajo de la carne y pienso que con tamaño esqueleto jamás podré moverme de esa cama en Junín, donde paso la noche. Puedo olvidarme de las calles y las calles pueden olvidarme. Siento un peso en los muslos, un zumbido en la garganta. Tengo que irme ahora, ahora salto de la cama, ahora me duermo y ya no puedo saltar de la cama.

Al día siguiente estuve mucho tiempo con ella charlando de lo que, seguramente, llegaríamos a hacer el día que estuviéramos solos, libres, y en otro lado. Y sí, recuerda su viaje por La Plata hasta Buenos Aires. Nos separamos en una esquina donde me perdí una vez, a los seis años. Ella tomó por una calle recta y principal, sin darse vuelta.

De pie en esa esquina comencé a vivir un día de 12 años atrás: estoy en las aguas del Carpincho cortando totoras y un pariente de mi abuela, de Salto Argentino, que corta todos los años totoras, está cerca mío. Una sanguijuela se prende a mi pierna. Corro asustado y al ver que los otros —los que cortan totoras con el pariente de mi abuela— se ríen, me siento con más confianza sobre el pasto a observarla. Al rato éramos como amigos, a pesar de ser ella la sanguijuela y yo el dueño de la sangre.

Un reloj dio el mediodía; podía echar a correr hacia casa, podía ir hacia la estación que tiene en la otra punta a Buenos Aires, pero me quedé allí con esos diez años, me quedé allí con la sanguijuela que me había asustado, y me quedé tanto que al abrir los ojos me molestó no encontrarla prendida en mi pierna, hinchada de mi sangre, inmóvil. El viaje de regreso se hizo lento. Recordaba a Santana que decía: En la ciudad no hay leones, y eso me daba coraje y alegría.

Peti llega con un bolso, con paquetes.

—El viaje —explica— fue un poco molesto. Alguna vez... —dice.

Por el vitral de colores se ven sombras de los otros pensionistas, sombras de ropas y sogas vacías que interrumpen linealmente el espacio: es el quinto piso, la pieza empapelada, el reducto mítico, el nido.

Le digo:

—Ahora sos tía. —Lo digo para divertirla, para que no se sienta molesta por el malestar, por la indiferencia que hay entre nosotros.

—Naty tiene un hijo, aquí en Buenos Aires. —Eso comentamos con ella, con Peti, que viene de Junín.

—Todos hemos crecido, no hay duda. Yo también tengo un hijo. Tres meses, ya, ya, ya tiene tres meses.

Es como si eso que tejemos todos los días nos apareciera de sorpresa para asombrarnos. En verdad, es a ella a quien trato de asombrar. Es a ella a quien trato de ocultarle el tedio *casi* fortuito (¿fortuito?) de esa tarde de otoño: todo podría ser por el informe de Russell sobre mujeres del Vietnam del Norte; mujeres que menstruaban paradas en una celda donde les era imposible acostarse y donde faltaba el aire *al punto tal* que solamente la bondad de un guardián que les abría la puerta cada 8 horas les permitía sobrevivir. Antes había sido la posibilidad de editar una novela que había arrastrado toda la vida conmigo. Y ahora el tedio paralizante venía de todos lados, pasaba por el informe de Russell y se hundía en la infancia, en la historia total de la represión de la cual formaba parte. Y esa comprobación no tenía por qué molestar tanto: no era la primera y no sería la última vez.

Ya era otoño, aquí, en Buenos Aires. Peti deja sus cosas y hablamos de Junín, de Antonio:

—¿Cómo está él? (Una mujer del Vietnam a la cual le metieron una víbora venenosa en la vagina).

—Él, Antonio, como siempre. Un poco peor —dice—; muchas veces se esconde en el baño y hace que si cazara pajaritos. (Otra mujer del Vietnam a la cual le metieron agua jabonosa, con una sonda, por la nariz y por la boca).

—O bien —dice Peti—, *se hace encima* para molestar a Blanca.

—No será para eso.

—No sé —dice—, pero te pudre.

Y yo no recuerdo a estas mujeres porque quiera protestar de manera tan gratuita, porque desee denunciar lo evidente; las recuerdo porque no puedo separarlas de la agonía de Antonio, de la forma en que lo mataron sin que se diera cuenta. Tan fácil ser víctima como verdugo; el cuerpo, siendo lo único que realmente importa, no tiene lengua para expresarse. Lo enterraron hace tiempo, se olvidaron de él, del cuerpo que reclama.

—Quedate mudo —dijeron—; ahora es el tiempo de los ideales.

¿Y qué tengo que decirle a Peti? Pienso *escapando* de la mirada de ella. ¿Por qué tengo que pensar *eso*? Yo no quiero pensar en Antonio, ni en Vietnam, en esas mujeres, ni en mi vida. ¿Qué digo? ¿Cómo debo recitar esta parte que no estaba en el programa? *Casi* no sé otra cosa que bailar al ritmo de fantasmas; mi ilusión de Mandrake, de Misterix, de Batman se convierte en el Tonto de Héctor Bates.

Yo me levanté para leer un poco y luego ir a la librería. Me levanté de día como todos para no ser sorprendido por nada. Como decir: yo me vine, yo no estoy, yo no sé, yo ser joven con hogar, hijo, trabajo y mujer; yo ser niño que tiene niño, yo ser un indio sin plumas y con nada más que el recuerdo de una tribu desbandada. ¿Cómo explico mis noches de culpas recordantes? ¿Cómo, de qué manera, digo que yo no olvido? No, no se trata de memorizar; se trata de hacer eso: de limpiarle el culo con un trapo, de cambiar las sábanas usadas, de levantar los vómitos de vino del rincón de la cocina.

—Peti, ¿qué tal?

—Bien. Ahora dejó de estudiar enfermería y va a un colegio nocturno.

—¿Tercer año?

—Sí. Mirá vos: yo nunca pude; tres veces empecé; vos se la seguís a muerte, como dice Galeano.

—Muy bien; cuando terminés te venís para aquí.

—¿Y Blanca? ¿Y Antonio?

—¡Ahhh!, no lo había pensado.

Yo memorizo, yo no pensar nunca; gracias a Dios que tampoco piensa.

—¿Y Toti?

—¿Toti?

Tratamos de no hablar de él. Claro, sí, sí, sí, sí, Toti, el rubiecito chiquito, el más chico, el hermano menor. ¡Vamos, che! Todas las familias tienen un hermano menor. Decimos Mercedes, la cárcel, balbuceamos un *racconto* y pasamos de largo.

—Ahora estamos mejor; hay que ver en las cosas que uno se mete. Mirta estudia y deja el estudio por el pibe. Ahora, con música, estamos mejor. Saldremos a comprar milanesas a dos cuadras de aquí, son muy buenas. Sí, sí, quiere leer Ferdydurke y también algo de Sartre. Leyó a Simone de Beauvoir y quisiera...

La interrumpo:

—Todo va a cambiar, de todas maneras todo va a cambiar —eso digo como si estuviera loco. ¿De qué hablo? De nada, no tiene importancia.

—También mamá leyó a Simone de Beauvoir. Mamá, alias Coto.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que estaba bien, y que esas cosas no se dicen. Leyó el Segundo Sexo. Está bien, pero todo eso no se debería decir. Además —dice que agregó—, si todas las mujeres son como ella dice, ella también es así y yo no tengo por qué preocuparme. Muy bien: ¿Será Kantiana la Coto? Nos reímos. ¿Te acordás?

—Recuerdo —como no—, la biblioteca que llevé de aquí y que cambió (modestia aparte) a toda la familia. Libros extraídos de una pensión donde estuvieron secuestrados mucho tiempo.

Hablamos de Buzzati, de Kafka, de Breton, de Miller, de Proust, de los cuentos del Llano en Llamas. Sí, si, a nosotros también. Tenés que venir más seguido —le digo. Podemos conseguir otra cama, o dormimos los tres en la cama de Dos Plazas. El incesto, quién sabe lo que terminamos descubriendo. Ella *se* ríe. Mamá leyendo el Segundo Sexo, no sé qué decir. También ahora soy memoria. ¿Nanina? No se acuerda de Na-

nina. Sí, se acuerda. Que le pienso poner a esto Los Caminos de Nanina. Sí, le gusta. Somos todos personajes, figurate. Me dice que ahora estudia teatro. Se siente mejor así. Juan Mazzadi está preparando una obra sobre Junín. Ella tiene un *papel.* Juan le parece un tipo macanudo. A mí también. Le digo que aquí lo veo seguido a Eduardo. Eduardo, el músico, el autor de Cantata para Obreros y Afines y Proletarios del Mundo al Piano. Se ríe, iremos por las milanesas.

Ella quiere leer lo que escribo. Lo leyó alguna gente y le gustó. Es autobiográfico, sin duda. Además, le explico, por ahora no tengo otro tema que me interese más. El Querido Ego —diría Stekel. Pero mira que somos gente culta. Se va a bañar. Está cansada. Mirta folkloriza mi desapego por el baño. Yo digo que Antonio que en sus tiempos era sabio decía que un verdadero hombre debía tener olor a vino, a sudor y a bolas. Mirta dice que entonces a ella no le gustan los verdaderos hombres. Iremos por las milanesas: hace años caminábamos por la calle Arias de Junín y yo le decía que todo, absolutamente todo era una canallada. Ella me miraba sorprendida. Le decía que no sabía lo que haría con mi vida, que estaba dispuesto a matarme antes de seguir la vida que los otros tenían preparada para nosotros. Era madrugada: había viajado a Junín por unos días, a reponer fuerzas porque no tenía de dónde sacar plata para comer en Buenos Aires. Me paré en el medio de la calle y dije: A lo mejor estoy algo loco.

—Sí, sí —dijo ella.

—Hay que empezar de nuevo —dije yo. Se sorprendió. Me amargué. Le dije, a lo mejor estoy algo loco, para que ella me dijera que no, por favor, que loco no estaba. Y ella había dicho:

—Sí, sí. Queríamos —alguna otra vez— poner una librería con kiosco de cigarrillos.

No fue. Viajar por el mundo. No fue. Cambiar de casa. No fue. No fue. Nada fue, estábamos hechos de lo que no había sido. No importaba lo pasado. Pasado, pisado. ¿Y lo qué no fue? Como pisar lo que no llegó hasta uno, lo que se hizo desear por su ausencia: ¿Cómo pisar esos deseos, esos viajes no realizados? De qué forma podría olvidar aquellas mujeres de la

adolescencia que me volvieron loco, aquellos deseos que masturbé dolorosamente. ¿Y ella? Cómo podía Peti pisar las veces que la vi llorar sobre la cama de la piecita, las veces que no la vi llorar. Las veces que no la acariciaron, las veces que enfrentó a Antonio con la cadena de la puerta. Yo conozco el terror y el odio en sus ojos. Yo sé, ella sabe, todos sabemos que el pasado no se *pisa* y que los fantasmas que pueblan los sueños esperan el momento de danzar el baile piojoso de toda nuestra memoria *renegada*.

Naty, entonces está casada y tiene un hijo: Hugo es un buen tipo —decimos—. Peti discutió con él por Toti. Ahh, Toti, el menor, por lo de Mercedes. Hay que hacer algo —le había dicho Hugo. Ella se sintió agredida. Los fantasmas estaban encarnados en ella, porque venía de Junín.

Hugo no vio los fantasmas, Hugo no venía de Junín. Sacarlo de allí, un abogado —había dicho Hugo. Nosotros mismos conocemos abogados. Verdaderos abogados. No, no es eso. Es un problema de con-ciencia. Con-ciencia no tenía nadie. Ella lo había agredido. Me explica:

—Las cosas se van de las manos, hay que estar en algo para saberlo. Hay que ver:

—Uno se deja estar, pasa un día, otro. No es que uno no quiera: es que uno quiere y de tal manera que no puede hacer nada, no se puede querer de esa manera conciencia. Uno quiere de golpe y después empiezan a pasar los días. Eso es lo peor, los días, los días que se van: con sólo pensar que todos tenemos ya más de veinte años. Toti, él, tiene más de veinte años y era el menor de todos cuando entró en Mercedes.

—Bueno, Bueno, parecemos viejos.

Nos reímos. Después de tan nefasto encuentro Mirta está contenta y yo también. Peti está algo más cómoda. Iremos por las milanesas, una botella de vino también. Confieso que estamos a día veinte y pico y que no tengo plata. Ella trajo. Fue a La Plata y cobró. Ella trabaja en una maternidad del Estado y por eso estuvo siete meses sin cobrar y fue a La Plata donde cobró todo.

Antonio también llegó un día de golpe, como Peti. No conocía, prácticamente, Buenos Aires. Había cobrado la jubilación y estaba aquí. Apenas llegó dijo:

—¿Qué tal hijo, cómo le va, qué dice Mirta?

Ella le dice:

—Siéntese don Antonio —y con ese *don* parece más piba de lo que es.

Antes de entrar en Mercedes, Toti también era el menor, *siempre* fue el menor, de eso no hay duda. Se sentó y lloró un rato. Mirta y yo nos quedamos en silencio. Era su costumbre: llorar. Nos fuimos esa noche a dormir a otro lado y a la mañana, cuando llegamos, había vomitado al lado de la cama y le pidió disculpas a Mirta. ¿Fue por el vino? No, no hijo, el viaje me mareó. El estaba despierto desde las seis de la mañana (llegamos a las once) y no había salido de la pieza por temor, por vergüenza. Estaba mirando la gente a través del vitral y ni se había lavado la cara. Me entretuve —dice— por ese pasillo pasa mucha gente. Viejo —le digo— estás viejo. Lo palmeo. No se anima a salir solo. Aquí te perdés. Qué lindo sombrero —le digo. Viste hijo. Todos en Junín decimos *viste*. ¿Viste hijo?, me costó cinco mil pesos. Ehh —de exclamación—, te pasaste. Viste Mirta, le costó cinco mil pesos.

—Es muy lindo *don* Antonio —dice ella.

Hace más de diez años que quería un sombrero de éstos, para comprar un mamarracho, hijo, prefiero andar *encabeza* —dice.

Lo llevamos a la casa de Naty. En el colectivo tiene miedo.

—Esta ciudad, hijo, es más grande que la mierda.

—Y tiene peor olor que la mierda —digo yo.

Llegó a Buenos Aires la noche anterior y esa misma tarde quiere irse.

—Me canso hijo, yo no estoy para estos trotes.

Me dice que trabaja en un guardarropa de un club de Junín.

—¿Cuál?

—El Club Social.

—¿Y por qué allí?

Me siento molesto. ¿Por qué siempre nosotros a la altura del culo de los monos de arriba?

—No importa hijo, que se vayan a la mierda —llora.

Luego quiere dejarme cinco mil pesos. Se los rechazo. Me hacen falta. Él insiste. Se los rechazo.

—No te hagás el vivo hijo, yo te los quiero dar.

Lo humillaba que se los devolviera. ¿Qué nos pasa? Quiero llenar la hoja de signos de interrogación. ¿Por qué así? Hijo, yo, hijo mirá, hijo yo te digo la verdad, hijo a mí, hijo que se vayan a la puta que los parió. Eso mismo: lareputisimamadrequelosremilparió. La re pu ti si ma ma dre que los re mil pa rió. Ahora estamos mejor. Una vez me dio plata y después le dijo a Blanca: ése, tu hijo que va a ser un artista es un pechador de mierda, le saca la plata al padre, ése tu hijo es peor que el otro. Ah, Toti, el menor, había salido a relucir. Antonio, de paso para aquí, había estado en Mercedes. Está flaco el Toti —llora. Yo quisiera mostrarle la ciudad. Quisiera abrir uno por uno los libros y mostrarle las partes subrayadas. Aquí se habla de vos a los veinte años. Aquí se puede saber por qué escapaste de tu casa, en esta esquina cantó Gardel y la manifestación del 17 pasó por estas calles. Joven pedante, joven torpe, joven intoxicado, joven que no comprende que los otros tienen destino *a pesar* de los libros, a pesar del destino, a pesar de todo y a pesar de ellos. Odio la palabra destino, la palabra impotencia y la palabra represión. Son palabras, hijo, dejate de joder. Un poquito de vino, hijo, andá a comprar, yo te doy la plata. Andá hijo, así entramos en calor. Hace mucho calor —le digo riendo. Soy cómplice de su eliminación. Dejate de joder, hijo. O: téngalo cortito Mirta. O: él es bueno Mirta. Entonces no teníamos el chico y Mirta, creo, ya estaba embarazada. ¿Estabas embarazada cuando vino Antonio? Sí —dice Mirta— él vino el año pasado ¿no? vino para julio o para octubre. Sí —dice ella—, cuando nació el nene de Naty yo estaba embarazada ¿te acordás?, yo tuve vómitos para esa fecha. Él vino para ver al nene de Naty, ¿te acordás? Sí, sí, ahora me acuerdo. Escribo: yo quisiera contar estos últimos años de Antonio caminando hasta el galpón y saliendo de allí a la carrera, asustado por algún recuerdo. Tirado en la cama con la barba de tres días y fiebre. Gritando de impotencia en la cocina, mirando con terror el ropero y la cama que tiene desde que se *cazó*; todo ese amontonamiento de porquerías que son como una llamada; un semáforo violento en el medio de la pieza húmeda. Él ahora duerme solo, solo, en otra pieza. Y tiene la mesa de luz de la abuela con base de mármol y una virgen de yeso sin ca-

beza. Él tiene su piecita de puertas tumbadas, una pieza *buñuel* llena de botellas, alambres y tarritos que encuentra por ahí y amontona a un costado de la cama. Un payaso de trapo colgado sobre el espaldar de madera lustrada. Un día llegará un telegrama: murió Antonio. Yo correré hasta la estación. Llegaré a matarlo con mi presencia de hijo que regresa. Una vez le dije a Mirta que si Antonio muriera yo no viajaría: yo no me acercaría con una mirada sobria de hijo fugitivo y vuelto pobre imbécil a recordar el muerto. Si me llaman no iré. yo no iré. Mirta está de acuerdo. Y ahora está Peti aquí, ahora está el chico, ahora somos, con Mirta y el chico, *otra* familia. Es necesario creer que él convocó las fuerzas que lo vencieron, que él se lo *buscó*: de otra manera no podríamos ir jamás por las milanesas, por el vino.

La última vez —dice Peti— creíamos que se moría. Mientras caminamos por aquí Antonio estará derrumbado sobre la cama, con el payaso de trapo en el espaldar, con la virgen de yeso sin cabeza, con su vida, nuestra vida, no, no, su vida irrepetible, única, inaguantable. Él en Junín ya del otro lado: sin morir como murió Nanina, sin escapar como nosotros escapamos. Le muestro diversas cosas a Peti. Con ella por Buenos Aires es como si nosotros domináramos todo, como si Mirta y yo fuéramos los dueños de los edificios. Mostramos con orgullo el amontonamiento nefasto, el caserío, los coches, las luces de colores. Le presentamos a un amigo que encontramos, de paso, en la calle y seguimos hablando. Y todos los días, con Mirta, estamos solos. Y Buenos Aires está frente a nosotros y renegamos de ella, no sentimos como ahora con Peti, esa complicidad de mole a derrotado, esa complicidad que de alguna manera justifica todo lo vivido en la pieza y en la calle desde que estamos juntos. Podemos contarle cosas, hechos, escenografiar feos momentos que así, contados, resultan divertidos.

Peti se va esa noche. Nos despedimos en la puerta y se va con la Antología Surrealista de Pellegrini. Ella —dice— ahora que trabaja va a venir más seguido. Saludo a Coto, saludo a Antonio, si puedo le digo— voy a ir a Mercedes un día de éstos.

Nosotros nos besamos. El chico se duerme y nos acariciamos sobre la cama. Allí, excitados, es como si borráramos todo. Des-

pués fumo y tengo ganas de llorar. Le digo a Mirta: cuando Toti salga vamos a ver si le conseguimos un trabajo aquí. Sí —dice ella. Lo que tiene que hacer es no ir más a Junín. Sí —dice ella. Fumo y pienso que en este mismo momento Peti está llegando a Tres Sargentos.

—Mirta.

—¿Qué?

—Cuando el pibe sea grande, un poco más grande, podríamos viajar.

—Sí —dice ella—. Iríamos a México, o a Perú, a Brasil, a Francia, a cualquier lado.

—A mí me gustaría ir a México —dice ella.

—¿Sí?

—Sí.

Junín: 17 años.

Para las vacaciones se hizo un asado de despedida entre patrones y empleados y una despedida en particular me hice en el asado, para siempre, porque no volvería. Compartimos una mesa larga con los patrones y miramos sus pintas, esos cuerpos lejanos durante el año, que de pronto estaban allí. Antes de la comida Vantier habló del plan que tenía trazado para el año próximo, de la capacidad de sus empleados, de la confianza que él tenía en todos, de lo bueno y malo que estaban esos años y de la lucha, la lucha que todos juntos hacíamos por un progreso que primeramente pertenecía a la patria. Todos aplaudimos y al final, como era jueves y había que trabajar el último día del año, empezamos a gritar repetidas veces: ¡Mañana es San Carlos! (Carlos se llamaba Vantier), pero éste, entre risas entrecortadas y explicaciones vacilantes no nos concedió el día porque siendo el último del año había que aceitar y preparar las máquinas de manera que resistiesen sin problema el encierro de las vacaciones.

Luego Antonio sacó el cuchillo para apuñalar a uno que lo miraba feo, entre varios lo separaron y caminamos —Antonio y

yo— abrazados y tambaleantes hasta casa. Blanca rezongando nos arrastró hasta la cama. Sos como tu padre —gritaba ella—. ¡Viva mi padre! —gritaba yo y me reía.

Al día siguiente metí mis ropas en bolsos y guardé en un bolsillo los $ 2.600 del aguinaldo. Al llegar la noche esperé que todos durmieran, para irme más fácil. No esperé mucho porque mi padre y mi madre, desde temprano, se tumbaron en su cama grande. Mis hermanas y Toti no estaban. Pensé irme silencioso, pero a último momento abrí la puerta de la pieza y grité: ¡Me voy, ahora me voy! Y oí la voz de mi padre, ronca de cigarrillo y vino: podés irte al carajo, pero cerrá la puerta porque se escapa el perro.

Caminé medio pueblo, lentamente, arrastrando los pies como masturbando el asfalto para que gozara, y por eso, esperara y defendiera mi regreso si éste se hacía inevitable.

Ver con ojos claros esa repetición de muchachito tonto que se va, sin comprender que en un lugar siempre lo estaban esperando: atrás queda un chico eclipsado en sus horas y en las cosas del mundo.

Y veía un tren que daba tumbos sobre los rieles. Pensaba en los trenes que se zafan de la vía, en los muertos, en las ciudades que se derrumban, en los hombres que la ciudad traga para siempre. Cocainómanos enloquecidos estaban esperando mi llegada y yo me hundía. Mi madre me gritaba como siempre: mal hijo. Y me decía, yo me decía idiota de vos, riendo como Carlitos en la pantalla.

Miraba con desesperación buscando una puerta por donde escapar si los otros querían asfixiarme. Temía perderme, pero luego sentí o se me ocurrió de puro miedo, que mi cuerpo estaba conmigo y que jamás se perdería así fuese a la China.

Y en ese pensarme entero y solo comprobaba que no me había liberado de nada. Era inútil, la cuerda del yo-yo dejaba caer la pieza que levantaba con el mismo impulso. El cordoncito tensado desde mi casa permanecía entero y frente al primer escollo, me arrojaría de vuelta al pueblo, en un solo impulso, como un resorte.

En la marcha dejé atrás Junín, que resbalaba como si siempre sus casas hubieran estado apoyadas en mi lomo. Fui absorbiendo estación por estación: Chacabuco, Cucha-Cucha, Mer-

cedes, etc.; hasta que vi el gigantesco panel de vidrios sucios y saltados de la estación Retiro.

Los galpones agujereados, las chapas carcomidas por el óxido, vagones abandonados y un sin fin de trenes que bufaban llegando o partiendo. Las gentes amontonándose para desaparecer en seguida dentro de los trenes. Los pasos rítmicos, interrumpidos por breves carreras, y ese pasillo que parecía no terminar nunca y que, sin embargo, desembocaba en una calle empedrada y atestada de colectivos y ómnibus y automóviles y más allá un edificio inmenso, y una plaza, y una calle ascendente hacia las luces. Allí, frente a mí el escenario justo de un joven triunfador. Fue extraño que no viera nada de eso la vez que estuve en Buenos Aires, con mi tío Leopoldo. Entonces recordé que en algún lado vivía tío Nery, mi tío indirecto. Chile y Sarandí. ¿Chile y Sarandí? Avancé hasta un policía azul, con pasos lentos de oestemítico, y pregunté:

—Tiene que tomar el 6 —¿El 6?

—Sí, el colectivo 6 que va hacia allá —y señaló la calle que ascendía hacia las luces.

Y el bolso era demasiado pesado para la flojedad de las piernas que respondían menos que antes, tal vez por estar demasiado tiempo sentado. Miraba el pulular interminable de gente, los ruidos de los automóviles y sentía un sopor agrio en saber que podía quedarme en cualquier lado, que la noche, sobre todo la noche, era mía para siempre. Cualquier hora para regresar, para levantarme a dar una vuelta. La noche que yo podría atravesar como una flecha o una tortuga. Y el sopor venía de saber que tenía una noche, pero que nada tenía que hacer con ella. Estaba congelado en Retiro: no necesitaba la noche para nada, no necesitaba estar solo, no sabía qué hacer con el cuerpo, con los gestos. Las sensaciones estaban muertas. El aire enrarecido de la estación hacía que yo caminase por un sueño hasta la parada del 6, y después la gente dentro del colectivo, en avalancha. Ese miedo a perderme, a la gratuidad, ese sentimiento de que nadie me llamaba, de que nada tenía que hacer aquí. De que nadie podría jamás cederme su pieza, su lugar, su trabajo. ¿Por qué yo, justamente, iba a poder vivir donde muchos no podían? Nadie me dijo: Germán, joven Germán, véngase

por Buenos Aires, escriba, lea, viva, ame y trabaje; la vida está vacía para todos, llénela con lo que pueda. Y en el colectivo me parecía que la gente miraba fijamente mi estupidez y mi estar-sobrando mientras charlaba de sus cosas. Precios y horarios, no hablan más que de precios y horarios —pensé para reponerme. Y por fin Chile y Entre Ríos, y una cuadra y media hasta la casa de Nery. Caminé por un pasillo de puertas alineadas hasta el fondo, donde Nery no estaba. Vuelve tarde, me dijo una mujer flaca con una gorra de marinero en la cabeza, inclinada hacia la oreja izquierda.

En las horas de esperar a Nery localicé un hotel que se llamaba El Plata. Vi la puerta de madera oscura, y a través de los vidrios, la escalera de mármol blanca, ascendiendo en vueltas hacia un lugar que no conocía. Dispuse, emocionado por la belleza de la escalera, vivir allí si era posible.

La plaza San Martín y Mirta largándose conmigo cuesta abajo, cada vez más rápido por la pendiente, hasta la sensación misma de dar contra los paredones grises de la estación Retiro de nariz, o contra las chapas calientes de los ómnibus chirriantes de la calle. El juego con el tiempo, las caminatas solo, hasta imaginarme un hongo, o bien un animal desconocido, o por último, ver la ciudad como una caja de herramientas, gigantescas, con vericuetos para meter dentro de ellos los más raros instrumentos y las llaves más increíbles. Busqué trabajo y conseguí. Entré como cadete y me dijeron que podría llegar a ser gerente, socio; o cualquier cosa, que si no quería creer que mirara bien a mi interlocutor-gerente y que tratara de pensar que él mismo había sido cadete diez años antes. De todas maneras lo importante era ser honrado, vivo y trabajador. Así entré lavando un piso larguísimo a puro cepillo y jabón en polvo desparramado. Durante las tardes no hacía nada y sentía agradecimiento; del trabajo del taller a esto, era como si me regalasen el sueldo. Pagaba la pensión con media comida, y me sobraban setenta pesos. No desayunaba ni cenaba, pero estaba aquí. Llegaría hasta las nubes con venta y aplicación. Era un muchacho honrado que por las noches iba al instituto José Manuel Estrada y de día trabajaba de cadete-con-porvenir-por-hacer. Mi llegada a Buenos Aires marcó el triunfo definitivo de mi estupidez,

pero fue también la apertura. Algo me va a sacar adelante: ¿adelante de qué? Adelante mío, de la gente. O a lo mejor no es adelante donde me dirijo sino adentro. Adentro de una oscuridad mayor. O quizás hacia el centro, el centro justo de la Ciudad de Dios donde la vida se nutre en la vida, único lugar según creo.

Lo cierto es que Buenos Aires fue un sopor lento y estirado, un chicle. Fue el dolor de la pesadez: es la vida que no elegí y de la cual no me puedo desprender. Y al poco tiempo soy desocupado y empiezo a conocer un bar, después otro. Ceno un domingo en la casa de Nery, escribo cartas a Junín. Compro un libro, después otro. Empiezo a subrayar lo que me interesa. Y al asomarme a la ventana fantaseo: he aquí mi destino. He aquí la ciudad deshidratadora, agobiante, formada por un verano de muchedumbre increíble, de ruidos y movimientos inimaginables. He aquí el niño que sabe que vivir no es dejarse estar sobre el tiempo, dejar correr los relojes, los almanaques, los cumpleaños: él hará su vida con las leyes independientes y omnipotentes de su corazón. El mundo está hecho para esa libertad, y él, pobre niño lo sabe de alguna manera. Tiene su rostro apestado de inseguridad provinciana. Vergüenza culpable: como si los porteños viesen por dentro con sus miradas prácticas de hombres que manejan la madeja de sus calles. Van sin mirar, saltan a los colectivos, se miran cómplices y discuten sobre precios y horarios sin conocerse. Parecen una comunidad en contra del principito valiente que los mira con los ojos agrandados de asombro convencional y la cabeza llena de secretas fantasías. Fantasías negadoras de porteños, de ciudad en llama, de ciudad conquistada como una mujer: pero ellos siguen con sus precios y horarios. Saludan. Alguien pregunta una calle, una señal, un puente y le contestan tres. El que pregunta entiende y los tres siguen dando más y más datos, hasta que el que preguntó se confunde, titubea, no sabe qué debe hacer, retrocede balbuceando: gracias, muchas gracias, gracias: y los tres juntan, unidos por el que bajó, su preocupación de precios y horarios. Se hablan y son cómplices: el principito valiente mira la bastilla-colectivo, los infinitos y mecánicos verdugos. Él cierra los ojos, sueña, es un hombre, pero está escupiendo, ¡qué hace!, ahora orina sobre rostros francos,

blasfemando por calles anchas, llora, se detiene entre nubes, detrás de ella la muerte, luego el sol, de nuevo la muerte: el sol se va apagando día a día. Lee libros comprados en la gran ciudad: toma contacto con temor. Vive aquí. Aquí está tu casa. Él también con los precios y los horarios. Esta línea cada vez peor —le comentan.

—Sí —dice él— estas líneas de colectivos sinceramente, una desgracia nacional.

Con lo último la arruinó. El que se dirije a él lo mira: éste no tiene más de 17 años, lo de ruina nacional, éste es un mocoso charlatán. Las líneas dice, las líneas de colectivo cada vez peor. El otro ya busca uno de los suyos, se miran, precios y horarios. No tiene nada que hacer, le escapan. Niño valiente: todo eso por una vocación de poeta, de escritor, desde chico se notaba que era distinto: ¿Loco, imbécil, asesino, puto, degenerado, ladrón, iconoclasta, sacerdote en potencia?: esas serán las formas subalternas del destino. Un niño distinto. Discutidor. A su madre: mi mamá, le gustaba contar la anécdota en que aparecía yo discutiendo sobre Perón cuando tenía cinco años. Estaba discutiendo con el diarero. Cabezón e imposible —decía, según mamá—.

—Perón es de los pobres y nosotros somos pobres.

No recuerdo. Esa puede ser la clave que el destino tome su forma última. Él era distinto. Sabía ingeniarse para hacer un trencito con cajas de zapatos, sabía hacer las travesuras más horribles: un espíritu viejo que nació de nuevo —decía la abuela—. Ella se mueve. La vieja flota sobre los techos de colectivos. La familia entera persigue al principito valiente. El calor hace brotar rostros de parientes en las calles atestadas de desconocidos. Parientes. Padre y madre: una fábula de hermanos, cada cual con su moraleja: Volvé a casa animal. El niño distinto, hijo de mecánico, mecánico él mismo: quién podría decirlo. ¿Decir qué? ¿Qué?: Yo también quisiera saber el final de la obra, los actos intermedios me aterran, me aburren, me llenan de sopor. No es el color del cielo, siempre igual en verdad, no los árboles, nada de naranjas, praderas o de cementerios y más-allá. No quiero la parte de la ciudad. Vamos, ¡por Dios! No hubo en todo el tango quien no diera su mal paso. Cuenten al

principito valiente cómo el mismo Edipo le pega a la madre por una francesita del bajo. Vamos, la parte en que Juan Nadie o Juan Pelota mata a su mujer y los siete hijos y de cómo Juan Pelota llora luego en la tumba de su santa y agusanada madre. Oh, por Dios, el principito se muere de miedo, se deshace de miedo, parece que se va a matar, suenen los bandoneones, un hombre que recuerde la historia, un varón que la cante, un hombre perdido por una mujer, una mujer hecha pomada por un hombre: vamos con la *mitología de puñales*, vamos, seamos varones y duros que desde la platea quieren un espectáculo más animado. Animemos la platea animales, no tenemos derecho a la vida. No sufras principito, vos como ellos, yo como ellos: ¡es una gran imbecilidad!

Viaja en colectivo, Ciudad grande. Perros no hay muchos. Hay muchos autos. Extraña su familia. Besos a los hermanos, besos a mamá. La escuela nocturna. El sol y después del sol los carteles luminosos. Mis perdidos parientes. Hay calles hermosas. Gente linda. Millares y millares de cuerpos de mujeres. Se neutralizan. Se niegan, una sola felicidad, todas allí se arremolinan, se visten iguales, se miran entre ellas, se nutren de sus respectivas sensualidades, se aprenden unas de otras. Principito valiente sólo se resiente y tiene odios débiles, suaves contra los demás. Principito no tiene una galera para que salga de ella un saco: luego la paloma de la paz. Principito no puede sacar de la galera la más hermosa de las mujeres y luego un coche. Si esto fuera posible escaparía con su coche hacia un lugar desierto y desde allí sacaría un avión de la galera para recorrer el mundo, feliz, íntegro: todo hecho una propaganda de aerolíneas internacionales. Nene sufre mucho el calor de la ciudad. Ya tiene trabajo, ya se inscribe en un colegio nocturno, toma aire y mira el porvenir con cara de joven argentino fotografiado para un libro primario: ¡ahora sí que estoy en Buenos Aires me digo con tristeza! La calle Entre Ríos y los árboles de la vereda que dan sobre la progresista fachada-única formada por muchos negocios que exhiben colorinches, o cacerolas o perfumes o frutas. El mercado cerca del bar Gardel y el bar Julio donde conocí a varios del barrio. Todos de la edad del principito, pero más dúctiles en lo que respecta al manejo de la ciudad y sus signos. Principito

ve que lo ven feo: todo el reinado de la subjetividad se resquebraja. Nobleza del coraje cede el paso a arrastramiento del miedo: corazón de poeta cae vencido bajo estómago de la comida. Mirada sublime queda desenmascarada por deseo contenido. Buenos sentimientos caen bajo sordo rencor y todo se disuelve en uno: principito no es lindo, no es humano, ni bueno: es en verdad una pila sucia de mañas y artimañas, de miradas y de miedos. Patoruzito sobre la mesa compartida en la pensión. Los pies sucios. El trabajo duro. Un paraguayo que no da tregua ordena cortar fierros durante nueve horas sobre losas altas de esqueletos de diez pisos.

Principito puede —dice el paraguayo— llegar a ser un gran herrero de obra. Cortar fierro T y fierro I; soldarlos, crear ventanas: el trabajo creador. Los objetos que emergen del gran arquitecto, la vida productiva en sociedad. El sentimiento colectivo puesto en las férreas manos de los principitos y los paraguayos del progreso. Me mira con su pelo corto tipo cepillo.

—Usted es muy boludo —me dice.

Lo miro. Toma la sierra de mano, elude la protesta de mis callos enrojecidos que no me dejan trabajar, y me enseña como un hombre, un verdadero herrero de obra, corta los fierros. Posa la mano sobre los fierros y las mueve con fuerza. El fierro parece pan bajo la fuerza de sus movimientos exactos. Sabe lo que hace el hombre. Yo no. Me quedo sin trabajo. Esto es fácil, una liquidación de cuentas sobre la mesa del bar de la esquina de la obra. Unos pesos de su bolsillo al mío. Sin trabajo en ciudad desconocida. Mamá la escuela bien: dejo la escuela: Mamá cuando termine seguiré una carrera: vendo los libros en una librería de usados. Le escribo a Mirta.

—Querida Mirta estudiando me va bien.

Principito mentiroso, fantaseoso, sin trabajo. Mira las vidrieras. Quiere vestirse bien, tiene vergüenza, el muy canalla, de su facha pobre. Principito sufre insomnios y se duerme a la hora en que tendría que salir a buscar trabajo. Papá las cosas marchan. Familia triunfaré, seré un hombre y hasta presidente si me elige el pueblo: no tengo un perrito para pisar, pero me identifico igual. Una leve coartada, un perro más o menos. Principito es joven y puede llegar. No lo duda. Le miente a Mirta

en cartas inventadas y Mirta para no ser menos le miente a él. Una gran fantasía, una alquimia, toda una ciencia, toda una historia totalmente inventada: principito será escritor si sigue fantaseando de esta manera. Duda: ser escritor no es eso. Lee a Jean Cocteau y a André Gide. Se cultiva: Introducción a la Metafísica, Introducción a la Filosofía, Introducción. Siente que se introduce en las introducciones y se le cierra el vientre de la cultura por falta de experiencia. Mejor no: la cultura es una vagina, una gran concha, entonces principito se excita con tamaña idea y lee más que nunca. El extranjero de Camus: soy un extranjero en la ciudad de estúpidas intenciones, puedo ver aunque haga lo que los demás. La Náusea: tengo náusea, viscosidades impalpables, elecciones fantásticas, sueños de omnipotencias. También para mí el héroe es Erostrato. Detesto a medio mundo. Miro en las puertas de los teatros las trompas aceitosas del odiado y anónimo personaje. No tengo dios. Ya está. Un paso más. Los niños terribles. Principito iconoclasta detesta a la gente y a sus intenciones suicidas. El mito de Sísifo y el hombre rebelde. La peste. Principito escribe más que nunca. Aprende y ve obras de teatro. No conoce más que a una persona como él. Eduardo que le presta libros. Eduardo que detesta a la gente, la vulgaridad de la pensión. Cuando está solo escucha la voz femenina que marca la hora. Ella le habla mecánicamente. Marca luego un número al azar, pregunta por Pedro, por Juan, por Gutiérrez. Por fin una voz joven de mujer: titubea, se asusta, cuelga sorpresivamente y va hasta la pieza recalentada del verano a tirarse sobre la cama. La soledad: 37 veces está en tres carillas. La vida: 12 veces esta palabra en seis carillas. La mujer: inombrable está en su cabeza. Se anima, escribe historias donde él y las mujeres, las mujeres y él. Es como una comunión y de la fantasía surge la realidad, una mujer. Una mujer. Principito no dejará el reino femenino a los animales sudados de la calle. Una mujer de la gran ciudad vuelca su ternura sobre él. Se excita con fervor. Ama a las mujeres en abstracto, les teme en concreto. Un cuerpo desnudo lo obsesiona. Principito se descubre, se palpa, se violenta, se arroja sobre sí y descubre anonadado su imbecilidad congénita, su herencia paternal, su forma de destino que no afloja. Tiene vergüenza cuando pide empleo con el

diario Clarín en el bolsillo. Odia a Clarín, escribe. Clarín es toda la desgracia. Nadie que no tiene trabajo ignora Clarín. Él es historia, sueño de pobres, él es el diario de los desposeídos. Clarín suena en mis orejas. Escucho su marcha de esperanzas, mientras lo enrollo debajo del brazo caminando hacia el café donde me voy a meter en los avisos. Una posibilidad para cada uno, a la medida de cada uno: ¿Quiere progresar? ¡progrese!

La ciudad es un animal lúbrico y caprichoso: ¡hágala su hembra y todo lo tendrá! Los hombres de voz dura, los que le suenan el esqueleto y cantan —dice principito— memorizando a Lorca. ¿Ser o no Ser? ¿Clarín o no Clarín? Principito con viril humedad entre las piernas.

Voy con Eduardo al teatro. Éste es extraño. Eduardo me presta *Así hablaba Zaratustra*. Ahora principito tiene su odio mayor, su peor destino, su caparazón de fuerza, sus ideas brillando: muere y nace de entre las cenizas como un tonto. No ya principito, no. Un hombre con ideas de hombre. Un hombre que se refiere a sí mismo diciendo yo. Yo que hago esto, yo que no quiero, yo que no soy de esta idea, yo que detesto esta historia, yo que no creo en la gente, yo que sufro. Dios, decir yo anula todo. No se puede decir yo. Principito escribe su primer cuento en tercera persona y muere. Se trata de un hombre que sueña un mar viendo una regadera y se tira desde una terraza a ella: por supuesto muere también. Una sola cosa me une a Eduardo: él y yo no estamos de acuerdo con la forma del mundo. Es lo único. Las últimas cartas de Nietzsche: Mi maestro Pietro: Cántame una canción. El mundo se ha transfigurado, y todos los cielos se alegran.

O bien: mi dirección no la sé ya; supongamos, por ahora, que es el Palacio del Quirinal.

Puedo describir todas las puertas secretas del Palacio del Quirinal y también la forma en que sus sirvientes se paseaban en él, puedo decir que Nitzsche dibujó, una a una las puertas del palacio con la tiza de su locura. Un palacio lleno de niños, de principitos como el que yo había sido antes de morir para renacer cadete de tienda después de seguir un tiempo los sones del Clarín. Los bigotes de Nietzsche el omnipotente frustrado, barrían las caballerizas del Palacio del Quirinal. Los caballos se lamían

el lomo mientras miraban al extraño personaje que por las noches no podía dormir con sus dolores de cabeza.

El encerrado en el cuerpo, arrastrado por la historia como un pez muerto, sin embargo daba alaridos que hacían estremecer el palacio e inquietaban a sus autoridades. ¿Y cómo yo había conocido a tal hombre? Es un misterio: un principito muerto, hijo de mecánicos, amigo de un bigotudo loco que barría con sus bigotes el Palacio del Quirinal. Sé, por ejemplo, que algo le pasaba con su hermana. Sé que trató de romper lo que primero mamó con angelical inocencia. Sé que no amaba a los hombres que no podía imaginar. Sé que su violencia no hacía más que mezclar las cosas de su historia: que se paseó por pensiones, que vivió con muy poco dinero, que fue considerado poco menos que una ballena loca por los hombres que habían logrado combinar sus vidas con la filosofía. Él estaba loco: el Anticristo, el héroe, Zaratustra, el hombre omnipotente, nadie que le acariciara la nuca, nadie que lo besara, que le dijera: cálmate Federico, cálmate, la historia es una invención, vamos Federico, invéntala o tírala por la borda, pero Federico, mi niño, no te vuelvas loco por ella. Federico serio, duro y pensativo como un hombre que cumple una misión. Supongamos que Sartre le dijera: Federico, un alemán creyendo esas pavadas, ¡si no tenemos que cumplir misión alguna! Elige, elegiste, te volviste loco, como decir: te volviste al llegar a la esquina. Elegiste tu locura, Federico. Hablo de mí, nunca entendí a Federico en una forma diurna, sólo puedo decir que de él hacia mí surgió un trastorno. ¿Estaba antes? ¿Vino con él? Poco importa.

Entonces leo El muro, luego Los caminos de la libertad... Mateo es alguien con quien no tengo nada que ver. Es un hombre que piensa. El claustro le pesa como plomo. Siempre le viene la idea primero, y cuando no, la idea le frena lo que primero estaba. Mateo un extraño. Vivo con ellos. El extranjero. El enano, el verdugo. Tengo la pieza llena de esta gente. Gente tortuosa, brutal, llena de desolación en algunos casos. Los detesto cuando tengo que bajar las escaleras de la pensión hacia el trabajo, cuando tengo que meter las manos en el balde de agua sucia y lavar el piso de la sucursal. Principito muerto, joven provinciano cadete de tienda. Es una burla Federico, no valía la

pena volverse loco entre la gente. Uno puede apelar a la locura, al sueño perpetuo, en un planeta deshabitado y mudo, pero jamás algo así entre la gente. Un balde con agua sucia, el brillo resbalosc del trapo de piso y la tierna mirada del señor Machi, maldito orejón. El autodidacta en la biblioteca, el historiador, los cuadros viejos, el olor a madera húmeda de aquella estación. Junín con sus casitas. Ahora todo aquello me parece inofensivo, casero, manuable. Un pequeño mundo. Casi todos nos conocemos. Junín y el Republicón. Eduardo Músico. Luis y las empanadas. Mi padre y las botellas de vino. Derli y el teatro. Mon café, el Rex: Dios mío y una granja manuable abandonada por una estupidez. Mirta y el normal, Toti y sus mentiras, mamá y la costura, la abuela y la quinta. Porque uno erra el camino, porque no hay señales en la cabeza. Pero aquí está la vida. Aquí se hace uno el principito muerto y renace cadete a la dureza de la dura realidad. Detesto el tango. No entiendo el canto, las madres, las mujeres vestidas de percal, los varones recios, las milonguitas, la rara forma de llorar de Discépolo. ¿Qué era eso? Se rompen los pantalones, las camisas. La plata paga a la pieza con un almuerzo. No hay cena. Eduardo me invita con té por la noche. Canto. Höderlin y el Hiperion, cinco pesos en una mesa de saldos. ¿Qué es esto? Una mezcla absurda. La luna, el mar que nunca vi, la noche y los gestos literarios. Miro fijo a la gente y luego me doy vuelta y no la miro más. Hago un teatro inmenso con la facha de todos. Yo el principito muerto me cobro la venganza: no seré jamás un escritor, pero los otros no serán jamás hombres mientras yo los mire. El hongo colosal, apocalíptico me dará la razón. Después de la bomba atómica dirán las almas en pena: mejor hubiéramos escuchado la voz de aquel joven principito nacido en Junín y muerto para renacer cadete de tienda en Buenos Aires. Será tarde. Yo y Federico, locos como demonios, flotaremos sobre el hongo colosal, apocalíptico con toda la razón, pero muertos. Todo por culpa de ellos. Malditos estúpidos, charlatanes de precios y de horarios. Miedosos, acobardados, llenos de hijos, llenos de várices, llenos de muerte.

Pavese: Trabajar cansa. Una paz melancólica sobre mí: escribo más y leo más. Adelgazo y aún le miento a Mirta, aún un cuerpo íntegro y luminoso de mujer flota sobre mí. Comprendo como

se organiza un mundo: comprendo que para comprender hay que dejar de creer. ¡Al diablo con Federico y su manera de volverse loco! Cuando perdí mi trabajo en la sucursal me olvidé de todos ellos. Nuevamente realista. Principito muerto tras los sones del Clarín, por la madrugada tratando de ganarle de mano a otro que, para mí, existía solamente para sacarme la posibilidad de trabajar.

¿Qué quiere hacer el cadete descadetado solo en la ciudad? ¿Qué quiero hacer yo aquí siendo Junín un mundo tan manuable, tan conocido? Recuerdo paredes y anécdotas que me dan la razón. Pero es una mentira y yo lo sé. Una noche por la plaza Mancilla mirando las estrellas y sintiendo un aire familiar entrando por el cuerpo. Chicas en la calesita con sus hermanitos. Principito se siente pensando que era feliz trabajando con su padre en el Noble Oficio de la Mecánica. Sabe que no. Llora. Se acostumbra y de noche espera el llanto tendido en la cama. Llora una, dos y hasta tres veces por noche. Es como rogar a Dios; pero al llorar se ruega a sí, no aflojar. Llora y se siente bueno, con ánimo, con razón de seguir. Un día me traen un compañero, entonces voy a llorar al baño. Pierdo la costumbre de llorar. Ahora tengo un compañero y en vez de quedarme en la pieza voy todas las tardes a la galería y conozco pibas. Regreso cansado y el compañero está maquillándose las cejas delante del espejo. Se había tostado con rayos infrarrojos y aclarado el pelo con un líquido que guardaba bajo llave. Me tiré sobre la cama y sin quererlo estuve mirándolo mucho tiempo y fijamente. No me di cuenta de que lo molestaba y salté sorprendido cuando se volvió hacia mí y dijo: mirá pibe, no me mirés así porque no te lo voy a permitir. Vi su figura más baja que la mía encocorarse y cambiar de tamaño como si alguien, desde atrás, le estuviera inyectando gas.

—Escuchame petiso, yo no quise molestarte, miraba para ver como era que hacías. Entonces lo vi acercarse a la cama sobre la que estaba sentado con los puños cerrados. Tuve una reacción incalculada: cerrando los puños yo también, me paré sobre la cama y grité: ¿Qué, te hacés el guapo conmigo?

—No pibe —dijo parándose con una sonrisita de desconcierto— yo quería decirte algo para que entendieras, te lo juro por mi

madre, yo quería que vos no te equivocaras conmigo, nada más, no soy maricón, pibe, mirá, vamos a ir a la milonga, ¿eh?

No, no me gusta. Mis dedos se relajaban y los brazos me latían. Ahora tenía miedo: golpear, sentir golpes sobre el cuerpo, ver sangre en los labios. No, no era tanto la sangre, sino más bien la asfixia. Temo a la asfixia: un almohadón sobre el rostro, un cuerpo del cual no pueda liberarme, manos que me estrangulen la garganta. Pero eso estaba de otro lado: No en ese momento por lo menos. No con el que ya había retrocedido. Pero el miedo se helaba en los brazos flojos, cedía y me dejaba un sinfín de palpitaciones.

—Te puedo prestar mi saco de gamuza —dijo—. Fui negándome de a poco. Primero negué ir a la milonga, pero como esto era insostenible: acepté ir a la milonga y me negué a usar el saco de gamuza. Una vez le usé el piloto y él se llevó mi único par de medias. Tuve que ir a trabajar con los pantalones caídos en forma de acordeón para que el señor Machi no se diera cuenta de que a mi indumentaria correcta de saco, camisa y corbata, le faltaban las medias. Una tarde rogando que nadie pidiera un corte de tela de aquellos que había que sacar subiendo una escalera.

—Fenómeno —dijo el petiso—, yo puedo conseguir auto.

—Bien, bien —dije práctico— en esa forma se les puede dar en el coche, es más fácil en el coche, le damos.

—Sí, sí, enganchamos y le damos.

—Hay que darles, siempre hay que darles.

—Eso mismo —decía yo— darles bien dada.

—Es lo único que quieren —comentó él.

—Sí, lo único —dije yo.

—No hay como las minas.

—No, no hay.

—¡Les daremos!

—¡Con todo!

—¡Hasta el fondo!

—¡Más allá del fondo!

—¡Que se retuerzan!

—¡Que giman!

—¡Hembras!

—¡Pibas!
—¡Minetas!
—¡Culos!
—¡Ahí, eso mismo!
—¡Bien!
—¡Qué no van a querer!
—Pobres minas, ja, ¿eh? ¿no? pobres minas.
—Vos no te calentés —dijo el petiso—, seguime a mí, yo conozco el ambiente, si me seguís, seguro que enganchás.
—Sí, sin problema, petiso, sin problema.
—¿Pero con minas?
—¡Por supuesto, con minas!

Ya estaba en la realidad, gracias gente grande. Ya no era un ególatra principito de fantasías perversas, de secretas revanchas, no. Un hombrecito como cualquiera sabe que un hombrecito es. Tímido, algo audaz a veces. Tonto, casi siempre. Febril, todas las noches. La ciudad nos empapaba como agua: ella estaba en cada esquina, era todas las esquinas, toda la gente. Estábamos adentro, teníamos un rumbo. Algo hacia donde nos dirigíamos. Dentro de ese mar había una cueva, un galeón abandonado, un cofre perdido que nos pertenecía. Ya no era el andar de nada hacia nada: eran los pasos seguros de dos jóvenes bastante bien vestidos que se dirigían hacia el encuentro con las minas. Había en ellos figuras eróticas hechas de pura falta de sexualidad. Pero no había la soledad masturbante: iban hacia el sexo como soldados de sus cuerpos. Una batalla se desarrollaría: toda una experiencia bélica: este tipo de minas —decía el petiso—, tiene la costumbre de hacerte calentar de puro franeleras que son, pero hay que actuar bien, despacio, seguro, pocos chupones y pavadas: al grano lo antes posible. Si las franeleás se van en eso, son asquerosas, pajeras. Hay que ir adentro antes de tocarles una pestaña ¿de acuerdo?. ¡Las minas!, ¡las minas!, ¡las minas! Vamos hacia las minas, las verdaderas, no las indiferentes, las inalcanzables, las diosas, las brujas, las fantasmas, no: las verdaderas minas que hasta están interesadas por franelear con uno. Una que quiere tocarme, ¡oh minas! Caminábamos sobre la red de las palabras, sobre la red de la ciudad, sobre un pasado red: levantábamos la malla del asunto y dentro de ella insertá-

bamos la carnada certera que la experiencia había producido en el petiso. Pocas palabras —decía— si hablás mucho terminan por tomarte el tiempo, si vos no hablás ellas creen que sos un rana bárbaro, un hombre de silencio, perro que ladra no muerde, el que se ríe no es serio: esas boludeses que tienen las mujeres. Ellas saben que uno les tira el lazo, pero cuando ellas se hacen la gata de doña Flora también te tiran el lazo. No tengas problemas: no digas nada: frío, sereno, las vas llevando hasta el auto. Yo te dejo en el baile y voy a buscar el auto, ¿eh? Sí, sí. Las minas y el auto: autosminas: minasautos. Con un auto no hay mina que se resista. Me acordé de Nanina cuando dijo lo de la gata de doña Flora. ¿Qué es eso? —pregunté. La gata de doña Flora —dijo—, si se la ponen grita y si se la sacan llora. Me reí, me palmeó. Hombres como barcos navegan hacia la pesca de minas en el inmenso mar de la ciudad. Gente extraña estos porteños gesticulantes. Miran, se paran. Calculan los precios y los horarios. Hacen más gestos que actos: se la pasan mostrándose las caras. Una sarta increíble y variable de caras. Cuando más caras hay, más caras se inventan. Es necesario ser fotógrafo. La vieja, ¿sabés? La mina, ¿sabés? porque, yo, ¿sabés? cuando beso una mina, ¿sabés? hago cualquier cosa, ¿sabés?, pero la vieja es la vieja, ¿sabés? aunque si sos varón, ¿sabés? si sos hombre, ¿sabés? si tenés pelotas, ¿sabés? ninguna mina, ¿sabés? te puede tomar, ¿sabés? para la farra, ¿sabés viejo? te lo cuento, ¿sabés? porque sos mi amigo, ¿sabés? He sorprendido más de mil hombres diciendo: porque yo soy bueno, sabés, pero que no me busquen, ¿sabés? porque entonces me van a conocer, ¿sabés? Eso es: la quiero como a mi madre, pero me sobra bravura pa hacerte saltar pa arriba cuando me entrés a fallar. Las minas, ejércitos de minas, después le pegamos, ahora minas para decirles cosas dulces. No, pocas palabras, para introducirlas dulcemente sin hacer caso de su asombrado silencio. Le gusta, a las minas le gusta —decía el petiso y se embalaba—. Se hacen las zorras, ¡pero cómo les gusta la poronga! Minas, poronga, como a mi madre, pero bravura, pero hembras, varones, ¿sabés?, ¿sabés? No, no sé, no se entiende, no entiendo, no comprendo nada.

El petiso me convida con un cigarrillo, fumo y sonrío. Sudamos en silencio. Él vestía un saco blanco con las mangas que

le tapaban las manos y un pantalón azul, ancho y tiro corto. Cuando prendía un cigarrillo movía los brazos de manera de hacer correr la manga del saco para no quemarlo. Yo vestía —qué podía hacer— el saco de gamuza y un pantalón tiro corto y ancho que me haba regalado Eduardo.

El petiso miraba a Eduardo con desconfianza y a su vez Eduardo miraba los hábitos del petiso como los de un insecto. Se molestaban con sus presencias y trataban de saludarse con secos buenos días, tanto como para no chocar y no arrimarse a la vez.

Llegamos a la milonga, un primer piso en Caseros y Rioja: el ruido impenetrable y la escalera de ascenso. Un olor azulado, a veces violeta, tirando a sudor y a antisudoral. Un color cromático e inestable, tufo de polleras, de supuestas y excitadas conchas, de minas frenéticas y tipos con el labio caído por el deseo.

Se gesticulaba a pata ancha mientras se tomaba coca-cola con gestos de drogados. El petiso entró con una familiaridad de hombre que sabe lo que hace: yo con la timidez de un internado al pasar por las filas de camas en la sala de un hospital desconocido. El petiso saludó al aire a sus amigos invisibles, o al menos indiferenciables entre la muchedumbre de olor cromático y gesticulaciones de drogados.

¡Las minas, el minaje pleno, juvenil, abrasador! En un momento sin tránsito el petiso se hizo humo entre el humo de las chicas olorosas y yo me quedé solo. ¡Traición, doble, triple traición! Sentí la máscara pava de la traición golpeándome de lleno y busqué al petiso casi con ansias entre las caderas, la inmensidad de tetas y las caras gesticulantes que se acercaban y se alejaban las unas de las otras. Nunca, nunca pude entender el baile. No poder vivir el momento de una plena justificación. No vivir las infinitas antesalas como fin en sí mismas. Esa ansiedad, esa tristeza, ese sentimiento brutal de impotencia: la imposibilidad de saber que lo que no se realiza es tanto como lo que se realiza. No, por Dios, no esa mueca que destruye el sentido total de la cosa, no la mueca, no las gesticulaciones y los movimientos frenéticos de cuerpos separados. Eso es traición. Esas caderas y esas melenas largas cayendo hacia abajo, revolviéndose en sí mismas: es absurda mi ansiedad, mi miedo. Tuve que huir, huir de las

melenas, las caderas y las piernas. Huir lleno de deseo por una ciudad ya sin significación: ya impregnada de nada: ya sin lenguaje de paredes, sin signos, sin gestos: una ciudad muerta cara al cielo como el esqueleto muerto de un animal en el desierto. Mi deseo comprometiendo al universo mismo. No es así, es así. Amadas minas, amadas mujeres: terribles soledades fantaseadas, terribles deseos encajados como un coche en el barro. Amo el mundo, detesto el mundo: tengo pocos años, tengo más deseos que años, más carreras perdidas que corridas. Me hubiese muerto de deseos sin poder dar un paso hacia una, sin poder tomarla de la cintura y escuchar las venas de su cuello con la oreja de la boca, con los labios palpitantes apoyados allí. Huir por no poder dar un paso hacia otro cuerpo: sobre todos los cuerpos: mundo de cuerpos: cuerpos feos o hermosos del otro sexo: cuerpos de gallinas, de ovejas, de hombres, de yeguas, de mujeres: buscar el calor de un cuerpo vivo: hasta un cuerpo de perro, según cuenta la historia. Un cuerpo mejor de mujer o hasta peor de sapo. Sentir que un cuerpo no está cerca del nuestro: la neutra ansiedad de lo que no puede con el mundo. La asquerosa ansiedad embarrada de excitación muerta. Ya en la calle traté de organizar mi esquema sobre la estupidez de esa gente, que no vale un pito: miento, me miento, deformo, me deformo: quiero vivir, ¡pero no así! Jamás morir. No, no morir nunca, y no vivir ya más así. No podía, son tontos, no podía, no, no podía de ninguna manera: yo los deseaba con dolor.

Leer, seguir sintiéndose distinto, seguir solo por la calle separado por barreras de humo: lo mismo da decir barreras de historia.

El petiso regresó tarde (yo había recorrido las calles hasta lograr llorar en el banco de una plaza) y se enfureció al verme durmiendo.

—Yo te hubiera conseguido una mina —me gritaba— hubieras garchado pajero de mierda —seguía gritando— ¿no tenés sangre en las venas?, ¿tenés miedo a las mujeres? decime: ¿tenés miedo a las mujeres?

Hice un esfuerzo y al decir sí lloraba. Él se desconcertó; no es para tanto —dijo antes de acostarse.

La luz ya no estaba en la pieza. El petiso giraba de un lado a

otro en su cama. No sentía más que el ruido sordo y estúpido y monótono del reloj. Afuera las estrellas y un viento caliente sobre el mosaico rojo y caliente de la azotea: como si el viento se acoplara a la azotea intercambiando calor: como si el mundo todo copulara excluyéndome a mí: eterno frígido mordido por los libros.

—Quiero fumar —dije en la oscuridad.

—En el saco tengo cigarrillos —dice el petiso como si no articulara él sus palabras.

Tanteo, llevo cigarrillos hacia mi mesa de luz. Salgo, camino por la azotea y fumo. Vuelvo a la pieza, vuelvo a caminar.

Fumé, fumé, fumé; sé que una noche fumé como nunca. Fumé como un murciélago aspirando todo el humo. La boca inflamada de humo. La garganta ardiente y los ojos perdidos entre la calle atestada de otras cosas ajenas a mis interminables y siempre renovados cigarrillos. Fumé soñando despierto con los cientos de locos que en cientos de ciudades fumarían mojando sus cigarrillos con lágrimas inútiles, con gritos, gestos y muecas inútiles. Todo yo se fumaba fumando un cigarrillo enorme como el obelisco. Todo estaba fumándose en un fumar sin precedentes en la historia de la fumadez humana. Fumé con la ansiedad de una parturienta, con los gestos de un borracho, con la mirada de un dopado, con la tristeza de un solitario, con el silencio de un muerto, con la inutilidad de un esclavo.

Yo fumaba mi fumadez y la del mundo. Quiero fumar más, cientos de inútiles cigarrillos. Tantos cigarrillos como horas queden de aquí hasta la muerte. Mi acto de fumar no era un acto, era la fumadez de un fumarse la vida. Yo fumaba la vida, ¡inútiles! Ciento de los míos fumaban la misma vida con gusto a cal, a grasa, a maizal, a pubertad, a vejez. A ustedes los señores mis cientos de cigarrillos con maravillosas estampillas que hacen recordar a los documentos más serios: escritas en imprenta y luego tachadas con un sello de tinta.

Cada vez el humo iba más y más hacia adentro, hacia alguna parte que no termina de concluir. El silencio de adentro, el vacío de adentro. ¿Cuántos rostros sonreían a mis cigarrillos fumados hasta la exasperación? Eso no se podía saber. La primera etiqueta estrujada rodó por la ventana de la pieza. La segunda eti-

queta se rasgó en la presión de los dedos y veinte cigarrillos estuvieron frente a mí, intactos, esperando ser fumados. El petiso dormía. Leía un libro que ya no podré recordar nunca más. Un libro largo que hablaba de los niños, de las mujeres, de los adolescentes, de las frustraciones. De las ciento de miles de insondables renuncias acometidas en la ciudad y a pleno sol.

Así fui yo durante algunas horas, fumador y hermoso y complicado con la esencia misma de la vida. A los señores, gracias. A las señoras, mis saludos. A la pobre soñante, crujiente, desesperada humanidad, un abrazo. A todos los parientes, tíos y amigos en general esta bocanada cargada de mi aliento fétido y sin dentífrico.

Y a la pobre montaña de puchos inacabados mi más sincero apretón de mandíbulas y mis más entusiastas chupadas inconclusas. Fumé entonces con la misma solemne estampilla y escupí por primera vez una saliva espesa, oscura, agria como siempre habían escupido mis familiares hombres, mi abuelo, mi tío y mi padre. A mi padre por este cigarrillo un saludo amigable, reconfortante. A este libro que me cuenta de la soledad de ese que acompaño en la lectura dedico las mejores chispas de mis ojos. A este libro que nunca recordaré, fresco como una fruta, un beso cariñoso.

Querida mamá:

¡Fumo, fumo, fumo!

Estoy bien. Mis manos bien. Ya no hago trabajos de fuerza. Mi espina dorsal flexible como nunca. Mis riñones se calientan por la noche. Mi cara es puntiaguda y expresiva, pero lastimosamente mis cachetes siguen siendo colorados. Estoy nene y fumo, mamá.

Queridos hermanos:

Fumo y besos:

El humo cubría toda la extensión vacía de la pieza. La canilla, gotas de agua y por la azotea se paseaba la mujer que había querido ser actriz. Señores vendedores de cigarrillos. Señores y señoras en general, amo el fumar como los románticos a sus escuálidas mujeres. Yo soy cigarrillo. Estoy prendido en una brasa perpetuada y ardo con un ardor en la garganta que ahora me desespera. Tomo agua, más agua, más humo, más agua, más cigarrillos, más humo y agua cuando llegue a mi colilla seré arro-

jado a la tierra. A los señores, mi nada. Al último cigarrillo un sueño que aparece entre el humo como una aparición: la mujer que había querido ser actriz hace crujir su cama. Mi cama está en silencio. Duermo y lo último que recuerdo es que pensé que el petiso se iba a sentir molesto porque yo le fumé todos sus cigarrillos.

Y de alguna manera el petiso tuvo algo que ver con mi pérdida de trabajo. El Sr. Machi me mandó ese lunes a buscar 30 talonarios a Chacarita. Yo fui volando boludamente, pero la tristeza de la noche anterior (casi no había dormido esa noche anterior) me hizo quedar dormido. Pasé muy de largo la parada: regresé y conseguí las boletas, previa firma del remito. Vuelvo bajo una lluvia que salpica el mundo y da contra los cristales bajos del ómnibus que ronca como queriendo sacudir las gotas que pegan en su lomo y resbalan por los cristales de las ventanillas. 18 y 30 hs.: las empleadas y los empleados con esa tristeza de codos brillosos, Selecciones y caras de tontos llenaban todo el espacio interno del ómnibus. Pequeños y ridículos estos empleados que olían a crisantemos, cosas sin sentidos, y hablaban de como construir una lancha con un palo de escoba y dos o tres latas de aceite, y por supuesto hablaban de precios y horarios. Y tanto se llenaba de empleados este ómnibus donde yo viajaba que en un momento no podía avanzar con mi paquete de boletas hacia la salida. Era como si yo llevase al Sr. Machi en brazos y nadie me respetase. Si es varón y anda con un gerente en brazos, ¡que reviente! Y entre empujones y boletas, empujones y talonarios de boletas: de tanto empujar y zarandear, las boletas volaron desparramadas por el piso destrozando bajo los pies de los empleados sus respectivos carbónicos. Y también saltaban arrugadas y mojadas de pisotones las respectivas boletas de esos carbónicos destrozados. Todo desesperación emergiendo desde los pies indiferentes de los empleados: yo pánico. La gente, al tirarme al suelo tras los talonarios destrozados, empezó a darme patadas por todos lados, menos en la cara porque no eran lo que se dice gente criminal. Estábamos en una parada y mi actitud detenía el descenso de los que regresaban cansados a sus hogares. Ellos chillaban de mí, renegaban de mi drama, se enloquecían de ira improvisada. Y fue así como en un arranque de ira-infan-

til-tirando-a-adolescente arrojé todo abajo, a grandes paladas con las manos, y los brazos en forma de arco. Y poéticamente los talonarios deshechos al caer sobre el canalcito que está donde termina el asfalto y comienza el cordón de piedra, empezaron a nadar como si fueran mensajes de niños o de enamorados y no los asquerosos talonarios del Sr. Machi. Mis manos empezaron a buscar, mejor dicho a pescar los talonarios que se alejaban y la gente se detenía curiosa y mojada, con una sonrisa de ironía y un gesto de ¡qué barbaridad, pobre muchacho! La comunidad de los precios y los horarios espiaba en mí su resuelta e innata capacidad para manejar la ciudad: era un espiarse por antítesis, como diciendo: siendo éste tan tonto, nosotros somos muy vivos.

A llegar a la tienda con los taloncitos deshechos, borrosos, goteantes de tinta y agua, como yo mismo estaba goteando, el señor Machi intentó una heroica reprimenda frente a sus empleadas y yo en la cumbre de mi epicidad infantil-tirando-a-adolescente, lo putié, lo putié bien, bien, así: váyase a la reputa madre que lo reparió y le tiré los talonarios en la cara, sobre el escritorio, entre los cortes de tela, en el piso limpio salpicando el espacio cerrado del negocio con mi desgracia mojada de la calle.

Al día siguiente no podía saber de ninguna manera si la puteada pasó a sonido o se quedó en impulso, pero ya no tenía ese trabajo. El petiso me consoló diciendo que él jamás hubiera trabajado de cadete ojalá se muriera de hambre como un perro. Diciendo que yo que leía tantos libros podía ser más piola y menos gil en los asuntos de trabajo. Se fue. Quedé solo en la pieza. Nuevamente para mí los sones del clarín.

Ahora recordaba la tienda: como siempre veía más con la memoria que con los ojos. Arriba la pensión tenía ese alambrado a través del cual se veía una ciudad cuadriculada por el óxido. Abajo los automóviles sin detenerse nunca como un solo gran automóvil con algunos vacíos: mis pies sobre el mosaico rojo y gastado de la azotea donde el sol daba tan fuerte que aún de noche era imposible caminar descalzo. El mosaico calcinado como las chapas del techo de la pieza donde se evaporaba la escupida más abundante.

La terraza era larga y las piezas emergían allí, eran casillas de perros, pequeñas, separadas y ridículas. Nuestras piezas, por

las noches, frente al espectáculo del cielo eran el desamparo mismo. Puertitas de chapa y ese baño donde el calefón-a-alcohol se incendiaba largando llamas azules por arriba de la puerta, llamas que sobrepasaban la altura de su mismo techo. El calor sofocaba las cosas, los cuerpos, las vidrieras. La tienda donde había trabajado sacaba las telas de las vidrieras, descoloridas y quemadas por el sol. Saber que el sol puede con la ciudad me daba cierta tranquilidad, cierta certeza de que el mundo está en todas partes, aun en las ciudades. El sol era lo único ya conocido y él podía con la ciudad, con sus toldos, sus defensas. Día por medio Machi hacía cambiar las vidrieras y no había toldo que resistiese, tela que no perdiese su color con tanto sol. Las mujeres y los muchachos lamían sus helados frente a mis ojos afiebrados de encierro y yo miraba la hora de salida y aún faltaban 3 horas, 2 o 1 hora. Los cuerpos de las mujeres se transparentaban gloriosos entre la tela fina y yo vendía esa tela fina para los cuerpos que parecían estar sin defensa contorneándose frente a los ojos impávidos de todos los que hacían sus exclamaciones y seguían sus caminos. Pero esos cuerpos eran la otra cara de la pesadez atroz que se metía entre la ropa y el cuerpo después de la segunda hora de calor, la calle. Un mundo pegajoso y sudado. Un mundo de fiebre sin salida. El sol arriba dándole con todo a la ciudad donde los hombres se veían obligados a la corbata, a los sacos, se mataban en sus costumbres contra el sol, como locos.

Un verano, una enfermedad entre los edificios con sus grises desnudos: muchos de ellos parecían cuadros abstractos. Sus largas paredes estaban llenas de dibujos de formas extrañas: dibujos hechos por la humedad, las grietas, y los lugares por donde el agua había resbalado en los días de lluvia. Ahora el sol como un horno calcinaba las paredes, las aceraba en un brillo seco, concluyendo la obra que veía durante horas desde la azotea también calcinada de la pensión; parado al lado de mi pieza con techo de chapa, un perro al lado de su casilla.

Esperaba el atardecer como una novia de barrio. El calor me sofocaba, me arrinconaba en la miseria de la pieza. Medias tiradas por todos lados, papeles desparramados, puchos. La ropa del petiso sobre la cama, las corbatas sobre los respaldares de la silla: jabón pegado sobre la base de la mesa de luz, fotos de

boxeadores, de jugadores de fútbol, de comisionistas, de novias, de amigas del petiso. Yo no tenía aún mis fotos. ¿Qué mitos encontrar? El petiso, por eso lo envidiaba, tenía hasta una medalla: todas las fotos y además la gracia de dios, su creencia en él; su medalla sobre el pecho. Luego la ducha en el bañito de chapa: el agua y el olor a jabón y orina hirviente.

Por las tardes, después de un baño, bajaba de la terraza por la escalera angosta y resbaladiza donde se caían los nuevos, durante los primeros 3 o 4 días.

En la puerta, sin alejarme mucho, miro los cuerpos de las mujeres que se parecen a los catálogos de modas. Cuerpos delgados y flexibles, sin sexo y sin abultamientos, simplemente líneas flexibles y cimbreantes que terminan en cabecitas desnudas y sonrientes en un portal de dientes como los de la propaganda de dentífrico. Uno a uno iba conociendo a todos los pensionistas: casados y solteros, tímidos y desenvueltos, silenciosos y chillones. La avenida Entre Ríos adelante con su cinta gris oscura que en las tardes de verano se ablandaba de tal manera que uno parecía que estuviese pisando sobre el cuerpo de un animal. Pero la tranquilidad se partió al medio con un ruido seco. La tranquilidad. La tranquilidad. El orden. La paz. La tranquilidad. El orden. La paz. La tranquilidad. Para eso hacía falta 1230 pesos y yo no los tenía.

La ciudad era demasiado grande. Regresaba nadando en el sudor de mis zapatos, con los pies hinchados. En el patio central de la pensión me esperaban los bolsos con la ropa y los libros viejos y atados en un gran paquete. Parte de la ropa había quedado como pago de la deuda de quince días del alquiler de una cama. El resto en el bolso que cargué al hombro y los libros en el paquete que tomé con la mano derecha y casi arrastré escaleras abajo hasta que estuve en la calle.

Atardecía y a pesar del peso de los paquetes, se me dio por caminar, una y otra cuadra, doblando y doblando, hasta que me detuve sorprendido. Había caminado en círculo y estaba nuevamente frente a la puerta vieja de la pensión. Dejé los paquetes en el hueco del zaguán y sentándome coloqué mi cabeza sobre ellos, tapándome con el saco para evitar el viento que castigaba en forma chanfleada, filoso, una parte de mi cuerpo.

Habré estado media hora, cuando casi dormido, sentí la voz del borracho que mirándome se reía.

Si me pongo aquí los dos sentimos menos frío.

Primero pensé en decir no. Simplemente no, porque yo conocía gente en el tiempo que había vivido. Gente-panadero-gente-quiosquero, y sentía vergüenza de que me vieran durmiendo allí, junto a un borracho sucio, a la mañana siguiente cuando fuesen a abrir los negocios, en los cuales yo había comprado pagando al contado con mi plata. Después dije: Sí. Simplemente sí, porque no me importaba nada y además yo ni familia tenía en Buenos Aires, y nadie podía avergonzarse de lo que yo hiciese. Inclusive —pensé— si fuese preso, nadie podría avergonzarse. El borracho se acomodó junto a mí. Antes de dormirme pensé en los gritos que daría la dueña de la pensión cuando bajara de compras y me viera durmiendo en su puerta.

—Usted me echó y no tengo donde dormir —le diría.

El borracho despertaría por los gritos y la miraría con su cara sucia de vago.

—Váyase —diría ella.

El borracho la amenazaría con un palo y ella gritaría: Policía, poli. Entonces yo cargaría los paquetes y le gritaría: Vieja conchuda, reputona —y me alejaría corriendo junto al borracho, entre la mirada de estúpido desconcierto que pone la gente en esos casos.

Sin saber cómo había dormido y estaba el sol dando en los vidrios cuando el borracho (que ya no estaba borracho) me tocó el hombro y desperté viendo sus dientes amarillos en una sonrisa que estaba a muy poca distancia de mi rostro. Nos fuimos. Él me llevó el bolso con la ropa y yo cargué sobre el hombro derecho el paquete de libros. Cuando sentí el rostro lagañoso percibí un día agobiante entre el ruido del tranvía 48 que pasaba por la calle Independencia. Quería, no sé por qué, ni lo sabía entonces, escapar. Escapar y me detenía la idea de que al llegar la noche yo no estaría allí, ni en ningún lado. Esa tarde supe en realidad golpeante, que uno podía morir. Morir de hambre o de sed o de vergüenza, si viniese al caso.

El borracho me pagó un café. Yo pensaba en que no podría volver a Junín con mi familia ni a la pensión. Ni siquiera podía

volver al trabajo odiado y deseado de la sucursal. Nada. Estaba cercado por hilos invisibles. Todo lo que pensaba se volvía sobre mí. Y yo estaba allí, entonces todo lo que pensaba volvía allí, al lugar donde lo estaba pensando. No sabía si volvería a sentir la gracia divina y estúpida del horario cumplido con desgano y el sueldo recibido los días 3 de cada mes. No sabía si volvería a estar vivo. Digo esto, porque desde chico sabía que trabajo-hombre hombre-trabajo eran inseparables y que se vivía a través del trabajo y que se trabajaba a través de la vida; pero que ninguna se podía mantener sin la otra. Lo que no sabía bien era si mi familia me había impulsado a trabajar o si debía trabajar más aún, al estar lejos de ella. Porque en mi casa estaba el sueldo de mi papá, pero en mí, sobre mí, por mí, estaba lo que yo podía ganar para vivir. Tenía que trabajar para mí y no sabía si yo era tan importante hasta el punto de ser en los otros (en el trabajo) un esclavo de mí y para mí.

Conclusión: estaba solo: el borracho me preguntó el nombre.

—Germán.

—¿Y qué edad tenés?

—18 años.

—¿Y por qué vivís solo?

—Porque sí, porque se me antoja.

—¿Y no tenés familia?

—Se murieron todos —mentí para no explicar y después no sabía si la mentira era una verdadera explicación.

Ahí nomás, a un paso de nosotros andaban los automóviles. Yo casi, en el taller, había aprendido todos los secretos de los automóviles y hubiese sido muy feliz teniendo uno solo. Aunque casi había conocido todos los secretos de todos los automóviles y hasta de los tractores y de las cosechadoras.

—Ése tiene 4 pistones —le dije al borracho que me miró sorprendido, cuando se detuvo un Fiat frente al bar.

—¿Y qué es eso? —me preguntó, seguramente porque tenía ganas de hablar.

—Los pistones —dije— son redondos y tienen los arcos y un perno de donde sale la biela que en el otro extremo va atornillada al cigüeñal.

—Ma qué se yo —me dijo— y nos callamos porque no tenía-

mos nada que decirnos. No sabía si estaba contento por no estar solo o no podía estar, sino que deambulaba por partes del pasado, remontándome en algún futuro que ya estaba dado en mí y que tenía curiosidad por descifrar o por llegar a vivirlo.

El borracho me llevó a un lugar donde compraban libros y ropa. Vendí la ropa con bolso y todo y me quedé con los libros. Con la ropa no podía entretenerme y con los libros sí. El borracho me dijo que era un tonto. Y había olor a comida. Y estuvimos con la nariz pegada en el tren expreso de Constitución. Le hacíamos guiños a los pollos que no nos contestaban porque estaban muertos, dorados en la parrilla que giraba en un strip-tease que erizaba de hambre hasta los pelos. Y yo dije con fuerza una palabra vieja: Hambre. Y era tan vieja que hasta parecía una estupidez; pero debajo de la palabra vieja y estúpida la verdadera sensación de hambre.

Y después de haber sentido un rato largo un dolor en las piernas dije: Cansancio. Y después putié para todos lados a la gente que se paseaba comprando el diario y tuve un enojo sucio contra los que se habían afeitado ese día. Pensé de nuevo en mi familia de Junín. La única forma de volver a mi casa sería accidentado. Digamos pisado por un camión; eso no será una derrota, sino una parte del destino, y si era el destino en mi casa no pensarían que yo era débil sino simplemente un hombre con destino, como todos los hombres. Un camión que me pisase levemente con una pierna quebrada y un tajo grande, pero no profundo, estaría bien para volver. Volviendo comía y tenía fuerzas para irme. Además antes de salir de mi casa podría bañarme y desayunar y ponerme ropa limpia. Desayunado, limpio y con fuerza podría conseguir un trabajo antes de estar sucio con hambre y sin fuerzas.

Otra salida era calcular el hambre y caminar cerca de un hospital. Entonces podría desvanecerme frente a la entrada. Alguien me llevaría adentro. Yo diría: Tengo fiebre; me darían vitaminas, cama, comida, unos días. Yo entonces, saldría nuevamente a la calle y escribiría un libro sobre el hambre.

Todas las muertes que tramé terminaban por regresar a mí, a ese pedazo de seso bajo el pelo y yo estaba allí. De pie, caminando con el borracho que me había arrastrado de un bar a

otro, convidándome con una y otra última copa de vino. Y los hombres corrían, corrían como en los incendios de películas. Saltaban en los colectivos como Tarzán en la selva. Gritaban en los puestos de diarios como los monos en la selva de Tarzán. Pero Tarzán no estaba y me daban vuelta las tripas y sentía ganas de vomitar en un baño que estaba sucio y el río estaba calmo, un mar, frente a la costanera, donde nos tendimos a pensar, a dormir, a ver pasar la gente. La gente con sus mallas a la playa. La gente en el domingo con sus bolsos. Nos miraban, con gestos, con risas, con radios portátiles.

Me quedé dormido con el paquete de libros. Soñé con Mirta que llegaba de Junín con el guardapolvo blanco del normal arrollado debajo del brazo. Yo estaba caminando solo por una calle que bajaba hacia el puerto. Mirta me chistaba y no la veía hasta que me tapaba los ojos con las manos y me decía: ¿Quién soy? Y yo estaba mudo y no podía decir un nombre hasta que ella, dándose cuenta de eso decía: Soy yo; y me abrazaba en la esquina donde los policías consultaban sus revólveres sin usar. Y el borracho tomaba un barco y se despedía de nosotros rumbo a París o a Bélgica, saludando con un saco y tironeado por un cocinero de bigote que lo arrastraba hacia la cocina para que pagase el viaje pelando papas hasta París o Bélgica.

Entonces, cuando el barco estaba lejos, con Mirta levantábamos el cartel con letras amarillas: HAMBRE, y llevábamos el pánico a través de una ciudad indiferente. Solos y juntos. Muchos hombres se detenían y nos contaban historias con hijos para justificarse y nosotros le pasábamos la mano por la cabeza y ellos más tranquilos se iban, prendiendo un cigarrillo, hacia los colectivos cargados e incesantes que cruzaban las calles.

Desperté en la puerta de la pensión. Desperté pensando que estaba en la costanera con el borracho y sin embargo estaba en la puerta de la pensión. Amanecía y había pasado mi primera noche en la calle. Y ahora sé que era el principio. Después vinieron muchas noches más en bares y en plazas. Muchas veces con un amigo. Algunas noches charlando hasta la mañana. Otras noches solo. Y cuando desperté estaba solo. El borracho se había ido o no había estado. Cargué el paquete de libros en el hombro derecho y agarré fuerte el bolso con la ropa en la otra y empecé

a caminar. Tenía la idea de dejar los paquetes en algún lado, en la casa de un amigo; y después salir con las manos libres.

Ahora tenía un trabajo nuevo y vivía en una nueva pensión que ya no me impresiona con sus cuartos oscuros e imprecisos.

Ya no se puede hablar del cartel Prohibido escupir a la dueña, ni del Colabore, seque el baño. Eso pasó a la historia de las cosas sin espesor. Los carteles están allí y uno frente a ellos, pero nada más.

Esta tienda es mejor que la otra. Además aquí soy medio vendedor y gano más. Los caballeros llegan y yo les pruebo los sacos y los pongo frente al espejo. Los sacos le caen largos, entonces busco uno más corto. Los sacos le quedan cortos y yo busco otros más largos. Es sencillo. Las pensiones pasan como las monedas 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, o quizás 2 o 3 o quizás una, simplemente.

Los pantalones largos se cambian por otros más cortos y los cortos por otros más largos. Las escaleras se suben, se bajan, se miran, se gatean, se escupen, se les arroja puchos prendidos con la esperanza de que los pisen niñitos descalzos.

Los días pasan, corren, vuelan, descansan sin pasar, permanecen. Al poco tiempo encontré una mujer de pura suerte.

Estaba en un café con un flaco que mascaba chicles (lo había conocido en la casa de mi tío) y que me hablaba de mujeres y vaguedades porteñas e irrealizables.

—Mirá —decía el flaco—, vos sos de afuera, pero una vez que te pongas canchero, no muy canchero, canchero como cualquiera del barrio, canchero que se diga canchero no, pero más o menos canchero, vas a ver (y hacía globitos) las minas que te levantás...

Pasó una provincianita chiquita y de nariz respingada, con pollera floreada y una botella de lavandina debajo del brazo. El flaco la miró y me miró: Ja, ja —dijo—. ¿La querés?

Antes de que le contestara el flaco bajó la cabeza para ocultarse y gritó deformando la voz: ¡Putita, turrita!

La provincianita lo puteó sin darse vuelta y apuró el paso hasta que se echó a correr. El flaco se reía.

—¿Por qué le gritaste? —pregunté.

—¡Porque la clavamos todos y se hace la estrecha! —dijo el Flaco sin mirarme, como si estuviese molesto.

Nos fuimos a caminar y él me contó que muchos se la habían hecho porque era muy tonta y quería a cualquiera que fuera de Buenos Aires. Dijo también que ella era cama-adentro en una casa vecina y que al que se la hacía le daba plata que le robaba a los patrones.

—Yo no soy de Buenos Aires —dije balbuceante.

—¿Te interesa? —preguntó haciéndose el irónico.

—Vamos, ¿a vos no?

—A mí no, pero vos la podés engrupir, le decías que sos de aquí y esa babieca qué sabe ¿eh? ¿qué sabe?

—Claro, ¿qué sabe? —dije yo.

Caminando llegamos a Constitución. Las luces y la cantidad incontable de gente me dieron escalofrío. Cada vez que estaba entre mucha gente me acordaba que vivía solo, de golpe, y me daba miedo.

Volvimos muy tarde, después de tomar café en varios bares, y a la mañana siguiente no me podía tener parado en la tienda, se me cerraban los ojos de sueño y tuve que dormir una siesta, cosa que nunca hacía.

Por la noche esperé verla pasar por la esquina del bar. Estuve allí más de una hora cuidándome de que no me viera el Flaco, ni otro de sus amigos. Cuando la provincianita pasó la seguí media cuadra hasta que me animé y le dije medio al costado, medio atrás de ella:

—¿Querés que te acompañe?

—Váyase diga —contestó moviendo el culo y sonriendo, luego entró en un almacén y al rato salió sonriéndome como si ya nos conociéramos.

—Espéreme en la esquina —dijo—, dejo las cosas y salgo.

Esperé y al rato salió y se tomó con gusto de mi brazo. Caminamos mucho hasta que la empujé a un baldío. Estoy tratando de poder parado, cuando levanto la vista y veo sobre el baldío, en un balcón, a un viejo que mira como desde un palco y agita la mano en forma de prometer castigo. Puteo fuerte para hacerme

el hombre y salgo casi arrastrándola de miedo a que el viejo baje y nos siga.

Excitados, juntos recorrimos calles interminables, oscuras, hasta llegar a una que estaba cortado el tráfico. Un zócalo en una parte oscura. La puerta de una casa abandonada.

Allí terminamos terminando abrazados y jadeantes. Eso fue todo y varias veces que salimos fue lo mismo, contra una pared u otra porque ninguno tenía plata ni edad para ir a un hotel.

Nos perdimos de vista de la misma manera que nos habíamos encontrado. Un día no pasó más por esa esquina, no vivió más donde lo hacía hasta entonces y yo nunca supe nada más de ella. Pasé dos o tres meses solo. Caminaba por la calle mirando a las parejas y me detenía frente a todas las vidrieras. Vi y supe precios de pipas, cartuchos, revólveres, enaguas, camas, veladores, cuadros feos, en las vidrieras de toda la calle Entre Ríos. Supe los precios de los objetos más increíbles. Mi incursión llegó a Corrientes, y miré y compré libros de todos los tamaños en mesas que tenían un cartel: Oferta, desde $ 2,50. Conocí y supe que muchos hombres habían escrito libros de títulos feos, de páginas amarillas y que esos hombres no serán conocidos por nadie. Por la falta de plata me nació un humanismo raro: compraba libros muy feos y desconocidos y los leía en largas horas que pasaba en el bar Julio cuando no sabía que hacer. Conocí a hombres que hablaban de soledad, moral, pena, gloria y le cantaban poemas a las madres pobres y con hijos muertos en guerras que nunca habían ocurrido. Poemas que cantaban a mujeres bruñidas como plata y a hombres malos como el diablo.

Cantos a mendigos que no tenían ojos, ni piernas, ni cerebro y se retorcían en las calles frente a la mirada aburrida y cansada de los que pasaban junto a ellos sin detenerse. Busqué otros libros feos. Libros sobre la justicia que no se cumplía, la policía que no defendía a los civiles buenos, etc., etc. No escribí una línea en todo ese tiempo. Ya se había dicho tanto, pero tanto, que seguir diciendo algo era ser tonto, perder el tiempo.

Volvía a la pieza donde Busini, mi compañero, escribía novelas de la selva y dibujaba leones que tenían los dientes más grandes que las patas. Quería ser un cazador, un héroe potente y

sin alma, pero en realidad era chiquito y nervioso con venas que se le inflamaban en el cuello cuando se excitaba con la idea de un safari que llegaría hasta el más recóndito rincón de la selva más increíble. Un día me enseñó la novela que había escrito en los últimos dos años. Allí se narraba la vida de un cazador hundido en el Amazonas en compañía de una mujer rubia y exuberante como las que ilustran las tapas de Corín Tellado. Cada vez que él la quería besar aparecía un león furioso o una serpiente maligna o bien un elefante loco que el cazador mataba de un tiro empujando a la rubia sobre unos arbustos suaves como lana.

Yo me tragué toda la novela esperando que el cazador poseyese a la muchacha, pero nada, y por eso deduje que Busini era el cazador, la rubia una fantasía y la selva el mundo que nos rodeaba. Busini era tucumano, chiquito, hambriento, sin trabajo, solo y masturbador. Él odiaba a Buenos Aires de la misma manera que yo lo quería. Buenos Aires era la anónima libertad, para mí, mientras que para él era la muerte anónima, sin salida. Después que lo conocí, Busini me resultaba un personaje inofensivo, pero antes no. La primera noche temblé como hacía mucho que no temblaba, cuando se puso a impresionarme con su bata verde y su actitud de profeta maligno.

Con la Biblia entre las manos recorría la pieza repitiendo: Vanidad de vanidades, todo es vanidad, o bien: Aquel que no esté conmigo está en contra mío o Macho y hembra los creo o aún: Yo no he venido a poner la paz sino la espada. Tenía la Biblia entre las manos pero no la leía: la miraba y repetía eso mecánicamente. Yo nunca supe si esto estaba en la Biblia o lo inventaba, pero la Biblia con el poder negro, cuervo, que tenía sobre mí, hacía más tétrica la escena.

—¿Usted quién es? —dijo esa primera noche.

—Soy Germán.

—¿De dónde es?

—De Junín.

—¿Qué hace aquí?

—Me fui de mi casa.

—¿Para qué se fue de su casa?

—Para trabaj...

—¡Ja! ¡Ja! Lo mismo hice yo, pues, sí, sí, exactamente lo

mismo, chico, pero ya va a ver, ya lo verá usted mismo, amiguito; no tenga duda de lo que le dice éste —se señaló el pecho—, que yo tuve su edad y sus ilusiones; ya va a ver cuando pase un mes y se queda sin un peso, sin trabajo, porque difícil que consiga y si consigue lo van a echar, sin amigos, como dije, sin trabajo, sin mujer, solo, sin nada; yo también me vine de Tucumán con las mismas ilusiones, ya va a ver, chico... ¡Ja, ja! La verdad, pues, que la experiencia de uno no sirve; otros, como usted, cometen las mismas pavadas, ¡ya va a ver!

—Sí..., sí, sí, señor —y me tapé temblando para no escuchar más. Esa noche le tuve miedo, pero ahora no: ya saqué carnet de pensionista y trabajo de hombre; ya no le puedo temer a él ni a sus resentimientos. Está mansito y caído sobre la cama esperando un pedazo de pan, un mate, algo, que le alcanzo con bronca. Yo no quiero hablarle, pero necesito hablar y si él está cerca, ¿qué más da?

Ahora lo veo por la noche clavar el cuchillo sobre la mesa de luz, después de revisar con una linterna todos los ángulos de la pieza, a la vez que dice: Todo en orden; dormir; ¡hasta mañana! y se esconde entre sus frazadas.

Él cree que estamos en un campamento o algo por el estilo. Muchas veces lo encuentro gateando por el piso como si buscase las huellas de un animal; al verme, se disculpa diciendo: Perdí las ballenitas. Yo le doy unas ballenas que él no usa para nada, porque en verdad no las necesitaba. Con Busini nos hemos asimilado sin problema. Yo me tiendo sobre mi cama y lo miro hacer una cosa u otra sin preguntarle nada. Cuando quiere me muestra un dibujo o una página escrita y yo leo o miro con atención y luego lo devuelvo con palabras que explican mi acuerdo con lo que me mostró.

Desde que llegué respiro la pensión como una espera: algo grande, chico, deforme, insignificante, va a ocurrir conmigo. Me miro en el espejo y me encuentro distinto y eso me hace bien; yo no quiero ser más como fui hasta ahora.

—Tiene que irse, Busini; ¡le doy una semana! —grita la dueña de la pensión igual que la semana anterior. Frente a ella, en la sala de espera, está Busini. Él baja la cabeza, la mueve, mira para ver si lo ven y vuelve sus ojos sobre los ojos de la

dueña, que empiezan a perder su furia. Después entra en la pieza diciendo:

—¡Hola!, ¿qué tal, cómo va, compañerito? —y mira sobre las mesas buscando los restos de lo que pude haber comido antes. Es muy poco lo que como. Salto de la cama y le muestro el calentador de alcohol sin decir nada. Él me mira hacer. Luego saco un paquete de nueces que me regaló Talia y le propongo tomar mate con nueces a condición de que él cebe.

—Tiene alimentos —dice sonriendo y empieza a vaciar el mate sobre una hoja de diario. Yo me tiro en la cama y empiezo a hojear un libro que tiene escrito en sus páginas ideas sobre la muerte.

—El año pasado —interrumpe— a esta misma fecha estuve preso, ¿sabe?

—No, no sé —contesto y cierro el libro sin resistirme.

—Fuimos con un amigo —cuenta animado, mientras rompe nueces con el cabo del cuchillo que clava por las noches en la mesa de luz— al Zoo para sacarnos una foto cerca de un león hermoso, africano, que había en la cuarta o quinta jaula desde la entrada. ¿Conoce el Zoo?

—Sí, lo conozco.

—Bueno, ¡ja, ja!, yo llevaba un pantalón de caza debajo de este mismo, justamente, y al llegar frente a la jaula me puse el casco de corcho que llevaba envuelto en un diario, debajo del brazo, y me saqué el pantalón, éste, justamente —dice tirando de una pierna del pantalón— y la gente, ¡mire que es estúpida!, empezó a reírse y a gritar y después vino el guardián con prepotencia y yo le dije: Un momento, amigo y el guacho llamó a la policía... Nos llevaban y la gente gritaba: ¡Locos, locos! ¿Sabe qué humillación? La gente —dice filosóficamente— es estúpida: si uno no hace lo que hace todo el mundo, está molesta; claro, carneros, ellos no harían eso; pero, ¿por qué? Porque tienen miedo. —Se calla para alcanzarme un mate y luego empieza a mirar una revista con ilustraciones. Yo, por mi parte, miro un barco que está en el almanaque, hundido, sin muertos ni heridos, en una hermosa llanura de témpanos.

Lo que no puedo explicarme es por qué yo estoy allí traba-

jando hasta la noche, subiendo las escaleras de la pensión y charlando con Busini.

Busini me estaba cansando, cuando a la dueña se le ocurrió la hermosa idea de cambiarme de pieza.

En la otra pieza estuve varios días solo, al costado de la cama donde por el momento no vivía nadie. Un día estaba lavando ropa en la azotea y apareció el Rubio. La dueña caminaba con él al costado, que arrastraba unas valijas enormes. Allí me lo presentaron y ocupó la cama que había estado vacía junto a la mía.

Esa noche estaba intranquilo con los ronquidos del Rubio. Levanté los ojos hacia el techo y busqué una forma humana en las manchas de humedad. Minutos después encontraba a un viejo de barba que me miraba. Nos miramos hasta que me dormí y a la mañana siguiente lo busqué, pero el viejo ya no estaba allí.

Conozco a otra chica, salimos, nos dejamos de ver y voy convirtiéndome en el personaje central de una comedia que se llama Yo. Yo soy Yo. Y yo es una bagatela insuperablemente terca y despiadadamente vacía. Yo no salgo afuera del Yo a buscar otra meta, otro oleaje, otro mar de otra cara que llegue a la tierra.

Siempre me confundí en los libros para ir después a encontrarme en las personas: sin libros no hubiese visto a nadie y sin nadie no hubiese entendido un libro. Estoy alegre y salto en plenos inviernos de camas calientes hacia innumerables canillas que enfrían las orejas. Vivo en un paraíso llamado Buenos Aires. Soy yo mismo, pienso. Diez millones de idiotas dijeron esto, pero ese yo-mismo no nace en cada mañana y es como el cuadrito de Belgrano en el cuaderno: no significa nada. Cada acto tiene que hacer el yo-mismo como los callos se hacen en la mano que da fuerza al martillero. Pero, qué acto con este frío. Qué acto en este invierno cuando uno asoma la nariz de la frazada y descubre los pasos que hacen tric, tric, sobre las baldosas de la vereda escarchada. Los colectivos que se deslizan en la niebla de la mañana sin sol. Qué acto en este cielo opaco de humo y humedad. Buenos Aires no es un paraíso; pájaros alocados recorren la mañana, la noche, silenciosos. Qué plagio es esto, silenciosos

como las nubes, mientras yo despierto de un salto mirando las paredes.

El Rubio, que había regresado a la madrugada, ronca como un loco. Las medias sucias de ambos despiden un olor fétido y las sábanas toman un gris ratonado de mugre en la débil luz que prendí para mirarme la carie de una muela. No puedo dormir; es como si la carie tuviese un gusano espeso que presiona allí, sin detenerse, hasta querer reventar en la media cara. Todos los inviernos viene ese dolor y todos los veranos se va; por eso en los veranos me olvido de sacarme las muelas y en invierno no tengo tiempo de hacerlo.

Sobre la mesa está el pantalón y la camisa con el cuello sucio. De un clavo cuelga la corbata. Me pongo todo eso en la semioscuridad y salgo a lavarme los ojos con las manos pegoteadas de mugre porque hace varios días que no veo el jabón.

En mi fea vida empiezo a dibujarme la cara de Mirta y pienso que ella está muy bien, allá, en Junín, terminando su secundario.

Ahora nadie puede negar que yo caminé tus calles, Buenos Aires, desde el norte al sur con dos piernas, sin detenerme a pensarte nunca. Una sola reflexión y te me venías abajo, pobre ciudad.

Alguna vez, mientras el Rubio roncaba, traté de dibujar sobre un papel los posibles caminos de Nanina. ¿Toti? ¿Peti? ¿Naty? ¿Tete?: cuatro hermanos. Con un poco de suerte las cosas hubieran sido rectas. Aquí en Buenos Aires empiezo a conocer historias rectas: crecen en la casa, se casan en ella, vienen los padres del novio o de la novia, según el caso. Viven con los padres o alquilan su departamentito si es posible en el barrio. La madre del novio, ya suegra, da a su nuera embarazada lecciones sobre el embarazo. Si se llevan mal se reconcilian en Navidad o a fin de año o el primero de año. Viven sus ritos mortales con pasión de primitivos suicidas. Los caminos de Nanina en cambio (¿por qué no decir los caminos de nuestra libertad que no pudo ser?) se enriedan los unos a los otros, se tropiezan, se mezclan, se disuelven, se ensanchan, se funden: son caminos como el interior de un árbol simple de afuera y desde el interior de su copa trenzado en sutiles laberintos de ramas,

hojas, troncos muertos y brotes que reverdecen en cada primavera. Esto es una imposibilidad: la historia de una imposibilidad donde la mayoría de actos significativos se presentan y pesan por su ausencia. El lobo estepario, Demián y un cuento que comienza así: Yucar era un gigante perdido en un valle poblado de imaginarios monstruos. Un recuerdo literario: *si no la infancia, ¿qué había entonces allí que no hay ahora?* Peti sigue en Junín junto a mis padres. Atrapada, despavorida, fundida en ellos como si nunca hubiera traspasado los umbrales del cuerpo de mi madre. Ella, mamá, más vieja según sé. Papá imposible y deambulante como un muerto en vida, según se dice. Nanina es la imposibilidad de ser. Una raíz neurótica, un brote de mortal aburrimiento, un asalto de la memoria a la razón. Uso palabras que no entiendo. Me congelo de noche, bebo agua y soda y coca-cola. Siento la extrañeza. La flotación del mundo y de mi vida en él. Pienso y enmudezco mirando el cielo. Se me ocurre la historia como una infinita discusión consigo misma: una discusión llena de barbaridades, pero que sin embargo elegimos. La historia es nuestra casa. La fuerza poética del mundo. Escribir. Bares que no sé qué son: hombres que miro sin entender: gente que me mira con enojo, con deseos, con simpatía. Miro y me ven cada vez que miro. Pero ese otro que me devuelve la mirada soy yo.

Cierta tristeza por los caminos de Nanina que yo no tuve que vivir ni sufrir: cierta cosa inevitable en los caminos de ella que viven y sufren Peti, Naty, Toti: pero de alguna manera todo es un disparate. Hay algo absurdo, cómico, en cada drama. Un malentendido que reduce a polvo las más crueles muertes. Soñar es natural y andar por la calle es un absurdo. Si yo me detuviera a contemplar la oscuridad de un rostro moriría sin despegarme de él. Moriría en silencio: pero puedo nombrar las cosas y eso me hace bien. Digo colectivo y gente. Puedo probar esto: subo a los colectivos y allí efectivamente encuentro gente. Nadie tiene mal olor ni es feo: el conjunto tiene un solo y fuerte olor que es por lo demás, impersonal. Otro recuerdo literario: ¡tanto tiempo mirando este universo, su forma familiar de estar vacía, sus puntos luminosos, ¡sus derrotas!

Cuando los subtes no funcionan hay más gente en los co-

lectivos. Allí nuestra rareza es evidente: no solamente la rareza de nuestras ideas, sino también de nuestro cuerpo, de nuestra forma. Estamos llenos de arrugas alrededor del ojo: estas arrugas forman una estructura y más arrugas otras estructuras que enlazándose entre sí forman uno de nosotros. Nuestro exterior, su volumen, nuestra forma de ocultar ciertas partes del cuerpo, nuestra forma de negar los roces, de eludir, de no dejar que alguien desconocido nos aborde. Lo que más me extraña es mi nuevo apetito de vestirme como los demás, de disolverme en ellos para luego resurgir moderno e igual a todos, pero con mi forma particular de llevar el pantalón, de inclinarme sobre la modernidad. Nuevamente sin trabajo. Regreso de todos los disparates, de todas las memorias de otros tiempos y pienso en mi posibilidad de vivir. El Rubio ronca y dejo de leer pensando en el toque de Clarín. Bajo las escaleras y voy al bar y marcaré otros avisos, de la misma manera que sé que ese día no conseguiré trabajo.

Cuando las figuras, a través de la ventana del bar, se vuelven grises y pausadas, como si caminaran en cámara lenta, significa que el sueño está volviendo opaco todo lo que me rodea. El sol entre los edificios se vuelve intenso, húmedo. Un sudor levantándose, un globo de sudor dispuesto para un ascenso que le permitirá reventar luego en el centro mismo de la ciudad. Los primeros reflejos del sol tienen algo de aguja, acusan a los ojos, se retuercen entre las patas de la mesa: un oleaje de calor sube por el cuerpo, las piernas hormiguean y uno no quisiera levantarse jamás, por esa mañana, de un bar hacia un trabajo. Me abruma el mundo cuando duermo mal. La mañana se estira sobre las cosas como una capa pegajosa de miel: y mis pies son compactos y oprimentes. El café en la garganta áspera de cigarrillo. Los kioscos de diarios y revistas, los bocinazos y frenadas. Se anonadan, se amontonan, hay una certeza loca en un juego agobiante con miles de derrotas. Los hombres que esperan precios y horarios con sus portafolios, sus mamelucos, sus trajes ajados, sus camisas obreras, sus pantalones de trabajo, su peinada de amanecer semanal. Mujeres empleadas, mujeres del mercado, mujeres de sus casas, como quien dice animales de sus cuevas. La calle es sol: es imposible andar por allí: la calle

ya está copada por un sol sin intenciones que desparrama sobre el mundo lo que de él se desparrama porque sí. Si el sol nos apuntara, si las nubes nos cubrieran, si el planeta girara por nosotros: no, la indiferencia del cielo y la caída neutra del sol sobre las calles. La ciudad no termina por cubrir el mundo. O bien nada de ciudad y entonces el sol y el cielo cubriendo el cuerpo como un líquido. Leo poemas mientras cierro el diario. Miro la fecha de edición de un libro que compré en una librería de usados: hay una imagen de potro blanco, una vieja imagen, colocada allí como una estatua nueva. Hay palabras cursis, horribles, etéreas, llenas de muerte; totalmente disparatadas, disparadas del mundo de la calle. Pago el café y salgo. La ciudad es infinita y sin fronteras, o mejor es la infinitud de un millar incalculable de ínfimas fronteras.

Si uno aprendiese a mirar los huecos, las formas de las junturas de los mosaicos, de los ángulos de las paredes viejas, de los fierros oxidados y verdes de los subtes: si uno aprendiera eso no terminaría jamás de conocer 50 metros de ciudad. Es como si toda la estructura del mundo estuviera oculta en las figuras variadas de una pared sin revoque. El sol decididamente es la mañana acosadora hasta el martirio. Mis pies comienzan a humedecerse dentro de los zapatos. Son las medias de nylon, las malditas medias que queman los pies, los deforman de olor contra el zapato. Los ojos gravitan bajo el sol como si ellos sostuviesen todo el peso del cielo: veo la Casa Rosada de los presidentes, el Cabildo histórico, edificios con mármoles perforados por las balas, la plaza y las palomas. Estoy en una esquina y mirando hacia Bolívar por entre las columnas del Cabildo creo que estoy en otro tiempo. Un mundo a la luz del día y totalmente cerrado a todo lo demás. Hasta un lustrador de zapatos con carteles grandes, con un banco demasiado alto, con una mirada vieja, con un cabello blanco y largo, unos pantalones rayados, hasta ese lustrador me parece un hombre petrificado desde la época de Rosas. Trabaja allí, debajo de las columnas perforadas por las balas, y las palomas que lo rodean, picoteando junto a él lo sacan de este tiempo, se lo llevan ¿qué tiene que ver esto con el Clarín? Un amigo me contó que una vez lo vio a Borges caminando por aquí: me lo imagino despertando a esto

para hacerlo desaparecer como si él mismo lo soñara a todo. Serían las Ruinas Circulares. Se encontraría flotando sin mundo, se perdería, no tendría Clarín para guiarse: sería la definitiva cobardía de Sur, un desafío de mármoles perforados, Casa Rosada, Cabildo histórico, que él solo podrá enfrentar hacia la muerte. Macedonio Fernández podría correr los techos de lugar: el Cabildo con la gigantesca losa del edificio de mármol perforado, ese edificio con el pobre techo del cabildo, el techo de la Casa Rosada flotando sobre el río y ésta con la fuente de la plaza como techo. El agua de la fuente, el viento, caería sobre los escritorios presidentes, y las cosas serias de la patria argentina se borrarían mojadas de los cuadernos de los chicos que regresan del colegio, bajo una lluvia que les empapa el cuerpo.

Secretas fantasías mientras trato de ubicar el número y la calle de mi esperanza de trabajo. La calle Bolívar me asombra. Esos edificios tienen algo de estar durmiendo bajo el sol, algo de estar agazapados sobre el tiempo presente. Podrían caminar un día: al levantarnos los encontraríamos quizás recostados junto a la Costanera tomando sol a pleno pulmón por sus ventanas abiertas. Sentimientos antropocéntricos: aprendo esta palabra y la dejo de lado por un tiempo. Toda la ciudad es ahora una maqueta vista desde una terraza alta, como yo la vi una vez, y la gente un hormiguero caminando por las calle como yo camino ahora: al caminar viene el calor que por las noches se encajona sin trámites en la pieza y hace surgir de las paredes un vaho de muchos alientos adheridos, tantos como los que habitaron esta pieza de pensión.

Pero ya no está Macedonio Fernández y aquí la calle Bolívar vuelve a ser lo que es: un amontonamiento de edificios pulguientos, de negocios rapaces, de oficinas oscuras, de humedades ocultas. La Casa Rosada de los presidentes queda a mi espalda, también el Cabildo histórico con sus rejas, su facha de cosa de colegio.

Niñitos dibujarán el Cabildo, la casa de nuestra libertad; en el Cabildo —decía la maestra mientras lo trazaba en el rectángulo oscuro del pizarrón—, fue el lugar donde los patriotas abnegados nos dieron la libertad. Dibujaba con mi regla: un

Cabildo amarillo, marrón y verde como un payaso de circo. Muy bien diez, niñito García, deberías estar orgulloso: estaba muy orgulloso con mi Clarín en el bolsillo caminando hacia el posible trabajo. Las Lecciones Preliminares de Filosofía de García Morente me daban vueltas en la cabeza. Las mónadas de Leibniz me confundían. Para mí eran como pompas de jabón. ¿Y qué era la mónada ésta? un subproducto de la gran mónada que era Dios. Eso entendía, pero eso era no entender. Y luego Kant, Crítica a la Razón Pura, Crítica a la Razón Práctica (citadas por Morente). Pero yo jamás entendí la filosofía en forma diurna. Hacía de ella sueños, metafísica, metamorfosis, objeto y subjeto, interacción, absoluto, trascendente, la nada y el todo, el ser óntico, madre mía, cómo me excitaban estos duros pilares del idioma. Ontológico, óntico, octavo, ochava, hojarasca, hojalatero, ojalá ¡ojalá entendiera algo de esto! Todo esfuerzo inútil. Óntico camina metafísicamente por las calles alienadas, sobre todo alienadas, esa palabra era hermosa. Alienación, enajenación. Descripción fenomenológica, ponerse entre paréntesis, reducción fenomenológica. Muchas veces no entraba en mi alegría. Seguía un texto sin entender y de golpe ya sobre el punto final, todo se me aclaraba, la fantasía tomaba su forma definitiva y yo salía feliz de la pieza hacia la calle. Entender es superar lo entendido. La libertad es el manejo de la necesidad: la plusvalía. Ojo. La plusvalía. Ojo. Ojo. Lucha de clases Era inevitable. Te largues de donde te largues siempre caerás en lo cotidiano, —algo así dice Miller, según me dijo Gregorio.

No tenemos nada que perder y un mundo que ganar. Ojo, ojo. Pensaba: si no tengo nada, tengo la vida, ¿acaso no es nada que perder? Desnudo en el mundo puedo perder la vida. ¿Sí? ¿No? No, no quiero perder la vida: aún desnudo en el mundo, quiero estar desnudo y vivir en él. Cierta certeza de que se puede salir de todo. Vuelvo a Leibniz, a Morente, a nada: entonces descubro los poetas. Leo poesía y escribo poemas. Soy poeta y no tengo nada que perder, pero tampoco deseo ganar nada. Leo budismo-zen. La Doctrina Suprema de Huber Benoit. Me gusta: el Zen y el arte de los arqueros japoneses, otros textos que ya he olvidado. La libertad primera y última de Krisnamurthi. El aullido de Guinsberg, El Ángel Subterráneo de Kerouac. El

Ángel Subterráneo es un título maravilloso. No podía ver la entrada de un subte sin recordar el Ángel Subterráneo de Kerouac. Heráclito era un nene para entender a Buenos Aires. Nadie tenía claves para la ciudad, y menos que nadie yo. Ni Platón, ni Arlt, ni de Plutarco a Aníbal Troilo (Juan Mazzadi) se podía encontrar una sola clave. Todos signos muertos, todas palabras caídas en el vacío, todo un lenguaje insignificante de significados. No la frontera de la patria, ni San Martín, ni Belgrano, en todo lo mismo, la misma mudez. Yo era la ciudad inentendible: yo no tenía signos, deambulaba (ya conocía a Santana) por la calle Corrientes. Bares atestados de gente con libros. Muchachas agresivas y estereotipadas como demonios. Muchachos llenos de misterio. Gente que gesticulaba un lenguaje flotante, yo entre ellos. Discutíamos por la madrugada hasta el día siguiente.

Uno explicaba conceptos sobre la mala fe y dejaba mal parados a todos: fumaba y miraba por la ventana como diciendo, así es nomás mis queridos analfabetos. Nosotros lo mirábamos con desesperación. ¿Es así? Así es analfabetos enloquecidos. La mala fe. La doble y hasta la triple mala fe general y desarrollada. La alienación en un palabra. La clase en sí y la clase para sí, para ser más preciso. Más concretamente. ¡La lucha de clases metida hasta en el jugo de los bombones! —exclamábamos ya desorbitados. Sí, sí, hasta en el jugo de los bombones. Parece cosa del diablo. La madrugada. Caminata hasta la plaza San Martín, panza arriba mirando las estrellas en el fresco del pasto de la bajada hacia Retiro. El reloj de la Torre de los Ingleses. La ciudad luz. La nombrada y ansiada a través de las radios. Llegaban a Junín los diarios con fotos de manifestaciones, de huelgas: allá sí que se vive una vida de perro —decía mi madre. Pobre gente —comentábamos. Secreta envidia: qué hermoso ser uno de esos perros apaleados por la policía en una manifestación de la gran ciudad. Salir muerto en los diarios pero salir en ellos. Vivir en la misma ciudad del destino de todo. Allí, la ciudad luz, la casa de gobierno, todos los ministerios, todos los artistas, todas las películas. Había los que aseguraban que en un viaje habían visto a Hugo del Carril por la calle. ¿Hugo del Carril por la calle? Sí, era él, yo lo vi con mis propios ojos. No había misterio,

asesinato, puta, drogado, contrabandista que no estuviera en la ciudad luz. Los chorros, los carteristas, los inteligentes engañabobos, todos de allí. Mejor dicho de aquí, de la gran ciudad en la cual vivo yo. No se puede decir que no triunfé. Todos esperaban mi regreso y aún hoy, 22 años, estoy aquí.

Pero es necesario que esa mañana termine con un trabajo para mí. No voy a poder seguir adelante si no ocurre eso. Nuevamente el cuerpo luminoso de mujer suspendido en mis ojos mientras camino: despliega sus ojos y descorre una cortina al infinito. Es suave y va vaciando el cuerpo en su propia forma como si lo modelara a cada paso. La veo venir hacia mí, me inquieto, pero ella me traspasa sin dejar huella en mi cuerpo. Nuevamente la falta de huellas. Nadie podrá creerme, nadie podrá creer jamás en mis palabras. Yo como Toti mentiroso a muerte. El luminoso hundido entre la red de sus prejuicios ve pasar el sol como una luna apagada por entre su cuerpo. Cuando más brilloso más frío, cierta forma irregular de llevar el ojo endurecido de pintura el rostro oculto en la pintura y también los labios. En mi bolsillo un papelito con la anotación del Clarín que arrojo, con ruido metálico, entre los coches indetenibles y temibles: LA BOLA DE PAPEL LE BRINDA UNA BRILLANTE OPORTUNIDAD. Llegué a un edificio con mármoles sin agujeros de balas y me trasladé a un séptimo piso por un ascensor muy rápido. Era demasiado temprano y me puse a leer un libro: Hombres con *clarines* relucientes debajo del brazo llegan para acomodarse en los rincones de la sala de espera. Una sola brillante oportunidad para muchos, demasiado, oscurecidos que buscan por la ciudad brillantes oportunidades. La hora neutra del *clarín*: la madrugada. Un son sordo para los elegidos por la pobreza. Una palabra repugnante: pobreza. ¡Oh la vida de los hombres pobres que deambulan por la hora neutra de la madrugada en busca de su pequeño anónimo clarín! Avisos clasificados. Secciones de los avisos. Plomero, albañil, aprendiz, retocador, modelador, mecánico, cadete, cloaquista, tornero, ingeniero, hombre culto, buena presencia, hombre de buena presencia: hombre. Agrimensor, inversor, calculador. La hora neutra entre el día y la noche: un chicle de una hora de duración en los relojes. Entonces las putas se encuentran con los solitarios, los que buscan trabajo con los que

huyen del trabajo, los que se deshacen los ojos con los que buscan anteojos: en esa neutralidad igualados por el anónimo del gusto a ceniza que el aire guarda para las madrugadas. Ya es tarde: 9 horas 15 minutos. El reloj de la sala de espera y el esmero gratuito de las corbatas sobre los cuellos gastados. La comunidad de los que quieren tener deberes para soportar los derechos: hay más derechos que deberes. ¡Queremos papá! Hombres malos que nos manden pero que nos dejen la libertad de vivir, el gusto múltiple (que se forma en el paladar de los que obedecen). No gracias, no hay interés. No es nada más que mi temor: perdón. Fantasías de muchacho provinciano, porque parecen que necesitan muchos. Nos hacen pasar a una especie de aula con asientos y un pizarrón, contra la pared, detrás del escritorio.

Una vez que todos nos hemos ubicado por indicación de una empleada que no es cuerpo luminoso, ni siquiera mirada luminosa, ella sale y entra un gordo con cara de largo automóvil y cabellos cortos.

Sonreía paternalmente. Germán lo miró con su rostro colorado y pensó que él podría salir de las cosas sin el gordo. Se paró, se balanceó y no pudo tomar impulso. Germán quería escapar. Faltaba solamente que el gordo dijera: buenos días niñitos —y ya estábamos todos de cabeza en la escuela. Niñito Germán García si se va llamo a su papá. Me senté. El gordo apoyó su mano ancha con anillos de varios colores sobre el escritorio. Tosió, sonrió, caminó, miró, gritó, y se fue apoderando la atención de todos los niñitos flacos, bajos, altos, sin dientes, con sus respectivos *clarines* en el bolsillo. Parecemos una orquesta con tantos clarines, pensó Germán, la banda militar de Junín. El calor después del desfile el hombre intendente que hablaba de San Martín, el padre de la patria. La Patria, una verdadera mujer-madre para todos los hijos nacidos en esta tierra. Los guardapolvitos blancos de los niños mentirosos. Las pampero-suelas-de goma prohibidas en los desfiles. Hay que comprarles zapatos a los cuatro —decía Blanca, mi madre. Nanina sobre el pasto. El gordo borrando todo, de banco en banco, de silla en silla preguntando: ¿su nombre? ¿su nombre? para decir bien, bien, está bien. Como si cada nombre le resultase particularmente agradable por alguna razón desconocida por nosotros.

Buenos Aires es de cartón, de propaganda, Buenos Aires no existe: Borges tiene razón. Los laberintos, las ruinas circulares, los fragmentos de enciclopedia, los falsos hombres de las falsas esquinas, de las rosadas y falsas pinturas. Borges con Nanina, Borges con ficciones, con la historia universal de la infamia. Borges como un chico: un hombre viejo, casi ciego, tambaleante y extraño que muchas veces recorre las calles acompañado de una mujer flaca y con canas o de una mujer joven. Lo seguí una vez varias cuadras y para mi sorpresa, mi dolor era uno más entre la gente. Todo eso es mentira y el gordo habla de no sé que cosa que es de interés de todos, de no sé qué futuro cuantificado que nos ofrece con las manos abiertas, de no sé qué porvenires prometidos en un rapto de comunicación-relaciones-públicas.

Esta historia. Este gordo. Este Borges. Estas bibliotecas, vidrieras, calles: este mundo convertido en espectáculo. Mientras no muera, hasta la muerte de los otros será un espectáculo para mí. De espaldas a nosotros, frente al pizarrón, el gordo dibujaba cuadrados con tiza blanca: en cada cuadrado ponía un nombre de barrio: Constitución, Chacarita, San Telmo, Avellaneda, mientras decía: esta organización se dedica a la recolección sistemática y motorizada de papeles en las casas de Buenos Aires, Gran Buenos Aires (¡gran buenos aires!) y hasta en el interior del país. Metió una mano en el bolsillo haciendo desaparecer los anillos, vamos de casa en casa, de puerta en puerta, de timbre en timbre de rincón a rincón del país sin restricciones de zona, barrio, casa, rancho, etc.... nuestros camiones especializados en este tipo de trabajo recorren la capital (¡la capital!) y el interior durante el año entero, sin desmayo ni espíritu caído, siempre adelante, esa es la misión que tenemos que cumplir y la cumpliremos, siempre adelante para que nadie diga alguna vez: LA BOLA DE PAPEL NO CUMPLE. Una ansiosa y emocionada expectativa reinaba en el aula. Cada camión —siguió— tiene una zona inviolable que actúa con sus agentes inmediatos, mejor dicho mediatos, mediatos, mediatos: eso, agentes mediatos, señores, serán ustedes. ¿Nosotros? Nosotros agentes mediatos, así de buenas a primeras. Es la mirada de Dios que nos marca el destino. La gran mónada de Dios que baja sobre el techo del edificio. Nosotros así, sin nada, con los clarines mudos, de pronto seremos Agentes Mediatos

en zonas Inviolables: la palabra inviolables me dibujaba fusiles y granadas en el uniforme también dibujado por la misma palabra. pastilla de mentol en los bolsillos. Jamás había tenido guardia, engañando? Me puse en guardia. Bajé la guardia y busqué una estaba chupando una pastilla de mentol como un babieca. Todo Inviolable, quiere decir soldados, hombres fuertes. Zonas, camiomó en la lengua que chupaba la pastilla.
nes, tanques: ¡qué lenguaje! ¿Tanto de golpe? ¿No nos estaría el lenguaje de zonas, mediato, inviolable, camiones, se me desplo-

La capital y el capital
se fueron a capitalear
y aunque todos estaban mal
nadie los iba a matar

Ya pensaba disparates, ya era un chico: ya perdía el contexto y no podía atender al gordo. Como siempre volaba. No, siempre no. Es un estereotipo metido en las palabras. Siempre no volaba. No, no vuelo cuando quiero sino cuando me empujan. Sigo descendiendo. Cada vez más chico: es terrible. El pecado si hay alguno, no es haber caído de Dios, sino haber caído precisamente en él, su caprichosa mónada. La historia no se teje con algodones, se teje con una bola de papel. Las bolas de papel del gordo: gordo bolas de papel, pija de diario. Gordo cuerpo de papel, pija de secante prensado. Gordo de papel higiénico después de uso: gordo papel de mierda. La historia, niños, no se teje con algodones: la lección —dura lección— dura hasta la muerte. Las grandes tejedoras de la historia siempre, al terminar parecían escuerzos por la fealdad de tanto tejer la historia, se hacía sobre ellas. La bola de papel —seguía el gordo— es ya conocida por su eficacia. Ella trabaja con bonos, esos bonos tienen un número y si ese número combina con los de la lotería nacional el poseedor del bono gana un Ford último modelo. ¿Es claro? ¿qué les parece? Cada diez kilos de papel que reciben premian a la persona con un bono que deberá guardar para retirar el automóvil si sus números combinan con la última jugada de la lotería nacional. Creyó que había hablado demasiado e hizo una pausa más larga

que las anteriores. Sudaba. Todos sudaban. Sudábamos como monos debajo de una frazada en pleno desierto.

Es necesario irse, escapar en masa. Oh no, la infinita gama de susceptibles órdenes no permite tal cosa. Las pequeñas esferas del obedecer no pueden contra las grandes esferas del orden. Los múltiples, espesos, fuertes, invisibles cables del destino individual y colectivo. Esperamos que el gordo nos venda su porvenir de bola de papel. Ustedes ganarán treinta centavos por kilo, lo que quiere decir que si juntan cien kilos ganarán treinta pesos, pero si juntan mil ganarán trescientos pesos. Un entusiasmo grande había crecido entre los presentes. Algunos se reían del gordo, pero la mayoría soñaba con los mil kilos, con los vagones cargados de papeles. Una ciudad inmensa de papel y adelante el Agente Mediato y pequeño tirando de una soga. Barrilletes, diarios, revistas, caja de zapatos, forros de etiquetas de cigarrilos y las etiquetas mismas: ¡los mil kilos!

Un porvenir de mil kilos de papel por día, eso queríamos. Nos cargaron en un camión rojo, a plena ciudad y en pleno día. Nadie chistó, nadie se detuvo a mirar, nadie protestó, nadie gritó: ¡Campos de Concentración, no! Campos de Concentración. No sé qué es. Yo no conozco. Yo ser joven de Junín: yo querer cojer ciudad por medianoche, taxi por el caño de escape: yo ser joven: yo no tener más que películas del Oeste y policiales en la cabeza: yo no ser gran indio y copiar idioma a gran indio de la pantalla del Oeste. El gordo nos dijo que ahora estaba todo hecho: la empresa es de ustedes y está montada —y agregó—: allá en el treinta, esos eran años duros, recorríamos la calles con carretillas, con las manos endurecidas por el frío, ahora la vida es fácil, ¡adelante muchachos! Mis fantasías recorrían la cabeza: yo querer saltar del camión. Yo esperar que camión frene en esquina y saltar. Yo no ser indio y sentirme igual acorralado. Yo ser indio esquemático que sólo deformar idioma: cuando cruzo una calle más allá del olvido, una calle que no tiene ni calor ni silencio, cuando en los espejos busco una dualidad para mi forma, mis fantasías: un día el hombre agitando sus brazos aprende, logra ser tan liviano como un pájaro, nada lo ata a tierra y entonces muere. El camión no frena, no salta, no vuelca. Mis fantasías: un hombre sin herencia de rayo ni de furia, un hombre que no es un

volcán ni una montaña pero el camión no se detiene y yo vivo en una extensión toda cubierta, tengo los ojos grandes como un perro y además todos los días viajo en colectivo: conozco a Edgardo, a Cacho, conozco a Eduardo, un hombre que nunca tuvo fuerzas y soy dueño de libros. Dentro del camión los otros se ríen y fuman. Mil kilos de papel en los ojos. Las fantasías, por Dios, las fantasías; vi el sol caer sobre mí sin llegar a la tierra, también mi existencia interrumpía algo y el largo de mis pies dieron eterna sombra sobre un trozo de tierra. Y cuando logro saltar del camión ya estamos en la Boca, mejor dicho en el sueño: los hombres, los muros, las estatuas, los cantos, los tranvías, los pasos, las baldosas, los teléfonos, las calles, todos hermanos en la lucha, ¡fusilemos el tiempo! Recorro la Boca, el borde del Riachuelo y soy alguien sostenido entre las fantasías. La culpa de los libros. Si seguís leyendo esas pavadas te volvés loco. Sabiduría de mi madre: me habló de esta manera: si Germán en las calles aplasta un viejo, si llueve y no se aleja de la lluvia, si enloquecido un día levanta o muerde el puño, si lucha como un loco con el tiempo, si la muerte habita sus pulmones. Es el aire de la mañana. Estoy salvado, pero no quiero, no, ese no, que yo no querer, nadie llevó en su ritmo este ritmo que saturó mis sienes cuando crecí sin fuerzas bajo el golpe y la influencia de otros ojos. Seré un poeta, eso, un poeta: espero un cuento que no terminaré, no este invertebrado andar de mis caminos, no este canto inconcluso de mi aliento, no este tatuaje humano de las calles. ¡Poeta, el niño será poeta!

Camina por la parte del Riachuelo rectificado mirando barcos oxidados y mezclándolos con la fachada de una casa de importación y exportación. Barcos, remolcadores, lanchones, y yo no sabía si eso que yo creía barco no era más que una lancha grande. No hay hombre allí, ni un marinero, ni un estibador, el puerto de una ciudad abandonada. ¿La peste? ¿Una invasión de otra tribu?

La ciudad está copada, me decía, mientras que como un idiota me sentaba en el banco de una plaza. Las fantasías: pensar que no tengo bigotes ni botas de las que llegan hasta la rodilla y sin embargo escribo noche tras noche, sin cansarme. En una galería exhiben el esqueleto de un hombre que como yo, es curioso, escribía todas las noches, murió de una intoxicación de tinta

extraña con callos en los dedos de la mano derecha. Ya está, anotaré: un bicho refugiado en un baño ha perdido su dignidad de bicho, se esconde, arruga la cáscara cerca del orín que reconoce. Tacho y escribo: en todas las estaciones hay mendigos pero no piden nada, es que no esperan... tacho. A veces, cuando digo palabras amables y mis manos son tibias en el invierno, cuando veo mi sombra, cuando leo poemas y mirando los árboles o la niebla aprendo cómo llorar o estar alegre, sé que tengo estos días, que soy humano y blando, que tengo años y arterias restringiendo, que yo no lavo el viento, que lo lleno de miedo y de incompleto, entonces, en ese momento: ¡ya no quiero estar solo! Esto sí, lo guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Luego me siento sobre mi proyecto de poema como sobre un gato. Anoto: hemos hablado tanto que el mito de la lengua llena de justificaciones nuestros días con la absoluta autoridad de poseer más signos que un perro, de estar más solo que él: cuando uno se queda solo para morirse a sueldo sin un fin, sin buscar una aventura que nos lleve a otra tarde, otro momento, a la compra de un saco algo más bueno. Te besaré en la boca, te espero en cualquier parte: o un zapato con suela de goma, un zapato de marca con cuero de calidad, un verdadero zapato de los que no se encuentran a menudo, un zapato cosido con hilos extranjeros y plantillas enormes, o simplemente buenas plantillas que parecen enormes. Es el sol sobre la plaza, sobre el banco de la plaza, sobre mi cuerpo sin trabajo: en el andén de un tren que no es el mío, es decir que yo tomo a veces, estuvo una mujer que no es la mía. Tenía en sus espaldas millares de edificios y se hundía en la tierra que engendrara algún viento, hizo un contrato largo y lo llenó con vino u otra droga para poder llevarlo hasta el cansancio. Aquí estoy, he prefijado una muerte, inauguro los días como quien no seguirá la marcha o: no enarbolemos nada, que nos cubra el instante, que se pudran las banderas en el suelo, que se pudran las manos que tapizaron tronos y levantaron iglesias y ciudades: ¡no enarbolemos nada! ¡No, no será poeta! Comprendí que tendría que recorrer la ciudad vertical, sin detenerme ni doblarme nunca. Comprendí que tendría que haber muerto sobre un muelle cualquiera, sobre las avenidas anchas, nunca detenerme un solo instante.

Comprendí que sentarme a mirar la ciudad —y de paso anotar las fantasías— es el principio de un fin largo e interminable.

Supe que los que abandonan su horizontalidad en una pieza, luego lo hacen sobre el césped y un día se encuentran totalmente horizontales con el barro trepándole desde el costado del cuerpo, bajo cualquier lluvia. Con el agua chorreándoles desde el hueco de la oreja o bien picando y cayendo por el mismo centro de la nariz. Siete días después, nueve días después, treinta días después, Buenos Aires y la pesadilla de sus calles, el olor que nos brota desde las ingles y se mezcla con el que sube del nacimiento de los brazos: la pesadilla infernal de nuestro propio e inaguantable cuerpo, las interminables calles y el tiempo, el tiempo fragmentado en días contra la unidad de todo Buenos Aires. Los gritos insurgibles del trabajo enano y la muerte silenciosa entre el ir y venir de los tranvías en la mañana. El frío y el trabajo: el trabajo sinfónico sobre la muerte entera y agachada. El Martín Pescador de la derrota, un puente hecho de brazos y aceros. El hambre recorriendo la vértebra de arriba a abajo, de abajo a arriba, nublando la vista en las calles febriles, congeladas. El hambre tomando la dignidad desde la punta de los zapatos, irguiéndola hasta la cabeza para luego hacerla chorrear por la mugre del cuerpo hasta los pies. Un hambre pegajoso que ata la aventura de la calle, allí donde Buenos Aires es un cáncer. Mi pie húmedo es un acontecimiento cerca de una estación, del detenerse de algo, de algún canto muy frío y de la noche que nace a cualquier hora. Y en la calle el aliento de algún sueño, la tristeza de algún vacío oculto, la boca de los ojos y algún reloj al frío.

Siempre debería haber estado vertical, caminando, morir caminando en Buenos Aires, entre los barcos bajo la niebla, sobre una avenida ancha. La pesadilla se borraba y allí estaban los bordes concretos del banco de la plaza: nuevamente había sido engañado por mis fantasías. Nada más, me decía, nada más que un muchacho de afuera en un banco de plaza de ciudad, eso es. Tuve un amigo circunstancial que se paró frente a mí (quizás vio que caía cada vez más hacia un costado del cuerpo) y tomándome de un brazo me llevó hasta el bar, frente a la plaza. Tomé café con leche y un tiempo después le vi la cara. Cara sin barba y con el asombro que le producía mi relato lleno de fantasías. Salimos de allí

hablando de mis fantasías y tomamos un colectivo cualquiera. Yo no iba a nada, para ningún lado. Se llamaba Omar Barbieri, no lo vi más, él tenía el teléfono de un lugar en el cual yo no vivía. En muchas circunstancias como esas, en distintos bancos de distintas plazas, me había despertado llorando y regresando a Junín. Era como si ya entrase en el taller de Junín con la risa de todos aflojando el camino de mis pies. Mi mameluco gastado y los vales de cien pesos cada viernes me hacían llorar. Lloraba porque había empezado a retroceder y tener miedo, lloraba porque el lugar no existía en ningún lado.

No, no había lugar, pero mi drama personal de la desocupación había terminado y esto me producía alegría. Caminé por la oscuridad de las calles con una dirección apretada en el bolsillo. Amo el sol, las mujeres, la vida y las noches. Amo los colectivos y las lechugas de los mercados: tengo trabajo. Ahora el mundo es redondo, levemente achatado en los polos, el sol se desparrama sobre él con gracia de muchacha en una playa, los árboles crecen sobre el lomo del mundo para hacer de la aspereza del asfalto la fatigada entrada al paraíso: tengo trabajo. Dije anteriormente que mi alegría me parecía imbécil —la imbecilidad da fuerza a la metáfora— porque desde el momento que me otorgaron el empleo actuaba como si todo terminase allí. Como si en vez de empleo hubiera conseguido una jubilación a muerte. Algo había terminado y la alegría inundaba mi garganta como una mueca a la oscuridad de las calles: esa oscuridad de mediodía que forman los cuerpos, los colectivos, los autos, los viejos, los edificios, los estados de ánimo o de sitio, en fin, mi alegría era una mueca de todo eso. Me decía: lo importante es dejarse llevar por este momento más allá del pasado y tomar las cosas como si realmente empezase y terminase algo.

Cámara Argentina de Mantenimiento de la Propiedad Horizontal, una pared con un diploma —premio-de-eficacia— del año 1961, Buenos Aires, agosto de 1962, muy señor nuestro, la gerencia general, en la especialidad de Obras Sanitarias, tiene el agrado de dirigirse a usted para informarle que nuestro...

exclusivamente eficiente en lo que respecta al uso y colocación de wc, bidé, etc. . . . como así también la colocación, articulación, formación y diagramación de las distintas partes estructurantes de su *propiedad horizontal.* En la capital, ambientes exclusivos, servicio nocturno y eficiencia comprobada a través de 40 años de intensa e ininterrumpida actuación en la capital y sus zonas abyacentes, gran buenos aires, pequeño buenos aires, etc.

He leído, inventado, fantaseado cientos de cartas como éstas, he doblado cientos de cartas como éstas, he colocado en sobres abarrotados de propagandas cientos de cartas como éstas. Las 8 horas, día a día, manipuleaba papeles absurdos entre mis manos mientras los obreros sin changas se paseaban por un pasillo sucio y oscuro, con sus portafolios de herramientas sin usar y las miradas delirantes de sumisión y el cuerpo caído por el agobio de tantas plomerías sin ganancia.

Los dueños de la organización eran dos estudiantes de ingeniería que habían tomado el mando por defunción del padre italiano, inmigrante, luchador, ya muerto, etc. Solía ver a los changadores pedir vales adelantados. El estudiante mayor se bajaba los anteojos, sonreía: si le damos a todos estamos listos, es necesario que cada cual se acomode a las fechas de pago, ¿estamos? El que pedía se retiraba con un saludo silencioso. Los argumentos de niños enfermos, mujeres preñadas, pestes que desvastaban el hogar, almaceneros asesinos, alquileres y desalojos que escuchaba por día en cantidad, no conmovían al estudiante, que me decía, mientras yo doblaba los sobres:

—Si le damos a todos estamos listos; hay que disciplinarlos. ¿No le parece, García?

Y, sí, está bien. Veía la ciudad por la ventana y doblaba sobres más ligero para olvidarme que afuera estaban todas las calles enteras y ruidosas, con todas las chicas solitarias, con todos los gestos, las palabras: la vida misma.

Al llegar a Constitución me dejaba llevar con los ojos cerrados por la gente que corría por los pasillos angostos del subte, o de la estación. ¡Qué necesidad tenía entonces de no sentir asco por la gente! Iba robando el calor de los roces, entibiándome contra sobretodos, polleras, camisas, sacos, y tropezaba los primeros escalones de la escalera mecánica o los de la bajada a

la vereda de la salida de la estación. Cuando iba por el mediodía hacia el trabajo veía mi sombra a lo largo de varios metros sobre la vereda. También veía cómo muchos pisaban mi sombra sin molestarse y los ojos se me eclipsaban en las paredes, en los colectivos, como si ya nunca más me pudiera mover de ese lugar. Pensaba una ciudad que se inclinase y abriendo sus compuertas nos arrojaría a todos al Río de la Plata y me reía, con lo cual me evadía del viaje y casi sin darme cuenta llegaba como un ángel a la trampa diabólica de los sobres, a la trampa de los obreros melancólicos que sólo servían para amargarme la tarde con sus tristes figuras sin trabajo. Uno de ellos le había caído antipático al estudiante. Éste estaba de acuerdo con el que repartía el trabajo en que el obrero no tenía nada de agradable. Entonces lo dejaban día a día recorriendo los pasillos sucios. El changador no perdía la esperanza y volvía al día siguiente para irse por la tarde sin haber hecho otra cosa que caminar el pasillo mil veces y, lo que es peor aún, sin ganar un centavo.

La belleza de la calle se trastocaba para aparecer como un vacío ruidoso y sin salida. Los colectivos, los subtes, todo era un gran teatro de viajeros empedernidos y sin público, o mejor: todos público de todo; todos espectadores de todos; todos espectáculo de todos. Ya no era la calle de la gloria de las chicas solitarias, sino y más bien, la calle compacta de los negocios, los policías, los carteles de propaganda, los accidentes. Mis tardes sobre los sobres, en los sobres, dentro de ellos, al costado de los sobres, confeccionando sobres y confesándome a ellos. Los estudiantes con sus lapiceras agudas y ágiles firmaban cheques, documentos, avisos previos, avisos posteriores. El teléfono saltaba sobre el escritorio y mis manos iban del sobre al teléfono, llamaba a uno de los estudiantes y volvía a los sobres. Entraban changadores cargados de varillas de fierro, de pedazos de plomo, con un portafolios con llaves y martillos y sopletes de soldadores de bronce abollados. Salían cartas para el correo, entraba la madre de uno de los estudiantes y saludaba y luego era la hora de tomar el té y las criollitas.

Imaginaba un poema y lo borraba en la cabeza misma. Imaginaba un cuento y anotaba el comienzo, la parte del medio y el final en un papel. Luego, si lo escribía, era de otra manera, pero

la mayoría de las veces metía los papelitos en la mesa de luz hasta que eran tantos que los domingos de limpieza terminaba por tirarlos por la ventana de mi pieza hacia la calle.

Mi historia abandonada a la memoria se volvía borrosa como un sueño. Nadie podría recomponerla jamás juntando los papelitos. La historia deshecha en el viento de la calle, tirada a la basura, a los pies de los peatones, al agua que corre por el borde de la calle después que se lavan las veredas o durante una lluvia. Yo no tenía nada más que un presente. Todo me estaba permitido, inclusive dejar la ciudad o el país en las horas de un viaje hacia donde sea. No tenía raíces, bienes raíces, ni raíces patrióticas: flotaba.

Desde las ventanas de la oficina la ciudad se me aparecía como un cementerio a la luz del día. Cuando conocí Chacarita, que es una ciudad de la muerte con policías que dirigen el tráfico, esquinas, cartelitos, etc., ya no tuve dudas de que Buenos Aires era un gran cementerio sin cruces y con muertos movibles, un cementerio a cuerda, por decirlo así. Y allí el San Pedro estudiante pasando el trabajo con la precisión de un reloj.

Fui hasta el diario Clarín y coloqué un aviso *Seguro porvenir* —plomero con oficio—. *Imposible presentarse sin estos requisitos.* ¿Cuáles?

Al día siguiente apareció un plomero que me miró y de pronto sentí como que yo lo estaba esperando. Se sentó detrás mío con las manos flacas y sus huesos saliendo desde la carne, cepillados y limpios. Los codos salían desde la piel y terminaban en dos puntas lustradas con betún negro y desde la rodilla salía un hueso que tenía un cartelito colgado con un piolín: *Honradez*, decía el cartelito. Era una pila de plomerísimos huesos que asomaban desde todos lados. Lo cierto es que se sentó en una silla como todas, pero de nuestra oficina, y yo lo atendí después de dos o tres que estaban primero que él, es decir, que habían llegado antes.

—Buenaaaa . . . —balbuceó.

—Buen día. ¿Edad?

—40 años —dijo y tragó aire, abriendo la boca exageradamente.

—¿Usted tiene oficio?

—¡Claro! Soy plomero... bueno, siempre trabajo de plomero.

—¿Qué sueldo pretende?

—No sé, no sé..., ustedes.

—Está bien.

A las tres de la tarde el teléfono sonaba rezagado.

—Llame mañana —decía yo—, pero yo creo que está todo el plantel.

Al día siguiente, a primera hora, estuvo allí con los pantalones antiguos remendados y limpios.

Saludó débilmente, esperó, cargó unas varillas de destapar cañerías, tomó la dirección en una libreta y se marchó.

Por la noche salimos juntos y me invitó a tomar café. Él tomó vino y empezó a contar una historia larga y aburrida sobre su vida. Sabía desde el vamos que la historia era una mentira, una fantasía, urdida en las largas noches frías, en alguna pensión. Yo también contaba historias así. También sabía que uno se fragua la propia huella cuando ésta se vuelve inaguantable.

Habló y recontrahabló mientras mirábamos la gente que se cruzaba junto a los vidrios. Pasó una muchacha y yo la miré hasta que se perdió; él dijo:

—Usted es joven, yo también las miraba a su edad.

Sabía que nunca había tenido ese mal socio que le robara la parte en el negocio, lo único que tenía y había tenido era el esqueleto y el asma. Pero, ¿quién y para qué se iban a meter con él?... podía caminar tranquilo por la calle y pasar dos días a lo más en una seccional por falta de documentos, pero la historia terminaba allí.

Yo lo dejé que se pudriera hablando, hace bien.

—¿Cómo era eso del socio?, cuéntemelo otra vez —Le daba cuerda y se largaba por la pendiente de las palabras chasqueando la lengua y respirando hondo. Ni siquiera pedía que lo escuchara, quería hablar. Palabras y palabras hasta quedar vacío y respirar con un hueco amplio y sin pasado para que el aire entrase.

A los tres días de trabajo el final se le acercó peligrosamente. Rompió una pileta de la calle Lambaré y sufrió un ataque de asma que lo dejó revolcándose por el piso como un perro envenenado. Reaccionó y al ver la pileta rota comenzó a llorar en

ese ataque de asma total que se le prolongaba inexorablemente.

Me mandaron a la calle Lambaré a inspeccionar el trabajo. La mujer apenas abrió la puerta, ¡no es posible!, y ya no podía retroceder, parece monstruo, y tenía que seguir escuchando, mientras yo trataba de adivinar para pasar el informe y escapar. ¿Cómo me mandan un hombre así? Todavía no podía ver el lugar del accidente, la mujer parada frente a mí y siguiéndome de costado cuando yo intentaba avanzar, seguía, me torturaba y se agarraba la cabeza, ese hombre tiene un trauma y un miedo a la vida. Frente a ella apareció una chica que asentía moviendo la cabeza, además es asmático y se desmaya; nos entristeció a todos, con decirle que la nena no pudo dormir. La nena estaba allí, con 16 ó 17 años bien comidos y dorados:

—Señor, tres días con todo sucio, sin poder hacer nada, con ese hombre que desmayaba, gemía como un perro, hacía unos esfuerzos para levantar cada cosa que parecía que se iba a reventar. Después se desmayó con los trozos de pileta... pero antes ya se veía lo que era.

Encontré dentro de mí una técnica, cada diez palabras que la mujer decía, yo le pensaba a plena cara hijadeputa, y esto me aliviaba, era como una clave mágica que me lavaba de las palabras de ella (hija de puta). Y siguió:

—¿Yo qué podía hacer? ¿Decir que lo sacaran? Me daba lástima, y una vez le di $60, otra vez $100, pero mi marido ¡cómo se enojó! Me dijo que uno no es una sociedad de beneficencia y que hombres enfermos hay por todos lados, que de todas maneras (hijadeputa) darle plata no es una solución y que es el gobierno (hijadeputa) el que debe encargarse de eso, uno no tiene por qué encargarse porque no es gobierno, ¿no le parece? (hijadeputa). ¡Si lo viera al pobre! Pero no hay derecho de que a uno lo torturen con semejantes cosas como ésas, ¿no es verdad? Hay que verlo para creerlo la piltrafa que era, pero uno si pudiera, pero uno no puede hacer nada y yo quiero saber para cuándo está la pileta nueva, porque sólo queda el baño de servicio y la nena no quiere bañarse en él.

Estábamos frente al baño y yo me imaginaba cómo había caído él con los brazos colgando, en qué parte había golpeado la cabeza, porque tendría que haberse golpeado en alguna parte.

Informé paso a paso todo lo que vi y me despedí de la señora que me dijo antes de cerrar la puerta:

—¡Qué odisea, qué odisea, tres días sin baño!

Nos encontramos a la noche en el bar. Yo pasaba corriendo hacia la parada del colectivo y lo vi sentado contra el vidrio. Desde adentro me hizo una seña y sonrió, pero yo sabía que no estaba bien. Desde ese día no trabajaba más. Yo pensaba, mientras entraba al bar, dónde se podía encontrar un trabajo para él, pero en verdad no sabía dónde encontrar uno ni para mí, que me moría de hambre con lo que ganaba allí.

—¿Qué tal, viejo, ahora se va a conseguir algo?

—Qué carajo, se me rompió el aparato, no puedo andar sin esto, me gasté los $ 200 en otro aparato porque si no estaba listo.

Me mostró una jeringa de vidrio con una bola de goma atrás. Él apretaba la bola de goma y por el pico de vidrio salía una especie de aliento grisáceo que servía para anular el poder de los ahogos.

Me extendió la jeringa y me quedé un rato examinando sus posibilidades frágiles de vida sintetizadas en aquella jeringa de 200 pesos.

—Escuche, ¿dónde va a dormir?

—Ja, ja, a la calle —coqueteaba con su hambre y su calle para invertir el sabor feo del asunto.

—¿Usted no tiene un amigo?

—No, yo estoy solo del todo. —Yo le pasé la mano por el lomo como si fuese un perro. Él coqueteaba con su problema y se quedaba allí, mirándome con sorna, con una risa suicida, riéndose de lo que a mí se me ocurría que se podía hacer.

Esa noche caminaba esperando encontrar una salida para él. Lo dejé en el bar con $ 50 que tenía en el bolsillo y llamé a varios amigos que no pudieron hacer nada. En verdad no tenía gente que pudiese ayudar a nadie, mis amigos, como yo, vivían en pensiones y apenas si las podían pagar. Otros viven con la familia y apenas si estas familias de ellos los aguantaban por el lazo-de-sangre, pero nunca aguantarían a un desconocido sin lazo-de-sangre.

Pienso que después respiraré más tranquilo. Ahora no puedo, ando respirando como un animal, pienso que tendré el asma

encima hasta que no lo ayude. Pero ¿qué es, y cómo, y para qué, ayudarlo? Por momentos pensaba que se podría pegar un tiro, tirarse debajo de un camión. Si se mata me salvo, así pensaba, y además, va a ser mejor para él.

Seguramente —pienso mientras me dirijo hacia los lugares donde hay gente conocida— se sentó en una plaza, sacó el resto de vida con forma de jeringa y comenzó a aspirar. Comenzó a implorar: *Quiero un poco de vida, Dios jeringa; yo muero y todo sigue andando, Dios jeringa; Diosmíojeringa, ¿qué mal te hice?*

Hoy no puede, pero quizás mañana. No, mañana no. ¿Para qué nos hicieron inventar el mañana? Mañana —mañana que no existe— será para él la mano crispada en la jeringa hasta que todo se le agote junto con la vida.

Y enojado me cambié de pensión. Discutí con todos y me cambié. Cargué sobre el hombro mis cosas y me mudé. A otro charco con este canto —me digo—, y silbo para no cansarme porque me mudo cerca con los bultos al hombro, caminando.

Alguna vez, muy pronto, no trabajaría más allí, pero para siempre en la memoria estarían ciertas cosas, para vivir y para morirse de ellas. Me puse a llorar con la abyección que me producía la idea de que ese llanto era parte de un oficio. Lloraba de llorona de velorio y no de algo concreto. Lloraba de un humo, de una vaguedad sin forma, de una sensación atroz, maravillada, infantil, indescifrablemente abyecta. Quiero decir, lloraba y me tragaba el mundo, a los vivos y a los muertos en ese llanto, pero lloraba mío, mío, mío, como una propiedad tela-de-araña. No quería llorar con ese llanto, pero lloraba así, sin controlarme.

—Yo no quiero estar solo —grité en algún momento, pero no es una casualidad, no es destino, que siempre de regreso, por la noche, la pieza está sola.

Era toda la forma que yo hacía entre los otros, lo que me volvía sobre mí como una tripa, y muchas cosas tenía que cambiar para no estar solo. ¿Qué cosas?... ¿Qué es la palabra cosas? ¿Qué significa para mí y para todos esa vaguedad compacta, COSA?

Recordé una iguana dentro de un cajón de vidrio. Cruzaba el pasaje debajo del obelisco y me detenía a mirar una vidriera llena de pájaros, monos, lagartijas, caimanes, ardillas. Los pá-

jaros no me impresionaron, miré dos arañas y estaban tan inmóviles que habían perdido su fuerza y más parecían dos trozos oscuros de algún árbol desconocido. Doblé las piernas y me encontré con la iguana a 30 cm de mi nariz. El cajón era estrecho y la cola quedaba doblada hacia arriba por el vidrio que le impedía desplegarse. La iguana se retorcía y sus patas delanteras (que más parecían pequeñas manos) rasguñaban el vidrio en un esfuerzo inútil. El cuerpo era blanco en el vientre y se arrugaba en las contorsiones como un cuerpo humano, las manos resbalaban y una lengua aguda salía y entraba como una mecha, lamiendo el vidrio. Aquel cuerpo quería estallar allí adentro y vi otras personas caminando detrás.

Luego hay, como siempre, un ir y venir de trenes destartalados, de ómnibus exactos y vías y rutas extensamente conocidas. Un día en San Nicolás, un tiempo en La Plata, unas horas en Rosario, un paso por Santa Fe, una comida en Tres Arroyos, una coca-cola en Chacabuco, un poema leído en Chacarita, un almuerzo con Omar en Pompeya, una madrugada con Quiroga en Quilmes, un cena de Fin de Año en Lanús, un bar en Roca, otro bar en Tres Sargentos, alguna noche olvidada en Chivilcoy: rematado todo por infinidad de bares y pensiones y calles de Buenos Aires.

Un trabajo en una librería, nuevo intento frustrado de desocupación, y por último, un trabajo más extenso en otra librería. Libros y una biblioteca: otra tabla que hace de biblioteca y más libros. Un cuento, otro cuento, varios cuentos más. Un relato abandonado, otro, varios relatos abandonados. Una publicación en Córdoba, otra en Junín y hasta una en un diario de Ascensión. Otra publicación en Buenos Aires, varios intentos tímidos y desganados de publicación. Cédula de identidad de la policía federal, libreta de enrolamiento en Buenos Aires. Dos días en un regimiento de Junín, excepción ITS (inútil todo servicio) y de nuevo la calle con la libreta firmada. Una noche dormida en el regimiento entre tipos aullantes que gritaban nadie me toque el culo; otros que gritaban: al que se descuide le rompemos el orto. Un cabo o algo así que grita en la puerta: ¡No quiero encontrar a nadie enhebrado! Un breve silencio, hasta que todos comprenden lo que significa eso. Entonces, empiezan a gritar:

ay, ay, ay! ¡Cómo me gusta el pito!, entre ruidos exagerados de las camas que están juntas en una sola gran cama porque no había espacio para todos.

Buenos Aires, la librería, y Mirta está aquí conmigo, mirando con recelo a los policías, porque no estamos casados y ella es menor de edad y yo también. Luego, un registro civil de Junín (previo trámite de Juez de Menores) y una mujer que al mirarme me pregunta:

—¿Cómo se llama usted?

—Germán García.

—Usted dejó hace unos años —mete la mano en un cajón y me alarga algo— una cédula que no volvió a buscar.

Tengo la cédula de los 17 años en la mano y me miro adolescente, con Mirta cerca, a punto de casarme. Me leen artículos obligatorios, donde escucho varias veces la palabra alimento y luego de nuevo alimento, mezclado con fidelidad, hasta que la muerte, etc.; allí se habla de todo, de comida y metafísica. Decimos sí, apretando los bordes del escritorio para no reír. Juan Mazzadi es testigo y también Gardel, un compañero de pensión en Buenos Aires. Luego mis tíos, porque hace falta el doble de testigos (cuatro) por ser casamiento de menores. Mi padre está en cama y la escribana va hasta mi casa en el auto de Juan, para hacerlo firmar: Juan Mazzadi es testigo presencial. Nos reímos mucho por la noche en casa de Juan Mazzadi y volvemos, ya crecidos, por la libreta verde, a Buenos Aires. No nos encontramos en ningún momento con el padre de Mirta, por el cual gasté más de $ 2.000 en taxi, haciendo trámites por la ciudad, para evitar encontrarlo.

Luego el ómnibus definitivo a través del cual arrojo un último fragmento descompuesto de placenta juninense, riéndome de la historia de sainete que había realizado y calculando el tiempo de regreso.

Por la mañana ella va a una maternidad, tres veces por semana, donde se hacen ejercicios especiales. Un día fui allí y vi la inscripción a lo largo de todo un frente de cemento: *La madre es la madre y eso es todo.* Pensé agregar a continuación: ¿todo es nada?, pero la frase estaba demasiado alta. Calculamos fechas y Mirta lee libros sobre nacimientos, embarazos, sexo y maternidad.

Una noche me llama a la librería y yo corro con una amiga las cuadras que me separan de la pieza. Todo vuelve a la pieza. Mirta está asustada y yo saco ropa de un lado y la pierdo en otro. Aparece un camisón debajo de la cama, pero perdemos un corpiño que estaba sobre la silla. Cuando logramos tomar todo y cerrar un bolso bajamos mirando cada cual la cara del otro. No hay taxi en la calle y el zumbido de los coches particulares parece un chiste más de los que uno recibe a diario en la cara sonriente de los otros, en los diarios, en los informativos impersonales de los diarios. Conseguimos un taxi. Susana vuelve con él y el taxista se niega, y luego hace chistes. Yo le digo que si el pibe nace en el taxi va a salir en los diarios, que quizás se haga famoso. Digo cualquier cosa para que Mirta se entretenga mientras la miro de reojo. Digo:

—Taxista partero: un padre de numerosa familia conducía su taxi y fue detenido en la esquina de Corrientes y Uruguay por dos mujeres y un hombre. Una de las pasajeras estaba por ser... Madre —y de paso afirmábamos la tibia eternidad de lo que nada justifica. El taxista maniobra, se ríe, ya no teme aunque trata de llegar lo antes posible. Demasiado tráfico, muchos semáforos por delante y puede ocurrir lo insólito. Mirta se ríe débilmente. Seguramente piensa si las pérdidas, la ruptura de la bolsa, empezaron media hora antes el chico va a nacer en ese mismo momento que avanzamos. Hablamos de partos en trenes, en techos a dos aguas, en bordes o picos de montañas y alguno de nosotros dijo de un parto sobre la horqueta de una gigantesca planta de ombú.

En el pasillo de la maternidad, después de una espera en que Susana se peleó con una enfermera porque me mandó a buscar cigarrillos, nos separaron de Mirta. Volví a la librería, pero ya no podía estar en ningún lado. Me preguntaba qué era lo que terminaba, qué estaba por empezar con este nacimiento. Trataba de creer que todo seguía como siempre, pero la idea no me entraba. Mañana nacerá, o quizás dentro de una hora. Luego somos tres, no veo el cambio. Y sin embargo, sentía todo invisiblemente trastocado. Volví a la maternidad. Nada. La noche en el bar de enfrente junto con los Laruffa, que aparecieron enterados por la librería. Paseamos en auto por Olivos, regresa-

mos. Paseamos por Vicente López y cuando nos damos cuenta, hace cinco horas que estamos rondando la maternidad. Después de preguntar a una de apellido tal que entró a tal hora, el viejo del interno nos contesta: que está en la sala de partos sin novedad. Volvemos y él pregunta por Mirta como si fuera un paquete y de pronto la maternidad es para mí un correo extraño donde se depositan parturientas. El clima es el de una fiesta cerca de un velorio, cuando la música y la risa crecen demasiado hay que poner orden, si bien no por el respeto al menos considerando el dolor de los posibles otros. ¿Acaso no hay mujeres que mueren en un parto? ¿No se mueren los chicos? ¿No hay mujeres que dejan nueve meses en un charco de sangre y carne amoratada? Tengo un miedo estúpido y opresivo que no puedo esquivar con todas las cosas cómicas, festivas, que decimos de padres, de hijos, de nacimientos. Volvemos a rondar con la camioneta ahora entre la lluvia, con el chirrido continuo de las gomas sobre el asfalto mojado. A las siete de la mañana pregunto y el viejo conecta un cable con un rincón de su correo descabellado y me manda al segundo piso. Allí deambulo por un pasillo largo y casi oscuro. Pregunto y una mujer me dice:

—¡Ahhh! ¿Usted es el marido de la cesárea?

—¿Qué cesárea?

—¿Cómo se llama su mujer?

—Mirta Altamiranda.

—Bueno, ella es cesárea, tuvo un nene, los dos están bien.

—¿Se puede ver?

—No, molesta, tiene que volver luego.

Espero, me siento, me corren nuevamente. Los pasillos se llenan sorpresivamente de mujeres somnolientas, que pasean sus panzas como cisnes. La mirada bovina en los colectivos cuando daban asiento a las embarazadas está ahora allí. Una gran fábrica de vacas preñadas, de mujeres respaldadas por sus panzas fértiles. Mi idea se desploma en el desconcierto doloroso que me producen aquellas mujeres. Al menos —pienso—, Mirta no paseó su panza tan oronda y gratuita por estos pasillos. Cuando vuelvo a sentarme en un banco se acerca una enfermera y me pregunta nuevamente si yo soy el marido de la cesárea. Me paro y digo que sí, mientras pregunto si la puedo ver.

—¿Qué ver? Lo que quiero es que no moleste, aquí no se puede estar; vuelva, por favor, después; aquí atendemos a su mujer y a su hijo, pero no podemos atenderlo a usted.'

Me voy entre un abanico de berridos de reciennacidos. Mirta es la cesárea. Me mareo al bajar las escaleras. Recuerdo la vez que presencié una operación en Junín. Vi la panza de una mujer teñida con un líquido rosado, luego el timbre del bisturí sobre la piel, la carne, una grasa amarilla, una capa tensa de nervios —o algo así—, luego las tripas levantadas con herramientas metálicas hacia afuera entre el vapor que emanaba de allí. Asocio esto con cesárea: aquella vez me desvanecí y esta vez bajo las escaleras sudando y mareado como si me levantara de la cama después de una larga enfermedad. Hugo y el Conde me esperan abajo. Les cuento y se ríen. Ya nació, ya pasó todo, dicen, y yo tengo ganas de llorar, de reírme, de entrar corriendo y abrazarme a Mirta, de quedarme parado debajo de la lluvia, de volver a leer poemas de antes, de saltar y bailar, de mirar a la gente con cariño, de cambiar de vida, de que Mirta salga y se encuentre con un Germán que pueda amar en forma más rotunda. Comprendo que se trata de eso, de que me quieran. Aun allí, en ese momento, ¿tengo que pensar en mí? Aún tengo que seguir enredado en todos mis deseos, en mis necesidades. Pero pensar en esto me embala más, si es así como sigo, me doy cuenta más fácil que cambié. Cómo hubiera querido en ese momento encontrarme tal cual quisiera ser cada vez que me aparto de mis miedos.

Ya de día volvemos a la pieza empapelada y en el desorden encontramos todo el desconcierto de la noche anterior. Y es ese desorden el que me hace pensar definitivamente que ya nada será como otro día.

Hugo se acuesta y yo tomo mate con el Conde, mientras trato de hablar de cualquier cosa para pasar el tiempo sin sentirlo. Al levantarse, Hugo nos cuenta que soñó que el hijo no era mío. En el sueño muchos comentaban esto a mis espaldas y él les decía que si yo aceptaba el chico a nadie le importaba. Los demás le dicen que sinceramente no saben cómo yo lo acepto. El verdadero padre sonríe. Hacemos un intento fallido de psicoanalizar el sueño. Nada sacamos en limpio después de muchas hipótesis. Hugo aventuraba que quizás se deba a que nosotros no estábamos

casados tres meses antes. Entonces, el que aparecía de padre era grande y casado. Hugo me borraba de esta manera de un rol que le parecía grande para mí. Puede o no ser. Volvemos a la maternidad con el sueño dando contra el sol de la mañana. Nuevamente mujeres bovinas que pasean sus panzas ejerciendo un matriarcado grotesco y desdeñoso, acentuado sobre la reproducción. Los hombrecitos nerviosos —yo entre ellos— esperan saber qué han hecho dentro de sus mujeres. Uno dice:

—¡Yo no quería nada más que... y mire las consecuencias!

Un niño con cara de cordero, cuernos de toro y patas de rana. Otro se desespera porque su mujer hace tres días que está en la sala de partos. Soy solidario. Marido entre maridos, espero. Veré al mío a la diez en el tercer piso, me informan. Otro tuvo un chico con cara de camión y ojos de heladera eléctrica.

—¡No puede ser! —exclamo.

—Sí —dice—; yo no quería más que un poco de... ¡y mire las consecuencias!

—¿Usted lo vio?

—No.

—Entonces —digo— no se impaciente, a lo mejor es un chiste.

—Es raro —murmura, y se aleja con la cabeza baja, como interrogándose el pito.

A una mujer se le vuela el cisne en el pasillo, en tres minutos el cisne que paseaba muy oronda se convierte en una chica morada y chillona. Hay otras que al dejar volar el cisne lo ven caer muerto frente a ellas: ahí hay tristeza y como una leve y diluida resignación que termina en bolsos que vuelven sin abrirse. La máquina de la reproducción no cesa, por allí vuela otro cisne y caen dos chicos... Todos felicitan al padre y él dice, mirándose el pito con interrogación:

—¡Yo no quería nada más que un poco de placer y... mire las consecuencias!

Los pesimistas, al mirarse el pito, llevan su interrogación a la crueldad más absoluta para consigo mismo. En contraste están los que se miran el pito con orgullo; yo casi no me lo miro.

Fumamos y charlamos entre maridos mientras las enfermeras llevan sus secretos por ascensores y por alguna punta del pa-

sillo aparece una monja vestida de negro, con partes blancas, cumpliendo una función parecida a la del cuervo: una mano en los cisnes y otra en el cementerio. A las diez en punto subo al tercer piso y después de colocarme un guardapolvo blanco y largo voy hacia el vidrio. Una enfermera acerca dos cunas. Junto a mí hay otro hombre. Yo me interrogo, interrogo, el otro hombre bosteza.

—¿Es el primero? —me pregunta.

—Sí —digo y miro. Bosteza y dice que si fuera el tercero como en el caso de él no estaría nervioso. Le sonrío. Están las dos cunas frente al vidrio. La enfermera les acomoda la cabeza hacia nosotros. ¿Quién? ¿Cuál? Hay uno con rulitos y otro con los pelos duros y desparejos. ¿Cuál? Es como hacer una apuesta. Me señalan el de los pelitos duros. Lo miro. Se parece a... No, no se parece a nadie. ¡Cómo no! Se parece a Mirta, tiene los pómulos altos como ella, tiene la frente y la pera marcada como ella. Sí, sí, cómo se parece. Nuevamente me corren con un grito discreto:

—Se terminó la visita.

¿Solamente diez minutos para verse con alguien que luego modificará todos los esquemas?

Bajo pensando que Mirta no lo verá por dos días, que tendrá que vivir todo como una operación. Dolorida y manchada de rosa hasta en los brazos. En la visita le hablo del chico, le digo que se parece a ella. Me mira:

—¿Me operaron o tuve un hijo?

—No, un hijo como vos.

Está diciéndome que no daba más y no quisiera pasar nunca más por esa experiencia. Veo una monja allí y la marca de un crucifijo que se llevó una mujer de recuerdo para no olvidar ya nunca su experiencia. Quizá la mujer perdió el chico y se fue con Cristo como compensación.

En las horas de visita recojo historias maternales que Mirta escucha desde su cama. Una sirvienta que no quiere ir a ver a su hija para no tentarse, porque no la puede llevar con ella. Hay otras historias: una mujer con tres cesáreas, y más casos confusos. Gregorio va por la tarde. Le comenté que me molestaba la exclusión total que hay con respecto a los maridos, y luego le

hablo de lo poco festivo que es un nacimiento en nuestra sociedad. Los hombres se pasean y las mujeres largan sus cisnes narcisistas. Luego los hombres van por ellas y ellas tienen caras dolientes. Los chicos berrean, aparecen los viejos de la familia con cara de cementerio. Nadie danza la aparición. Hay algo de tumba, de velorio, de morgue, en los pasillos donde los hombres bajan la cabeza interrogándose el pito, y donde luego fuman para hacer que la imagen paternal general combine con la de ellos en particular.

Gregorio se va luego, la madre de Mirta viaja de Junín y está allí, empujándome más hacia un costado de todo. Estaba por decir: parece que a esta gente se le nació un hijo, para luego ponerme a mirar entre las piernas de los mayores en círculo, como hacía cuando era chico y veía una rueda de mayores.

Mirta vuelve a casa. La madre de Mirta se va. Yo vuelvo al trabajo. Vienen amigos a vernos. Exhibimos el producto, luego el producto se humaniza, es un niño. Hasta da algo de miedo tenerlo en brazos o vivir junto a él, sabiéndole tantas desventajas. Crecerá y viajaremos —decimos. Luego decimos sencillamente que crecerá, que ya está creciendo. Que pesa cinco kilos después de haber nacido. Cuarenta días antes, con tres kilos seiscientos gramos. Glucolín se duerme. Hay veces en que después de hacer cien mil piruetas conseguimos la sonrisa-reflejo de él. Nos ponemos contentos aunque sabemos que la sonrisa-reflejo es independiente de nuestras piruetas. Nombrar, si es posible y queda tiempo, la vez que quise ver qué había en la mirada del chico. Casi una hora viéndole en los ojos hasta que se quedó dormido. Decir que leía libros sobre el primer año de vida, sobre la comunicación pre-verbal de los niños. Sobre la construcción de lo real y la construcción del símbolo en los mismos niños. ¿De qué forma viví este último tiempo? ¿Decir algo de la renovación del convenio de los mercantiles, de la falta de organización bla-bla-bla por la cual somos los que ganan menos? Lo bien y casi alegre que me puso lo que cobré de retroactividad. Eso: decir del dinero, del precio del Glucolín y la leche S-26. La suerte de las muestras gratis y la desgracia del precio de las gotas para los ojitos. Decir de la alegría, de la tristeza, del anonadamiento que es meter un chico desamparado cerca de la cama de uno y atenderlo de noche. Decir que al chico le llamamos Glucolín por su

profunda inclinación a este producto. Decir que uno puede hasta cansarse de su llanto: que las necesidades de él se enfrentan con nuestras necesidades y que siempre es él, el que puede perder por impotencia. Luego pintar la pieza, luego comprar un biombo, una cuna que se alarga hasta un metro ochenta, un corralito con hilos de nylon trenzado para que aprenda a sostenerse de pie. Caso de pareja con hijo. Una foto, unas cuantas felicitaciones automáticas.

Pero siempre tengo un antes que voy extrayendo de la galera de principito valiente que ya no seré nunca. Guardo la galera para los bailes de disfraz, así como también guardo un tibio recuerdo de Nanina para los amigos. Sin embargo Nanina, en ciertas tardes donde debe intervenir el tiempo y ninguna cosa, vuelve a ser el centro de nuestra libertad, vuelve a ser sol vivo, sol terrestres, sol con patas y caminos recorribles. Vienen cartas que informan sobre la casi segura muerte de mi padre, otras de asombro por su resistencia y allá en Junín todo sigue arrastrándose. Leo Verano, Bodas y un relato de Dal Masseto, un amigo de Gregorio.

Leo también varios poemas de Gregorio y una prosa que le va saliendo sola y muy hermosa. Pero si he dicho que aquí tengo un pasado es porque no me sería dado vivir con un chico y Mirta y con amigos y prosa, como haría cualquiera, sino que los pasados conspirando estaban decidiendo algo sobre mí y ellos.

Mirta asegura que soñó el ritmo del llanto de Glucolín, sobre todo de su llanto cuando quiere comer. Hay código. Un llanto lento y rimado para ser levantado, uno largo que termina en sacudidas violentas, es por hambre, y un llanto rezongo es para que lo acunen. Luego ciertos movimientos del cuerpo antes de aplastar el pañal con una caca tibia y sin olor. Otros movimientos de tranquilidad, forma de dejar los ojos fijos como si no existieran, y también un balanceo placentero y solitario, donde intervienen los brazos y mucho menos las piernas, aunque también algo la cabeza.

Está allí y modifica todos los horarios: y la gran sabiduría consistiría, entonces, en combinar nuestras necesidades con las de él, cosa imposible. Hay una modificación entre cierta amistad que hicimos con un empleado de la farmacia de Paraná.

Vamos allí más que al mercado: chupetes, cintitas, pomadas, aceite, algodón, Glucolín, gotas para los ojos, chupete para mamadera, mamadera, otra mamadera, otras gotitas, otro aceite, más talco. Y charlamos sobre pibes, sobre granitos, pieles excitadas, vómitos de leche, dolores de panza y sus síntomas, empachos, medidas de agua en cantidades de leche S-26. Nuestra información vira hacia la infancia y si tuviéramos otros mayores en casa es seguro que nos meteríamos en cunas regresivas a vivir sabiamente todo aquello que nos empujaron adentro con una cuchara de puré y a los apurones. Tal cosa es imposible. Hacemos de padre y Glucolín de hijo: pensamos cosas de padres, de alguna manera vamos inventando juntos la forma de crecer un poco aprovechando la novedad que el crecimiento es para Glucolín. Nos colocamos, por decir así, en esa novedad de Glucolín y aprovechamos para infantilizarnos como quien se baña dos veces en el mismo río, y para crecer un poco como quien sabe que jamás se bañará dos veces realmente en el mismo río. Pero la conspiración de los pasados me hacen apoyar, en un momento que Glucolín duerme, en la ventana y mirando y fumando me recuerdo adolescente. Joven solitario y más liviano que un caballo, sin más destino que el largo de cada paso. Hago como los viejos: recuerdo. No hay prostíbulo en mi memoria. Joven de otra generación. Hay algunos recuerdos sueltos, algunas caminatas y siempre una idea límite recubierta de mil formas. Nada de lo dado justifica su donación. Hay que sacar jugo de las naranjas abandonadas, las que se venden en los mercados están falladas de antemano. Hay que encontrar cocos y frutos dulces en los baños más sucios, en los meaderos más hediondos. Hay que chupar jugo de paraguas o jugo de asfalto, cualquier jugo que no sea oficial. Inventar una a una las puertas del lugar en que se vive: volver al artesano de pasados, al ilustre hombre manual de las derrotas.

Otro pasado, otro tiempo tallado en nuestras manos: ¿o es verdad que todo ha *sucedido* y, sin embargo, nada fue hecho por nosotros?

Recuerdo el remate donde trabajaba Santana: los grupines sacudían el aburrimiento como a un perro y comenzaban su actuación. Tomaban el objeto ofertado y lo miraban a la luz del día. Se lo pasaban a otro hasta que el objeto ofertado iba a parar

lo más naturalmente a manos del lamdoba, que miraba con inocente calma a los que desplegaban el hilo del engaño frente a él.

—¡Véanlo, señor, dos, dos para mí! —gritaba uno, mientras pasaba el objeto al lamdoba y miraba al rematador serio y frenético.

—¡Dos al señor, dos! ¿quién más?

Cuando lamdoba decía uno para mí, la farsa se desinflaba. Nadie ofertaba nada, ni quería nada más. Los grupines aflojaban los rostros contraídos y parecían mirar al sol a través de la puerta abierta. Entonces Santana envolvía el objeto y cobraba: cerca de la caja un libro de poemas, en el bolsillo del pantalón poemas propios. Cuando la venta era cubiertos cundía el pánico. Los cubiertos se ofertaban mostrando la caja entera y luego se cobraban por docena. Detrás del rematador había un cartel invisible que decía: *LOS CUBIERTOS SE VENDEN POR DOCENA.* Esta caja de cubiertos-rápidamente-por-docena-se-vende en toda la caja, dije toda la caja de cubiertos enchapados en el más caro lamdoba metálico con bordes de tv esmaltado, como Ud. puede verlo: fina caja de cubiertos en lamdoba metálico del mejor esmaltado en finísimo tv de alpaca. Cien por aquí, cien, ¿quién más? ciento cincuenta, tengo ciento cincuenta, ¿quién más? finísima caja de cubiertos enchapados en lamdoba metálico con finísimos tv de alpaca. Doscientos cincuenta el lamdoba, digo, doscientos cincuenta el señor la caja de cubiertos de finísimo lamdoba. Bien, ¿alguien más por docena desea esta caja a sólo doscientos cincuenta pesos? Nadie. Santana pedía rápidamente mil pesos. Guardaba, envolvía y en el mejor de los casos desaparecía por una puerta trasera del remate, a tomar agua, por ejemplo. El lamdoba se quedaba esperando el vuelto. El rematador seguía firme en su tarima.

El lamdoba desconcertado le tiraba del pantalón. El rematador lo miraba:

—¿Señor?

—El vuelto, quiero el vuelto —decía el lamdoba agitando con la caja de cubiertos bajo el brazo.

—¿Con cuánto pagó?

—Con mil.

—Entonces está justo, cuatro docenas a doscientos cincuenta son mil pesos.

Y seguía:

—Este finísimo juego de balero con madera lamdobada en tv brasileño está para que ustedes, señores.

El lamdoba gritaba que era un estafado y que les iba a romper el alma a todos. El rematador sereno miraba al lamdoba, luego al cartel y decía:

—¿Qué dice allí?

—Yo no lo vi, no puedo pagar mil. Los grupines se acercaban cabeceando y comentando entre ellos que ese hombre no sabía lo que decía si esperaba encontrar ese finísimo juego lamdobado en doscientos cincuenta pesos. Que ya era demasiado pichincha en mil. Una vieja grupina al enterarse que solamente valía mil, pedía un juego para ella y uno para la hija:

—Déme dos juegos.

El rematador la atendía y el otro confundido se alejaba. Y si no se alejaba, el rematador envolvía la falsa compra y gritaba:

—Señores, se acabó el remate por esta tarde, buenas tardes a todos.

Al mediodía Santana cobraba y nos íbamos a comer arroz con menuditos a una Martona de la calle Constitución, a media cuadra del remate. Luego íbamos al cafecito o a los Leones a encontrarnos con los Laruffa para leer poemas o pasar la tarde charlando de cualquier cosa. Santana volvía al remate y yo, que no tenía trabajo, me quedaba con ellos hasta el atardecer en que iba a rondar Corrientes pidiendo a uno y a otro juntando para una pieza en un hotel de San Martín y Corrientes. Por la mañana cruzaba al Toyo y tomaba café con leche con las monedas que había juntado. Este café con leche me mantenía en pie mejor que cualquier comida. En el hotel se podía pagar la noche hasta con encendedores, en caso de no tener efectivo. Muchas veces comía en lo de Edgardo Musso, o bien con Santana al mediodía, cuando éste cobraba en el remate. Los Laruffa viven la seguridad de su casa de familia hasta con una tía. Pasamos ciertas horas en el patio de la casa de ellos: la tía nos mira desde una pieza de la terraza con ansias asesinas: si baja de allí es para cruzar entre todos sin saludar: máximo desprecio.

Luego voy a parar a Gorriti (ya pasó el tiempo de conocer a medio mundo aullante y ambulante) con un colchón en el suelo, una pileta sucia, un patio cuadrado con una lona corrediza y un pasillo cargado de ojos de vecinos. Apuro el tiempo. De un momento a otro Mirta vivirá en Buenos Aires. Ya pasó el tiempo de vender libros hasta en Junín. Ya pasó el tiempo de escribir y andar por las mesas de los bares leyendo poemas. Y Mirta está junto a mí. Destapa una botella o se quema la mano contra el borde del sartén, en la cocina de la pensión de la calle Corrientes al 1400. El quinto piso con una pieza de 11.000 pesos para nosotros. Duerme o mira cuando escribo, de espalda a ella, en una tabla-escritorio contra la pared. Se recuesta y lee. Luego yo voy a trabajar y ella sale para el Nocturno. Es el tiempo de la falta de dinero y de las tardes vacías de domingos eternos. La ciudad nos tiene en su interior como una casa y allí no hay desván que se pueda visitar sin dinero. A veces es el cine o caminamos hasta una plaza, y ocurrió también que recorrimos con Hugo Laruffa hermosos lugares en coche.

He vuelto de todos los viajes borrados en pleno campo, sobre las vías destartaladas. Estoy, este domingo, mirando hacia un costado de la pieza a través del vitral, el ondular de la ropa tendida en el pasillo. Las figuras de la ropa se mezclan con las de mi memoria y voy levantando una sonrisa ancha. En mi casa había un almanaque con sonrisas anchas de dos gauchos con brillosas alpargatas Rueda y Luna. Yo quiero una sonrisa así de ancha y hasta que no la logre mi vida no tendrá sentido, al menos un sentido de sonrisa ancha. De tanto levantar esta sonrisa mi boca cede, se estira, hasta que soy boca y hablo con los amigos. Ella mientras se quema con el borde de la sartén o destapa una botella, no espera mi risa. Toda mi vida, se me ocurrió pensar, estará marcada por Mirta, y esto con sonrisa o sin ella, con pasado o sin él, siendo o no siendo boca. Y porque ella no espera desespero, desesperamos juntos de esa sonrisa mía que es inútil esperar. De esa sonrisa de ella que no vendrá por mucho tiempo.

Nanina está muerta para siempre en nuestros actos. Sus ojos se deshacen en los míos y su pelo esponjoso es barrido por mi máquina de afeitar. Su piel, su sangre seca, se hacen polvo

en el aire y el viento se sacude los recuerdos en regiones remotas por donde ya nadie volverá a pasar.

Ya todo esto pasó, quedó atrás, y bien podría incorporarme al ejército meticuloso de los sin memoria. Pero ella viajó a Junín y yo estoy solo. Cuando estoy solo no puedo olvidarme de la memoria, y cuando me acuerdo todo lo que guarda vuelve sobre mí en sus abanicos envolventes, en figuras y formas, en sonidos y colores que me arrancan de este presente débil y discontinuo y me sumergen poco a poco: paso a ser el que era, el que no olvida. Es domingo y me levanto tarde. Busco algo que hacer urgente, bien rápido antes de que ya no sepa cómo seguir pasando el domingo. Entonces es necesario ver los papeles. Pero no es eso, es domingo. Mercedes está a pocos kilómetros. Yo no conozco una cárcel y hace tiempo que no veo a Toti. Toti hace un año que está en Mercedes y tengo la plata para viajar. Ya estoy en viaje hacia la estación, con sueño. Leo en el viaje Las palmeras salvajes y la historia del viejo me persigue, cuando llego a Mercedes, como un delirio. Allí los coches dan vuelta con sus dueños de pelos planchados y pañuelos al cuello, como en Junín. Se tocan bocina y se van, unos empujando a los otros, a misa. Antes, el viaje es monótono y la gente que me rodea aparece en toda su extrañeza. Gestos y risas. Hay cosas comunes que separan más: por ejemplo reconozco los diarios, ciertos tics, ciertas formas de hablar, ciertas mallas para relojes: pero eso no hace más que acrecentar la extrañeza que siento frente a ellos. Algunos miran al reirse como para hacerme participar, otros se ríen de costado como avisándome que no participe de esa risa, pero todos están allí dentro de una historia desconocida. Mueven los ojos, los brazos, las bocas. Hay uno de pelo duro, de unos 20 años, con ropa bochinchera y gestos grandes. Otro de ojos entrecerrados. Hay los que están absortos y cubiertos en su practicidad, con rostros encerados de propaganda y jabón. Yo no sé como soy: y leo, levanto los ojos, la cabeza, miro a la gente y miro al campo. Siento la sensación de ser llevado como en verdad ocurre, y ser llevado dentro de ese tren tan feo me parece que es

ser llevado a un campo de concentración (no sé lo que es un campo de concentración). Estoy siendo llevado a Mercedes. Toti pensaba que si en mi casa no lo querían no tenían por qué no permitirle hacer lo que le gustase más. Además él pensaba que ya tenía suficiente edad para ensayar a pesar de su ambigüedad de pibe-hombre que no era vista por él sino por mí. Según él, sólo está bien cuando anda suelto por ahí, fuera de casa. Y la parte en que él aparece robando es omitida. Cuenta los frutos del robo, no el robo mismo porque se avergüenza de robar. Cuenta que va a bailar a Chacabuco, que se acostó con una mujer que consiguió solo. Cuando va por primera vez a un reformatorio es por el robo de unos paquetes de cigarrillos que roba a 3 cuadras de casa para venderlos al día siguiente (casi entre los que comentan el robo) en la esquina. Se entera de que lo van a llevar y piensa salvarse subiendo a la bicicleta de papá para correr hacia el canal y arrojar allí un bolso lleno de cajas de cigarrillos. Pero esto no lo salva. La policía viene por la tarde y se lo lleva. Me entero a los muchos días mientras trabajo en la venta de libros en Bs. As. No pienso nada, salgo y tomo una Coca-Cola mientras leo un libro en un bar que no recuerdo. Luego sé que se escapó del reformatorio y volvió a casa, que Blanca habló con el juez de menores y su fuga se convirtió en libertad legalizada. Trabaja un tiempo en un mercado y se cansa. Las bolsas le molestan, lo dejan exhausto y por la noche ya no tiene ganas de salir, sino de dormir. Es por entonces cuando conoce al Gordo. El padre es médico. Mi hermano va a trabajar allí. Salen juntos, el Gordo se separa de su mujer, mejor dicho su mujer se escapa. En la casa de él queda la hermana de su mujer y Toti se enamora de ella. Entonces se apega más. El médico que ya no tiene casi pacientes es famoso por sus trampas. Habla con Toti y éste se asombra de las palabras extrañas que usa: Pecado es dejar que un hijo engendro de la naturaleza se pierda por la intención asesina de una madre que no quiere recibir el bendito fruto de sus propias células en la ebullición de una vida que se expande sin límites, dice, por ejemplo, comentando un aborto donde murió la mujer. Toti lo escucha y por la noche duerme en una cama dentro de ese chalet que está en una zona de prestigio. Desprecia mi casa, discute con Blanca y hasta creo que

putea cuando no tiene camisa limpia. No vuelve durante una semana. Después regresa, Blanca le reprocha, él contesta mal y vuelve a irse. Va tomando, sin quererlo y sin saberlo, uno de los peores caminos de Nanina, va de cabeza, pienso, hacia donde nunca hay que ir para que la causalidad de los otros no se cumpla como las matemáticas. ¿Causalidad, matemáticas? Este le resulta un lenguaje digno de su hermano Germán huido a Buenos Aires y regresado por el hambre varias veces. Toti le dijo a la barra alguna vez: mi hermano está loco. Otra vez quiso entenderme. Me dijo que le diera un libro, que estaba dispuesto a leer. No pasó de la página tres. Sentado en el comedor hacía esfuerzos por leer. Cuando lo dejaron solo escapó y nunca volvió a tocar el libro.

Con el Gordo las cosas eran distintas. No es lo mismo poder esconder el pasado en una camioneta que mostrárselo a todos mientras se cargan bolsas en un mercado. Toti sabía que no era lo mismo. Tenía la capacidad de olvidar o mejor, podía dar vueltas las cosas en la cabeza hasta convertirlas en lo contrario de lo que habían sido. Iba sí, a los bailes del bajo, le gustaba. Allí estaba él con la camioneta y un reloj y hasta un fierro debajo del asiento, por las dudas.

Los otros le buscaban la camioneta y se cuidaban de no agredirlo. Él, seguramente, logró hacerse de algunas de aquellas chicas de piel oscura y piernas curvadas por el hambre.

Lo vi parado con las manos en el bolsillo: vieja me voy a la milonga. Hablaba un lenguaje desarticulado, un cigarrillo en la boca, juntando en una misma frase todas las palabras que le parecían fuertes. ¿Milonga? —le dije—. A vos no te hablé. Blanca por momentos en la gloria. El único hijo que la respetaba. Cuando estaba él le decía que era el único que la volvía loca. Y él bien con la camioneta, su cama en el chalet, el médico de verba extraña, las mujeres, el Gordo que era, según decía, como su propio hermano. Ya no iban las pajas, aunque el Gordo una vez lo encontró en ésas. Y creo que fue esa vez que el Gordo lo empujó a las mujeres. El Gordo lo buscaba después de comer. Se paraba en la puerta con anteojos oscuros, un pie deformado de nacimiento, un cuerpo que era una esponja color carne: se empalagaba hablando y medía sus palabras mezclando la estu-

pidez con el cinismo, una frase retórica con una ruidosa, y una risa franca capaz de hacerle bajar la guardia a cualquiera. Pero Toti nunca tuvo guardia. Allí estaba ahora. El chalet con su cría propia y agregada; él enloquecido con la nena y la nena enloquecida de sí misma contorneándole las tetitas adelante para luego reabsorberse en un movimiento sobre sí y dejarlo pagando. Y Toti fue pistolero y lo agarraron. No tenía el 007 que permite matar y con tanta influencia de pistoleros, terminó por participar en algo más grande, según dice.

Mi madre lloró (el llanto es en ella una señal, una variación de la continuidad descendente de los días) y él fue primero a la comisaría de Villa Belgrano y después a Mercedes sin proceso. Mi padre lloró. ¡Qué puede ser un llanto de Antonio! Eso ya nadie sabe, ni Antonio. Los signos vagan sueltos en su cabeza y le producen llantos, o risas, o enojos simbólicos, pero todo esto no es más que el choque de aquellos signos sueltos y movidos por alguna vuelta de sangre en la cabeza. Simplemente signos, señales abandonadas; toda una cabeza, un vida, como una ciudad destruida, con sus propagandas y objetos desparramados por sus calles desiertas; más o menos así se me aparece la cabeza de Antonio, mi padre. Por eso su llanto no pudo ser interpretado por nadie. El de Blanca era preciso y Toti fue a Mercedes.

Creo que fue a los 17 años que la ambigüedad se decidió a favor de Toti. Antonio lo arrinconó para golpearlo y ese día lo hizo más que nunca, lo sangró y pateó hasta cansarse. Toti se había arrinconado sin gritar, como hacía siempre, y mirándolo fijo soportaba los golpes y escupía la sangre de los labios para seguir soportando sin un solo sonido, sin un movimiento; fijo como si hubiese traspasado el tiempo y mirase a su cuerpo golpeado desde la eternidad. Antonio, mi padre, se desconcertó y golpeó por última vez. Cuando lo dejó se paró en el pasillo de salida y le gritó: No te mato porque sos mi padre y escapó hacia la calle para no volver durante muchos días.

Encontraste la fofa ambigüedad del Gordo, el médico paranoico, que hablaba levantando el dedo y diciendo frases de prospectos médicos como una profesía y la camioneta y las pibas chuecas y la chica rubia de tetitas alzadas al mundo como un

desafío. La excitación, el deseo bordeando el pasado pobre y sucio borrado por la facha del chalet.

Y después el Gordo que lo lleva a Buenos Aires. Y él visita bien vestido a Germán y se da cuenta que la forma en que se vive, contando las monedas, es bastante fea. Creo que por entonces se decide.

Ya no vive en su casa, ya conoce Bs. As. y el amor; ya sabe lo que es una mujer y la emoción de correr en coche por una carretera. Va, cree, superando su ambigüedad, sepultando su infancia a patadas y desde la forma baja, con algo de barba, se levanta el hombre deseado, con la fuerza y la decisión deseada durante 18 años. Sólo hace falta algo grande que dé una forma definitiva y clara a todo lo experimentado a partir del reformatorio: eso llega una noche y la policía rompe todo.

Otro de los caminos de Nanina queda cerrado para siempre, toma forma de reja, se va de cabeza contra el puño de un policía que lo golpea porque él le dice en la cara: Prefiero ser chorro y no cana. Antonio llora porque un policía le golpeó al hijo. Cuenta una vez más su historia con la policía. Lo acusaron de mandar un anónimo —dice— y lo llevaron preso. La Federal estaba en Junín (mi madre acota que todo fue por andar detrás de una mujer que era poetisa, o algo así, o por lo menos escribía versos) y fue la Federal quien lo golpeó. Lo pararon contra una pared con un petiso al lado (si me lo dejan solo lo muelo a trompadas —agrega—) y cada vez que se movía, el petiso lo golpeaba en los tobillos. Luego lo llevaron en auto diciéndole que lo iban a matar si decía algo, diciendo, mientras él iba con los ojos vendados: te tiramos en el camino, mañana te van a encontrar con una bala en la cabeza. Ahí para, y llora. Pero Toti está en ese preciso momento detrás de las rejas de la comisaría de Villa Belgrano. Robaron, creo, en una estación de servicio (aunque en la carta mi hermana Peti habla de unos pagadores de Vialidad) y la policía los agarró. Parece que está el Gordo, pero el único o uno de los únicos que queda preso es Toti.

El tren llega a Mercedes en el momento en que el de pelo duro escupe una semilla de naranja por la ventanilla y se ríe mirando al otro, al de ademanes exagerados.

Me entero que Toti está metido con una piba que se llama

Gloria y que ésta va a mi casa, en Junín, y que además le juró amor y hasta se hizo fichar en Mercedes como concubina para poder entrar a verlo. Toti me escribe cartas donde dice pavadas. La primera me habla de un revólver: si querés un revólver para vos, andá a Junín y pedíselo al Gordo. Estando bien, dice, gracias a Dios. Le mando a decir que Dios es un cazzo y que él no está bien, que por lo tanto me mande cartas que digan algo o que se dedique a escribir pavadas a Blanca.

Después me miente que se lo pasa leyendo en la biblioteca de la cárcel. Luego que él espera que lo perdonen porque es feo tener un hermano ladrón. Le escribo que no me importa tener un hermano ladrón, pero que sí me molesta un hermano tonto, que por lo tanto piense lo que va a hacer cuando salga y que si es posible que se venga a vivir a Bs. As. Le digo que me cuente cómo es la cárcel.

Me manda una carta donde me la describe precariamente y me habla de la comida. No está conforme, dice, reflexiona mucho, agrega. Pero en la próxima carta ya mistifica de nuevo: aquí se aprende la vida verdadera con hombres que se equivocaron y comprenden que hay que tomar por el buen camino de la vida. Entonces le escribo enfurecido diciéndole que no hay buenos caminos, que no se puede hacer nada bueno ni malo. Le digo que no son valores los que yo puedo anteponerle. Luego rompo la carta y no le escribo más. Recibo otra, pero no la contesto. Viajo, por eso, a Mercedes. Tomo un taxi hasta la cárcel (veinte cuadras) y me cobran cien pesos.

El taxi me deja en la esquina de un edificio amarillo que parece ocupar una manzana. Allí camino por una calle llena de pedregullo y arena, y frente a mí emergen de unos cuerpos impersonales y rígidos, las ametralladoras que cubren las Puertas de la Ley. Hay dos de un lado y uno de la vereda contraria a la puerta de la cárcel, parado al lado de lo que parece un quiosco de cigarrillos: una casucha de madera con un hueco para espiar.

Allí la infancia de Toti encerrada tras los muros y rejas de la cárcel aparece en todo su ocultamiento. Toda su vida está cerrada: puedo describir ciertos movimientos, ciertos remolinos más grandes, recordar ciertas cosas que saltaron a la superficie mostrando sus contornos, sus formas de ser contra un vacío. Pero

todo lo demás está cerrado. Toti no puede dar muchos signos, yo no puedo percibir demasiado. La cárcel es la materialización de ese cofre cerrado de su vida.

Ahora está encerrado en la precariedad de su cuerpo de 1 metro 60 centímetros de alto. El cabello corto y rubio, delgado, con un labio en forma de pico que se le formó de tanto mentir. Cada vez que mentía movía los labios en forma de pico. Cada vez que los labios estaban en forma de pico mentía, después se quedó siempre así como una mentira grabada en su boca.

¿Qué hago allí caminando hacia la puerta, hacia la puerta de la cárcel un domingo por la mañana, una mañana de sol de domingo? Todo el absurdo de mi situación, todo lo sin sentido, lo no sentido y lo sentido se reúnen. Me siento atado por la fragilidad de la memoria. ¿Solamente la memoria? Todo yo memoria de la memoria, lo demás es este momento. El presente sin el envión de la memoria. ¿Qué haría aquí sin recordar que adentro está Toti, mi hermano? Nada, no estaría para nada aquí, en el medio de una calle caminando hacia la puerta de un cárcel donde hay cuerpos rígidos sosteniendo ametralladoras no menos rígidas. Pero yo sé recordar: Toti enterró gatos una vez, después fue a la escuela, tuvo asma y después meningitis, vendió durante muy poco tiempo escobas como yo, nació un 25 de mayo, del mismo vientre que yo, un año y pico después. Fue poco peleador aunque sí receloso con algo, según recuerdo, de traicionero, creció menos que los demás, a la edad de todos se sintió menos que todos, no pudo tener lo que otros tenían, nada le gustaba y nada podía gustarle porque nada podía tener, luego tomó por uno de los múltiples caminos de Nanina —como yo tomé por otro— y fue a parar justo entre este tipo de gente uniformada, detrás de las rejas. Es como si lo que no conduce a la sumisión de alguna manera mágica, legal, condujera la cárcel. Llego a la puerta donde hay varios hombres armados detrás de una reja. ¿Qué a quién busco? —me preguntan exagerando demasiado su brutalidad—. Que a García Antonio les digo. Que quién soy yo, me gritan. El hermano soy, y les doy mis documentos por entre las rejas. Uno abre y el otro exagerado me apunta con una ametralladora casi a la cabeza. Otro colorado se agacha y me palpa las ropas de arriba abajo y de abajo arriba. Al costado,

dice uno, de ahí me mandan a otro costado. No, que tengo que ir para allá, por el otro lado. En un escritorio uno encuentra la ficha. Me anota. Otro me manda para la otra punta. Hay uno que es realmente, sin metáfora, un escuerzo de cuello poroso y ojos diluidos en un gris-azul, como un charco. Uno que no mira con los ojos, sino que más bien empuja, o envuelve, o forra lo que mira sin verlo por eso. Ése, hecho a la vista de volúmenes neutros me parece el más cruel. Los otros parecen boleteros uniformados de una cancha. Al final voy por otro pasillo, me revisan nuevamente al pasar una segunda o tercera puerta-reja.

Allí hay un mundo de piedra, fierro, silencio y murmullo. Algo que asocio con el taller en un día de huelga.

Comprendo que Nanina ha muerto y que todos sus caminos conducen a la muerte: las cartas se juegan a una edad en que uno jugaba a ojos cerrados, por el gusto de verlas planear en el aire.

Antes de dejarme entrar hasta la segunda puerta me han quitado: documentos, una lapicera, libreta de teléfono, unos cuantos pesos, monedas, el llavero; si me agarran de golpe allí, sin nada de eso, ya no tendría historia. Podría quedarme sin decir nada, y mi raza, procedencia, edad, ideal, ideología, sería un enigma. Y allí estoy: especie de gallinero con alambre a cuadros, piso de cemento y paredes oscuras. Hay dos líneas de alambres con un metro vacío entre una y otra. De un lado están los pelados y del otro sus visitas. Un griterío en aquella cantidad de bocas que babean el alambre y lo muerden de enojo e impotencia. Hay gritos de todos los tonos y respuestas, y miradas de reproche del otro lado. Hay los que se cuelgan, los que tiran el alambre, los que se putean, los que se prometen, y hasta vi uno que lloraba. Yo y Toti (cada cual por su lado) corremos de una punta a otra del gallinero sin encontrar un lugar donde meter nuestras bocas y hablarnos, mejor dicho, gritarnos unas cuantas palabras. Yo codeo las costillas de uno, casi al medio del alambre. Toti codea a otro y ya estamos por decir algo. El murmullo se hace aterrador. Al lado mío un viejo que putea a un pibe pelado —de adentro— y el pibe lo mira y se ríe, el viejo se agarra al alambre. ¡Qué tal! —grito—. Bien. ¿Cómo estás? —vuelvo a decir—. Bien ¿y vos? Bien —digo— ¿para cuánto tiempo

tenés? No sé, dicen que para dos años, ya va uno, pero no sé, no tengo proceso. Estás, ¿estás muy mal? —pregunto—. No. Bueno, me tengo que ir, no tengo más nada que decir. Bueno —grita él— saludá a mamá, saludalos, ¿sabés? Sí —digo— y camino como si quisiera llorar o derretirme. No puedo, no me entra que deba estar encerrado con las dos ametralladoras en la puerta, con las rejas, los muros. Yo podría olvidarme de Toti, de mí, olvidarme como empezar de cero, de cero absoluto. Levantarme como desde el primer día de vida y andar, y seguir andando sin hacer memoria nunca. Un hombre sin memoria como todos ansiamos ser. Y me dan las cosas: guardo los documentos, las llaves, la lapicera, los pesos, las monedas. Me abren la puerta sin mirarme, yo tampoco los quiero mirar. Veo durante un rato la punta de la ametralladora y sigo hacia la calle, la calle que camino en sentido contrario con el mismo pedregullo bajo los pies, con la misma consistencia y el mismo absurdo regresando hacia Buenos Aires, hacia la estación, hacia un tren, hacia las caras conocidas e irreconocibles del tren. Con un libro para leer, con una mirada para el sol y otra para la gente; otra para la gente y una más para el sol: el resto para el libro. Después a comer, es domingo, a lo mejor el cine, es posible que recorra las calles mirando, como es mi costumbre ahora, las vidrieras de las librerías para ver lo que se edita, que no está en la librería en que trabajo: un poco el sol, un poco la gente, un poco la comida, otro poco para el libro; o a lo mejor como lo pensé, el cine.

En el domingo doy vueltas por la pieza, tomo un mate y escucho música en la radio portátil, verde y fea, que nos vendió una mujer de la pensión en 1.000 pesos.

Y después de reconstruir mi viaje a Mercedes, dando vueltas, entre palabras sueltas se me aparecen pedazos de historias: el camión del viejo Costale, por ejemplo, con las ruedas grandes y la cabina tan chica que parecía un cajón de manzana sobre dos ruedas de sulky. Antonio le arreglaba el camión a martillazos, o atándolo con alambres, o reformando alguna parte con tornillos sacados de la bomba. Costale no quería gastar nada y los pedazos de alambres de púa que Antonio sacaba de entre los yuyos servían de chavetas. Y mezclado con el camión, nítida, viene la muerte de mi abuelo: sí, no cabe duda que mi abuelo murió

después de una agonía donde los pedazos de piel reventaban en llagas, en las nalgas, que estarían muy doloridos porque él estaba, como se dice en un quejido. Un quejido sostenido en forma de aullido e interrumpido por algunos jadeos, murmuraciones, intentos de palabras, para seguir en aumento, en crescendo hasta la noche. Era como si un quejido fuera el vehículo por el cual llegaba la noche a posesionarse del hospital. Toda cal blanca en una noche atestada de ronquidos donde el cielo no tenía color y las ventanas del hospital no se abrían a espacio alguno, sino a una oscuridad que hacía imágenes de terror en mis ojos. Yo cuidaba a mi abuelo, yo estaba a su lado, y me lo repetía para seguir estando. Lo miraba retorcerse, flaco y pálido, entre las sábanas y caer en la posición que mantenía desde los últimos quince días: el cuerpo inclinado hacia un costado, la boca abierta, los ojos hacia arriba o resbalando sin ver, los brazos colgando, torcidos, de pronto como agazapados, y las piernas encogidas se convertía en el plano blanco de una sábana falsamente impecable. Tenía olor: se hacía encima —como decía mi abuela— y yo intentaba cambiarlo y la repugnancia paraba mi brazo alargado hacia sus nalgas descascaradas. Me detenía y retrocedía volviendo a cubrir el cuerpo, deseando que se esfumara.

El abuelo silencioso, opaco: Sancho y Quijote, personaje de Martín Fierro, Viejo Vizcacha, hombre haragán, hombre sin amor al hogar, perdido y semimuerto entre las sábanas del hospital. El abuelo delgado, momento muerto y caminata incansable de la inutilidad más absoluta. Peso y carga y lastre familiar. Viejo y extendido sobre el tiempo como una cama invisible. Fumador de Brasil a dos paquetes por día. Sucio y delgado, triste y mirador fijo de la parra, en las tardes de calor. Sabía que la muerte llegaría, si yo, justamente, lo golpeara con el mármol de la mesa de luz en la cabeza. Solamente levantar el mármol y dejarlo caer, con los ojos cerrados, una y otra vez. ¿Qué dirían luego? No, yo jamás lo hubiese matado.

Yo veía que la muerte hacía lo suyo, pero esperaba que ella concluyese sin ayuda. ¿Y por qué me quedé? Flordeniño asustado que cuida a su abuelito. Creo que por las paredes multiplicadas en una noche multiplicándose en los pasillos sin salida. Flordeniño asustado ya oscuro en lo íntimo como la cloaca más

oscura, puro al fin, asustado después de todo. Estábamos los tres: la muerte, el abuelo y yo. Intuía que aquellos pasillos no tenían salida. Por eso no ensayé movimiento alguno, por eso me quedé quieto en un silencio que me hacía percibir la muerte en los viejos roncantes, una muerte que era como millones de bichos rumorosos trabando la respiración de cada viejo dormido. Y el abuelo no va más por la calle hacia la casa, no va más hacia los nietos con la varilla de mimbre que esgrimió una sola vez, no va más la pelea hacia la abuela o las miradas de soslayo hacia las tías-hijas, sino que tu muerte por aquí, por allá, por abajo, por dentro de la piel reventada, para decirlo de una vez: por el cáncer que tenías. Un cáncer que era como un león y la familia veía, sí, veía al león cáncer comiéndote, rumiándote con tranquilidad maligna. Y no era un cáncer desde la agonía, sino quizás desde tu nacimiento. ¿Sino y quizás? Ahora se explica, por ejemplo, tu malapata para con los trabajos. ¿Cómo va a trabajar un hombre comido por el león del cáncer? Rugía en vos como un motor, cualquiera de nosotros reconocía los ronquidos. Los vecinos de cama comentaban tu forma de morirte para olvidar la de ellos. Si te ibas a morir ya no eras el mismo. Todas tus negatividades se volvieron positivas: la abuela comentaba tu haraganeo, antes diabólico, y al hacerlo aparecía como tu forma angelical de estar sereno. Ya no eras haragán, eras un hombre sereno que sabe que en esta vida no hay que hacerse mala sangre. Hasta se podría creer que estabas iluminado por Dios para la paz eterna desde el nacimiento. ¿Por qué nunca comentaste tus conversaciones con el Señor debajo de la parra? Era lo único que se te podía reprochar. Eras un hombre que vivía en paz con su alma —eso se podía decir.

Y apenas si amanecía sobre los vidrios esmerilados del hospital cuando la sarnosa comunidad de los enfermos comenzaba a carraspear el amanecer. Carraspeaban el aclarar del día, eran gallos afónicos, y se enderezaban en la cama, algunos con los ojos pegados y las manos extendidas hacia la mesa de luz, hacia los remedios. Muchos eran metódicos, tenían sus corazoncitos torpes y sus esperanzas. Algunos una pequeña operación, hombres jubilados esperando salir para ir de pesca. Yo, flordeniño entre ellos que eran floresdeviejos, flores que preparaban sus cuerpos,

minuciosos, como tratando de crear en él un buen adorno para sus tumbas futuras. Cómplices de la muerte, ejemplos fabulescos de la estupidez de querer vivir. Ancianos todos nobles, ennoblecidos por la falta de vida, payasos divinos haciendo piruetas al borde de lo desconocido. Hacían sus espectáculos en el Circo Más Cerca de la Muerte y se ofrecían en sacrificio a una platea vacía. Todos de extremada bondad, algunos con un malhumor tan simple que no hacía más que afirmar sus naturalezas buenas. Me enloquecía la forma en que parecían acariciar la muerte. Por la noche ya los viejos no se levantaban envueltos en sus sábanas. Sus ronquidos me estaban esperando: aquí, junto a nosotros la muerte tiene un lugar para usted mi querido jovencito. En los bancos de las plazas me hacían un lugar para que me sentara a esperar la muerte junto a ellos.

Entonces, esos viejos mirones y maniáticos que hacían saltar el tazón de sopa por sobre la mesa para llamar la atención de los demás, como los chicos.

Y el abuelo sin querer morir, eso era bueno en él, hasta el último momento dio la espalda a la muerte. Venían los parientes. Nica lloró un rato y se fue retorciendo su fotonovela, apretada en la mano sudada que desteñía la sonrisa del galán de la tapa. Lo dejé unas horas y cuando volví ya estaba en otro lado: conocí a la Morgue como quien conoce un jarrón chino, y allí encontré la frialdad de la mirada de los sapos y el misterio de las entrepiernas femeninas. Era seguro que los viejos amantes de la muerte habían convencido o forzado al abuelo en ese rato que lo dejamos solo. Ahora la banda de familiares, yo entre ellos, caminamos por un pasillo que cruza serpenteando entre un jardín con plantas altas y eucaliptos flacos. Otros enfermos al vernos se sacan las gorras y miran, como despavoridos por aquella derrota de mi abuelo. Bostezan cuando la gorra vuelve a la cabeza, miran el sol o las plantitas, conversan para olvidar la banda de parientes que gime con un ruido de tacos. Adelante Antonio y la abuela, al medio la muchedumbre de parientes en general, y atrás yo traspasando los cuerpos con los ojos fijos en la Morgue.

Morgue, Morgue: parecía mentira que la Morgue estuviera tan cerca, con sus cuerpos, y ese silencio de heladera comentado a veces en la mesa. La Morgue llena de muertos sobre camillas

blancas, duros y fríos con la nariz como cubierta de harina. Y a raíz de esa Morgue me contaron que existió un hombre que dormía en ella, y más, que hubo algunos que gustaron gozar de las muertas jóvenes y entraban en los cuerpos congelados como en la propia gloria. Y más, había, se decía, los que le sacaban los anillos y las ropas a los muertos.

El abuelo sin anillo, sin ropa, muerto en camisón. Mi abuela llora y también Blanca y Antonio y hasta mi hermana mayor que sabe como llorar en caso de muerte. El abuelo nada: pálido y sin contenido, firme como un soldado con una sonrisa-contracción que alivió a todos. El abuelo serio-sonriente, mudo como uno que no traiciona, está en el medio, un poco hacia adelante como dirigiendo a los demás a alguna parte. Pero antes, en la Morgue entraron los enfermeros, los mayores: ¿Es verdad que ellos entraron en la Morgue? La Morgue no tenía nada de particular, era una Morgue simple con tres o cuatro muertos: después me dijeron que para sentir el gusto de la Morgue hay que ir de noche. Cuando las plantas zumban y el viento enfría al que no murió, uno entra de golpe y se encuentra con la presencia de la muerte. Puede, con suerte, llegar a percibir su olor: un olor polvillodelamuerte que yo, confieso, no llegué a conocer porque esa vez fuimos durante el día.

Aún antes estaban los pasillos intrincados y los mil bichos de la muerte trabajando en los cuerpos dormidos. Leía un libro de un hombre que besaba a una mujer sobre el cajón de su marido muerto, dentro de una bóveda de lujo. Ahí nomás se la metía, la cabeza de la mujer colgando a un costado, y él, boca abajo sobre la mujer veía por el vidrio del cajón la cara del marido muerto y gozaba más. Dos páginas y media, más, más, gozando la mujer con los ojos fijos en la cara de cera y barba del marido muerto. Y mientras él gozaba yo volvía a mirar los pasillos, el abuelo babeaba, gemía, y sus quejidos me hicieron pensar que los muertos y los semimuertos son cómplices.

Entre ellos no hay vida privada, ni pensamiento propio, y mi abuelo con su olfato de semimuerto había olido al muerto de mi lectura en el aire. Asustado por la complicidad entre muertos y semimuertos quise abandonarlo y correr por los pasillos

que se mezclaban hasta la locura. No pude escapar y amaneció con el relevo de mi tía.

Ahora voy mirando las cruces, los cementerios, las iglesias, las monjitas de negro, las pirámides en los libros, la cara de Napoleón, de Belgrano, y también caras de muertos desconocidos en los diarios; y además puertas viejas, cuadros enmohecidos, letrinas históricas: siento asco y entonces me veo muerto y sepultado —como se dice— y no puedo soportar el peso de mi cuerpo, el de mis zapatos, viéndome en la calle, entre la variedad de gente, por el centro, en esos domingos que no terminan cuando uno extiende los brazos, echándose hacia atrás, sentado y pensando que ya no es necesario escribir una línea más. Ya está por hoy —pienso y el domingo continúa.

La ropa sobre la cama, desde el pantalón a la camisa, pasando por medias y calzoncillos: antes fue la bicicleta sin guardabarros y el trabajo. Ahora un trabajo sin bicicleta. Siempre todo señalado por el dinero..

Atrás yo veía las fotos marrones y amarillentas, y en ese pasado todo era la lucha por el dinero (da lo mismo decir la lucha por la vida) y nadie había logrado dominarlo. Esos parientes que sonríen en las plazas con la gorra en la mano y un saco rayado, esos de pantalones anchos y zapatos de tacos altos, esos rígidos frente a sus propias imágenes habían perdido. Cuentan historias de hombres que atraparon a este animaldinero y luego se volvieron terribles ellos mismos: terribles de la fuerza que da cazar semejante animal. Para otros la luna, el mar o las tormentas: indominable. Para otros la noche, el terror: desconocido. Para otros una tentación, la cola del diablo, el ojo de la serpiente, la venganza de Dios. Todos muertos, sepultados en sus fotos. Mis abuelos juntando maíz, mi tío disparando de un lado a otro, Antonio bajo los autos ajenos con la grasa hasta la cabeza, Blanca sacudiendo el polvo que siempre vuelve, el polvo de la vida diaria: mil y una forma de preparar la trampa. Un mundo circular como el crecimiento de los yuyos y el grito de los pájaros. Desde que robé el primer peso hasta este trabajo que no me alcanza para comer los treinta días del mes, todos mis actos fueron creados,

Fotos, libretas de almacén, recuerdos: nosotros y mis viejos. definidos, y liquidados en relación al dinero. Yo quería tener una palangana llena de monedas de oro como la del tío Patilludo para poder convivir alguna vez con la esencia del terror, pero eso no me sería dado, ni yo lo lograría. Entonces odio; un odio sistemático, paralelo al mundo, autónomo y creciente. Una moneda brillante corona negativamente todos mis actos.
Pueblo, gran solidario pueblo: pueblo poblado de pobladores del pueblo: pueblo pueblero de Junín: pueblo despoblado de la Argentina: pueblo del mundo: pueblo universal. La Patria del Pueblo Pide la Dignidad Perdida en los Bastiones Sagrados de sus Duras Jornadas siempre con la Voluntad del Pueblo Voluntarioso. Escuchábamos sus discursos, pero sabíamos que ésas eran cosas que ellos se decían para pasar sus fiestas y si bien pertenecíamos al Pueblo de la Patria, en particular seguíamos corriendo al animaldinero con la certeza de que no era siguiendo los discursos y sus consejos como se lo cazaba. Ellos tenían su animaldinero por la cola, en verdad, jamás creíamos demasiado en esas cosas. Ellos decían que estaba mal decir: no te metás, y nosotros preparando las trampas para el bicho terrible nos preguntábamos perplejos: ¿Meterse en qué?, ¿en eso?, por favor.

Mi madrepueblo discutía el significado de la vida cuando nosotros, sus hijospueblo, nos atrevíamos para sentir el vértigo, a negar a Dios. Mi madrepueblo decía que sin Dios nunca hubiera empezado la vida y mi padrepueblo interrumpía diciendo que ya estaba empezada y que la cosa era como seguir, como cazar la guita sin morirse trabajando.
blo. Nosotros hijospueblo chupábamos naranjas en la siesta, buscando lagartijas. Y los vecinospueblo descansaban del trabajo de la mañana para continuarlo por la tarde. Y la moneda universal se eclipsaba cuando ya parecía que estaba en nuestras manos.

Fuimos un pueblo pobladísimo de pueblerinas preocupaciones que nos poblaban de ganas de mandar al demonio tanto pue-
Vuelta a la trampa, a buscar el animal por los caminos del trabajo. Vivíamos en un barrio tan pobre que ni uno hubo jamás que ganara la lotería, ni mucha plata en la quiniela, ni que tu-

viera demasiadas horas extras que, como se sabe, se pagan doble. Traiciono por monedas, tengo enemigos monetarios, y mis cómplices ven en mí el mal de pedir sin límites. Un mal que les hace tambalear las cosas que ellos juntan durante un tiempo para sobrevivir ese mismo tiempo.

Es a partir de esta historia forzada y mal formada, dentro de una vida no elegida, que tendré que hacer mi historia grabando y manejando los signos como los enamorados graban su único y supuesto corazón sobre los árboles. Su corazón de dos es el de todos: y todos pasan allí arrastrando sus patas múltiples de una manera orgánica. Los sábados por la noche, al salir del cine, forman un animal pesado y discordante. Juntos y solos mientras la moneda brilla, suspendida en el cielo, con más fuerzas que nunca. Veo las patas múltiples de los otros y es como si hubiera corrido por las constelaciones hasta invertir lo que no se podía invertir.

Ahora ese corazón de dos grabados en los árboles del mundo no me pertenece, tampoco lo deseo. Han fallado las trampas y el animal furioso se venga de nosotros, siempre tan invisible, tan voraz, tan brillante: siempre creando disparates, despojando de todo, vaciando hasta el final estos domingos.

18 de agosto de 1967: Antonio, mi padre, se murió.

Se terminó de imprimir
en Setiembre de 1968, en
Talleres Gráficos CADEL, S. C. A.
Sarandí 1157 - Buenos Aires